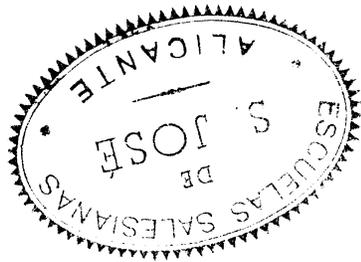




ANR 7a201M No2



NIHIL OBSTAT
Rodolfo FIERRO TORRES, S. D. B.

IMPRIMASE
El Inspector de la Inspectoría
San Juan Bosco
Alejandro VICENTE
Madrid, 10 de julio de 1957

NIHIL OBSTAT
Domingo CRESPO ROSALES, Pbro.

IMPRIMATUR
José M. LAHIGUERA
Obispo Auxiliar y Vic. General
Madrid, 15 de julio de 1957

—Haz recreo con los alumnos siempre que puedas y aprovecha ese momento para decirles alguna palabrita al oído.

—Fundó la Compañía de la Inmaculada Concepción, pero dejó la dirección en manos de los mismos socios.

—La bondad y la cortesía deben ser las virtudes características de un director, cara a los de dentro y cara a los de fuera.

—Frente a una dificultad material, cede cuanto puedas, aún a precio de perder; lo importante es conservar la caridad.

—Si se trata de dificultades de orden espiritual o moral, entonces hay que resolver el conflicto en favor de la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Todos los derechos se deben sacrificar a este doble bien: compromisos, exigencias del amor propio, gustos personales, caprichos, hasta el propio honor.»

Al leer estos consejos se advierte en el espíritu de quien los escribió el miedo a que los pocos años del director pasaran junto a la necesidad, el sufrimiento físico o moral, las penas, sin advertirlos. ¡Se piensa tan poquito en las penas de los otros a los veinte años! En esa edad, desbordante de salud y actividad, ¡se llega tan difícilmente a comprender, a palpar ciertas dificultades, a veces trágicas, en las que tropiezan las almas débiles e inexpertas! Y, sobre todo, ¡se piensa tan poco en la dificultad de la propia juventud para ganarse la confianza de los súbditos, tan necesaria para el buen gobierno de una casa!

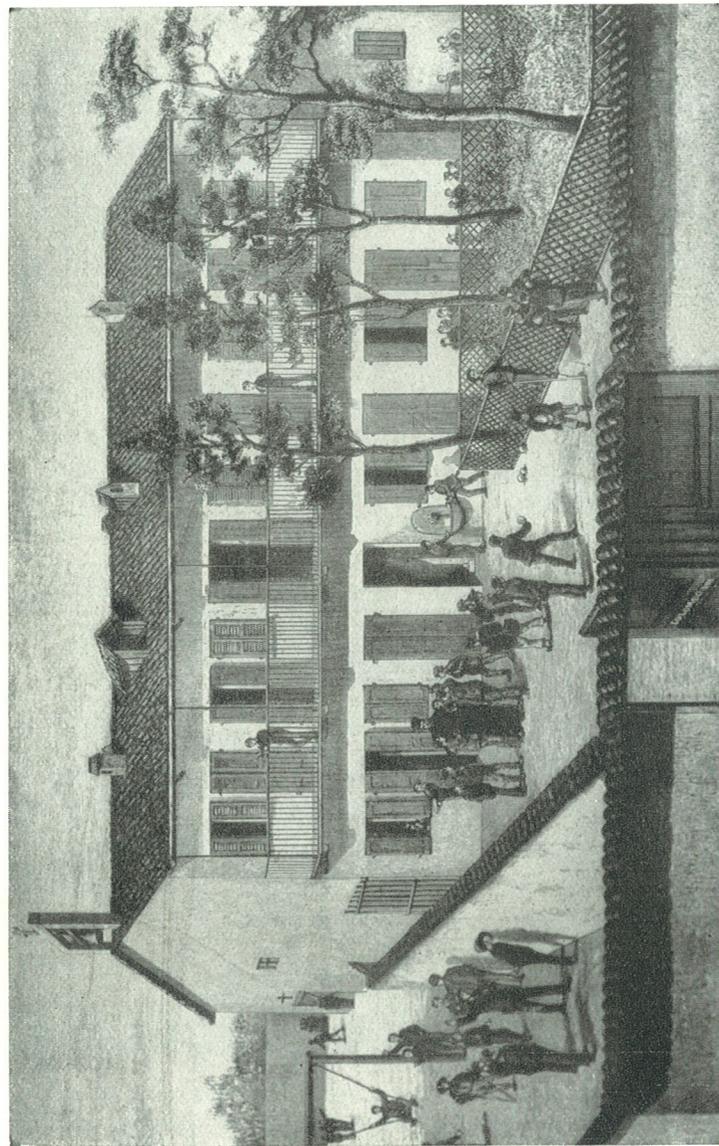
El espíritu práctico de Don Bosco lo preveía todo; por eso, con prudencia, acentuaba la paternal solicitud que un buen director salesiano debe poseer.

* * *

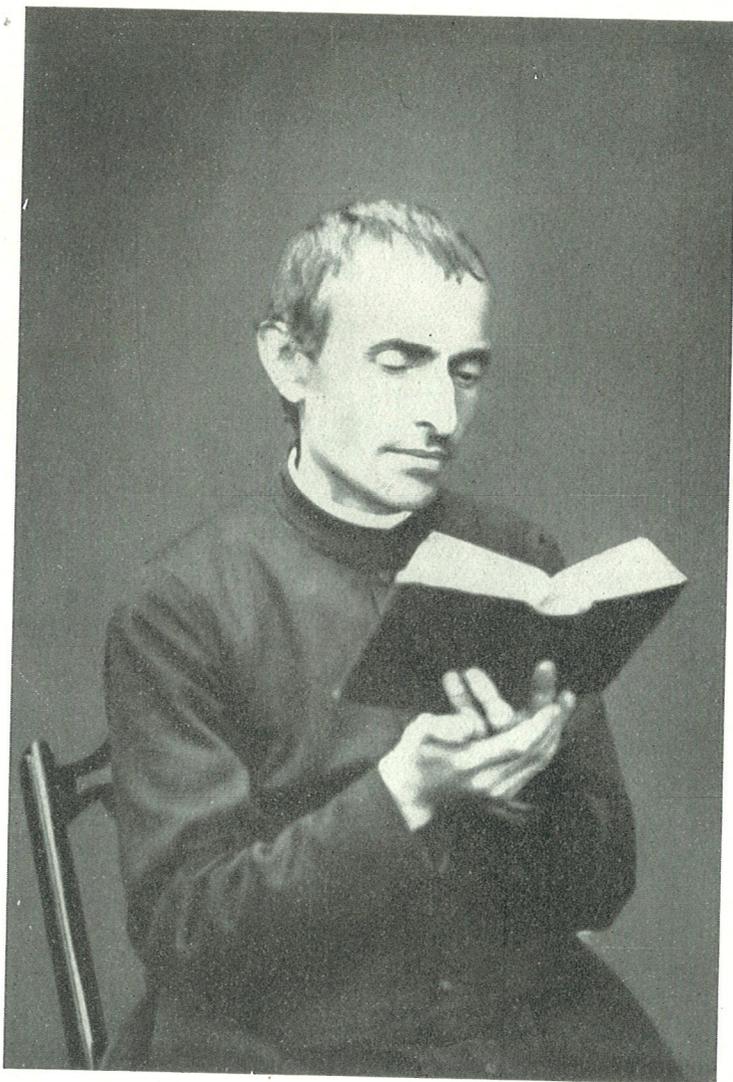
Don Rua recibió estos consejos con alegría y se ingenió para ponerlos en práctica con docilidad filial. *Lucerna pedibus meis verbum tuum*. Las palabras de su maestro fueron, ciertamente, la luz que guió sus pasos durante sus dos años de directorado.

Triunfó en toda la línea.

Y su éxito, atestiguado por todos, fué debido al empeño puesto en reproducir en Mirabello lo que había visto en Turín; a su



El primer edificio del "Oratorio" construido por Don Bosco (1851).



El Venerable Don Miguel Rua, cuando comenzó a "trabajar a medias" con Don Bosco. Nació en Turín el 9 de junio de 1837. Murió en la misma ciudad el 6 de abril de 1910.

constante preocupación para que la piedad fuera la base de la vida colegial, a su vigilancia continua, a su bondad paternal.

Procuró hacer de la casa un centro de protección y, sobre todo, de transformación. Para obtenerlo quiso que los alumnos encontrasen dentro de sus muros alegría serena, fruto de la paz de la conciencia, y sostenida con todas las industrias que su celo inventaba; disciplina, suave y no exagerada, que admitía un cierto margen de libertad; superiores convertidos en padres, en hermanos mayores que se mezclaban con sus alumnos en toda suerte de juegos, de cuidados y ocupaciones, demostrándoles plena confianza y ganándoselos de mil modos; no soñando más que en crear en su derredor ese ambiente de familia tan necesario para el desarrollo del hombre; fusión de corazones y cariñosa vigilancia que adivinara las penas más secretas del alma para aliviarlas a tiempo; y, por encima de todo esto, o mejor, envolviéndolo todo, vida de piedad profunda y concienzuda, de la cual sacasen los adolescentes, según su edad y temperamento, la fuerza para resistir al mal presente, la luz para iluminar los caminos oscuros de otro día, y la fidelidad al deber para siempre.

Buscaba todos los medios a su alcance para alimentar este espíritu de piedad. Mañana y tarde se sentaba al confesonario, en espera de penitentes para concederles el perdón divino; después de las oraciones de la noche, daba las buenas noches a sus hijos, minuciosamente preparados, antes de que fueran a acostarse; los domingos les daba dos instrucciones: una por la mañana para explicarles las hermosas páginas de la Historia Sagrada, y la otra por la tarde, para enseñar las virtudes del cristianismo; se celebraban con fervoroso entusiasmo las fiestas de San Carlos y San Luis Gonzaga, el Mes de María, las fiestas principales del ciclo litúrgico y de la Santísima Virgen, que preparaba con una novena o un triduo; terminaba cada mes con el Ejercicio de la Buena Muerte, día de retiro, siempre seguido de un paseo largo; y cada año, por primavera, Ejercicios Espirituales de tres días, durante los cuales, dando de mano a todo trabajo material, ponía a sus muchachos frente a las verdades eternas y las obligaciones del buen cristiano.

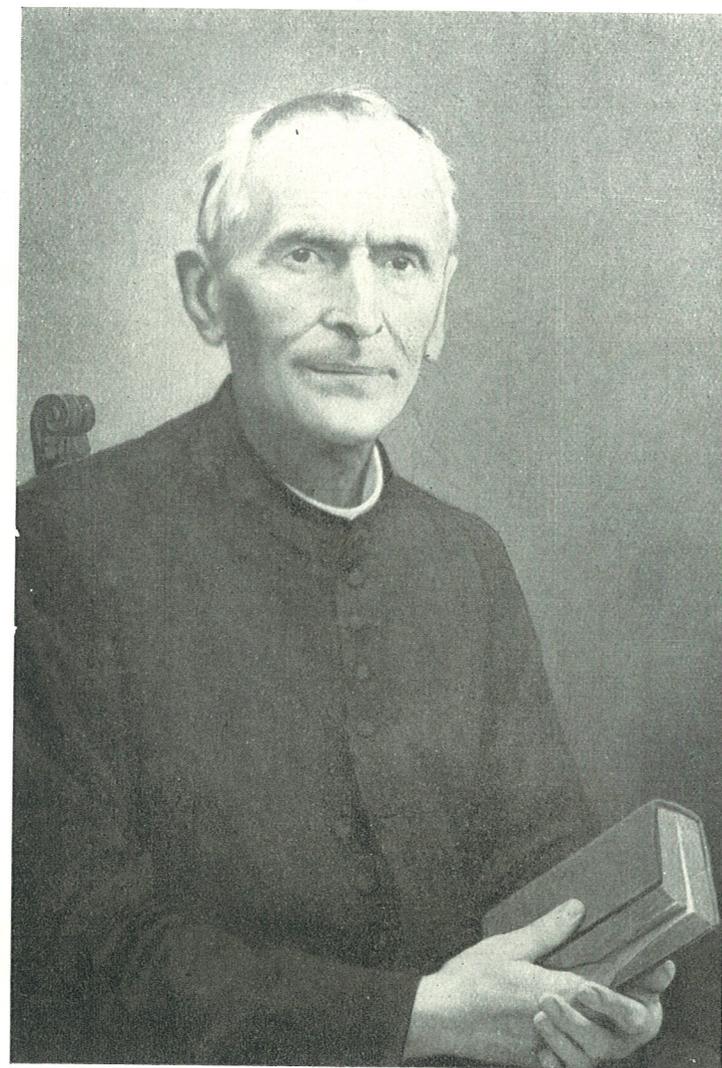
su Prefecto de disciplina. A pesar de su severidad, Don Rua se hacía querer por su justicia, su entrega total al bien de los alumnos y su prontitud en perdonar.

La prueba fué cuando, ya convaleciente, tres semanas más tarde, salió de su habitación.

Bajo los pórticos de la casa tendieron la mejor alfombra de la casa; pusieron un sillón y, al son de la música, y entre los aplausos de los setecientos alumnos que le rodeaban, Don Rua tuvo que sentarse. Estudiantes y artesanos fueron desfilando para decirle la alegría que tenían de verle bueno y para prometerle que, en adelante, corresponderían más a su celo por sus almas.

Don Rua pronunció unas palabras de agradecimiento; pero fueron muy cortas porque la emoción anudaba su garganta. ¡ Es tan dulce ver que se reconocen las fatigas por los mismos por quienes se sufre !

Unos días más tarde partía para Trofarello, población a doce kilómetros de Turín, junto al Po. El aire puro del campo, el descanso absoluto, los cuidados maternos de una bienhechora de Don Bosco pondrían nuevo al infatigable trabajador que quiso tomar sobre sus espaldas la mitad de la tarea de su maestro.

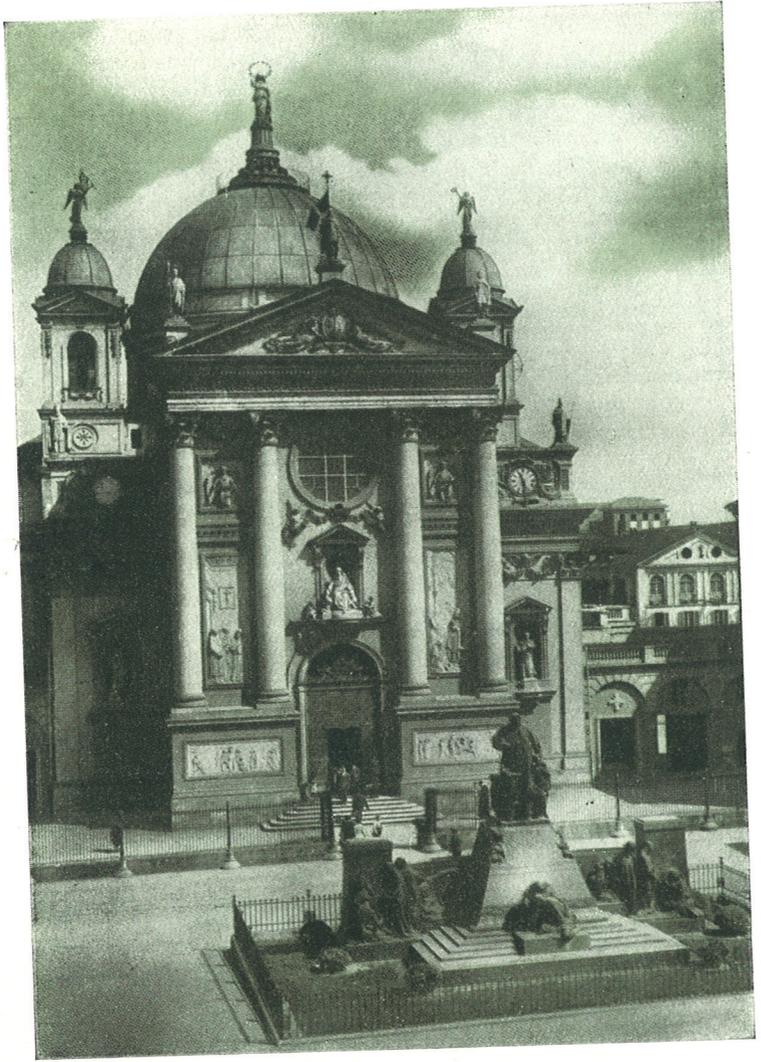


El Rvdmo. y Venerable Don Miguel Rua, al tomar la sucesión de Don Bosco en el gobierno de la Sociedad Salesiana

de sentido cristiano, de doctrina y de sentimientos para toda la vida.
El mes de octubre de 1888, Don Rius brindó esta ocasión a los de sus jóvenes religiosos, elegidos al azar.

...de envío, escrita al P. César Castiella, Procurador de la Sociedad a los señores Pesta y Ginguino para estudiar en la Universidad Gregoriana. Se que es un deseo del Papa; así lo ha manifestado entre otros a Monseñor Manservola. Por tanto, no hay más que obedecer. El sacro sío que hacemos no es pequeño. Pesta es mi secretario y tiene mucha cuenta para la solución de los asuntos. Ginguino es asistente general de nuestro Colegio de Virgines y le van a echar muy de menos.

Estos dos primeros estudiantes fueron la vanguardia de una multitud que año tras año, los siguió o los suscitó. Don Rius hizo enviar a Roma centenares de los suyos, de todas las partes del mundo. La Iglesia acogió ya a muchos de ellos para convertirlos en Pastores de las almas. De los que, durante el rectorado de Don Rius, frecuentaron la Universidad Gregoriana salieron tres obispos, tres arzobispos y un cardenal, que son Monseñor Verónica, Vicario Apostólico de Su-Chow, martirizado en China; Monseñor Montau, Obispo de Campos, en Brasil; Monseñor Aguilera, Obispo de San Carlos de Arica, en Chile; Monseñor Gómez de Oliveira, Arzobispo de Mariana, en Brasil; Monseñor De Aquino Correa, Arzobispo de Cuyabá, en Brasil; Monseñor Piani, Arzobispo Delegado Apostólico en las Filipinas; y su Eminencia el Cardenal Augusto Hlond, Príncipe de Polonia.



La Basílica de María Auxiliadora, en Turín, hoy uno de los más célebres santuarios del mundo. Fué el sueño dorado de la juventud de Don Bosco. La miraba como el centro de irradiación y de convergencia de su Obra. Fué consagrada por Monseñor Riccardi, Arzobispo de Turín, el 9 de junio de 1868. De ella se ha dicho que cada piedra y cada ladrillo representa un milagro.

«Estos muchachos vienen a nosotros el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, después de una semana de rudas fatigas, y llegan a menudo para limpiar sus almas y alimentar su debilidad con el Pan de los fuertes.

Los mayores, los de dieciocho a veinte años, atraen a los pequeños con su ejemplo.

¿Cómo explicar los esfuerzos que estos muchachos hacen durante toda una semana para conservarse en gracia, en los talleres, a pesar de las malas conversaciones que oyen y de las escandalosas escenas que contemplan?

¡Cuántos padres, testigos de los progresos morales de sus hijos, vinieron a agradecernos el bien que hacíamos a sus almas! Es frecuente ver en nuestros Oratorios acercarse a la primera comunión a muchachos de dieciséis y diecisiete años que, de otro modo, no hubieran tenido nunca esta suerte.

En algunos Oratorios se ha logrado que hicieran ejercicios espirituales cerrados, por grupos; el fruto no tardó en verse. Algunos de los ejercitantes estudian ahora para sacerdotes.

Hay salesianos que, siguiendo los ejemplos de Don Bosco, llegaron aún más lejos; invitaron a algunos de los mayores que les ayudaban en el Oratorio diciéndoles: "¿Por qué no os unís a nosotros?" Y más de uno aceptó la invitación y entró en el noviciado.»

El número no le asustaba a Don Rua en esta clase de obras. Al contrario; se alegraba cuando, como por ejemplo en España, se encontraba a su paso con Oratorios de 300, 500, 1.000 y hasta 1.500 muchachos.

La juventud será mejor cuanto más se la atiende. Lo único que importa es no dejar de lado la formación de su alma y emplear todos los medios a propósito para asegurar su perseverancia.

«Aplaudo con toda mi alma, escribe, el celo de los que sueñan con aumentar sin descanso el número de sus oratorianos. Pero que este empeño vaya a la par con el de llevar a las almas las verdades de la fe y el de asentar sólidamente la perseverancia de la voluntad. Al predicar no creáis que basta decíles todo lo que se os ocurre. Preparad vuestras instrucciones, vuestras homilias, vuestro catecismo. Adaptad los discursos a las necesidades del auditorio y hacedlos atrayentes. A ejemplo de Don Bosco, invítadles a purificar a menudo sus corazones en el tribunal



Cuadro de María Auxiliadora que se venera en el altar mayor, obra de Lorenzone, que interpreta parte del diseño de Don Bosco.

y que era inútil mi palabra puesto que estaban decididos, a pesar de todo, a votar la supresión.

Son de una mala fe que indigna.

El relator no tuvo más argumentos a su favor que aquellos dos escritos.

Pero aunque no hubieran existido, igualmente les hubieran condenado.»

Nadie lo dudaba, porque los salesianos entregaban cada año a la sociedad jóvenes valientemente cristianos, que inquietaban a los maestros del día, cuyo ideal laico de cerrados horizontes, que no dejan levantar los ojos del suelo, se oponía a la doctrina de unos educadores que aspiraban a otro ideal de existencia, más allá de la vida presente. Había que acabar con ellos.

La sentencia se ejecutó rápidamente. Los salesianos, mudos e impotentes, presenciaron la clausura de sus institutos; vieron alejarse para siempre de su lado a los muchachos a quienes habían entregado su juventud y los ardores de su corazón.

Ante sus ojos, unos liquidadores interesados vendieron en pública subasta, casi por nada, aquellas casas de trabajo y oración, cada una de cuyas piedras encerraba una historia.

Y una mañana triste de otoño, con la maleta en la mano, marcharon hacia el destierro. La mayoría partió para la hospitalaria Bélgica, otros, los más jóvenes, fueron a Italia o a España, y algunos hasta América y China.

Muchos ya no volvieron a su patria y duermen el sueño eterno en tierra extranjera.

Otros, con alegría mal disimulada, volvieron doce años más tarde para ocupar su puesto ante el peligro, cuando el 4 de agosto de 1914 la patria llamaba a todos sus hijos.

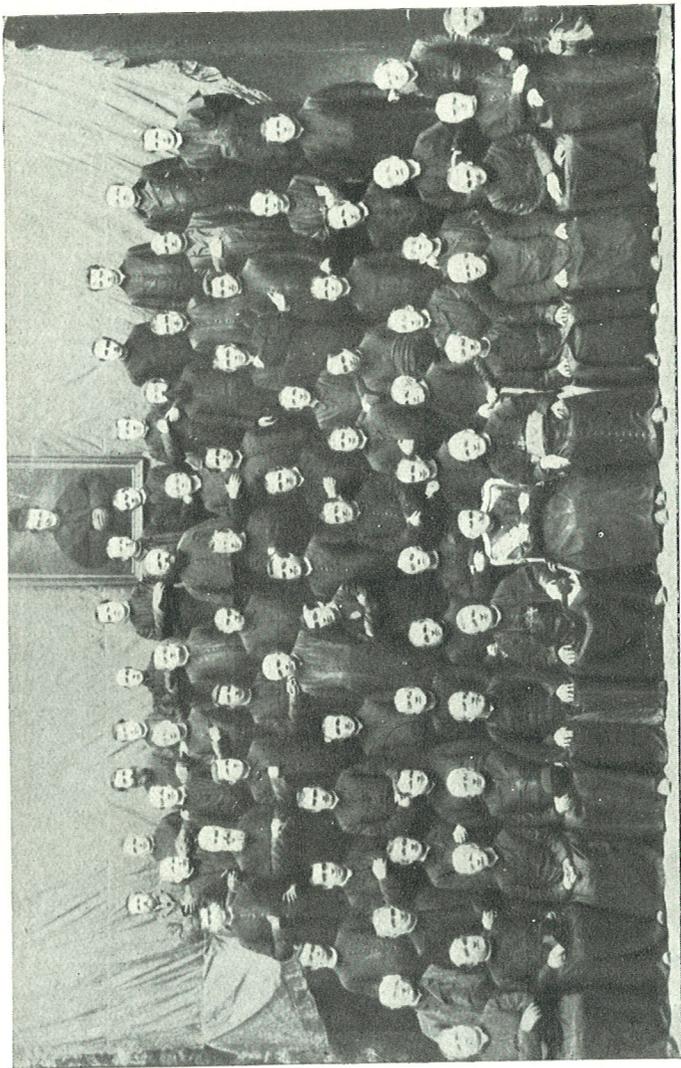
Diez de ellos cayeron en el frente de batalla y están enterrados en esos inmensos cementerios militares, que no se pueden cruzar sin que la emoción ahogue la garganta...

Una veintena de los que salieron con vida de la gran guerra quedaron tan envejecidos, deshechos y cansados que ya no sirvieron para la vida febril de la Obra.

Los demás se pusieron a trabajar para curar las llagas mora-



Grupo tomado en la "Torre Martí-Codolar", de Barcelona-Horta, durante la estancia del Santo en la Ciudad Condal. De este retrato del Santo dícese que es uno de los más exactos.



Capítulo General de la Pía Sociedad Salesiana. Agosto-septiembre 1904.

les del país, más graves, en frase del presidente Doumergue, que la misma ruina económica.

Don Rua no alcanzó a ver el fin de la trágica historia.

Murió antes y sólo le tocó vivir la parte dolorosa: la clausura y venta de sus prósperas Casas; la dispersión de la juventud confiada a los cuidados de sus hijos; la expulsión de sus religiosos; la desaparición de los colegios, de donde salían tantas vocaciones salesianas; treinta años de esfuerzos reducidos a la nada y la incertidumbre del porvenir...

En efecto, ¿qué sería de las hermosas provincias salesianas de Francia?, ¿cuándo podrían reemprender el trabajo?, ¿con qué elementos?, ¿qué sería de los generosos amigos que las sostenían con su largueza?, ¿en dónde fijarían sus tiendas al volver, desposeídos como estaban de todo?

Estas eran las preguntas dolorosas que el corazón atormentado del padre se hacía mientras lloraba con sus hijos tan probados y rogaba por su perseverancia en el destierro.

Su sufrimiento aumentaba con la imposibilidad de ayudarles. No había puente de unión entre Turín y París, Turín y Marsella. No había modo de tener relaciones oficiales entre padre e hijos, como antes.

Cuando atravesó Francia, camino de Londres, en 1902 y 1906, no se pudo detener en ninguna de sus casas, en las que sus hijos secularizados, o sus sucesores, trabajan en favor de la juventud; les podía comprometer su presencia...

Mirarlas de lejos y pasar..., era lo único que podía hacer.

Fué un punzante dolor que le acompañó hasta la tumba, pues cuando él moría en 1910, nadie podía todavía anunciar la aurora de la resurrección.

* * *

Aún hubo, durante los primeros años del siglo, otras penas para el corazón de Don Rua. Sutiles en apariencia, pero muy dolorosas por tratarse de la segunda familia salesiana que Don Bos-

trado, así tampoco podremos nosotros sostener nuestras obras ni fundar otras nuevas si no conseguimos formar sacerdotes, catequistas y jefes de taller. La obra más importante que nuestros cooperadores no deben dejar de lado es, por consiguiente, la formación de personal competente. Esta formación cuesta un ojo de la cara, porque nos obliga a mantener, durante años y años, en el estudio o en el taller, a los jóvenes deseosos de unirse a nosotros.

Hay que suministrarles libros y utensilios. Hay que pensar, además, en alimentarles y vestirles. Una buena parte de vuestra limosna va a parar al sostenimiento de estos viveros de obreros de la redención.»

«¿Quién fué Don Bosco?, preguntaba un día en una iglesia de Canes. Fué un sacerdote lleno de caridad. ¿Y qué son sus obras? Son una prueba palmaria de la Providencia. ¿Qué son los Cooperadores Salesianos? Los ángeles de la Providencia. ¿En dónde está su campo de acción? En los Oratorios, los internados, las misiones. Así, pues, ayudadnos a levantarlos y a que prosperen.»

* * *

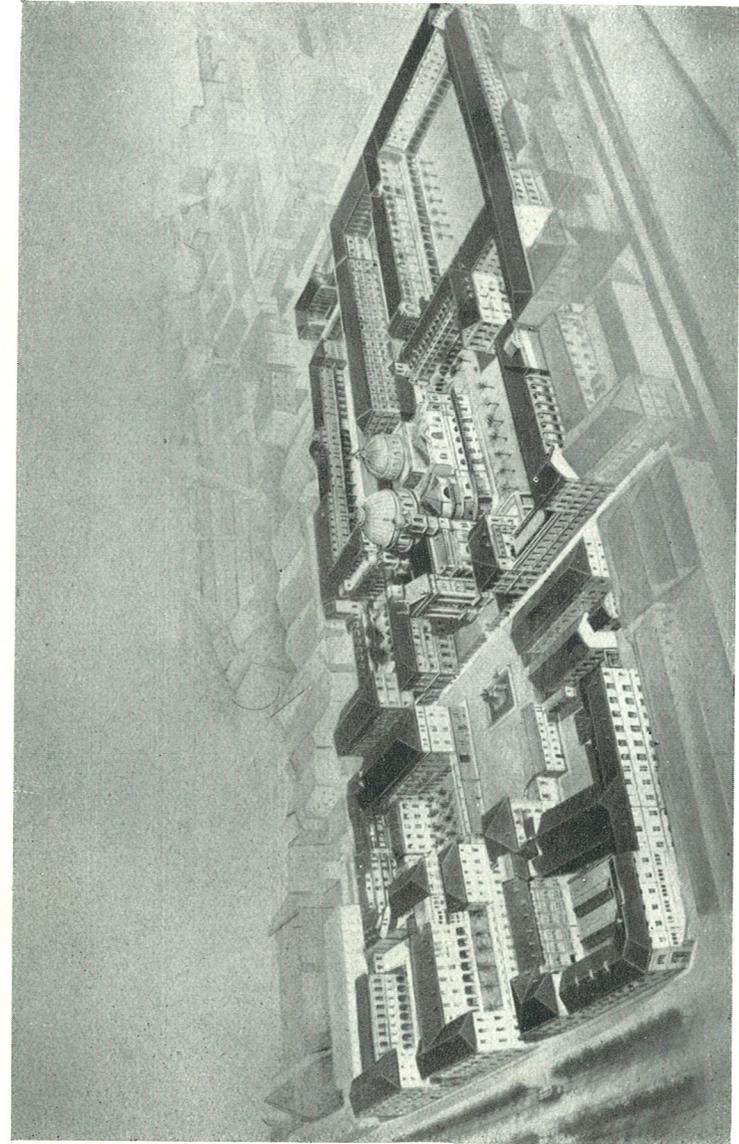
Para mejor encender en las almas la llama de la caridad, procuraba Don Rua elevar a un plano superior el egoísmo humano. Con la palabra y la pluma se empeñaba en convencer a sus amigos de que con la limosna lo ganaban todo, empezando por el cielo. Sacrificando los bienes terrenos, dando lo superfluo en favor de los abandonados, aseguraban su eterna salvación. ¿Se podría dudar ni un instante?

Por eso escribía en cierta ocasión a los Cooperadores Salesianos:

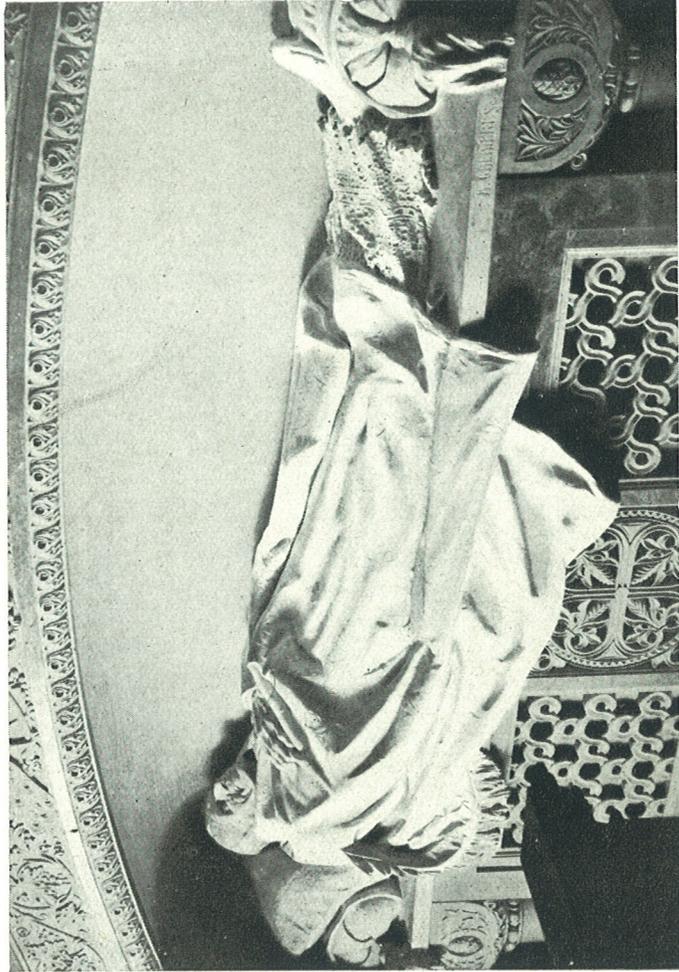
«Don Bosco, antes de morir, manifestó el deseo de redactar un folleto utilísimo que quería titular: *Los pobres, puerta del cielo para los ricos*. Las páginas de este librito hubieran estado llenas de máximas sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres; de ejemplos de la vida de los Santos, de relatos de conversiones ejemplares en el último momento y de muertes envidiables de cristianos generosos. Hubiera sido un libro tan interesante como todos los demás salidos de su pluma. Por desgracia se lo impidió su ya precaria salud.

Pero aunque no tengamos su librito, conocemos su pensamiento, que es el que hoy me anima a empujaros hacia las obras de caridad.

¿Quién de entre vosotros no desea su eterna salvación?, ¿quién no



El Oratorio-Casa Madre como se presenta hoy.



Sepulcro de Don Miguel Rua.—Sus restos descansaron en Valsalice hasta el 8 de mayo de 1939, día en que fueron trasladados a la Basílica de María Auxiliadora y colocados en la Capilla de las Reliquias, donde actualmente se encuentran.

sueña con oír un día, de labios de su Juez, sentencia favorable?, ¿quién es el que no quiere ver abiertas las puertas del cielo al salir de este mundo? Pues bien, esta suerte está en vuestras manos si hacéis limosna y practicáis la caridad. Jesucristo no engaña. Y El nos ha dicho: "Venid, benditos de mi Padre, entrad en posesión del reino eterno, porque me habéis socorrido en la persona de mis discípulos".»

«Mis queridos amigos —decía en otra ocasión—, millares de pobres muchachos imploran vuestra ayuda por mis labios. Unos son huérfanos y otros desgraciados. Con vuestra limosna obtendréis el perdón de vuestros pecados y se os abrirán las puertas del cielo.»

«El Señor —afirmaba otra vez— pagará vuestra caridad en la otra vida con la eterna bienaventuranza: *Date et dabitur vobis. Mensuram bonam et confertam et coagitatam et superfluentem dabunt in sinum vestrum*; vuestra herencia será una medida generosa, llena, desbordante... ¿Quién es el que os lo promete? Dios mismo, siempre fiel a sus promesas. Dios todopoderoso, que cuenta con todos los medios para cumplirlas.»

* * *

Pero Don Rua sabía que, para ciertos corazones, sumidos en el goce y posesión de las riquezas, resultan inútiles cuantas razones de un orden sobrenatural se les presenten. Por eso no dejaba nunca de poner ante su auditorio la importancia de ciertos intereses humanos, mostrando cómo, también en este mundo, toda limosna lleva su recompensa y cómo también, no haciéndola, se corren graves peligros. Decía un día:

«El Señor, que no deja sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre, paga con generosidad vuestra caridad. La recompensará en esta vida con su divina gracia, la paz en vuestras casas, la prosperidad en vuestros negocios, el éxito en la educación de vuestros hijos, la salud, una larga vida.»

«El año pasado, decía a otro auditorio, han quebrado muchos bancos. Los que tenían depositado en ellos su capital, empobrecieron de la noche a la mañana. Su ruina trae a mi recuerdo la recomendación que Don Bosco hacía a menudo a sus amigos, sobre todo a los que no tenían herederos forzosos: "Colocad vuestro capital, les decía, en un

QUEM DE ALTERIUS A PATRE LEGÍFERO

SUPREMI MODERATORIS VITA

LIBRUM COMPOSUI

HUNC

VELUTI PATRI FILIUS

PETRO RICALDONI

QUI IN SALESIANORUM SODALITATE REGENDA

CUNCTIS FERE SUFFRAGIIS

QUARTUS SUCCESSIT

D. D. D.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERA (P.)**, *Lettere circolari ai Salesiani*. (Turin, Società editrice internazionale, 1929.)
- AMADEI (A.)**, *Don Bosco ed U suo apostolato*. (Turin, Società editrice internazionale, 1929.)
- AMADEI (A.)**, *Il Servó di Dio Michele Rua*, vol. I. (Turin, Società editrice internazionale, 1931.)
- BARBERIS (A.)**, *Don Giulio Barberis*. (San Benigno Canavese, Scuola tipográfica Don Bosco, 1932.)
- BONETTI (J.)**, *I cinque lustri dell'Oratorio Salesiano*. (Turin, Tipografia Salesiana, 1892.)
- BOURG (J. du)**, *Les entrevues des Princes á Fróshdorf*. (Paris, Librairie académique Perrin, 1910.)
- BULLETIN SALÉSIEEN**, *la collection complete en français et en italien*, de l'année 1879 á l'année 1910. (Turin, Società editrice internazionale.)
- CERIA (E.)**, *Memoire Biografiche del Beato Giovanni Bosco*, vol. XI, XII, XIII. (Turin, Società editrice internazionale.)
- CHIUSO (T.)**, *La Chiesa in Piemonte (4 vols.)*. (Turin, Giulio Speirani e figli, 1892.)
- CIMATTI (V.)**, *Don Bosco educatore* (Turin, Società editrice internazionale, 1925.)
- COSTAMAGNA (J.)**, *Lettere confidenziali ai direttori delle Case Salesiane del Vicariato sul Pacifico*. (Santiago, Escuela tipográfica Salesiana, 1901.)
- COSTAMAGNA (J.)**, *Conferenze ai Figli di Don Bosco*. (Santiago, Libreria Salesiana editrice, 1900.)
- FASCIE (B.)**, *Del modo educativo di Don Bosco*. (Turin, Società editrice internazionale, 1927.)

líneas y había hecho surgir de la **nada**, para recoger a la juventud abandonada.

Don **Rua** no creó nada totalmente suyo, no era su misión; la misma Asociación de Antiguos Alumnos estaba ya establecida por Don **Bosco**, de la adolescencia a la **madurez**, todo cuanto el Padre puso entre sus **manos**.

Gracias a los cuidados de este experto **jardinero**, se **desarrolló** el árbol plantado por Don **Bosco**.

Fue el lugarteniente incomparable durante treinta y cinco años y el Jefe supremo durante **veintidós**.

* * *

Mas para dar a conocer a Don **Rua**, se levanta ante nosotros un doble escollo.

Su vida se fundió totalmente en la de Don **Bosco**; padre e hijo anduvieron **entregados** a la misma tarea; sus trabajos se **confundieron** de forma tan inexplicable que, durante treinta años, la fuerte personalidad del uno ahogó la del **otro**, tanto más cuanto que Don **Rua** se empeñó en **disimular**, a toda costa, cuanto **pu**diera saber a mérito **suyo**. ¿Cómo separar estas dos **existencias**, ni cómo dejar en las **sombras**, o en un segundo plano, el **lumino**so perfil de un personaje que no era el héroe del libro? La gran figura del fundador se interponía en cada página entre la **inten**ción del escritor y la ejecución de su plan. No siempre era fácil apartarlo.

Por otra parte, para dar al lector idea exacta de la actividad de Don **Rua**, era necesario encuadrarlo en la historia de **los** orígenes de la Obra salesiana, y resultaba que esta historia, una de **dos**: o ya era conocida por el **público**, con lo que resultaría molesto repetirla; o no la conocía, y entonces era insuficiente tratarla per summa **capita**. Era, pues, difícil resolver qué espacio convenía dar al relato de ciertos sucesos para no fastidiar a unos, ni dar idea superficial a **otros**.

Si no hemos llegado a salvar estos dos **escollos**, esperamos perdón de la indulgencia de nuestros lectores.

Hemos querido hacer una biografía breve del primer sucesor de Don Bosco, según los gustos de hoy.

Para satisfacer **este** deseo del público, hemos adoptado el método que ha asegurado el éxito de la mayor parte de los **biógrafos contemporáneos**, sean profanos o **religiosos**. No hemos intentado decir todo cuanto se puede de nuestro héroe. Hemos seleccionado lo principal. Una biografía no es un acta, en la que **se** anotan, día a día, las más insignificantes acciones y **palabras** de un personaje determinado, sino una reunión de los principales aspectos que hacen resaltar su figura. Nos hemos propuesto **dibujar** unas hermosas avenidas que se encuentran en una gran plaza.

Hemos evitado aplastar el lector bajo el peso de la abundancia de **datos**, creyendo que, más fácilmente, se destacaría la silueta precisa de nuestro héroe, con la **selección** de algunos detalles **característicos**, que no con un montón de documentos.

Ya sabemos que la forma y el plan no son **todo**; que lo esencial es el fondo y la materia. Pero ¿quién no concede la vida y relieve que al todo prestan los detalles? **Andrés** Maurois, príncipe de los biógrafos, dijo con mucha razón: "El biógrafo como el fotógrafo y el paisajista, debe saber aislar lo que hay de esencial en el **conjunto**".

Guiados por este **precepto**, huimos el método de seguir al héroe, sin ahorrar al lector un sólo detalle de su vida, para concentrar la atención en unos cuantos hechos **culminantes**. Claro que también con este procedimiento seguimos el orden **cronológico**, imposible de evitar, pero sin preocuparnos demasiado.

En resumen, no hemos sacrificado la Verdad histórica por la verdad psicológica; simplemente, hemos subordinado la primera a la segunda, porque queríamos hacer una obra sobre su vida.

* * *

Por lo mismo, hemos adoptado una forma que goza de las simpatías del público actual: capítulos cortos y rápidos, **frases**

corrientes y un estilo **que**, al decir de **Montaigne**, pretende ser sobre el papel el mismo de los labios.

La Hagiografía ha hecho considerables progresos durante los últimos **tiempos**, hasta llegar a las biografías modernas, que **devoran** los lectores.

Han adquirido rapidez de estilo, emoción y sencillez. A todos nos gusta descubrir por nosotros mismos lo que hay de admirable, porque todos nos consideramos suficientemente **inteligentes**. Hablan los hechos y basta **exponerlos**, sin **imponerlos**.

Hemos intentado comprender al lector **contemporáneo**.

Ojalá lo hayamos conseguido, **¡aunque sea a medias!**

* * *

Han colaborado muchos en el libro.

En primer lugar, nuestro Hermano y colega Don Ángel **Amadei**, cuyo primer Volumen de la Vida de Don **Rua**, en italiano, nos ha documentado abundantemente hasta 1898. Sin esta obra no habiéramos podido ni empezar nuestro trabajo.

También nos ha ayudado mucho el autor **anónimo** de **Artículos** para el proceso del Ordinario. Este Volumen, de apenas un centímetro de **espesor**, es de una densidad histórica extraordinaria: hemos entrado a saco en él.

Los Padres **Trione** y **Ceria** —dos grandes nombres **salesianos**— nos han proporcionado el material de dos capítulos (el **P. Trione** el del **cap. XXXIII** de la cuarta parte y el **P. Ceria** el del **XXIII** de la tercera) y, **además**, nos han prestado luces y alientos continuos.

Corazones puros de la niñez y de **religiosas**, cuerpos crucificados por el dolor y almas fervorosas han sostenido nuestro **esfuerzo** con sus oraciones y sus **sufrimientos**.

El autor **ofrece**, a las puertas del **libro**, a todos estos colaboradores conocidos y **desconocidos**, la **expresión** de su cordial **agradecimiento**.

*Durante el tiempo que duró este **trabajo**, que hubiéramos **querido** menos **imperfecto**, hubo un pensamiento que nos animó sin cesar para no abandonar nuestro deseo o dejarlo para más **adelante**: fue el de **ayudar**, con la presente biografía, al reclutamiento de tropas de refuerzo y **relevo**, de que tanto necesita la Obra salesiana, para llevar a cabo la aplastante tarea que las circunstancias reclaman.*

*Nunca como hoy fue tan codiciada por todos los partidos la juventud, y, sobre **todo**, la juventud popular, centro radioso de las mejores **esperanzas**.*

*La mies es mucha, pero faltan **operarios**.*

*Nuestras Velas y fatigas quedarán bien pagadas, si alguno de esos jóvenes ardorosos que aún titubean en la primera encrucijada de la vida, se decidieran, con la lectura de este **libro**, a poner sus pies sobre las huellas del gran apóstol, cuya alma maravillosa hemos intentado **pintar**.*

PROLOGO

1847. Mes de mayo.

Escenario: **Turín**, capital de los Estados sardos.

Al Este de la **ciudad**, en una plaza circular, junto a las antiguas murallas, bulle el mercado municipal de Porta Palazzo.

Tenderetes de ladrillo pintarrajeado de amarillo, cubiertos con caprichosos tejados de madera de pino, o con simples lonas, **guardan** toda clase de productos alimenticios, las más variadas ropas, o las flores más **raras**.

Allí se vende de todo. Las flores en la parte superior, junto a la ciudad; abajo, el **pescado**; a lo largo de la avenida, las **ropas**; y en otro semicírculo de la vasta plaza se mezclan frutas, **legumbres**, carnes y **quesos**. Lo mismo se vende una cacerola **vieja**, que una palangana **esmaltada**.

Un gentío bullicioso de hortelanos y **mayoristas**, tenderos y amas de casa, comerciantes y **comisionistas**, llena la plaza produciendo sordo **rumor**.

Al son de una guitarra se oye el romance sentimental de moda. Ante una mesa, a los cuatro vientos, plantada sobre **unos** caballetes, las cartománticas leen en las manos de los **campesinos**, que han ido a vender sus productos, el futuro de su vida. Un vendedor ambulante grita a todo pulmón la última novedad.

A dos pasos, en una depresión del terreno a la izquierda, hay una plazuela anexa para el mercado de animales, que los domingos se transforma en mercado de trastos **viejos**, a donde van a parar todos los desechos de la ciudad.

Al lado está el **"Rondó"**, lugar siniestro, donde se levanta el cadalso para las ejecuciones de muerte.

Es este un lugar, a las afueras de la ciudad, lleno de vida

ruidosa, trabajosa y trágica. Hay pasto abundante para todos los gustos.

Allí se dan cita los galopines ociosos de los arrabales, los chiquillos que hacen novillos y todos los pillos y caras sospechosas. Allí hay ocasión para robar, tramar asaltos, preparar bromas, hacer pillerías y, a Veces, para ganar cuatro cuartos cargando y descargando los carros de los hortelanos.

A menudo, un cura atraviesa por medio de la gente. Todo el barrio le conoce: es Don **Bosco**, joven de unos treinta años. Apenas aparece, toda la chiquillería corre a él: es su especialidad. Al caer de la tarde, abre la puerta de su pobre casa a cuantos quieran entrar, y les enseña muchas cosas, para que así tengan contacto con la sotana. Los domingos los recoge en un patinillo, junto al Orfanato de niñas, en donde es ayudante del capellán, y acuden a centenares. Por la mañana oyen misa y por la tarde les da lección de catecismo, antes de la Bendición con el Santísimo. Todo esto lo llama él un Oratorio.

Todos quieren a este sacerdote, porque es sencillo y comunicativo. Se le puede hablar, preguntarle, pedirle una estampita o unas perrillas; él se para, escucha, sonríe y da gusto a los más exigentes. No tiene miedo en recogerse la sotana para jugar con sus muchachos. ¡Hay que Verlo correr! No hay modo de alcanzarle; corre como un gamo y se escurre como una anguila.

Precisamente aquella mañana apareció por allí. Eran las ocho y media, la hora de entrar en la escuela.

Los muchachos atraviesan el mercado para ir a las próximas Escuelas de los Hermanos. Algunos Ven a Don Bosco y se acercan a él.

—¡Una medalla, Don Bosco, una medallita!

Y el buen curita hunde sus manos, sin cansarse, en los bolsillos.

De pronto se planta ante él un muchachito de aspecto más bien tímido. Tiene unos diez años, ojos inteligentes, porte cuidado, hasta elegante, casi aspecto muy fino y un poco triste. También él tiende la mano.

—Ah, ¿eres tú, Miguelillo? ¿Qué es lo que quieres?

—Una medalla, como los oíros, si le quedan.

—¿Una medalla? No, mucho más que eso.

—Pues ¿qué?

—Mira, toma.

Y diciendo esto, Don Bosco tiende su mano izquierda **abierta**, pero del todo vacía, y aplicando la derecha **perpendicularmente** sobre ella hace como si la quisiera cortar en dos, para darle la mitad.

—Vamos, toma, toma.

Toma, toma...; pero ¿qué podía tomar? La mano seguía vacía.

Miguelín enarcaba las cejas sin entender.

—”¿Qué quiere decir con esto?”—, parecía preguntar con sus ojillos.

Pero Don Bosco no respondía a su muda pregunta.

Aún no había llegado la hora de explicar el enigma al niño Miguel Rua.

Llegaría cinco años más tarde.

PRIMERA PARTE

CAMINO DEL SACERDOCIO

— Miguel ; Miguelín.

— ¡ Ah, muy bien, Miguelín ! ¿ Te gusta esto ?

— Mucho.

— Entonces ... ¿ volverás ?

— Siempre que pueda.

¡ Ay ! No podría ser a menudo : una enorme muralla se alzaba frente a su deseo.

* * *

Su madre era viuda. El cabeza de familia, Juan Bautista Rua, había muerto el 2 de agosto de 1845. De su primer matrimonio tuvo cinco hijos, los cinco varones ; y del segundo, otros cuatro, tres varones y una hembra. Miguelito era el último.

Al nacer, 9 de junio de 1837, ya habían fallecido cuatro de sus hermanos. Los tiempos eran duros y los salarios exiguos ; resultaba, por consiguiente, difícil acallar el hambre. La higiene de los hogares estaba en sus comienzos. Los hijos nacían débiles y enfermizos. Así podemos comprender, al menos en parte, la rápida desaparición de la familia Rua.

Sin embargo, su jefe ocupaba un lugar respetable en la Fábrica de Armas de Turín. Por sus propios méritos y su entrega a la empresa había llegado a contraamaestre. Desgraciadamente la muerte le arrancó de entre los suyos, a los sesenta años. Muerto él, los dos sobrevivientes del primer matrimonio, ya mayores, abandonaron a su madrastra, la cual se quedó con sus tres muchachos, Juan Bautista, Luis y Miguel, puesto que la niña también había ya volado al cielo.

Por ser pensionista del Estado conservó su habitación dentro de la fábrica, en la cual trabajaba ya el mayor. Los dos pequeños iban a la escuela adjunta a la capilla de la fábrica.

Tenía ésta, en efecto, un capellán, el cual aseguraba los servicios religiosos dominicales. Durante la semana, enseñaba a los hijos de los empleados. En los bancos de aquella humilde escuela aprendió Miguelín a leer, escribir y contar. Inmediatamente llegó a ser uno de los primeros alumnos, aprendió en seguida a

ayudar a misa y sobresalió siempre, entre los primeros, en el **ca-
tecismo**. Resultaba, pues, un modelo y casi una rueda impres-
cindible de la capillita. He aquí por qué los domingos, la señora
Rua, cediendo a las súplicas **del** capellán, no dejaba a Miguel
marcharse con Luis tanto como él lo deseaba, al oratorio de Don
Bosco, a pesar de su proximidad.

A veces le decía que sí, y a veces le decía que no ; pero **el**
muchacho nunca podía **marchar** sino después de la misa del an-
ciano capellán.

Esta privación, que aceptaba dócilmente, le ataba más estre-
chamente al Oratorio y, sobre todo, a Don Bosco. Los gritos de los
muchachos que se divertían en el corralillo del Refugio de Santa
Filomena llegaban a sus oídos y aquel alboroto de los amigos
devoraba sus **ansias**. ¡ Qué pena, no poder ir con ellos ! ¡ Qué
pena, ay, no poder volver a ver a aquel cura que, a la **primera**,
le había robado el corazón !

* * *

Las mismas pruebas que en sus inicios sacudían aquella obra
hacían que los jóvenes la amasen más, quizá por ese ansia de
aventuras que los muchachos llevan en el alma.

En efecto, el Oratorio de Don Bosco no era un Oratorio co-
mún. Era el tipo perfecto del Oratorio nómada, del oratorio va-
gabundo, obligando a alzar tiendas a cada momento.

Nunca hubo una familia numerosa con más trabajos para ins-
talarse. Ningún propietario quería a inquilinos tan **alborotadores**.
Así es que el pobre sacerdote tuvo que pasear por doquiera su
abundante rebaño. La calleja que cruzaba ante su habitación
fué durante unos meses el primer patio de juego. Expulsado de
allí, encontró domicilio en los alrededores de una iglesia vieja
abandonada. Pero una partida de vecinos, estorbados en sus par-
tidas dominicales de bolas, obligó a la bandada de muchachos a
largarse. Se fueron a otra iglesia, la de un cementerio ante **el**
cual se extendía un amplio campo donde poder jugar ; su gozo
no duró más que un domingo. El capellán del cementerio les

arrojó por demasiado alborotadores. Afortunadamente, la estación les permitió salir al campo y vivir al aire libre, como lo hicieron, siempre el cura a la **cabeza**.

Pero éste empezaba a perder su sonrisa. Y la perdió del **todo** unos meses más tarde, cuando a fines del invierno, fue arrojado su indeseable cortejo de una pradera, a la que todos aquellos pilluelos iban a divertirse. Los campesinos les obligaban a marcharse acusándoles de no dejar ni rastro de raíces en el **suelo**. Verdaderamente, ¡ aquel Oratorio tenía mala suerte !

* * *

La malignidad de la gente, o mejor, su incomprensión, iba a terminar por desacreditar al Jefe: « — Está tocado, pierde la **cabeza** », insinuaban unos. «Hace castillos en el aire ; habla de Oratorios futuros, de internados, de iglesias, de obras múltiples, de colaboradores numerosos, como si los viera. ¡ Locura de grandezas !»

—«Está trastornado», susurraban otros ; «a ojos vistas pierde el sentido. ¿ Cuándo se vio a un sacerdote meterse así en medio de una turba de chiquillos? Cuando se viste sotana, hay que guardar las distancias. ¡ Estar a la reserva, nada mejor para ganarse el respeto !»

* * *

¡ El respeto ! ¡ Sí, eso buscaba aquel cura ! El no hacía caso de eso ; miraba más arriba. Quería los corazones, y, para ganarlos, se ponía a su nivel.

Precisamente eso era lo que, vagamente, removía el alma de Miguelín, el cual advertía que aquel sacerdote le amaba de veras, aquel sacerdote aparecido providencialmente en su camino, dos meses después de la muerte de su padre, como para reemplazarlo.

Se interesaba por cuanto a su gran amigo se refería.

¡ Cómo sufrió aquel domingo de diciembre de 1846, cuando el capellán de la fábrica le preguntó, después de misa, mientras se desabotonaba a toda prisa la sotanita :

CAPÍTULO II

LA L L A M A D A

¡ Qué contento se debió quedar Miguelín al saber que el Oratorio que él quería tanto, el Oratorio a donde escapaba corriendo siempre que su madre se lo permitía, estaba salvado para siempre, asentado sólidamente sobre las dos habitaciones que Don Bosco había alquilado, para él y su **madre**, en casa Pinardi !

Pero la alegría del hijo no tenía comparación con la del Padre.

Aquel cachito de patio y aquel mísero cobertizo, transformado en capilla **por** el sacerdote, eran sólo el punto de partida. El contrato firmado libraba a la obra de nuevas expulsiones.

Ahora había que buscar más habitaciones para instalar las escuelas nocturnas y la clase de canto, y más tarde los dormitorios para los oratorianos sin techo, o los huérfanos de la guerra del 48. Grave preocupación. Don Bosco resolvió el problema alquilando una tras otra todas las habitaciones que los inquilinos del inmueble abandonaban, abrumados por el ruido que de día y de noche armaba la turba de muchachos. Cuando ocupó todas las habitaciones, compró la casa por 30.000 francos y 500 más para horquillas y alfileres de la señora Pinardi. La obra se consolidaba.

Pero hacían más falta los hombres que los locales. Un sacerdote solo no podía llegar a todo. Su madre le **ayudaba**, cierto ; hacía de cocinera, lavandera, costurera, barrendera. Otro buen sacerdote, capellán con él de las niñas del Refugio de Santa Filomena, le prestaba una ayuda fiel, pero nada más que durante las horas libres, bastante raras, por cierto.

¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo asegurar la marcha de la obra, del momento, y la vida del mañana?

Era a principios de **verano** de 1848, y había que enfocar el porvenir de aquel muchachito de once años. ¿A qué **destinarlo**? ¿No sería mejor dejarle en la Fábrica de Armas? Allí había **dejado** su padre excelente **recuerdo**; dos de sus hermanos trabajaban en ella; allí habitaba la familia. Nada más natural a elegir.

Un **obstáculo**: el muchacho era inteligente, pero **endeble**. ¡Eso no importa nada! Entrará en las oficinas. Pero, para hacer un buen **papel**, y sobre todo para ascender, se imponía ampliar los estudios.

Esto nos explica cómo en octubre de aquel año entraba en los Hermanos de las Escuelas Cristianas que, muy cerca de allí, en *Porta Palatina*, tenían una escuela media, en donde enseñaban —**copiamos** de los **programas**— «además de las ciencias religiosas, los preceptos de **composición literaria**, el sistema de pesos y medidas en uso en el Piamonte, el sistema métrico decimal recientemente adoptado, Geografía de Asia y de África, Historia de los duques de **Saboya**, desde Amadeo VII hasta Carlos Manuel II, elementos de Historia Natural, Dibujo y **Caligrafía**.»

La asistencia a la escuela de los Hermanos no apartaba al muchacho de su **Oratorio**, ni de Don Bosco; todo lo contrario. Entre la fábrica y el colegio estaba el mercado que había que atravesar; y era el mercado precisamente uno de los lugares de caza más frecuentados por el celoso **sacerdote**. ¡Cuántas veces se cruzaron allí el padre y el hijo! Ya lo hemos visto atrás.

Además, la madre de Miguelito ya le dejaba acompañar a su hermano Luis, los domingos por la tarde, al Centro de la **Juventud**. Para el chico era una alegría encontrarse con el que había conquistado tan fuertemente su corazón. Aún se conservan las calificaciones con el «muy **bien**», que cada mes le llevaba Miguelín, como para **decirle**: «¡Vea cómo le honro en la Escuela de los Hermanos!».

En la misma escuela de los Hermanos encontraba todos los **sábados**, y a veces los domingos, a Don Bosco, que era confesor de los alumnos y predicada en las fiestas. Ya entonces el poder sugestivo del gran educador era casi irresistible. Apenas se presentaba en público, los corazones volaban hacia él.

«Recuerdo, decía Miguelín cincuenta años más tarde, los domingos en que Don Bosco venía a celebrar y predicar a la **escuela**. Aún no había atravesado la puerta y un estremecimiento general recorría los **bancos**. Todos nos levantábamos, salíamos de nuestro sitio y nos apretujábamos en su **derredor**. No estábamos satisfechos hasta haberle besado la mano. Intentaban los buenos Hermanos frenar aquel desorden, pero en vano. Pasaban varios minutos hasta que Don Bosco lograba llegar a la sacristía. Las tardes de confesiones, sucedía lo mismo. Todos mis compañeros, dejando los otros confesores, se dirigían hacia su confesonario. ¿Cómo explicar aquella atracción irresistible de nuestros corazones? Sólo **así**: nos sentíamos verdaderamente amados, nosotros y nuestras **almas**, en el **Señor**.»

Este intercambio creciente de intimidad duró mientras Miguel asistió a la escuela *Cuatro Brazos* de los Hermanos, que fue durante dos cursos **completos**: de 1848 a 1850. Al acabar el segundo, en cuyo programa se leía **además**: «**estudio** del francés, elementos de cosmografía, ejercicios de correspondencia **comercial**, dibujo lineal y de adorno, curso de canto y de **latín**», se puso de nuevo sobre el tapete la cuestión del porvenir del muchacho.

Su madre seguía pensando en las oficinas de la fábrica.

Los **Hermanos**, por su parte, encantados de la **inteligencia**, de la pureza, de la piedad de **aquel** niño y hasta de su compostura correcta, casi elegante, habían puesto sus ojos sobre **él**. «A saber si el cielo no le destina para **nosotros**...», pensaban. Y, en el nombre del cielo, le hicieron algunas preguntas.

Miguel no respondió ni que sí, ni que no. Parecía esperar otra cosa.

Un día, la ansiosa espera de su corazón cesó.

Don Bosco le tomó aparte y, clavando sus ojos en los del **niño**, muy paternalmente, le **preguntó**:

—¿Qué piensas hacer para el próximo curso, **Miguelín**?

—**Entrar** en la fábrica, para ayudar a mi madre, que se ha sacrificado tanto por nosotros.

—¿No te gustaría continuar tus estudios?

—**Sí**..., pero...

—¿Qué dirías si se tratase de estudiar latín, para llegar un día a sacerdote?

—Diría que sí, en seguida. Pero mi madre... ¿quién sabe?

—Prueba de hablarla ; ya me dirás lo que ella piensa.

¿Puede acaso dudarse de lo que pensaría una cristiana de su talla?

—«Verte sacerdote, hijo mío, respondió ella, sería el más grande honor de mi vida. No sabría cómo agradecer al Señor honor tan grande para mi familia. Dile, pues, a Don Bosco que, por este año consiento, haremos la prueba ; luego, ya veremos...»

Delirando de alegría, corrió el muchacho aquella tarde hasta su gran amigo.

—Don Bosco, ha dicho mi madre que puedo probar este año... Así que aquí me tiene. ¡ Haga de mí lo que quiera !

Puso el sacerdote su mano sobre los hombros del chiquillo, como quien toma posesión de algo, y miró fijamente a Miguelín.

¡ Escena silenciosa, pero muy elocuente !

En los ojos del hijo se leía una alegría indecible.

En la mirada del padre brillaba una inmensa esperanza.

Miguelito no asistió a aquella provechosa escuela **más** que un año, porque el «Curso Bonzanino» no pasaba del cuarto año.

A la apertura del curso de 1851, el jovencito entró en la escuela del sacerdote **Picco**, profesor de Humanidades. Gran amigo de Don Bosco y admirador de su celo, consintió el sacerdote, con gusto, en admitir entre sus alumnos de quinto, y después de retórica, al jovencito **Rua**, que terminó brillantemente en un año sus dos clases.

Para mayor emulación de sus discípulos, el sacerdote **Picco** había inventado este «truco» pedagógico : había bautizado los dos primeros bancos de la clase con el nombre de **Senado**, y los cuatro primeros alumnos de cada curso, en conducta y aplicación, se sentaban en ellos después de cada ejercicio de **prueba**. Desde octubre del 51 hasta julio del 52, **Rua** se sentó siempre entre los senadores. Los rivales eran difíciles, inteligencias privilegiadas y encarnizados estudiantes ; mas a pesar de ello estuvo siempre a la cabeza durante aquel curso escolar, que **fué** doble para él, pues hizo el quinto y el de **retórica**. El título de bachiller **coronó** aquel año de esfuerzos. Un miembro del jurado decía a don **Picco**, después de haber preguntado a su alumno en el examen **oral** : «Le envidio este muchacho. Este llegará **lejos**, créame».

* * *

Su ardor en el estudio tenía un gran mérito. Por dos veces, durante aquellos años, entristeció su alma afectuosa la muerte. En dos años, uno tras otro, víctimas de no se sabe qué mal, murieron sus dos hermanos.

Luis en febrero de 1851, a los diecisiete años, y Juan Bautista, a los veintitrés, en marzo de 1853.

Las dos muertes le afectaron profundamente, probablemente más la primera. Una ternura particular unía su alma a la de Luis. Era de un natural endeble que nunca pudo mejorar ; pero tenía un alma fuerte y purísima. Don Bosco, cuyo Oratorio frecuentaba con **asiduidad**, le tenía en alta estima ; los Hermanos, de los que fue alumno, le querían para ellos. Este doble testimonio prueba el

Reclutando obreros ; pero, ¿dónde?

¿En las alturas, entre el clero? Lo ensayó, sin éxito.

¿Entre los católicos abnegados de la ciudad? Lo ensayó también, con algún éxito ; pero los deberes del mundo acaparaban demasiado su buena voluntad.

Entonces Don Bosco miró hacia abajo e inauguró un método, que ya no abandonó, porque siempre le dio buen resultado.

Con un trabajo lento pero seguro, hizo brotar de entre su tropa los mandos para su Obra ; reclutó los cuadros de entre las filas de sus soldados ; sacó de aquel su pequeño mundo jefes más capaces que nadie para iluminarle y conducirle.

No fué tarea fácil. Eran tiempos extraordinarios los del año 48. Fiebre ardiente corría por las venas de Italia, que soñaba en la conquista de sus libertades y en alcanzar su unidad, echando fuera al extranjero, al austríaco descubierto o disfrazado. La idea embriagadora emborrachaba los espíritus y se tambaleaban las mejores cabezas. Por aquella época se llegó a ver en Turín a seminaristas que, desobedeciendo formalmente a su Arzobispo, se echaban a la calle mezclados con el pueblo para aclamar la nueva Constitución. Otros, sin sonrojar siquiera, lucían, en pleno coro catedralicio, durante la noche de Navidad, una escarapela sobre la sobrepelliz. La política se mezclaba en todo ; todo lo envenenaba y, muy a menudo, se volvía contra la religión.

En aquellos tiempos, en general, la idea y el hábito religiosos estaban desacreditados, a menos que hicieran profesión pública de nacionalismo. Soplaban vientos de anticlericalismo. Se miraban los hábitos ceñudamente, todo alejaba las almas del claustro y del seminario.

Volvía una tarde Miguelito de hacer los recados de su madre, cuando oyó a sus espaldas a un obrero que le decía : —¿Qué cantas, desgraciado? Si algunos te oyeran estabas arreglado. Nuestro hombrecillo tarareaba sencillamente el Himno de Garibaldi, aprendido a fuerza de andar por los patios de la fábrica.

CAPÍTULO II

LA LLAMADA

¡ Qué contento se debió quedar Miguelín al saber que el Oratorio que él quería tanto, el Oratorio a donde escapaba corriendo siempre que su madre se lo permitía, estaba salvado para siempre, asentado sólidamente sobre las dos habitaciones que Don Bosco había alquilado, para él y su madre, en casa Pinardi !

Pero la alegría del hijo no tenía comparación con la del Padre.

Aquel cachito de patio y aquel mísero cobertizo, transformado en capilla por el sacerdote, eran sólo el punto de partida. El contrato firmado libraba a la obra de nuevas expulsiones.

Ahora había que buscar más habitaciones para instalar las escuelas nocturnas y la clase de canto, y más tarde los dormitorios para los oratorianos sin techo, o los huérfanos de la guerra del 48. Grave preocupación. Don Bosco resolvió el problema alquilando una tras otra todas las habitaciones que los inquilinos del inmueble abandonaban, abrumados por el ruido que de día y de noche armaba la turba de muchachos. Cuando ocupó todas las habitaciones, compró la casa por 30.000 francos y 500 más para horquillas y alfileres de la señora Pinardi. La obra se consolidaba.

Pero hacían más falta los hombres que los locales. Un sacerdote solo no podía llegar a todo. Su madre le ayudaba, cierto ; hacía de cocinera, lavandera, costurera, barrendera. Otro buen sacerdote, capellán con él de las niñas del Refugio de Santa Filomena, le prestaba una ayuda fiel, pero nada más que durante las horas libres, bastante raras, por cierto.

¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo asegurar la marcha de la obra, del momento, y la vida del mañana?

CAPÍTULO III

¡ A ESTUDIAR LATÍN !

Una noche de mayo de 1847, Don Bosco soñó.

La Santísima Virgen le invitaba a caminar bajo una pérgola tapizada de rosas. Las flores festonaban los pilares, envolvían de ramilletes los arcos y cubrían el suelo con profusión, exhalando un perfume sin rival.

Don Bosco obedeció.

Y a los primeros pasos sintió la acerada punta de las espinas. Volvió atrás para calzarse y reemprendió el camino, seguido de una turba de desconocidos que, seducidos por la hermosura de las flores y su perfume embriagador, pedían acompañarle.

Casi desde el umbral, las rosas ensangrentaban piernas, manos y cara.

La gente que miraba cómo caminaban, decía: «¡ Ah, es Don Bosco, que anda sobre una alfombra de rosas ! ¡ Qué hombre más feliz !»

Los que le seguían pensaban de otro modo. Iban perdiendo su entusiasmo y gemían: «Nos ha engañado». Y deshacían el camino.

Ante la fuga general, una profunda tristeza invadió al apóstol. «¡ Que tenga que llegar yo solo al final !», murmuró.

Entonces se le presentó un nuevo grupo de clérigos y legos que, con aire decidido, dijeron: «¿ Nos quiere? Estamos dispuestos a seguirle a todas partes».

A su cabeza reemprendió el camino, y, esta vez, casi todos los compañeros de viaje le acompañaron hasta el final de la pérgola.

¡ Pero en qué estado llegaron ! Delgados, **agotados**, ensangrentados.

Por fortuna, al salir a la planicie, alzóse una ligera brisa que rehizo sus fuerzas y cicatrizó sus heridas ; como por arte de **encantamiento**, el soñador se encontró en medio de una multitud de jóvenes, a quienes sus compañeros divertían, guiaban y educaban.

* * *

Este sueño tardó casi tres años en realizarse. Antes de alistar al jovencito **Rua**, Don Bosco había intentado cuatro veces conducir hacia el sacerdocio unas posibles vocaciones. Resultado **desconsolador**: desbandada general. De la última prueba sacó dos candidatos para el Seminario **Mayor**.

Sin dejarse abatir por el **fracaso**, Don Bosco echó la red por quinta vez, entre los mejores de sus oratorianos, y amén de **Rua** recogió otra media **docena**.

Apenas terminado el curso se dieron al estudio, a pesar del calor sofocante. Había que hacer el primer curso de latín durante las vacaciones. Aplastado por mil cuidados y **preocupaciones**, Don Bosco tuvo que encomendar la clase a uno de sus alumnos del curso superior, un tal Reviglio, que murió siendo párroco de San Agustín, en Turín. El se limitaba a dar algún vistazo de cuando en cuando.

— ¿ **Cómo** va eso ? — preguntó quince días más tarde al improvisado **profesor**.

— **Bastante** bien — respondió — ; Marchisio trabaja como un **negro** ; Ferrero habla poco, pero entiende de prisa y retiene sin **dificultad**.

— ¿ **Y Rua** ?

— **Rua** deja mucho que desear. No sé lo que le pasa, pero el latín no le dice nada.

— **Sin embargo** — insistió Don Bosco — , tiene tanta inteligencia como los otros dos.

— **Es posible**, pero se ve que no la usa.

Cuando Miguelín se enteró de la **conversación**, se llenó de

pena. La acusación era justa ; tal vez no lo era tanto la explicación. Puede que hubiera algo de pereza. También podía darse que la cabeza, entregada hasta entonces a disciplinas elementales fuertes, **acostumbrada**, sobre todo, a las ciencias exactas, se **desconcertara** de cara a unos estudios que no se parecían casi en nada a lo que él sabía, teniendo que caminar por senderos totalmente nuevos.

Sea **ello** lo que fuere, el solo pensamiento de que Don Bosco, informado de aquel abandono, hubiera podido dudar por un minuto de su buena voluntad, bastó para levantar al muchacho de su **decaimiento**. Ya no hubo que lamentarse más de su **aplicación**, **sino** que, desde **quel** día hasta el fin de sus **estudios**, estuvo siempre entre los primeros de su clase.

En octubre de 1850 empezó el segundo curso, con unos cuantos compañeros, en la escuelita del reverendo sacerdote Merla. Era éste un sacerdote que mataba sus ocios dando clases de latín en su **casa**. Siete eran los que, desde la de Don Bosco, iban cada **mañana**, con la cartera al hombro, a la del reverendo Merla para descifrar *De viris illustribus de Cornelio Nepote*. Sólo uno de los siete **perseveró**: **Rua**. Uno tras otro, con uno o dos años de intervalo, abandonaron los estudios y a Don Bosco.

Por otoño del año siguiente, 1851, cambió de profesor. El reverendo Merla se sintió llamado a otro **apostolado**: lo había solicitado y consiguió entrar de capellán de prisiones. Don Bosco tuvo que buscar entonces nuevo maestro para su tropa, ya muy crecida. Lo encontró en la persona del señor Bonzanino.

Era el señor Bonzanino toda una institución. Sentía la enseñanza y a ella se daba en cuerpo y alma. Sus éxitos constantes se debían a su método: claro, ordenado y práctico. Con larga experiencia se preocupaba de los elementos esenciales ; resolvía las cuestiones de acuerdo con los principios básicos y sabía poner en sus clases, más bien rígidas, entusiasmo e inteligencia.

Vivía cerca de la iglesia de San Francisco de Asís, en la misma casa donde Silvio Pellico había escrito, a la vuelta de su cautiverio, *Mis prisiones*. Por la **mañana**, el portal de su casa se llenaba de muchachos, casi todos de la clase acomodada, que **acu-**

dían a sus tres cursos de latín y griego. Enseñaba a todos a la vez. Unos estudiaban mientras daba clase a los otros, y a la inversa. Así es que, en la misma mañana se podía asistir a la explicación de Cornelio Nepote, de César o de Salustio ; de Fedro, de Ovidio o de Virgilio. Ningún tabique, material ni moral, separaba las clases. El profesor exigía solamente atención, los deberes bien hechos y las lecciones bien sabidas. En lo demás, entera libertad. El sistema era de provecho para los buenos alumnos. Los que tenían alguna laguna en su instrucción, la llenaban fácilmente, siguiendo al mismo tiempo el curso inferior. Los de espíritu audaz e inteligencia robusta podían escalar el curso superior. Bonzanino tuvo alumnos que entraron en segundo curso en octubre, pasaron a tercero por Pascuas y terminaron cuarto con el año escolar. El sábado por la mañana, totalmente consagrado a la redacción del tema con el que se obtenía la clasificación semanal, presentaba un espectáculo verdaderamente curioso: los alumnos aplicados se empeñaban en tratar el tema de su curso, dándose el tono de superar la composición de la clase superior.

Miguelito se aprovechó a las mil maravillas de aquel ambiente animoso. Uno de sus compañeros de clase, Francesca, certifica que Rua, cuando hacía el cuarto año, se empeñaba en atender a las clases y redactar los deberes de las dos clases inferiores, para así robustecer los elementos de las lenguas clásicas.

Su aplicación era digna de nota, por lo que ya entonces se le presentaba como modelo.

A menudo, los lunes, tras haberse arrodillado en el confesionario de Don Cafasso, en la iglesia de San Francisco de Asís, subía Don Bosco a casa del señor Bonzanino.

Apenas el buen profesor le veía entonaba el elogio de sus alumnos, pero sobre todo el de Miguelito.

—¡ Maravilloso ! ¡ Muchacho maravilloso ! ¡ Siempre el primero !—exclamaba. —¡ Qué alma pone en el estudio este hombrecito !

—Pero su compañero Marchisio le debe seguir de cerca—in-sinuaba D. Bosco.

—Le sigue, sí ; pero a distancia respetable.

escogido corazón de aquel joven, cuyo recuerdo quedó **imborrable** en el alma de **Miguel**. Cincuenta y siete años más tarde, el 25 de febrero de 1910, unos días antes de **morir**, evocaba Don **Rua** todavía su angelical figura, como se recuerda un ser muy querido, a quien se ha abandonado unas horas antes.

La muerte de Juan Bautista le causó distinto dolor. «Era el martes de **Pascua**, día **lluvioso** y desabrido, cuenta uno de sus discípulos de entonces, Francesia ; repasábamos nuestras **lec-**ciones de latín en la sacristía de la capilla ; pero yo advertía que el alma de Miguel estaba **lejos**, **ausente**, perdida en sombría **tristeza**.

—¿Qué te **pasa**?—le pregunté.

—**Mi** hermano Juan ha **muerto**—me respondió sollozando.

Para calmar su pena le acompañé al pie del altar y juntos rezamos largo rato por su hermano.

—**La** próxima vez me toca a **mí**—me dijo al volver a la sacristía, —**sí**, me toca a mí.

En efecto, quedaba él solo ; su hermanita María había **muerto**, Luis y Juan también. Parecía que el mismo mal misterioso que se había llevado a sus tres hermanos, le debía coger pronto a **él**, pues la envoltura de su alma era bien frágil.

Sin embargo, **fué** aquel año cuando Don Bosco le garantizó cincuenta años más de **vida**, por lo menos.

Volvía una tarde, hacia fines de septiembre, de casa del sacerdote Don Picco en compañía de Miguel. Aquel buen maestro, bienhechor insigne de su obra, se llamaba Mateo y había ido a felicitarle su día onomástico. A la vuelta, al pasar cerca de la iglesia de la *Gran Madre de Dios*, cayó la conversación sobre el octavo cincuentenario del Milagro del Santísimo Sacramento, que celebraría Turín aquellos días (1).

(1) Es muy conocido el gran milagro eucarístico. Se remonta al 1453. Unos ladrones **habían** robado en la iglesia de Exilies (Alto Piamonte) un **copón-custodia**. Atravesando la ciudad de Turín, la muía se negó a seguir **caminando**, cuando estaban a dos pasos del Palacio del Ayuntamiento. Entonces la Santa **Hostia**, **saliéndose** del **vaso** sagrado, se elevó en los aires, permaneciendo así durante varias horas. Por la tarde de aquel día, tras las plegarias de una enorme multitud allí congregada, bajó a posarse sobre una patena que sostenía el Obispo. En el lugar del milagro se levanta una de las más hermosas iglesias de Turín, llamada iglesia del Milagro del Santísimo Sacramento.

Poco a poco, siempre al lado del maestro, iba aprendiendo a hacer sus veces.

Por aquella época (1852-1854) hacía furores en Turín la propaganda protestante, particularmente por el barrio de la Estación **principal**. Don Bosco, al ver tantas almas que caían en las redes seductoras, emprendió una campaña de prensa contra el error, con una lluvia de opúsculos, trataditos, almanaques y hojas volantes.

De ordinario, escribía sus obras de noche, con fiebre, con una letra apenas legible. Había correcciones a millares ; se amontonaban las enmiendas unas sobre otras ; signos convencionales remitían desde la parte inferior de la cuartilla a un rincón superior ; cada página daba la impresión de un campo de batalla.

A veces, por la mañana, se divertía poniendo ante los ojos espantados de sus jóvenes escolares, una o dos de ellas. Aunque se desojaban mirando, no podían descifrar nada. Y entonces decía Don Bosco: «¡ Trabajo para Rua ; vosotros no entendéis nada, pero Rúa se encarga de aclararlo todo !» En efecto, al atardecer, cuando Miguel Rua terminaba sus deberes y su traducción, se daba a descifrar los jeroglíficos de su maestro y, con su impecable caligrafía, le devolvía las páginas totalmente limpias.

Aquel muchacho adivinaba el pensamiento de su padre y se empeñaba en llevarlo a la práctica no solamente en el dédalo de los manuscritos sino en los más humildes detalles de la vida. Lo había elegido por modelo y era su empeño reproducirlo hasta en las más mínimos trazos.

Por eso, ya entonces, crecía la fama de su virtud. Decíase de Rua: «Es un santo como Don Bosco, con la diferencia de que el uno tiene cuarenta años y el otro nada más que **dieciséis**». «**Todos** vosotros sois unos muchachos excelentes, afirmaba uno de los barrenderos de la casa, pero el mejor de todos es **Rúa**.» Bien a las claras se vio el día en que Don Bosco pidió a sus alumnos que manifestaran por escrito aquel a quien creían el mejor de todos. Como por unanimidad, todos los votos fueron para Miguel Rua.

Don Bosco escribió un folleto de ocasión que el público **arran-**caba de las manos. En vista del éxito de la obrita, el buen santo dijo a su **amiguito**: «**Cuando** en 1903 se celebren las fiestas del noveno cincuentenario, tú harás reimprimir este trabajito. Yo ya no estaré, pero tú sí que **estarás**.

—¡**Ah**, Don Bosco ! —**interrumpió** el **joven**—, eso es fácil de **decir**, pero la muerte puede hacerme antes una mala pasada.

—**Te** garantizo que no te la haré. Por consiguiente, piensa **en** publicar entonces de nuevo mi escrito.

En efecto, el jovencito **Rua** había de vivir todavía **cincuenta** y siete años y, fiel a la promesa, haría reimprimir en 1903 el **es-**crito del padre.

CAPÍTULO II

L A L L A M A D A

¡ Qué contento se debió quedar Miguelín al saber que el Oratorio que él quería tanto, el Oratorio a donde escapaba corriendo siempre que su madre se lo permitía, estaba salvado para siempre, asentado sólidamente sobre las dos habitaciones que Don Bosco había alquilado, para él y su madre, en casa Pinardi !

Pero la alegría del hijo no tenía comparación con la del Padre.

Aquel cachito de patio y aquel mísero cobertizo, transformado en capilla por el sacerdote, eran sólo el punto de partida. El contrato firmado libraba a la obra de nuevas expulsiones.

Ahora había que buscar más habitaciones para instalar las escuelas nocturnas y la clase de canto, y más tarde los dormitorios para los oratorianos sin techo, o los huérfanos de la guerra del 48. Grave preocupación. Don Bosco resolvió el problema alquilando una tras otra todas las habitaciones que los inquilinos del inmueble abandonaban, abrumados por el ruido que de día y de noche armaba la turba de muchachos. Cuando ocupó todas las habitaciones, compró la casa por 30.000 francos y 500 más para horquillas y alfileres de la señora Pinardi. La obra se consolidaba.

Pero hacían más falta los hombres que los locales. Un sacerdote solo no podía llegar a todo. Su madre le ayudaba, cierto ; hacía de cocinera, lavandera, costurera, barrendera. Otro buen sacerdote, capellán con él de las niñas del Refugio de Santa Filomena, le prestaba una ayuda fiel, pero nada más que durante las horas libres, bastante raras, por cierto.

¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo asegurar la marcha de la obra, del momento, y la vida del mañana?

Reclutando obreros ; pero, ¿dónde?

¿En las alturas, entre el clero? Lo ensayó, sin éxito.

¿Entre los católicos abnegados de la ciudad? Lo ensayó también, con algún éxito ; pero los deberes del mundo acaparaban demasiado su buena voluntad.

Entonces Don Bosco miró hacia abajo e inauguró un método, que ya no abandonó, porque siempre le dio buen resultado.

Con un trabajo lento pero seguro, hizo brotar de entre su tropa los mandos para su Obra ; reclutó los cuadros de entre las filas de sus soldados ; sacó de aquel su pequeño mundo jefes más capaces que nadie para iluminarle y conducirlo.

No fué tarea fácil. Eran tiempos extraordinarios los del año 48. Fiebre ardiente corría por las venas de Italia, que soñaba en la conquista de sus libertades y en alcanzar su unidad, echando fuera al extranjero, al austriaco descubierto o disfrazado. La idea embriagadora emborrachaba los espíritus y se tambaleaban las mejores cabezas. Por aquella época se llegó a ver en Turín a seminaristas que, desobedeciendo formalmente a su Arzobispo, se echaban a la calle mezclados con el pueblo para aclamar la nueva Constitución. Otros, sin sonrojar siquiera, lucían, en pleno coro catedralicio, durante la noche de Navidad, una escarapela sobre la sobrepelliz. La política se mezclaba en todo ; todo lo envenenaba y, muy a menudo, se volvía contra la religión.¿

En aquellos tiempos, en general, la idea y el hábito religiosos estaban desacreditados, a menos que hicieran profesión pública de nacionalismo. Soplaban vientos de anticlericalismo. Se miraban los hábitos ceñudamente, todo alejaba las almas del claustro y del seminario.

Volvía una tarde Miguelito de hacer los recados de su madre, cuando oyó a sus espaldas a un obrero que le decía : —¿Qué cantas, desgraciado? Si algunos te oyeran estabas arreglado. Nuestro hombrecillo tarareaba sencillamente el Himno de Garibaldi, aprendido a fuerza de andar por los patios de la fábrica.

—¿A dónde vas tan ligero?

—Con Don Bosco.

—¡Cómo! ¿Pero tú no sabes...?

—¿El qué?

—Que está gravemente enfermo...

—No es posible; me lo encontré anteayer.

—Pues, sí, sí, está enfermo de un mal del que difícilmente se cura. Está mal de la cabeza.

«Si me hubieran dicho eso de mi padre, no hubiera tenido tanta pena», confesaba cincuenta años más tarde.

Otra vez, el comandante Genie, director de la fábrica, le detuvo en el patio:

—Hola, Miguelín, ¿sigues yendo con Don Bosco?

—A veces; cuando mi madre me deja.

—¡Pobre Don Bosco! ¿No sabes que está loco?

No se hubiera podido asestar más duro golpe al alma de aquel niño. De momento, no dijo nada, porque era bizarro. Pero cuando el oficial se alejó, derramó lágrimas tan ardientes y abundantes como las del día en que murió su padre.

Y rezó fervorosamente por su gran amigo.

¡Ah, plegaria de un corazón infantil purísimo, de cuánto valiste ante el cielo! Unas semanas después se salvaba para siempre el Oratorio San Francisco de Sales, instalándose en la casa del señor Pinardi, de donde debía irradiar sobre Turín, Piamonte, Italia y el mundo entero. (

Fue un lunes de Pascua, el 13 de abril de 1846, cuando Don Bosco fijó definitivamente su tienda viajera en un rincón de los suburbios turineses, llamado Valdocco.

Aquella misma mañana también, recibía Miguelito, por primera vez, al Señor.

¡Original coincidencia!

Mientras Miguelín, con la cabecita entre las manos, curvado en éxtasis mudo, de amor, suplicaba al Salvador guardase muchos días a su Oratorio; aquel centro de juventudes se cimentaba sólidamente de cara a un porvenir maravilloso, del que habría de ser, él mismo, uno de los principales artífices.

CAPÍTULO II

L A L L A M A D A

¡ Qué contento se debió quedar Miguelín al saber que el Oratorio que él quería tanto, el Oratorio a donde escapaba corriendo siempre que su madre se lo permitía, estaba salvado para siempre, asentado sólidamente sobre las dos habitaciones que Don Bosco había alquilado, para él y su madre, en casa Pinardi !

Pero la alegría del hijo no tenía comparación con la del Padre.

Aquel cachito de patio y aquel mísero cobertizo, transformado en capilla por el sacerdote, eran sólo el punto de partida. El contrato firmado libraba a la obra de nuevas expulsiones.

Ahora había que buscar más habitaciones para instalar las escuelas nocturnas y la clase de canto, y más tarde los dormitorios para los oratorianos sin techo, o los huérfanos de la guerra del 48. Grave preocupación. Don Bosco resolvió el problema alquilando una tras otra todas las habitaciones que los inquilinos del inmueble abandonaban, abrumados por el ruido que de día y de noche armaba la turba de muchachos. Cuando ocupó todas las habitaciones, compró la casa por 30.000 francos y 500 más para horquillas y alfileres de la señora Pinardi. La obra se consolidaba.

Pero hacían más falta los hombres que los locales. Un sacerdote solo no podía llegar a todo. Su madre le ayudaba, cierto ; hacía de cocinera, lavandera, costurera, barrendera. Otro buen sacerdote, capellán con él de las niñas del Refugio de Santa Filomena, le prestaba una ayuda fiel, pero nada más que durante las horas libres, bastante raras, por cierto.

¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo asegurar la marcha de la obra, del momento, y la vida del mañana?

Reclutando obreros ; pero, ¿ dónde ?

¿ En las alturas, entre el clero ? Lo ensayó, sin éxito.

¿ Entre los católicos abnegados de la ciudad ? Lo ensayó también, con algún éxito ; pero los deberes del mundo acaparaban demasiado su buena voluntad.

Entonces Don Bosco miró hacia abajo e inauguró un método, que ya no abandonó, porque siempre le dio buen resultado.

Con un trabajo lento pero seguro, hizo brotar de entre su tropa los mandos para su Obra ; reclutó los cuadros de entre las filas de sus soldados ; sacó de aquel su pequeño mundo jefes más capaces que nadie para iluminarle y conducirlo.

No fué tarea fácil. Eran tiempos extraordinarios los del año 48. Fiebre ardiente corría por las venas de Italia, que soñaba en la conquista de sus libertades y en alcanzar su unidad, echando fuera al extranjero, al austriaco descubierto o disfrazado. La idea embriagadora emborrachaba los espíritus y se tambaleaban las mejores cabezas. Por aquella época se llegó a ver en Turín a seminaristas que, desobedeciendo formalmente a su Arzobispo, se echaban a la calle mezclados con el pueblo para aclamar la nueva Constitución. Otros, sin sonrojar siquiera, lucían, en pleno coro catedralicio, durante la noche de Navidad, una escarapela sobre la sobrepelliz. La política se mezclaba en todo ; todo lo envenenaba y, muy a menudo, se volvía contra la religión.¿

En aquellos tiempos, en general, la idea y el hábito religiosos estaban desacreditados, a menos que hicieran profesión pública de nacionalismo. Soplaban vientos de anticlericalismo. Se miraban los hábitos ceñudamente, todo alejaba las almas del claustro y del seminario.

Volvía una tarde Miguelito de hacer los recados de su madre, cuando oyó a sus espaldas a un obrero que le decía : — ¿ Qué cantas, desgraciado ? Si algunos te oyeran estabas arreglado. Nuestro hombrecillo tarareaba sencillamente el Himno de Garibaldi, aprendido a fuerza de andar por los patios de la fábrica.

CAPÍTULO II

L A L L A M A D A

¡ Qué contento se debió quedar Miguelín al saber que el Oratorio que él quería tanto, el Oratorio a donde escapaba corriendo siempre que su madre se lo permitía, estaba salvado para siempre, asentado sólidamente sobre las dos habitaciones que Don Bosco había alquilado, para él y su madre, en casa Pinardi !

Pero la alegría del hijo no tenía comparación con la del Padre.

Aquel cachito de patio y aquel mísero cobertizo, transformado en capilla por el sacerdote, eran sólo el punto de partida. El contrato firmado libraba a la obra de nuevas expulsiones.

Ahora había que buscar más habitaciones para instalar las escuelas nocturnas y la clase de canto, y más tarde los dormitorios para los oratorianos sin techo, o los huérfanos de la guerra del 48. Grave preocupación. Don Bosco resolvió el problema alquilando una tras otra todas las habitaciones que los inquilinos del inmueble abandonaban, abrumados por el ruido que de día y de noche armaba la turba de muchachos. Cuando ocupó todas las habitaciones, compró la casa por 30.000 francos y 500 más para horquillas y alfileres de la señora Pinardi. La obra se consolidaba.

Pero hacían más falta los hombres que los locales. Un sacerdote solo no podía llegar a todo. Su madre le ayudaba, cierto ; hacía de cocinera, lavandera, costurera, barrendera. Otro buen sacerdote, capellán con él de las niñas del Refugio de Santa Filomena, le prestaba una ayuda fiel, pero nada más que durante las horas libres, bastante raras, por cierto.

¿Cómo resolver el problema? ¿Cómo asegurar la marcha de la obra, del momento, y la vida del mañana?

CAPÍTULO IV

LA CLAVE DEL ENIGMA

Aquel jovencito que triunfaba tan fácilmente era algo más que un alumno **aprovechado**: era también un apóstol. El estudio no cortaba sus horizontes. Al margen de su vida intelectual, o por mejor decir, por encima de ella, abría otra, de entrega total al **servicio** de Don Bosco. Empleaba todas sus horas libres en el Oratorio, en donde prestaba los mil servicios de entre bastidores para aliviar los hombros del maestro.

Uno de sus compañeros, que más tarde se alistaría con él en las filas de Don Bosco, Juan Cagliero, describe, en cuadro pintoresco, sus actividades.

«**Era**, dice, nuestro vigilante para ir y volver de clase, y, la verdad, **formábamos** un gracioso contraste con él. Cuanto más ligeros, jaraneros y casi indisciplinados éramos nosotros, tanto más tranquilo, reservado y diligente se mantenía él. No siempre le hacíamos caso, pero con sus amables palabras y su piedad extraordinaria se nos imponía en la clase, en el estudio y en el recreo.

Parece que le veo todavía, los domingos por la mañana, de centinela junto a la fuente. Don Bosco confesaba antes de la misa, y **Rua** vigilaba para que ninguno de los penitentes **absueltos** dejase de comulgar por **irreflexión**, yendo a tomar unos sorbos de agua fresca.

Durante la misa, nos animaba a orar con su postura recogida. No nos dejaba **charlar**, y, después **de** la comunión, si nuestros ojos y la mente andaban distraídos, nos llamaba la atención, diciéndonos bajito: "**Da** gracias, da gracias a Nuestro Señor".

En las conversaciones no cesaba de alabar a Don Bosco y su amor a la juventud, y nos recomendaba **continuamente** se le recompensáramos con una docilidad ejemplar.

Delicado en extremo, no toleraba la **frase** equívoca entre los **aprendices** de la calle y los que empezaban a hospedarse en la casa de **Don Bosco**; y mucho menos aún entre los alumnos del señor **Bonzanino** o los de **Don Picco**, que parecían inclinados al sacerdocio.

Por aquel entonces, el insaciable celo apostólico de **Don Bosco** tendía a recoger **el** mayor número posible de jóvenes ajenos a la acción bienhechora del sacerdote, faltos, sobre todo, de lecciones de doctrina cristiana. Para lograrlo, escogía, de entre sus **mejores** discípulos, unos cuantos ayudantes. Los domingos y días de fiesta, a continuación de la **misa**, éstos se distribuían por las praderas vecinas y por los solares que abundaban en derredor del Oratorio. Uno a uno, se mezclaban con disimulo entre los grupos de **pilluelos** que jugaban por allí «a las **perras**», a las cartas, a las tres en raya, a cara o cruz, o a otras **cosas**. La habilidad **estaba**, primero, en entretener a los jugadores con alguna ocurrencia **hija** de su propia imaginación; segundo, en dar tiempo a que llegara **Don Bosco**, para que pudiera hablar con ellos, encantarles y conducirles **triunfalmente** al aprisco. ¡ Edición moderna de la parábola del Buen Pastor, que deja a las noventa y nueve **ovejas** fieles para correr en busca de la infiel y devolverla, conmovido, al redil ! De entre estos ayudantes, sobresalía **Rua**.

En la vida de San Francisco de Sales, uno de los precursores del apostolado moderno, se lee que, apesadumbrado al **encontrarse** con un pueblo sumido en la ignorancia religiosa, estableció **unos** «**cursillos** elementales de la fe **cristiana**», que él mismo dirigía en la catedral. Para reunir numeroso público, encargaba, antes de la instrucción **dominical**, a un joven, vestido de **azul**, ir por las calles de Annecy agitando una campanilla y **gritando**: «Id a la **doctrina**, allí aprenderéis el camino del **paraíso**».

Don Bosco empleaba el mismo procedimiento durante la **cuaresma** (única época, en aquel tiempo, en que oficialmente se enseñaba el catecismo) para aumentar su auditorio de muchachos y jóvenes. Y era **Rua** quien, con la campana en la **mano**, **recorría** los campos de los alrededores, lugares ordinarios de cita de la juventud ociosa, para anunciar la hora de empezar el catecismo.

Despacio, sobre seguro, iba madurando el fruto. A fines de septiembre de 1853 le pareció oportuno a Don Bosco recogerlo.

El Oratorio seguía creciendo más y más. Su primera preocupación, después de la compra de la casa del señor Pinardi, fué la de construir una capilla para sustituir el cobertizo que, por el momento, albergaba al Señor ; hija de esta preocupación nació la iglesia de San Francisco de Sales, con una capacidad para unos ochocientos niños.

Como advirtiera, además, la insuficiencia de sus locales para contener los centenares de oratorianos, y deseando favorecer otros barrios de la ciudad, menos apartados que Valdocco, con obra tan oportuna y bienhechora como la suya, abrió en seguida en Turín otro Oratorio, a dos pasos de la estación principal, y, dos años más tarde, un tercero, en otra barriada de la ciudad.

Una tarde, después de las oraciones, anunció a los muchachos, agrupados en su derredor, el plan que tenía. Les habló en estos términos pintorescos: «Cuando una colmena está muy llena, enjambra y se va a formar otra colmena. Lo mismo nos sucede a nosotros. Aquí somos demasiados. Durante el recreo nos damos codo con codo ; en la capilla estamos como sardinas en bannasta. Es imposible moverse. Imitaremos a las abejas y fundaremos otro Oratorio.»

Y como se dijo, se hizo. En tres puntos distintos de la gran ciudad se encendieron tres nuevos hogares de vida cristiana, a los que pudieron acudir para iluminar su alma y calentar su corazón millares de jóvenes.

Tres años más tarde, obligado por las circunstancias, hizo levantar un pabellón nuevo, destinado a acoger a los desgraciados que la miseria o los peligros habían amontonado, pues, en efecto, aparte del Oratorio tenía ya un embrión de internado. Treinta muchachos habitaban en la casa Pinardi. Durante el día salían a trabajar o estudiar en la ciudad ; volvían al mediodía y por la noche para comer y dormir. Pero esta forma de vida, medio fuera, medio dentro, tenía graves inconvenientes. Hasta que Don Bosco no dispusiera de locales y de trabajo, no podía instalar sus talleres, y hasta que tuviese profesores, no podía abrir sus clases

Por consiguiente, había que ponerse de manos al trabajo para resolver con urgencia el problema de encontrar cuanto antes los colaboradores que exigía el rápido desarrollo de la Obra.

Imposible encontrar ninguno más entregado ni más inteligente que Rua: hacía dos años que daba prueba de ello.

Así es que, a principios de otoño de 1853, le pidió se quedase para siempre con él.

El 24 de septiembre, Miguel entró como interno en aquella casa que debía habitar durante casi sesenta años.

Entró con el número 37.

* * *

Ocho días más tarde, partía con un grupo de muchachos que acompañaban a Don Bosco a su casa natal, hasta Becchi, lugarejo de Castelnuovo de Asti. Cada año, por la misma época, la semana anterior a la fiesta del rosario, era la semana de vendimias, y se llevaba Don Bosco consigo a cuantos le era posible.

Con ellos pasaba dos semanas deliciosas, que son la primera colonia de vacaciones que se conozca. Algunos días, sobre todo los más calurosos, no se apartaban de la sombra de la acogedora morada, y, sentados en derredor de su maestro, aquellos muchachos pendían de sus labios oyéndole contar historietas locales, o comentar las páginas de San Jerónimo, su autor predilecto.

Otros, después de oír Misa, iban a vendimiar por las colinas del Monferrato, y volvían por la noche, bajo las estrellas, cantando a varias voces canciones populares piamontesas.

A veces, les invitaban los párrocos de los alrededores; la invitación se convertía en una gran excursión que les obligaba a dormir fuera de casa varias noches. Salían llevándose consigo todos los bártulos de un teatrillo ambulante, montable a la intemperie; dormían, ya a la luna de Valencia, en los salones del ayuntamiento, ora sobre el heno de un pajar, ora en la casa del cura. Todos quedaban edificadas de su piedad y de aquella exacta disciplina unida a una desbordante alegría. Las gentes sencillas se divertían locamente y quedaban embelesadas. Por donde

pasaban quedaba probado que Don Bosco enlazaba perfectamente religión y alegría.

En **Becchi** dormían en el granero de la casa de su hermano ; comían a su mesa, y rezaban en una habitación de la planta baja dedicada a la Virgen del Rosario.

El día de la fiesta no cabía en la humilde capilla la multitud que acudía de todos los pueblos cercanos. Entonces se hacía todo al aire libre. Un tonel, recubierto de adornos y **follaje**, servía de pulpito ; los fieles seguían el oficio desde fuera, mientras los muchachos de Don Bosco, apretujados junto al altar, cantaban. Por la noche se terminaba la fiesta con fuegos artificiales que iluminaban el cielo. Los pocos supervivientes de aquellos tiempos heroicos recuerdan todavía aquellas semanas de vacaciones y la fiesta de clausura, igual que se recuerda un descanso maravilloso en medio de dos grandes trabajos.

El año **1853** la solemnidad revistió un brillo singular. En la pobre capilla de **Becchi** puso Don Bosco la sotana a dos de sus **hijos**: **Rocchetti** y **Rua**. El cura de **Castelnuovo**, **Don Cinzano**, el mismo que presidió diecisiete años antes la misma ceremonia para Don Bosco, celebró la misa. Era el domingo tres de octubre. Los chicos del Oratorio estallaban de alegría contemplando a dos compañeros elegidos para colaborar con Don Bosco.

Durante la comida, a la hora de los postres, **Don Cinzano**, inclinándose hacia Don Bosco, le dijo: «¿Te acuerdas de cuando, siendo clérigo, me decías: Señor Cura, ya verá usted cómo un día tendré alrededor de mí sacerdotes, clérigos y **coadjutores**; tendré estudiantes y aprendices ; tendré una banda de música, un orfeón, una iglesia **grande**; **tendré...**? Tú pierdes la cabeza, Juan, te respondía yo **entonces**. Ahora empiezo a creer en tus sueños. Se ve que venían de **Arriba**.»

El nuevo clérigo, revestido aquella mañana con la librea del Señor, iba a convertir aquellos sueños en realidad. Precisamente por eso le había escogido Don Bosco.

Al atardecer, de vuelta hacia Turín, se aclaró un misterio.

—¿Se acuerda—preguntó el nuevo clérigo **Rua**—de nuestros encuentros de antaño en Porta Palazzo, cuando yo le paraba ca-

mino de la escuela, y le pedía una **medalla**? Usted me respondía con un gesto extraño, que aún no acierto a entender.

—¿Cómo, Miguelito, aún no lo has **entendido**? Pues está muy claro. Cuanto más adelantes, mejor entenderás lo que te quería **decir**: «En la vida, tú y yo, trabajaremos a medias. Dolores, preocupaciones, responsabilidades, alegrías y lo demás, todo lo demás, nos serán comunes. ¿**Aceptas**?»

—¿Puede usted dudar de **ello**?—murmuró Miguel trasportado de alegría al verse convidado a tan maravillosa participación.

CAPÍTULO V

EL PRIMER SALESIANO

Poco después de esta imposición de sotanas, hablaba Don Bosco una tarde con uno de sus íntimos sobre su intención de ponerla a algunos alumnos más.

—¿Para qué quiere tantos **curicas**?—preguntó su amigo. Tres Oratorios en la ciudad, no creo sea cosa del otro mundo.

—Usted no adivina la necesidad que tengo de ayuda, pero yo la veo. Déjeme hacer.

—Insisto, ¿para qué quiere tantas sotanas?

—Ya lo verá, ya lo verá ; tenga paciencia.

Los cálculos del gran **apóstol** eran **exactos**: en misteriosos sueños, había contemplado el desarrollo prodigioso de sus escuelas y el crecimiento maravilloso de la familia religiosa que debía ocuparse de ellas.

Pero era preciso reclutar todo un regimiento de ayudantes voluntarios, formarlos, encuadrarlos ; y esto en unos tiempos de terribles dificultades, en una época en la que las palabras «**noviciado**», «**votos**», «**congregación**», horrorizaban a todos, y en la que los poderes públicos trabajaban de mil maneras para extinguir las órdenes religiosas. ¡ Ardua tarea !

No tardó mucho en poner manos a la obra. Un sábado, el 2 de junio de 1852, después de las oraciones de la noche, reunió en su habitación a unos cuantos discípulos bien seleccionados. **Rua** estaba entre ellos. Aparentemente se trataba de una simple conferencia moral ; en realidad era el primer jalón que él plantaba. ¡ Cuántos más debería plantar antes de llegar al término de su camino, que sería largo, muy largo, y cortado por inimagina-

bles obstáculos ! Todo eran dificultades en su derredor ; pero en su **casa**, en la sombra, germinaba una nueva vida **oculta**.

Arrojó la primera simiente de futuras cosechas en el alma de sus niños, con extremada prudencia. Una sola palabra desafortunada, una alusión demasiado clara, su verdadero designio revelado desde un principio, hubieran bastado para alejar para siempre sus buenas voluntades. No les pidió al principio más que una **cosa**: que le quisieran ayudar. Nada más. Sus sencillas pláticas del domingo por la noche trataban sobre las virtudes cristianas y religiosas ; pero cuando exponía su poderoso atractivo para hacerlas amar prácticamente, entonces Don Bosco daba la impresión de no mirar más que a formar, a su lado, unos auxiliares totalmente entregados a su bienhechora labor. Método idéntico al que seguía Nuestro Señor en sus relaciones con los apóstoles, método de revelación **progresiva**, que deja penetrar en el fondo del pensamiento poco a poco, a medida que las almas están preparadas para recibirlo y los espíritus para entenderlo.

Durante varios años, mientras las circunstancias se lo permitieron, el domingo por la noche, tras las oraciones, continuó Don Bosco aquella obra de lenta formación. Crecieron los primeros discípulos. Rúa vistió la sotana con **Rocchetti** ; otros le siguieron, **Cagliero**, **Francesia**, **Bonetti** ; se constituyó una especie de estado mayor en derredor del jefe, con indicios de perseverancia ; cada mes que pasaba aumentaba el núcleo ; y de semana en **semana**, la idea del apóstol tomaba cuerpo, se precisaba y penetraba derechamente en sus corazones. En 1854, exactamente el 26 de enero, durante la novena preparatoria para la solemnidad de San Francisco de Sales, el nuevo batallón tomó un nombre. Todos los soldados se llamarían en adelante «**Salesianos**». He aquí la partida de bautismo, tal como la hemos copiado de un cuaderno de notas de **Rúa** :

«El día 26 de enero de 1854, por la noche, nos reunimos en la habitación de Don Bosco. Además de Don Bosco, estábamos **Cagliero**, **Rocchetti**, **Artiglia** y **Rúa**. Nos propuso empezar, con la ayuda **del Señor**, una temporada de ejercicios prácticos de caridad con el prójimo. Después de aquella temporada, podríamos ligarnos con una promesa,

y esta promesa se podría transformar, más adelante, en voto. A partir de aquella noche se llamó *salesiano* todo el **que** adoptaba aquel género de apostolado.»

Salesianos, es decir, discípulos de San Francisco de Sales, el apóstol del celo incansable, el hombre más dulce de su siglo, el que convertía por la persuasión.

* * *

Al tomar este nombre empezaron aquellos jóvenes la prueba de un noviciado privado.

Resulta una palabra muy fuerte la de «prueba» para calificar aquel tiempo de aprendizaje espiritual, durante el cual las almas se dirigían hacia un género de vida por ellas escogido, a través de una serie de ejercicios apropiados, conferencias doctrinales, y la práctica continuada de las virtudes religiosas.

Don Bosco mismo les daba las conferencias todos los domingos por la noche, después de las oraciones, en su propia habitación, según costumbre. Por nada del mundo las hubiera dejado, ya que todo el porvenir de su obra estaba allí, en aquel puñado de discípulos que había que moldear según el ideal de educador por él concebido.

Los ejercicios con que domaba su voluntad eran los de la vida ordinaria: jornadas agobiadoras en el Oratorio, escuelas nocturnas, clases, asistencias, ensayos de teatro, de gimnasia o de música, recreos animados, y — para divertirse (?) — estudios que habían de hacer por sí mismos, aprovechando los raros descansos de tan agotadoras ocupaciones. El no pensaba en nada más, después de esta vida de total entrega al servicio de la juventud necesitada, sino en la frecuencia habitual de los sacramentos, un corto número de prácticas piadosas que agrupase aquellos jóvenes, a horas determinadas, para rehacer su provisión de luz y de energía. Y ahí estaba su formación; a eso se ceñían sus exigencias. Lo demás, lo dejaba en las manos de la Providencia, que, por cierto, no andaba inactiva. Ella hablaba al corazón de aquellos jóvenes de la manera más persuasiva, con la voz del ejemplo.

y esta promesa se podría transformar, más adelante, en voto. A partir de aquella noche se llamó *salesiano* todo el que adoptaba aquel género de apostolado.»

Salesianos, es decir, discípulos de San Francisco de Sales, el apóstol del celo incansable, el hombre más dulce de su siglo, el que convertía por la persuasión.

* * *

Al tomar este nombre empezaron aquellos jóvenes la prueba de un noviciado privado.

Resulta una palabra muy fuerte la de «prueba» para calificar aquel tiempo de aprendizaje *espiritual*, durante el cual las almas se dirigían hacia un género de vida por ellas escogido, a través de una serie de ejercicios apropiados, conferencias doctrinales, y la práctica continuada de las virtudes religiosas.

Don Bosco mismo les daba las conferencias todos los domingos por la noche, después de las oraciones, en su propia habitación, según costumbre. Por nada del mundo las hubiera dejado, ya que todo el porvenir de su obra estaba allí, en aquel puñado de discípulos que había que moldear según el ideal de educador por él concebido.

Los ejercicios con que domaba su voluntad eran los de la vida ordinaria: jornadas agobiadoras en el Oratorio, escuelas nocturnas, clases, asistencias, ensayos de teatro, de gimnasia o de música, recreos animados, y — para divertirse (?) — estudios que habían de hacer por sí mismos, aprovechando los raros descansos de tan agotadoras ocupaciones. El no pensaba en nada más, después de esta vida de total entrega al servicio de la juventud necesitada, sino en la frecuencia habitual de los sacramentos, un corto número de prácticas piadosas que agrupase aquellos jóvenes, a horas determinadas, para rehacer su provisión de luz y de energía. Y ahí estaba su formación; a eso se ceñían sus exigencias. Lo demás, lo dejaba en las manos de la Providencia, que, por cierto, no andaba inactiva. Ella hablaba al corazón de aquellos jóvenes de la manera más persuasiva, con la voz del ejemplo.



CAPÍTULO VI

TRABAJADOR SIN DESCANSO

Don Bosco no admitió bajo su techo al joven clérigo **Rua**, y le vistió la **sotana**, y le admitió a la profesión religiosa para **es**tarse él cruzado de brazos. Si ya de simple oratoriano y **estudian**te en la escuela del señor **Picco**, atendía Miguelito a todo, **además** de lo ordinario del Oratorio, con la profesión religiosa aumentaron sus trabajos.

No le quedó tiempo ni para respirar ; apenas, **apenas**, para dormir.

Su segundo maestro de latín, el señor Bonzanino, estaba, por aquellos años, la mar de preocupado porque sus alumnos, después del decreto de aplicación del sistema métrico decimal en los Estados sardos (1845) se armaban líos en la aritmética. El ministerio de Instrucción Pública había dado a las escuelas cinco años de tiempo para sustituir, en la enseñanza, las medidas nuevas por las antiguas ; pero habían pasado ya los cinco años y los chicos no habían llegado a aprender la relación de las medidas antiguas con los metros, litros y gramos. Se imponía un buen maestro de aritmética ; Bonzanino se lo pidió a Don Bosco, él le designó a **Rua**.

Un día vieron los alumnos presentarse como maestro al que, dos años antes, era su compañero. Intentaron armar jaleo, **pero** se encontraron con la horma de su zapato. «**Hace** un momento, en el patio, les dijo para empezar, éramos todavía compañeros. Ahora soy vuestro profesor, y creo que vosotros vais a ser **unos** alumnos atentos y **diligentes**.»

Oratorio abierto por Don Bosco en 1849. La dirección espiritual la había encomendado a varios sacerdotes amigos, Borel, Murialdo, Rossi, los cuales se habían reemplazado después de algunos meses.

Para hacer este favor, que consistía en ir los domingos por la mañana, confesar, celebrar la Misa y predicar la homilía, unos tenían que hacerlo a más de sus ocupaciones sacerdotales, otros en espera de un nombramiento en la diócesis. Así que el servicio era irregular. ¿Quién aseguraba, pues, con tales capellanes la continuidad de vida del Oratorio? El clérigo Rua.

El domingo, de mañanita, ya estaba él allí. Apenas llegaban los primeros chiquillos, se las ingeniaba para encaminar los más posibles hacia el confesonario del sacerdote, mientras asistía a los otros en el patio. Durante la misa guardaba el orden y dirigía las oraciones y el canto. Después, distribuía el panecillo y el chocolate y organizaba animadísimos juegos hasta llegar el mediodía.

Apenas el último oratoriano había franqueado la puerta, entraba él en la habitación del portero para tomar un plato de sopa caliente. En el bolsillo llevaba el resto de la comida: un trozo de carne o una raja de salchichón, un pedazo de queso o dos manzanas y la tradicional *pañotta* (panecillo).

Unos minutos para respirar y volvían a golpear los chiquillos en la puerta. Desde las dos de la tarde hasta entrada la noche les entretenía. Casi siempre le tocaba a él solo divertirles, catequizarles y darles buenos consejos para toda la semana.

Después de rezar las oraciones de la noche, el joven clérigo volvía a pie a Valdocco, pero no se tenía derecho. Tomaba la más frugal de las cenas y subía a acostarse sin pedir nada, cansado, agotado... y feliz.

* * *

En este Oratorio de San Luis fundó, entre los mayores, las Conferencias de San Vicente de Paúl. Por ellas estableció contacto con las familias pobres del barrio y extendió los rayos bienhechores de la obra. Su experiencia de secretario en las fundadas

dos años antes por Don Bosco en el Oratorio de San Francisco de Sales le facilitó la organización de este elemento de apostolado, cuyo funcionamiento maravilloso aseguró con su celo desde el principio.

¡ Celo incansable el suyo ! Por aquel entonces estaba ya echando las bases de una asociación que secundaría poderosamente la acción de Don Bosco en la formación individual de sus alumnos. Resulta una historia curiosa la de la fundación de la *Compañía de la Inmaculada Concepción*.

Una mañana, camino de la escuela del señor Picco, conversaban unos cuantos sobre el suceso del día.

— ¿ Te has fijado — decía Durando a Bongiovanni — que no ha comulgado nadie esta mañana ? ¡ Qué pena más grande habrá tenido Don Bosco ! ¿ No podríamos arreglárnoslas entre nosotros para que hubiera todos los días algunas comuniones durante la misa ?

Dicho y hecho: Dominguito Savio, alumno preferido de Don Bosco, enterado del proyecto, se adueñó de los deseos de sus compañeros hasta ser, por así decirlo, el alma de aquel grupo.

Tras esta campaña eucarística los valientes muchachos se empeñaron en ejercer el apostolado entre los alumnos de mala conducta. Cada cual elegía en secreto a uno, y, con los mil medios que la caridad cristiana sugiere, esforzábale en apartarle del mal, en llevarle por los buenos senderos y en ayudarle a levantarse tras de cada caída. Los miembros de aquella asociación se trocaron en apóstoles de la Eucaristía y ángeles guardianes visibles de sus compañeros ; su influencia en la casa fue grande.

Por presidente eligieron en seguida al miembro más destacado, al clérigo Rua, el cual añadió la nueva preocupación a todas las demás, con su proverbial naturalidad.

* * *

Nuevas preocupaciones le trajeron los años siguientes 1857, 1858 y 1859.

Un día le confió Don Bosco la clase de la explicación del Nue-

vo Testamento a los clérigos de la casa, ya que él no podía quitar ni media hora a la tarde del sábado, totalmente dedicado al confesonario.

Otro, el gran apóstol de la Prensa encargó a su discípulo compusiera un manual de Historia Sagrada. El clérigo Rúa puso manos a la obra y escribió más de ochocientas páginas.

Al abrirse los primeros talleres salesianos en los locales recientemente construidos, se planteó el serio problema pedagógico de guardar la disciplina entre unos aprendices que trabajaban en casa y otros que iban a trabajar a la ciudad cada mañana. También le tocó al clérigo Rúa encargarse de velar por el orden y la moralidad de aquel ambiente tan abigarrado.

Apenas se establecieron en la casa con carácter definitivo los tres primeros cursos de latín, fué necesario poner al frente un prefecto de estudios, que asegurase la unidad de la enseñanza y se responsabilizase de la eficacia de la misma. Nuestro joven clérigo tomó sobre sus espaldas la nueva carga.

¿Qué no haría él por satisfacer el menor deseo de Don Bosco? Un día, a ruegos de su maestro, le vieron cómo iba, siguiendo la línea del ferrocarril, hasta el campamento de los soldados franceses, llegados a Italia para la campaña militar del 1859, a enseñarles la gramática francesa, que muchos no habían visto ni por el forro.

* * *

Vamos a terminar la narración de tantas ocupaciones. Pero antes preferimos responder a la pregunta que espontáneamente brota: ¿Cómo podía un joven de poca salud, de escasa autoridad, desempeñar tantas ocupaciones? ¿Dónde encontraba tiempo para llegar a tantas obligaciones?

De las noches, que él sabía acortar; madrugando, ya que Don Bosco no le hubiera permitido acostarse tarde.

En lo más crudo del invierno —¡y bien sabe Dios a qué extremos llega su crudeza al pie de los Alpes!— se levantaba a las tres de la mañana, y, apenas vestido, corría a despertar a los

ocho o diez compañeros que, con permiso de Don Bosco, se levantaban también al canto del gallo.

Durante el verano era casi un placer ; pero en el invierno resultaba muy duro.

— ¡ Cuántas veces nos sucedió—contaba más tarde uno de aquellos muchachos—, encontrarnos, al saltar de la cama, con la palangana helada ! Abríamos entonces el ventanuco de la buhardilla, nos inclinábamos sobre la canal del tejado, y metiendo las manos en la nieve nos dábamos el lavado más «refrigerante» que imaginarse puede.

Después iban al estudio. Durante la primera media hora, Rua meditaba, con el libro delante, tal como le había enseñado su maestro. Los demás, inclinados sobre sus libros, estudiaban con afán, como aquellos famosos humanistas del renacimiento que se pasaban la noche a la llamita temblorosa de una vela.

La iluminación de aquel estudio mañanero no era mucho mejor. Consistía en tres velones de aceite, que apodaron «capuchinos» por su apagador en forma de capucha.

A su débil luz se enfrascaban los valientes jóvenes en los autores griegos y latinos : ¡ era una delicia ! Sólo rompía el silencio el rasguear de las plumas sobre el papel y el volver de las hojas del diccionario.

A las cinco y media, los demás compañeros se juntaban al grupo de valientes que había añadido dos horas y media a su jornada de trabajo.

Sí ; un día murieron, mas no por estos excesos.

La historia guarda el nombre glorioso de algunos.

Allí estaba Juan Cagliero, que falleció a los ochenta y ocho años, siendo cardenal de la Santa Madre Iglesia.

Allí estaba Juan Francesia, fallecido a los noventa y dos años, y fue uno de los mejores latinistas de Italia.

Allí estaba nuestro héroe, Miguel Rua, que murió a los setenta y tres años, siendo Superior General de la Congregación Salesiana.

CAPÍTULO VII

MADRE E HIJO JUNTOS

A los diez años de empezar su obra de educación en favor de la juventud pobre y abandonada se veía ya el desarrollo prodigioso de la obra de Don Bosco.

Empezó con un grupito de muchachos a quienes enseñaba las verdades de la fe. El grupo se convirtió rápidamente en el Oratorio que crecía a ojos vistas. Casi un año entero anduvo a la caza de un nido: cuando lo encontró, las ruedas de aquella máquina se pusieron en movimiento, particularmente las escuelas nocturnas, que atrajeron y mantuvieron, bajo la influencia del maestro, toda una juventud, cada vez más interesada.

Entre aquellos muchachos los había desgraciados y débiles; desgraciados faltos de todo, hasta de familia; débiles, expuestos a la perniciosa atmósfera de los talleres, a los peligros de la calle, a los escándalos de los malos ejemplos; había que dar techo a los unos y proteger a los otros. Y entonces abrió, a más del Oratorio, una casa de internado, pequeña, que poco a poco se fué agrandando.

Casi no era más que un abrigo; un techo donde dormir de noche y una mesa frugal, siempre preparada, para acallar el hambre. Pero en seguida, bajo aquellas pobres paredes se organizó una ciudad de trabajo, con sus talleres rumorosos y clases atestadas.

Al mismo tiempo, una hermosa iglesia, en honor de San Francisco de Sales, patrón del lugar y del grupito de apóstoles, sustituyó la miserable capilla, donde se ahogaban los centenares de muchachos.

Se diría que todo era perfecto ; sin embargo, faltaba en aquella gran familia la mirada vigilante y los asiduos cuidados de una madre. Una madre para dar de **comer**, para lavar, remendar, **co**-**ser** y zurcir en medio de aquel mundo **infantil**. Don Bosco lo advirtió en seguida y llamó en su ayuda a su anciana madre, que acudió en seguida, a pesar de sus sesenta años a punto de **cumplir**.

Ella libró a su hijo de la mayor parte de las ocupaciones **ma**-**teriales**, que no eran pocas, y como si tuviera treinta años, volvió a ser, para sus hijos **adoptivos**, la madre de otros tiempos, ingeniándose de mil modos para corregir, transformar y llevar por los senderos del bien los corazones de aquellos muchachos difíciles.

Diez años estuvo entre ellos, diez años de entrega **absoluta**, de oración, de pobreza, empleados en alimentar y vestir los **cuer**-**pos** para hacer mejores sus almas.

Pero un día, una mañana fría del mes de noviembre de 1856, la que hacía de madre de los seiscientos muchachos —¡ Mamá Margarita !— víctima de **pulmonía** doble, dejó caer su cuerpo consumido sobre el lecho del dolor.

Su recia complexión piamontesa sucumbió ante la **enferme**-**dad**, después de poco más de una semana de lucha. El 24 de noviembre le administró el Viático su propio confesor. Presentes estaban sus dos **hijos**: José y Juan, deshechos de pena. Por toda la casa se rezaba ; una ola de tristeza inundaba los corazones de aquellos niños a quienes la muerte arrebatava su paño de lágrimas.

Sólo el pensamiento de que aquella mujer, en guardia para acudir en socorro de cualquier necesidad, les dejaba para siempre, deshacía de pena a los muchachos empeñados en esperar del Cielo el milagro que sus plegarias imploraban.

Pero el milagro no llegó.

Y al amanecer del 25 de noviembre, Mamá Margarita **moría**, tan santamente como había vivido.

Antes de exhalar el último suspiro, dijo a su hijo **sacerdote**: «**Dejo** mis cuidados maternos en otras **manos** ; el cambio será duro, pero la Santísima Virgen no os faltará y vendrá en **vuestra ayuda**».

En efecto, apenas **enterrada** en la fosa común, otra mujer ocupaba su lugar en **la** cocina, en el lavadero y en la **ropería**.

Fue la señora **Rua**, que, a sus cincuenta y seis años, entraba al servicio del Oratorio.

Dos años antes, **al** morir su penúltimo hijo, había **dejado** la Fábrica de Armas, yendo a vivir a dos pasos del Oratorio, al lado de su hijo Manuel, en la antigua «**Posada de la Jardinera**», que poco a poco había limpiado Don Bosco de huéspedes no muy deseables. Un paso más y estaría bajo el mismo techo de su hijo.

Y fue aquel noviembre de 1856 cuando entró.

j Inescrutables designios de la Providencia ! Se iba una y llegaba otra madre, que, por veinte años, iba a pensar en aquellos muchachos y les iba a querer y a cuidar, como a hermanos **pequeños** de su último hijo, el clérigo Miguel **Rua**.

CAPÍTULO VIII

SEIS AÑOS DE ESTUDIO INTENSO

Hemos visto los días de intenso trabajo del clérigo **Rua**. Se cumplía la promesa de Don **Bosco**: la mitad de sus atrevidos proyectos estaba en manos de su discípulo. Aunque aumentaba sus horas de trabajo robándole tiempo al sueño, no le bastaban, ya que debía atender sus estudios personales y añadir a los estudios clásicos las ciencias religiosas, para preparar su mente y su corazón para el sacerdocio.

¿**En** dónde aprendía las ciencias sagradas? ¿Quién le enseñaría la Filosofía, la Teología, la Sagrada **Escritura**, la Historia de la Iglesia, **el** Derecho **Canónico**? Don **Bosco** no tenía tiempo para tomar a su cargo tal responsabilidad; los sacerdotes que le ayudaban ya habían dejado muy atrás los **libros**... Quedaba el Seminario **Mayor**, **sí**; pero, ¡ ay, cómo andaban allí las cosas !

* * *

Es triste recordar los años de **1848** a **1865**, en el Seminario Mayor de Turín. Ya hemos dejado entrever cómo la pasión política había llegado a salvar las puertas del Santuario. Los hechos que hemos citado se habían repetido, poniendo al descubierto el mal espíritu infiltrado en las filas de la juventud clerical.

Cierto día, pasando los seminaristas, en plena ciudad, **por** delante del Nuncio de Su Santidad, no se descubrieron. Otra **vez**, se preparaba una manifestación, al volver el Rey Carlos **Alberto** de Genova, para quitarle los escrúpulos concernientes a la concesión de Privilegios y la declaración de guerra contra **Austria**.

Habiendo llegado a oídos del Arzobispo que los seminaristas iban a tomar parte en ella, les advirtió que se abrían las puertas del Seminario para cuantos quisieran, pero que se cerraban definitivamente para los que las franquearan. Pues **bien**, salieron más de ochenta.

Unas semanas después, en febrero de 1848, se sumaron a otra manifestación, con la escarapela sobre el bonete. Y un **periódico** revolucionario de Turín, *El Resurgimiento*, felicitaba a los autores de la hazaña, que contaba **así**:

«**Hasta** los seminaristas han querido manifestar al rey su gratitud y su simpatía por las nuevas ideas. No disponían más que de **escasos** medios, dada la delicada situación en que se encuentran, pero los han empleado. Salieron a la calle con la escarapela sobre el bonete y se pasearon por las **calles**..., contra viento y marea. ¡**Que** el Señor proteja y premie a estos jóvenes **valientes!**»

El Superior, afligido por los progresos del mal espíritu y por los sucesos de insubordinación referidos, presentó su dimisión al Arzobispo, el cual no la admitió, quizá con la esperanza de que su autoridad llegaría a contener la marea. Mas no fue así. Seguían calentándose los espíritus, circulaban los periódicos incendiarios y se repetían las desobediencias. Un día, se acabó la paciencia arzobispal; cerró el Seminario y mandó a los alumnos a sus **casas**.

* * *

Fue una decisión fuerte e impulsiva. Ciertamente San Francisco de Sales no hubiera obrado **así**; pero el Arzobispo de Turín —**de** la casa de los Marqueses Fransoni, tal como él empezaba sus **pastorales**— era un prelado chapado a la **antigua**, muy digno, muy celoso, pero también muy autoritario y no transigía con las ideas revolucionarias.

Hubiera tildado de utopía el intento de encauzar el movimiento o, por lo menos, conducir poco a poco los corazones hasta una visión más clara de las cosas. Para él no había más que un **remedio**: el despido general.

Casi podía hacerlo impunemente, puesto que en su diócesis seguían abiertos otros dos **seminarios**: el de Bra y el de **Chieri**, con los cuales podía asegurar el relevo, aún cuando tenían pocos alumnos.

La **mayor** parte de los seminaristas recibió mal el castigo. Recorrieron los patios entonando canciones revolucionarias. Algunos, a los que pronto se añadieron los arrepentidos, acudieron a los seminarios de las diócesis vecinas, o solicitaron del Arzobispo permiso para continuar, al menos, las clases del Seminario Mayor.

El arzobispo se lo concedió.

Por desgracia, estalló mientras tanto la guerra con Austria, y el Ministerio, que andaba a la caza de hospitales provisionales, requisó el inmenso local, que sus habitantes dejaron vacío, relegando al profesorado a vivir en míseros **tabucos**.

Siete años más tarde, el **1853**, dio un paso más, un paso **secrario**: se **apoderó** de las rentas fijas del Seminario, con la excusa de que ya no alimentaban a nadie, como si el profesorado y los estudiantes pobres de Bra y de Chieri debieran alimentarse del aire. A continuación alojó todo un batallón de cazadores de infantería en los locales que, mientras tanto, había servido para almacén de municiones, armas y **forrajes**.

Los pobres profesores quedaron reducidos a vivir con su modesto salario, y a enseñar las ciencias sagradas en medio del barullo infernal de un cuartel.

* * *

Los seminaristas eran pocos.

Cuando el clérigo **Rua** comenzó la Filosofía, eran diecisiete. La mayor parte vivían con Don Bosco, algunos en sus casas y otros con los Padres del Oratorio o del Santísimo Sacramento. Tan desgraciados sucesos ponían a aquella juventud clerical a la altura de los tiempos que precedieron al Concilio de Trento, que instituyó los Seminarios. Era una **desgracia**.

Tabucos indecentes, transformados en clases, sin capacidad

ni para pocos **alumnos**. Mas, a pesar de **todo**, estudiaban con empeño y había dos horas de clase por la mañana y hora y **media** por la tarde.

Durante seis años —dos de Filosofía y cuatro de **Teología**—, es decir, desde **1853** hasta **1860**, acudió el clérigo **Rua** al Seminario Mayor para asistir a las clases que daban aquellos **buenos** señores, en compañía del clérigo Rocchetti, primero, y después con Francesia, Cagliero, Bonetti, **Ruffino** y otros.

En el primer curso de **Filosofía** era el único alumno ; en los cursos de Teología se encontró con otros **condiscípulos**, y como en las clases del señor **Picco**, apenas entró **fué** el primero **siempre**. Era el alumno más aplicado y ordenado. Sus apuntes claros y exactos, en excelente latín, manifiestan aún su espíritu ordenado y su aplicación.

*«¡Qué bien me venían, en vísperas de examen, los apuntes de **Rua**! —exclamará más tarde el simpático mozo **Cagliero**—. También otros los aprovecharon. También Don **Marengo**, nuestra **profesor**, los **consultó** antes de **publicar** sus **obras** De **Institutionibus Theologicis** y De **Sacramentis** in Genere, y puedo asegurar **que**, ciertamente, no lo hacía sólo por **curiosidad**.»*

A la salida del Seminario, por la tarde, iba Miguel, tres veces por semana, a dar clases de repaso general al niño Manuel Fassati, hijo del Marqués de Fassati, uno de los bienhechores más grandes de Don Bosco. Los demás días acudía a casa del anciano sacerdote **Peyron**, sabio maestro de griego y hebreo, el cual se sentía feliz iniciando en el estudio de estas lenguas a un talento tan despejado. **Rua** aprovechó tanto en la escuela de tal maestro, que, en pocos **años**, llegó a poder leer los Evangelios directamente en griego y en hebreo y a traducir fácilmente textos de mediana **dificultad**.

Siempre tuvo preferencia por la lengua del pueblo de Dios. Si hubiera tenido tiempo, ciertamente lo hubiera dedicado a **ella**. No olvidó nunca cuanto aprendió del abate Peyron ; quedó profundamente grabado en su tenaz memoria.

A cincuenta años de distancia, cuando en 1906 se embarco en Siracusa camino de Malta, pidió al P. Mezzacasa, **salesiano**, experto orientalista y profesor de Sagrada Escritura, le prestara para el viaje su traducción de los *Proverbios* de Salomón. A la vuelta, devolvió el manuscrito con anotaciones de su puño y letra, **diciéndole**: «**Los Proverbios** fueron siempre mi libro de cabecera, y la Sagrada Escritura mi estudio **favorito**».

Y después, recordando los lejanos días de sus estudios, se puso a conjugar en hebreo y a repetir frases y expresiones de la antigua lengua. «**Ya** ves que aún queda algo en mi **cabeza—añadió sonriendo—**. ¡ **Ah**, el hebreo !, ¡ cómo me gustaba ! **Cagliero**, sentado al piano, componía sus romanzas y motetes ; Francesca escribía sus dísticos impecables, y yo me zambullía en **el** hebreo ? ¡ Qué tiempos aquellos !

CAPÍTULO IX

A LOS PIES DE PIO IX

Tras el clérigo **Rua**, fueron presentándose a Don **Bosco**, poco a poco otros jóvenes. Así es que hacia **1857** se encontró al frente de un pequeño batallón de voluntarios que, de acuerdo con la famosa profecía del primer sueño, estaba dispuesto a seguirle hasta el final de su espinoso camino. Allí estaban Cagliero, Francesia, Cerrutti, **Ruffino**, Bonetti, Albera y otros **más**: valioso principio, lleno de buena voluntad y entusiasmo, que hacía soñar maravilloso porvenir.

Natura non facit saltus, la naturaleza no procede a saltos, dice el adagio latino. Don Bosco, a fuer de **realista**, lo cumplía; a paso lento y calculado, adelantaba hacia el término que se había **propuesto**: la fundación de una congregación.

Había de llegar un día en que todos aquellos jóvenes reunidos, sabiamente formados con su palabra y su ejemplo, estarían maduros para el **sacrificio**: aceptarían espontáneamente el yugo de una regla y el triple lazo de la profesión religiosa. Pero antes, para que Dios bendijera su empresa, creyó necesario ir a Roma para aconsejarse con el Papa y solicitar su aprobación.

Muchos, y entre ellos sus mejores amigos, así se lo recomendaban. «**Funde una congregación**», le decía San José Cafasso, preocupado por el porvenir de su obra. Su propio Arzobispo, Mons. Frasoni, le daba el mismo consejo desde su destierro de Lyon. El reverendo **Borel**, excelente sacerdote de la **diócesis**, que le ayudaba desde hacía diez años, pensaba lo mismo. Hasta Urbano Rattazzi, anticlerical hasta los tuétanos, que había sido

y volvería a ser Presidente del Consejo de **Ministros**, compartía la misma opinión. «Mi querido Don Bosco, le dijo un día, usted no es inmortal, ¿qué será de su obra cuando usted muera?, ¿ha pensado en ello?»

¡ Vaya si lo pensaba ! Como que no hacía otra **cosa**.

Precisamente aquel año de **1857** terminaba la redacción de las Reglas de la nueva sociedad. Estaban inspiradas en las Constituciones de diversas órdenes religiosas, pero recogían, sobre todo, la experiencia de diez años de apostolado, una experiencia **vivi**-da. Faltaba solamente someterlas al visto bueno de Roma.

El **18** de febrero de **1858** salía Don Bosco hacia la ciudad eterna en compañía del clérigo **Rua**, llevando consigo el texto de las Reglas de la futura Congregación Salesiana, elegantemente copiado.

* * *

Nuestros dos viajeros fueron a Roma por mar, costeano **des**-de Genova hasta Civitá-Vecchia. Desembarcaron el día **21** de febrero por la noche. Don Bosco se alojó en casa de su amigo, el conde Rodolfo de **Maistre**, hijo del gran **escritor**, en la calle de las Cuatro Fuentes, número 49, y Don **Rua** con los padres **Rosmi**-nianos, muy amigos de su Superior.

En **espera** de la audiencia pontificia, los dos viajeros, acompañados ora por **uno**, ora por otro de los tres hijos del conde Rodolfo, Carlos, Francisco y Eugenio, teniente de los zuavos pontificios, recorrieron la ciudad santa.

De rodillas, temblando de fe y de emoción, visitaron las grandes Basílicas de Santa María la Mayor, San Juan de Letrán, San Pablo de Extramuros y Santa Cruz de Jerusalén. En San Pedro entraron a las once de la mañana y no salieron hasta las cinco de la tarde, rendidos, pero llenos de admiración.

Estuvieron en las catacumbas de San Calixto, guiados por **el** célebre De Rossi, cuya ciencia y trabajos sacaron del olvido **la** necrópolis sagrada ; estuvieron desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, sin salir nada más que una hora para comer

con los padres Trapenses, que las guardaban entonces. Bajaron también a los subterráneos de la Basílica Vaticana y a la Prisión **Mamertina** ; subieron al Capitolio y escalaron la majestuosa cúpula de San Pedro. Subieron de rodillas la Escalera Santa, igual que lo hicieron, a través de los siglos, tantos corazones compungidos. En el Coliseo, sobre aquellas ruinas consagradas con la sangre de los mártires que dieron testimonio de su fe, hicieron devotamente el *Via-Crucis*. Visitaron las principales, de las trescientas iglesias de **Roma** : San Pedro in **Vinculis**, San Luis de los Franceses, Santa Práxedes, Santa María de la **Victoria**, San Pedro in Montorio, Santa Cecilia, San Gregorio el Grande, San Juan y San Pablo, San Lorenzo, Santa María de los Angeles, Santa María de la Vía Lata, San Clemente, San Esteban, Santa María in Navicella, San Agustín, los Santos Apóstoles, Santa Inés, San Ignacio, *etc...*

Don Bosco, cuando no tenía compromiso para celebrar la misa en alguna comunidad o en la capilla de alguno de sus bienhechores, iba a algún santuario **célebre** : ya a Santa María del Pueblo, ya a Santa Prudenciana ; hoy a San Andrés del Valle, mañana a Santa María de la Minerva o a Nuestra Señora de la Encina.

Padre e hijo recorrieron en todas direcciones la Roma cristiana, la de los primeros siglos de la iglesia, y la que más tarde construyeron los Papas, ávidos de llenar sus ojos, su imaginación y su memoria con los recuerdos sagrados que, más tarde, saldrían de los puntos de su pluma o aflorarían a sus labios.

Cuando llovía o faltaba el benévolo cicerone, el clérigo **Rua** cumplía su oficio de secretario. Ya redactaba el Diario del Viaje, al dictado de Don Bosco o siguiendo anotaciones, para mandarlo a la gran **familia** de Turín ; ya contestaba al correo de su maestro ; ya pasaba al limpio, para la colección Lecturas Católicas un *Mes de María*, empezado en Turín, y que Don Bosco terminaba en Roma durante los ratos libres.

* * *

Para sacar algún partido y para ir formando pedagógicamente

a su discípulo, el gran educador aprovechaba todas las ocasiones para visitar Obras de Educación de la Juventud.

Al pasar por Genova se hospedaron en la Obra de los Pequeños Aprendices, que dirigía el sacerdote Montebruno.

En Roma había mucho más que ver.

Visitaron detenidamente la institución de *Tata Giovanni*, Papa Juan, que tenía más de ciento cincuenta aprendices, los cuales, como en los primeros tiempos del Oratorio, salían a trabajar fuera de casa ; el *Orfanato de San Miguel*, con ochocientos alumnos repartidos en diez talleres ; las *Escuelas de la Caridad*, abiertas por las Conferencias de San Vicente de Paul para hijos de obreros, y otros tres Centros, dirigidos por las mismas Conferencias de San Vicente de Paúl.

Por donde pasaban observaban y tomaban nota, sobre todo de los métodos de educación empleados. Alababan unos y lamentaban a veces otros, como puede apreciarse en esta página del Diario de los dos viajeros, escrita después de su visita a las tres instituciones antes dichas, el domingo 14 de marzo :

* * *

«Esta mañana he ido, en compañía del Marqués Patrizí, a visitar un Oratorio. Los alumnos estaban reunidos en Santa María de la **Encina**. Habría unos cuarenta jovencitos, cuyo porte nos hizo pensar en los nuestros de Valdocco. No tienen prácticas de piedad nada más que por la mañana : misa, confesión para los que están preparados, catecismo y un **sermoncito**. Hay dos sacerdotes al frente : mientras el uno oficia, el otro **asiste**. Las Conferencias de San Vicente de Paúl dan el catecismo y dirigen las oraciones. ¡ Qué lástima que, por la tarde, no tengan otra **función** piadosa, con una **platiquita** que tanto bien haría a estos muchachos!

Por la tarde, como este Oratorio no tiene patio, se junta con el de San Juan de los Florentinos. Hasta entrada la noche funcionan los dos **juntos**. Mas no hay ni sombra de práctica religiosa. Ciertamente la diversión aparta a los muchachos de los peligros de la inmoralidad, pero es lástima que, por la tarde, no tengan una leccioncita de doctrina cristiana. Los muchachos se divierten, pero no rezan. Un solo sacerdote, preocupado por el alma de estos muchachos, haría un gran bien, tanto más cuanto que estos chiquillos de Roma parecen muy bien **dispuestos**.

Basta verles en derredor **nuestro**, escuchándonos, **besándonos** la **mano**, tanto a mí como a **Rua**, el cual las escondía cuando le era posible, pero terminaba por dejársela besar.

Al atardecer, siempre en compañía del Marqués **Patrizi**, cruzamos el Tíber para visitar la institución de la Asunción. Muy simpática. Gran patio, a propósito para jugar, al lado de la iglesia. Muchachos **mayores**. ceremonias bien hechas; nos parecía estar entre **nuestros amiguitos** de **Turín**. Tuvimos gran placer oyendo al director, padre Biondi, hacer la plática, preguntando a continuación a los jóvenes para cerciorarse de que le habían entendido. Daba la impresión de que estábamos en **nuestra** casa. Dos sombras en el cuadro : por la mañana no hay **prácticas religiosas**, cada cual se arregla por sí **mismo**, y, además, pudiendo tener cómodamente cuatrocientos muchachos, apenas si hay ochenta. Aquellos chicos simpatizaron tan de prisa con nosotros que nos acompañaron durante bastante tiempo, y, dos de ellos, hasta la misma puerta de **nuestra** casa, que estaba a más de una hora a **pie**.»

* * *

¡ Maravillosa lección de cosas, las visitas a las instituciones juveniles de Roma ! Con ellas confirmó Don Bosco a su discípulo en la excelencia de los principios educativos aplicados en **Turín**.

Por entonces tenía ya trazadas las principales líneas de su pedagogía. La duración de las buenas costumbres en un joven, está en razón directa de su fe y su **piedad**, pensaba Don Bosco. **Urge**, por consiguiente, asentar sólidamente la pureza de nuestros muchachos sobre este doble cimiento. Hacer vivir al adolescente en gracia de Dios, será siempre el sueño dorado de la educación cristiana. Ahora bien, no podrá ser así sin el frecuente contacto con la misericordia de Dios, que otorga el tribunal de la penitencia ; sin la fuerza divina, que comunica la Eucaristía ; y sin la ayuda del cielo que infaliblemente se alcanza con la oración y la devoción a la Virgen Santísima. ¿ **Qué** caminos seguir para **alcanzarlo**? Primeramente, apartamiento del pecado, con una vigilancia paternal y constante, cariñosa y atenta ; **después**, involucramiento de la libertad juvenil con un ambiente permanente de alegría ; a **continuación**, empleo de una disciplina que, sin comprimir, sin ahogar la vida pujante de los tiernos **arbolitos** la permita manifestarse y desarrollarse ; finalmente, llegar a la conquista del **co-**

razón de la juventud, haciéndose querer por los muchachos, rompiendo las barreras tradicionales que, más que el respeto, crean la desconfianza.

Solo cuando el maestro tiene entre sus manos el corazón del alumno, puede conducirle suavemente y con seguridad, sin golpes ni **sacudidas**, hacia ese mundo sobrenatural de la salvación ; a condición de que su piedad descansa sobre una base sólida de doctrina cristiana.

* * *

Don Bosco no perdía ocasión para llevar a la práctica su teoría. Hasta en Roma, a fin de instruir al clérigo **Rua** y aún a otros. He aquí tres hechos que manifiestan claramente su innegable eficacia :

Al visitar la institución de **San Miguel-in-Rippa**, en seguida comprendió Don Bosco el sistema de educación de aquella Casa.

Se practicaba a ultranza el método represivo. La presencia de un superior hacía temblar a los alumnos ; el temor era el único auxiliar **del** educador. «¡ Qué lástima !, pensó Don Bosco. ¡ Unos muchachos tan cariñosos, vivarachos, tan fáciles a entregarse como son estos chicos de Roma, y obligarles a estar tan encerrados en sí mismos ! ¡ **Ah**, si yo pudiera convencer a estos buenos sacerdotes cómo se equivocan !»

Dos minutos más tarde le presentó la Providencia una ocasión. Iba Don Bosco en compañía del Cardenal **Tosti**, protector de la Institución, y de uno de los Superiores de la Casa, a atravesar un pasillo para ir de un taller a otro, en el preciso momento en que un muchacho se tropezó con el grupo. Bajaba a saltos del piso superior, cantando y silbando. Al advertir la presencia de tales personajes se le anudó la garganta y se detuvo avergonzado, con la gorra en la mano y la cabeza **baja**. Si hubiera podido esconderse bajo tierra, lo hubiera hecho.

— ¿**Qué** modales son éstos? ¿**Esto** es lo que aquí se os enseña? — dijo enojado el **Director** — . Vuelve al taller, luego nos veremos.

Y volviéndose a Don Bosco:

—Perdone, Don Bosco, si...

—¿De qué?—interrumpió Don Bosco mientras se alejaba el muchacho—. Sí, ¿de qué? En efecto, no comprendo en qué pueda haber faltado este niño.

—Pero ¿no le parece una falta de respeto, ir silbando por la casa?

—Tal vez, pero muy ligera, y..., además, involuntaria. Como ustedes recordarán, San Felipe Neri solía decir a sus muchachos en Roma: «Estad quietos, si podéis; y si no podéis, gritad, **sal**tad; pero, por favor, no pequéis»; y esto es lo que importa. También yo, en ciertos momentos, en Turín, exijo un silencio perfecto. Pero cierro los ojos ante ciertas ligerezas. Además, dejo a los míos en plena libertad de cantar y de gritar; lo único que les recomiendo es que, al menos, respeten las paredes. Créanme, vale más un poco de desorden que un silencio solapado e hipócrita. Pero lo que más me molesta ahora es que ese pobre chico esté sufriendo por mi culpa; el rencor echará raíces en su **corazón**... ¿Por qué no vamos a consolarle?

Unos minutos más tarde entraban en el taller del muchacho los tres visitantes. Don Bosco le llamó; se acercó avergonzado, con los ojos clavados en el suelo y confuso por su falta.

—Mi querido amigo—le dijo Don Bosco—, tengo una buena noticia que darte; acércate, acércate, no tengas miedo; tu superior te lo permite—. Y cuando le tuvo junto a sí: —**É**stá todo arreglado, ¿sabes?, pero con la condición de que serás un buen chico y de que seremos amigos, ¿conformes? Toma esta medallita, como recuerdo; me debes un Avemaria, ¿eh?

El muchacho, conmovido, tomóle la mano, se la besó con cariño y levantando su rostro, en cuyos ojos se transparentaba su alma, le dijo:

—Me la pondré al cuello y la guardaré siempre, como recuerdo suyo.

Sus compañeros, que estaban ya al corriente de lo **sucedido**, sonreían contemplando el inesperado desenlace y saludaban ca-

riñosamente a Don Bosco al pasar entre sus filas, mientras el buen Director hacía el propósito de no ser riguroso por naderías.

La lección impresionó, aunque no convenció al Cardenal Tosti, quien, de allí a poco, volvió sobre el mismo tema. Don Bosco le repitió el principio fundamental de su sistema de educación: «Es imposible educar la niñez sin ganarse antes su confianza, su amor».

—Y ¿cómo hacer para ganársela?—preguntó el Cardenal.

—Haciendo lo posible y lo imposible por acercarnos a los niños, rompiendo las barreras que les separan.

—Pero ¿cómo acercármolos?

—Acercándonos nosotros a ellos, Eminencia. Procurando ceñirnos a sus gustos, haciéndonos semejantes a ellos. Vamos a ver, ¿por qué no pasamos de la teoría a la práctica? ¿En qué lugar de Roma encontraríamos un grupo de muchachos?

—En la plaza de las Termas o en la plaza del Pueblo.

—Vamos a la plaza del Pueblo.

Dieron orden al cochero y diez minutos más tarde estaban en la plaza. Bajó Don Bosco de la carroza y el Cardenal se quedó en observación mirando por la portezuela.

Un grupo de muchachos jugaba. Se acercó a ellos Don Bosco y echaron a correr todos. Su Eminencia pensó, tras los cristales: ¡Vaya éxito!

Pero Don Bosco no se dio por vencido. Llamó a los muchachos con palabras cariñosas y gestos bondadosos. Tras alguna duda, muchos volvieron hasta él. Don Bosco les hizo regalitos, les preguntó su nombre, por su familia, por su escuela, por sus juegos. Cuando los más huraños vieron aquel cura bondadoso entre sus compañeros, se acercaron. Y entonces Don Bosco les dijo: —Ea, volved a empezar y dejadme jugar con vosotros—. Y recogiénose un poco la sotana se puso a correr con ellos. Ante espectáculo tan poco corriente, acudieron, por los cuatro costados de la plaza, otros jóvenes que por allí vagaban. Don Bosco acogió a todos bondadosamente, les habló con amabilidad, les regaló una medallita y les preguntó con sencillez si rezaban y si se confesaban.

Al acabar la partida, no le dejaban marchar ; pero él no quiso hacer esperar demasiado al Cardenal que aguardaba ; la prueba estaba hecha. Entonces los muchachos, conquistados en un cuarto de hora por el amor del sencillo sacerdote, le hicieron corte de honor hasta el coche, que arrancó entre dos hileras de **jovencitos** que aplaudían a rabiar.

—¿Ha visto Su **Eminencia**?—dijo entonces al Cardenal.

En efecto, el Cardenal había visto y admirado cómo, en unos minutos, se había ganado a aquellos muchachos asustados. Siempre sucedía lo mismo cuando Don Bosco se acercaba a un grupo de jóvenes.

He aquí otro ejemplo, tan bonito como los otros dos.

Volvía, en compañía del Marqués Patrizi, de visitar por segunda vez el Oratorio de Santa María de la Encina, y, apenas atravesaron el Tíber, llegaron a una plazuela donde jugaban unos chiquitos.

Corrió Don Bosco hacia ellos con una medalla en la mano.

—¿Quién la quiere?—repetía a aquella tropa que en un segundo le rodeó.

—Yo, yo—exclamaron a coro los chiquillos.

—¡Eh ! Sois demasiados para una sola medalla. Será para el más bueno. ¿Quién es?

—Yo, yo—repetieron todos.

—Si todos sois igualmente buenos, estamos en el mismo lío, hijos míos. Se la daremos al más malo... ¿quién es el peor de vosotros?

—Yo, yo, yo—gritaron de nuevo los chavales.

—No lo creo—exclamó Don Bosco—. No tenéis cara de serlo ; yo creo que todos sois unos buenos muchachos, estoy seguro.

La alabanza cambió el sesgo de la conversación. Don Bosco comenzó a preguntarles si iban a misa los domingos, a qué iglesia ; si iban al Oratorio del P. Biondi, etc. Al fin les dejó, recomendándoles que fueran buenos cristianos y prometiéndoles que volvería a pasar por la plaza para dar una medalla a cada uno.

Al encontrarse Don Bosco con sus compañeros, encantados

go las *Lecturas católicas*, cuya colección me atrevo a ofrecer a Su Santidad.

—Hermoso trabajo. Nunca fue más necesaria que hoy la educación de la juventud. Creo que hay en Turín otro sacerdote, Don Bosco, que trabaja en el mismo campo que usted...

—Santidad, Don Bosco es un servidor. En las listas de la audiencia han cambiado mi nombre.

Sonrió el Papa ante el error del Protocolo, y en seguida, mucho más comunicativo y alegre, le dijo:

—¿Y qué hace usted en su Oratorio?

—De todo un poco, Santidad. Celebro misa, predico, confieso, doy clase; y a veces hasta preparo la sopa y barro las habitaciones.

En los labios de Pío IX se dibujó una sonrisa, y le preguntó cuántos muchachos tenía y cuántos clérigos y sacerdotes le ayudaban y colaboraban en la redacción de las *Lecturas católicas*.

Luego, volviéndose hacia su compañero, dijo:

—Y tú, hijo mío, ¿eres ya sacerdote?

—Todavía no, Santidad; estudio tercer curso de teología.

—¿Qué tratados estudiáis ahora?

—Bautismo y Confirmación.

—Oh, ese es el más fácil de todos.

En aquel momento, un recuerdo surgió en la mente del Papa:

—Ah, ¿no es su Oratorio el que en 1849, cuando tuve que ir a Gaeta, hizo una colecta por el Papa, que alcanzó, según me parece, los 33 francos y 65 céntimos?

—Sí, Santidad. Y nuestros jóvenes siguen tan unidos como entonces a la Silla Apostólica. Precisamente son ellos los que han encuadrado para Su Santidad esta colección de *Lecturas católicas*.

—¿Cuántos tiene?

—Doscientos internos; quince aprenden de encuadradores.

—¡Bravos muchachos! Voy a regalarles una medallita.

Pasó a la habitación contigua y volvió con quince medallas de la Inmaculada Concepción.

—Aquí tiene—dijo Pío IX—, una para cada uno de los en-

cuadernadores. Esta otra para su compañero—añadió, ofreciendo una mayor al clérigo Rua.

Después, volviéndose a Don Bosco y entregándole un estuche que contenía otra aún mayor, le dijo:

—Y ésta para usted.

Los dos se pusieron de rodillas para recibir el regalo.

A levantarse, dijo Don Bosco a Pío IX:

—Santo Padre, quisiera decirle algo especial.

Entonces salió Rua, y el Papa y su fiel servidor reanudaron la conversación.

—Me parece—exclamó Pío IX— que usted ha empezado muchas obras. ¿Qué sería de ellas si usted muriese?

Don Bosco la cazó al vuelo y respondió:

—Precisamente, Santidad, he venido a Roma para hablar de este asunto. Desearía que Su Santidad me ayudase a fundar una Congregación, de acuerdo con los tiempos actuales.

Y le explicó brevemente su manera de pensar.

—Escriba las Reglas de esa Sociedad Religiosa— le respondió Pío IX, que había escuchado con grande atención—. Redáctelas de acuerdo con ese modo de pensar. Por un lado es necesario que ningún Gobierno pueda, por muy imbuido que esté de los principios modernistas, molestar su Congregación; y por otro, sus miembros deberán estar unidos al superior no por una promesa, sino por los votos, votos simples, se entiende. Hay que servirse de esta fuerza, para tener atados a los subditos. En fin, que las Reglas de esta Sociedad (porque ya la llamaría más bien Sociedad que Congregación) sean de fácil observancia; que ningún hábito distinga a sus religiosos; que sus prácticas de piedad no llamen la atención del mundo. **Resumiendo:** que cada Salesiano sea un religioso dentro de la Iglesia de Jesucristo, y un ciudadano más en el mundo, con todos sus derechos. No es un problema de fácil solución, pero **estúdielo** y vuelva a presentarme el fruto de su trabajo.

La audiencia terminó.

Llamó de nuevo Don Bosco a su compañero de viaje y, de rodillas los dos a los pies de Pío IX, recibieron la bendición que el

todavía de la escena que acababan de contemplar, le preguntó Patrizi:

—¿Qué ha hecho de la medalla?

—Aquí está—respondió Don Bosco.

Sin ningún regalo, sólo con mezclarse entre los niños, poniéndose a su nivel con familiaridad de buena ley, había ganado su corazón. ¡Era su prodigioso talento de educador, que triunfaba lo mismo en Roma que en Turín!

Don Rua contemplaba todas aquellas cosas en silencio y las guardaba en su corazón.

* * *

Ya hacía quince días que nuestros viajeros se paseaban por Roma, aumentando sus conocimientos al contacto de tantos recuerdos y tantas Obras, cuando recibieron aviso para la audiencia pontificia. La había solicitado Don Bosco en su visita al Cardenal Antonelli, Secretario de Estado de Su Santidad, y se la concedían para el 9 de marzo, a las once.

Un poquito antes, Padre e hijo franquearon la Puerta de Bronce y, atravesando el patio de San Dámaso, llegaron a los Salones Pontificios. Aún tuvieron que esperar hora y media, porque aquella mañana había numerosas audiencias, hasta ser llamados. Un pequeño incidente precedió su entrada: el guardia noble que anunciaba, sea que se equivocase, sea que estuviera mal escrito, dijo: *Sacerdote Bosser*. Entendiendo se trataba de él, Don Bosco avanzó.

Tras las genuflexiones de protocolo, los dos peregrinos, llenos de emoción, llegaron a los pies de Pío IX, el cual les mandó levantarse.

—¿Usted es piemontés?—preguntó.

—Sí, Santidad. Y hoy al acercarme a Su persona, tengo la más grande alegría de mi vida.

—¿A qué se dedica usted en su tierra?

—A la instrucción de la juventud; además, escribo y propa-

Pontífice formuló así: *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii et Spiritus Sancti descendat super te, super socium tuum, super tuos in sortem Domini vocatos et benefactores tuos et super omnes pueros tuos et super omnia opera tua, et maneat nunc, et semper, et semper, et semper.* «Que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ti, sobre tu compañero, sobre tus llamados a la viña del Señor, sobre tus bienhechores, sobre todos tus niños y sobre todas tus obras, y permanezca siempre, y siempre, y siempre.»

Le bendición del Papa, dividida entre el padre y el hijo preferido, seguía, según se ve, cumpliendo la predicción de Don Bosco.

Doce días más tarde, el 2] de marzo, obtuvo Don Bosco una segunda audiencia, en la cual le cupo la suerte de poner en manos del Pontífice el manuscrito de las Reglas, corregidas de acuerdo con las directivas recibidas. Aquella entrega era el primer paso oficial para alcanzar de Roma la aprobación de la Sociedad y de sus constituciones.

El 6 de abril fue el de la audiencia de despedida. Durante ella el Papa se mostró extraordinariamente bondadoso. Fue a las nueve de la noche, acompañado de su inseparable compañero, y se vio colmado de atenciones por el Santo Padre. Pío IX metió las manos en su limosnera y le entregó un puñado de monedas de oro, con encargo de que diera una buena merienda a sus muchachos del Oratorio de Turín. Le otorgó cuantos favores e indulgencias había pedido y, finalmente, le devolvió el manuscrito de las Reglas de la futura Congregación, leído de cabo a rabo, y con acotaciones de su puño y letra.

—Preséntelo—le dijo—al Cardenal Gaude, que se encargará de su examen y aprobación.

Así lo hizo Don Bosco. Pero antes retocó el texto de acuerdo con las indicaciones del Papa; y Don Rua volvió a copiar, de nuevo, el manuscrito con su magistral caligrafía. Fue su último trabajo de secretario en la Ciudad Eterna.

Ocho días más tarde, el 14 de abril, tomaron el vapor en Civitá-Vecchia. Con mar tranquila llegaron el 15 a Genova, para

rechos a nuestro corazón, porque advertíamos que sus palabras nacían de un gran amor por nuestras almas.»

La Congregación Salesiana, todavía en mantillas, aún no había sido aprobada por Roma ; por consiguiente, el clérigo Rua no podía ordenarse más que a título diocesano. Debía, en consecuencia, presentar un patrimonio suficiente. ¿Dónde encontrarlo? Don Bosco no podía de ningún modo prestarlo, pues no tenía más riquezas que su propio trabajo ¡ y... sus deudas !

Lo halló en el Conde Rodolfo de Maistre, el cual garantizó su patrimonio apenas se lo pidió Don Bosco, ya que perduraba todavía en él la gratísima impresión que el joven clérigo le había dejado, mientras fué su huésped en Roma.

Don Rua, agradecido a tanta bondad, escribió al bienhechor, el cual le respondió desde Beaumesnil, en Normandía de Francia, felicitándole («por su entrega a Dios en el momento más solemne, el de la prueba y la persecución»).

Salvada esta última dificultad, el clérigo Rua podía ya subir al altar. El día 28 de julio, en el pueblecito de Caselle, cerca de Turín, Monseñor Balma impúsole las manos y le ordenó sacerdote.

La víspera, por la tarde, llegó Don Rua con dos compañeros a la casa del Barón Bianco de Barbania, uno de los mejores bienhechores de Don Bosco.

A la mañana siguiente advirtieron los criados, al limpiar la habitación, que el huésped no había deshecho la cama.

«—Es un santo—dijeron luego al Barón—. No ha dormido en toda la noche. ¡ Seguro que ha estado rezando todo el tiempo !

—No me extraña—replicó el Barón—. Es alumno de Don Bosco, y está todo dicho.»

El día 30 de julio celebró su primera misa en el Oratorio de Valdocco. ¡ Imagínese con qué fervor !

Uno de sus compañeros, Cerruti, dice:

«Me parece verle celebrando su primera misa. Le recuerdo, como si fuera ayer mismo, con su porte recogido al salir al altar ; con aquel aire radiante al consagrar el Pan Eucarístico, y su ros-

tro inflamado, como el de un serafín, al descender para ofrecernos la Hostia **santa**.»

El domingo siguiente, fiesta de Nuestra Señora de las **Nieves**, toda la Casa celebró con entusiasmo el suceso. A su paso, a su aparición no se oía más que «¡ Viva Don **Rua** !». Todas las banderas, gallardetes, estandartes y trapillos que la pobre casa tenía, colgaban de los balcones o se balanceaban entre los árboles. Los jóvenes del Oratorio del Santo Ángel, con los que Don **Rua** había trabajado tanto, aumentaron la alegría de los 500 internos de la Casa con su presencia, sus gritos y sus vivas. Reinaba alegría universal. Había regalos de todo orden. Llamaba la atención el de su madre: una cama de hierro. El no quería aceptarlo diciendo: «Es demasiado buena y bonita para mí» y tuvo que imponerse Don Bosco para que la llevaran a su miserable buhardilla.

Cantó la misa asistido por Don Bosco. ¿**Quién** estaba más contento, el hijo, que llegaba a la cumbre del sacerdocio después de diez años de rudo trabajo y obstinada constancia, o el padre que ponía todas sus complacencias en su Miguelín, que, ya sacerdote, iba a compartir con él las más graves preocupaciones y los sueños más ardientes? Era difícil adivinarlo.

Después de vísperas, hubo una veladita músico-literaria, en la que todos pudieron manifestar sus propios sentimientos de cara al neosacerdote. Sus compañeros de fatigas y madrugones hicieron el gasto. Cagliarió acompañó al piano algunas romanzas de su repertorio. Francesia leyó una magnífica oda, cuyas estrofas evocaban los méritos del festejado y el fecundo apostolado que le esperaba. Los chiquitos rivalizaron en hipérboles para manifestar al asistente general su cariño. En una de las felicitaciones dijeron «que era el modelo de la juventud, ejemplo de seminaristas, émulo de Domingo Savio» muerto en olor de santidad tres años antes. En otra (¡ siempre en tono mayor !) le comparaban «con San Pedro, por su amor a Jesucristo ; con San Juan, por su avidez de las cosas del cielo ; con San Luis Gonzaga, por la pureza de su vida ; con San Bernardo, por su amor a la Virgen, y con Don Bosco, por su entrega a la juventud».

Desde muy cerca asistía la señora **Rua** a la fiesta, sin casi po-

seo de unirse al gran educador fue creciendo en su alma. Aguardó aún dos años, hasta que, vencido por las instancias y razones de Don Bosco, se presentó a él en 1854.

Inmediatamente puso Don Bosco en sus manos la disciplina y administración de la Casa. Don Alasonatti cumplió con escrupulosidad la doble carga. Era naturalmente austero consigo mismo y severo para con los demás. Pequeño, seco, de cara angulosa y huesudo, abstraído y poco comunicativo, parecía nacido para prefecto de disciplina. Sacerdote modelo, con un espíritu de sacrificio extraordinario y una piedad angelical, exigía a los demás, y con el mismo rigor, lo que a sí mismo se imponía. Con el ejercicio de maestro en la escuela de Avigliana había aumentado su rigorismo.

En el Oratorio le respetaban todos, pero se apartaban de él. Era el mismísimo reglamento en persona. No sabía reír. Don Bosco intentó muchas veces **lograrlo**; trabajo perdido. Es difícil cambiar a los cuarenta y dos años.

Los dos meses que Don Bosco estuvo en Roma, fueron fatales para el ambiente de la Casa. A pesar de las recomendaciones de su superior y del continuo recuerdo de la consigna que le dejó al partir, Don Alasonatti, dejándose arrastrar por su natural severo, puso en el Oratorio una disciplina militar. Cuando Don Bosco partía en febrero de 1858, dejó una familia; a su vuelta se encontró con un cuartel.

Poco a poco, tuvo que rehacer la atmósfera de cordialidad, expansión y alegría en que quería ver siempre envuelta la vida de sus hijos y luego aguardó pacientemente la hora soñada, la ordenación de Don Rua. Con las riendas del mando en las manos de su discípulo se podía él ausentar o dedicarse a otras necesidades apremiantes dentro de casa, porque todo marcharía bien. Y no se equivocó.

* * *

Don Rua se posesionó de sus cargos con todo el entusiasmo; y en seguida comenzó a reinar en aquella bulliciosa colmena movimiento y orden, alegría y disciplina, alboroto y aplicación.

solamente entonces, parece que se acordó de Don Rua. Apenas el enfermo se dio cuenta de su presencia.

«—Oh, Don Bosco—le dijo—si ha llegado mi última hora, no tenga reparo en decírmelo ; estoy preparado para todo.

—Mi querido Don Rua—replicó el Santo—, no lo quiero, ¿entiendes?, no quiero que te mueras. Aún tienes mucho que hacer.»

Y le bendijo.

A la mañana siguiente, después de misa, de nuevo estaba Don Bosco junto a su hijo, consolándole y entreteniéndole con algunas bromas. El médico, que seguía con ansiedad el desarrollo de la peritonitis, había perdido toda esperanza y lo dijo claramente.

—Quizá es aún más grave de lo que usted dice, doctor—replicó Don Bosco— ; pero Don Rua debe curar ; tiene mucho que hacer a mi lado.

Y al ver sobre la mesa la cajita de los Santos Óleos, preguntó :

—¿Qué es eso?

—Son los Santos Óleos para la Extremaunción.

—¿La Extremaunción? ¿Para quién?

—Para Don Rua.

—¿A quién diantre se le ha ocurrido?

—A mí, Don Bosco—dijo adelantándose el clérigo Savio—. Si usted le hubiera visto ayer tarde... ; daba lástima ; si hasta el médico...

—Hombres de poca fe—interrumpió el Santo—. Óyeme bien, Don Rua—dijo entonces en tono gracioso al enfermo—, óyeme bien ; aunque te tiraran por la ventana abajo, tal como estás, no te morirías.

Y así fué ; unos días más tarde, pese a los pronósticos de la ciencia, estaba fuera de peligro. La bendición de Don Bosco dió sus frutos y las oraciones de todos los de casa fueron oídas.

En efecto, apenas supieron los alumnos que la vida de Don Rua estaba en peligro, organizaron turnos en la capilla. Su oración no paraba. Su cariño por Don Bosco no les permitía verle sin su colaborador ; frente al peligro que le amenazaba, demostraban el aprecio y amor que, tal vez sin advertirlo, nutrían por

CAPÍTULO XI

LA EDAD DE ORO DE UNA CASA

Con impaciencia había aguardado Don Bosco el día de la ordenación sacerdotal del discípulo preferido. Deseaba ardientemente lanzar al apostolado al colaborador formado con tantos cuidados.

Al comienzo de octubre de 1860, confió a Don Rua (1) la dirección general de los estudios y la responsabilidad moral de todos los alumnos. Así, como Prefecto de Estudios y Director Espiritual, podría llenar cumplidamente sus ansias de apostolado.

Hasta entonces había tenido Don Bosco un excelente auxiliar en Don Alasonatti, sacerdote de la diócesis de Turín, que providencialmente se le unió en 1854. Había nacido en Avigliana, bonito pueblecillo, próximo a la ciudad, a orillas de dos lagos de los Alpes. Pertenecía a una familia acomodada y había renunciado al ministerio parroquial para entregarse a la educación de la juventud en su propio pueblo, como maestro municipal.

Don Bosco le conoció en 1850, con motivo de los primeros Ejercicios Espirituales cerrados que hizo con sus aprendices. Se los llevó, a más de ciento, al Seminario Menor de Giaveno y el último día les condujo hasta Avigliana. En la terraza del Santuario de Nuestra Señora de los Dos Lagos preparó Don Alasonatti el desayuno de aquellos muchachos que le robaron el corazón con su animación y alegría. Dos años más tarde, con idéntico motivo, volvió a encontrarse con Don Bosco y su familia adoptiva ; el de-

(1) Así, Don (con n y no con m) llaman en Italia a los sacerdotes. Y así llamaremos nosotros también a nuestro héroe durante todo el relato.

Fué aquella la edad de oro de la Casa.

Tres rasgos la **distinguieron**: el aumento de alumnos, la atmósfera sobrenatural que envolvió las almas y el ansia de santidad que contagió a aquellos jóvenes.

En julio de 1861 se examinaron ante Don Picco y el señor Bonzanino, los amigos de siempre de la Obra, trescientos diecisiete alumnos de humanidades. En 1862 alcanzaron a 341 y en 1863 llegaron a 360. Y en la sección de aprendices, con los talleres en plena actividad, eran poco más o menos los mismos. El espíritu reinante en la casa era la mejor propaganda para los padres.

Y es que allí imperaba el Evangelio ; el cumplimiento del deber y la alegría ; el temor de Dios y el trabajo ; la piedad y la caridad ; el celo y la pureza, sostenidos e iluminados por pensamientos de Fe.

Cada cual atendía a su deber, lo mismo en la clase que en el taller. Ni una sola cabeza se movía en el estudio, aunque asomase una visita ; podía el vigilante ausentarse unos minutos y seguían las frentes inclinadas sobre los libros. Y todo esto en absoluta espontaneidad.

En el patio había un bullicio sin par. Diez, quince, veinte animadas partidas corrían de aquí para allá. Los que no jugaban paseaban con sus asistentes. De vez en cuando, rompiendo la conversación o en el descanso de los juegos, se veía a los muchachos que corrían a hacer una visita ante el Sagrario.

El espectáculo que ofrecía la iglesia aún era más edificante. A diario, por la mañana y por la tarde, el confesonario de Don Bosco estaba asediado por los muchachos ávidos de vivir en gracia de Dios. Las comuniones resultaban interminables.

Un testigo de la época, el niño Ballesio, que llegó a ser canónigo de Moncalieri, escribía, veinticinco años más tarde :

«**Muchos** de nuestros compañeros eran más que buenos, excelentes; **modelos acabados** de piedad, de trabajo, de dulzura y de **penitencia**; eran ejemplos **vivos** y atrayentes. Aquellos jóvenes no hubieran cometido un pecado mortal ni por todo el oro del mundo; **su** devoción, sólida y tierna a **un** mismo **tiempo**, tenía **algo** de maravilloso. ¡**Cuántas**

bando con su mirada y con su palabra, sosteniéndoles con su ternura, estaba Don **Bosco**.

«El era el alma de la Casa, **ha** escrito uno de sus hijos de otrora. Aún me parece verlo, sonriendo dulcemente en medio de sus hijos, bajo el pórtico, o en medio del patio; a veces, sentado por el suelo, cercado de **siete** u ocho círculos de niños vueltos hacia él, como flores abiertas hacia el **sol**.»

A su lado, en la sombra, estaba Don **Rua**, artífice eficaz de aquella florescencia de **virtudes**. Don **Bosco** pensaba y dirigía; Don **Rua** lo **realizaba**. Mantenía la disciplina y, en calidad de director espiritual y antiguo presidente de la Compañía de la **Inmaculada**, **esparcía** espíritu **animador**. Estaba presente en todas partes para guardar el orden y mantener la disciplina. Se ocupaba de todo.

Sin embargo, su humildad y su modestia eran tales que nadie hubiera advertido que él estaba al frente de aquella **organización**. Tenía el don de disimular su trabajo y hasta sus éxitos. Todo lo atribuía a su maestro, Don **Bosco**. Cargaba sus hombros para descargar los del padre y asumía papeles ingratos para dejarle hacer cumplidamente de padre.

Si por un solo día se hubiese **ausentado**, se hubiera advertido el peso que su frágil naturaleza había asumido, a más de las clases que daba, del repaso de la Teología para obtener licencias de confesión, de los sermones que Don **Bosco** le hacía predicar a treinta y seis comunidades, de las *Lecturas católicas* que casi dirigía y de la correspondencia de Don **Bosco**, que despachaba en su ausencia.

* * *

En un lugar separado de la fábrica marcha el motor que da fuerza, luz y calor. Muy pocos advierten su **proximidad**, aunque es el alma del taller.

Así era Don **Rua**.

Trabajaba en la sombra, pero su acción era **poderosa**.

CAPÍTULO XII

« I N L A B O R E R E Q U I E S »

(*Descanso en el trabajo*)

Estaba escrito que el celo dominical de Don **Rua** se desplegaría en los tres Oratorios salesianos abiertos por Don Bosco en **Turín**. Se entregó primero al *Oratorio de San Francisco de Sales*, en donde entró el **1847**, a los diez años; más tarde, siendo clérigo, prestó sus servicios, allá por el año 1854, en el *Oratorio de San Luis Gonzaga*, junto a la Estación **Central**; y, finalmente, el **1860**, le rogó Don Bosco que se ocupara del *Oratorio del Ángel de la Guarda*.

Estaba este Oratorio en el barrio de *Vanchiglia*, al Este de la ciudad. Era un arrabal en formación, con grandes solares, casitas humildes y granjas de hortelanos.

El sacerdote Murialdo, amigo y colaborador de Don Bosco, estuvo al frente del mismo desde sus comienzos, pero atacado por una enfermedad incurable, terminó por no poder atenderlo con asiduidad. Era necesario un ayudante que asumiese casi toda la **responsabilidad**. Y Don Bosco puso a Don **Rua** *in labore requies*. Este era su descanso dominical, tras las duras jornadas de toda la **semana**.

Don **Rua** no sabía hacer nada a medias. Así es que, apenas comenzó, puso las ruedas que faltaban en aquella **Obra**. Fundó las Conferencias de San Vicente de Paúl, para así llegar hasta el seno de las familias pobres del barrio. Y, además, la *Compañía de San Luis Gonzaga*, para seleccionar entre el montón de sus oratorianos un grupo que comulgase quincenalmente, lo que era

palpar el gran bien que allí se hacía y hasta prever los frutos. Un día, para **consolar** al Arzobispo, desterrado en Lyon, le **escribió una carta** a la que Monseñor Fransoni contestó con estas frases **halagadoras**:

«Me **gustan** mucho **las** agradables noticias **que** me da del **Oratorio** de San Francisco de Sales y **sus múltiples secciones**. Y también me gozo con las de **su segundo** Oratorio de San **Luis Gonzaga**. Pero más me **satisfacen los** resultados **obtenidos** en **su** tercera obra, en el barrio de **Vanchiglia**, aunque no lleguen a los de las otras dos. Se advierte un gran **progreso** desde que Don **Rua** está al frente. ¡Bendito sea **Dios!**»

¿Se puede imaginar el cansancio de un domingo así, en el **Oratorio**? Resultaba el más agotador de la semana. Era un **trabajo** de roturación en medio de almas totalmente **abandonadas**, algunas de las cuales oían hablar de Dios por vez **primera**. Pero quizá por eso mismo, por la novedad del mensaje que les llevaba aquel joven sacerdote y por los sacrificios que se imponía, su palabra daba el treinta, el sesenta y, a veces, el ciento por uno. En el mismo lugar por donde ayer vagaba un rebaño en busca de pastor, despertaba ahora a la luz una nueva cristiandad.

CAPÍTULO XIII

LOS VEINTIDÓS PRIMEROS SALESIANOS

Por diciembre de 1859 había puesto Don Bosco los cimientos de una Sociedad **religiosa**. Dieciocho candidatos —Don Alasonatti, sacerdote ; un **diácono** ; el subdiácono Miguel Rua ; trece clérigos y un **lego**— aceptaban la forma de vida que les proponía y estaban decididos a seguirle a donde quisiera.

Su decisión fue tan firme que, seis meses después, los dieciséis novicios, instigados por Don Rua, firmaban esta promesa **formal**:

«Si desgraciadamente, dadas las actuales circunstancias, no **pudiéramos** ligarnos con los **santos** votos, cada uno de nosotros, doquiera nos **podamos** encontrar, aun dispersos por el mundo, se compromete, aún cuando no quedaran más que dos de los presentes, o uno sólo, a trabajar por **reconstruir** esta Sociedad y observar sus Reglas en cuanto le fuera **posible**.»

Con tales sentimientos, parecía que aquellos jóvenes estaban ya maduros para el **paso** definitivo de la emisión de los santos votos. Pero Don Bosco no lo creyó oportuno y **siguió** formando su alma durante dos años más, a su estilo y según su **espíritu**. Persuadido estaba que labraba las piedras fundamentales, y como quería que su edificio resistiese las tempestades y los años, las tallaba despacio, con todo cuidado y cariño. Por **fin**, el miércoles 14 de mayo de 1862, creyó llegada la hora de recoger para el servicio de **Dios** y de la juventud aquellas buenas voluntades impacientes. En la humilde habitación, testigo de sus reuniones **semanales**, los 22 primeros discípulos del Santo, emitieron sus **pri-**

CAPÍTULO XIV

DIRECTOR, A LOS VEINTISÉIS AÑOS

Recordemos la idea principal de la alocución de Don Bosco en la noche del **14** de mayo de **1862**: *Dios bendice nuestro esfuerzo y quiere que sigamos adelante*. Un suceso rubricaría su afirmación un año más tarde, y precisamente en octubre de **1863**.

La Sociedad Salesiana no había salido hasta la fecha de la ciudad que la vio nacer ; desde este año empezaría a enjambrar fuera de Turín.

En **1862** habían ofrecido a Don Bosco unos terrenos y una casa para establecer su obra en *Mirabello*, población del Monferrato, a **14** kilómetros de Cásale y **18** de Alejandría, totalmente cercada de viñedos. Aunque el terreno era amplio, la casa valía muy poquita cosa. Don Bosco determinó derribarla y construir en su lugar un edificio para un centenar de alumnos, con la idea de que la mayor parte pretendiesen ser sacerdotes. Al igual que en muchas otras diócesis del Norte de Italia, había en la de Cásale gran escasez de vocaciones. Los vientos anticlericales que por doquier soplaban, las ahogaban en germen. Las familias se negaban a entregar sus hijos para el altar cuando alguno de ellos, por casualidad, lo deseaba.

Monseñor Calabiana, Obispo de Cásale, aprobó la *idea*, apenas se la propuso Don Bosco. Así que en el mismo otoño de **1862** comenzó la construcción, que quedó terminada en un año.

De acuerdo con el señor Obispo, la fundación se llamó *Seminario Menor*, bajo la protección de San Crisóstomo. En *efecto*, la realidad respondía al título, con el cual, además, se ponía al abrigo de todos los enredos oficiales. La finalidad de la casa era

aumentar las filas del clero, por consiguiente, escapaba a toda inspección académica.

Quiso, sin embargo, por precaución, que la mayor parte de los profesores destinados a aquel colegio tuviesen diploma del Estado. Precisamente aquel año, ante la escasez de profesores, el Ministerio de Educación Nacional se vio obligado a dar exámenes extraordinarios a fines de septiembre. Sin ningún título previo, sin haber acudido a clase durante cuatro años a la Universidad, todos los que estuvieran bien preparados podían, si aprobaban aquellos exámenes, obtener el diploma de profesor.

Había que aprovechar la ocasión. Don Bosco empujó a cinco de los suyos, **Rua** a la cabeza, para que la atrapasen. Durante las vacaciones se prepararon concienzudamente los futuros maestros del Seminario Menor de San Carlos de Mirabello.

Estaban rendidos del curso, pero era Don Bosco quien les pedía aquel sacrificio y no dudaron un momento. Arrastrados por el ejemplo de Don **Rua**, a pesar del calor sofocante del verano y sin dejar ninguna de sus ocupaciones ordinarias, se presentaron a **exámenes**.

Todos salieron bien, pero Don **Rua** estuvo sobresaliente.

En el examen práctico de Pedagogía le pidieron que hiciese un resumen de la geografía general de Palestina. No le podían haber preguntado nada mejor. El antiguo alumno de Sagrada Escritura de Don Bosco, hizo una maravillosa descripción. Se situó en el país de Jesús, como si estuviera en su propia tierra, paseó el auditorio de Judea a Galilea, atravesando **Samaria**; recorrió con ellos, de Norte a Sur, el río **Jordán**, describiendo con alegría y precisión los dos grandes lagos que encontró a su paso, el de Genesaret y el Mar Muerto; marcó las fronteras exactas de aquella bendita tierra por todos los **costados**; en fin, estuvo deslumbrador. Uño de los miembros del Jurado, el abate Rayneri, pedagogo consumado, decía unos días más tarde: «Don Bosco debería obligar a doctorarse a ese joven sacerdote. Su lección ha sido **maravillosa**».

Así es que nadie se extrañó al verle nombrado director del segundo establecimiento salesiano. Don Bosco le dio por ayudantes a cinco clérigos, de los cuales, sólo **Pro ver** a le aventajaba en un año. Bonetti tenía veinticinco, y los otros tres, Albera, **Cerrutti** y Belmonte, apenas si llegaban a los veinte. El único **sacerdote** era Don **Rua**. Su madre fue con él para cuidarse de la ropería y **fué**, durante siete años, la Providencia viviente de aquel **colegio**.

Se abrió la casa el 20 de octubre de 1863.

Para asegurar los comienzos, envió Don Bosco algunos de los mejores alumnos de Turín, que fueran como la levadura de la masa.

Antes de marchar entregó a Don Rua cuatro páginas con unos consejos preciosos, marcados con tal sello de la mayor sabiduría, que traspasando los límites circunstanciales se **extienden** a todos los tiempos y lugares. Don Rua los encuadró cuidadosamente y los tuvo ante sus ojos toda la vida, en su despacho.

He aquí algunos :

«—*Nada te turbe.*

—*Evita las privaciones en la comida y no duermas menos de seis horas. Es necesario para la salud y para trabajar por el bien de las almas.*

—*Cada mañana, la meditación y cada día, la visita a Jesús Sacramentado.*

—*Hazte querer más que temer.*

—*Si acusan a alguien, infórmate bien antes de tomar una decisión. Muchas veces la viga se convierte en una pajueta.*

—*Haz de modo que a tu personal no le falte el alimento ni el descanso. Repara en el cansancio de tus hermanos. Si cayeren enfermos o se indispusieren, que les suplan en seguida.*

—*Habla a menudo, en público o en privado, con tus hermanos. Vigila para que no estén sobrecargados de trabajo; que no les falte nada; ni ropa ni libros. Observa si andan tristes, o enfermos, o preocupados con sus alumnos. Remedia sus necesidades apenas las conozcas.*

—*Vigila la puntualidad de tu personal, y que todos vayan a recreo con los alumnos.*

—*Reúne, de vez en cuando, a los profesores, a los asistentes, a los jefes de grupo y recomiéndales que impidan las malas conversaciones y que alejen los libros, grabados y alumnos peligrosos para la pureza de costumbres.*

—**Haz** recreo con los alumnos siempre que **puedas** y aprovecha **ese** momento para decirles alguna palabrita al oído.

—**Funda** la Compañía de la Inmaculada Concepción, pero deja la dirección en manos de los mismos socios.

—**La** bondad y la cortesía deben ser las virtudes **características** de un **director**, cara a los de dentro y cara a los de fuera.

—**Frente** a una dificultad **material**, cede **cuanto** puedas, aún a **precio** de perder; lo importante es conservar la caridad.

—**Si** se trata de dificultades de orden **espiritual** o **moral**, entonces hay que resolver el conflicto en favor de la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas. Todos los derechos se deben sacrificar a este doble bien: **compromisos**, exigencias del amor **propio**, **gustos personales**, **caprichos**, hasta el **propio honor**.»

Al leer estos consejos se advierte en el espíritu de quien los escribió el miedo a que los pocos años del director pasaran junto a la necesidad, el sufrimiento físico o moral, las penas, sin advertirlos. ¡ Se piensa tan poquito en las penas de los otros a los veinte años ! En esa edad, desbordante de salud y actividad, ¡ se llega tan difícilmente a comprender, a *palpar* ciertas dificultades, a veces trágicas, en las que tropiezan las almas débiles e inexpertas ! Y, sobre todo, ¡ se piensa tan poco en la dificultad de la propia juventud para ganarse la confianza de los subditos, tan necesaria para el buen gobierno de una casa !

El espíritu práctico de Don Bosco lo preveía todo ; por eso, con prudencia, acentuaba la paternal solicitud que un buen director salesiano debe poseer.

* * *

Don Rua recibió estos consejos con alegría y se ingenió para ponerlos en práctica con docilidad filial. *Lucerna pedibus meis verbum tuum*. Las palabras de su maestro fueron, ciertamente, la luz que guió sus pasos durante sus dos años de directorado.

Triunfó en toda la **línea**.

Y su éxito, atestiguado por todos, fue debido al empeño puesto en reproducir en Mirabello lo que había visto en Turín ; a su

constante preocupación para que la piedad fuera la base de la vida colegial, a su vigilancia continua, a su bondad paternal.

Procuró hacer de la casa un centro de protección y, sobre todo, de transformación. Para obtenerlo quiso que los alumnos encontrasen dentro de sus muros alegría serena, fruto de la paz de la conciencia, y sostenida con todas las industrias que su celo inventaba ; disciplina, suave y no *exagerada*, que admitía un cierto margen de libertad ; superiores convertidos en padres, en hermanos mayores que se mezclaban con sus alumnos en toda suerte de juegos, de cuidados y ocupaciones, demostrándoles plena confianza y ganándoselos de mil modos ; no soñando más que en crear en su derredor ese ambiente de familia tan necesario para el desarrollo del hombre ; fusión de corazones y cariñosa vigilancia que adivinara las penas más secretas del alma para aliviarlas a *tiempo* ; y, por encima de todo esto, o mejor, envolviéndolo todo, vida de piedad profunda y concienzuda, de la cual sacasen los adolescentes, según su edad y temperamento, la fuerza para resistir al mal presente, la luz para iluminar los caminos oscuros de otro día, y la fidelidad al deber para *siempre*.

Buscaba todos los medios a su alcance para alimentar este espíritu de piedad. Mañana y tarde se sentaba al confesonario, en espera de penitentes para concederles el perdón divino ; después de las oraciones de la noche, daba las buenas noches a sus *hijos*, minuciosamente preparados, antes de que fueran a acostarse ; los domingos les daba dos *instrucciones* : una por la mañana para explicarles las hermosas páginas de la Historia Sagrada, y la otra por la tarde, para enseñar las virtudes del cristianismo ; se celebraban con fervoroso entusiasmo las fiestas de San Carlos y San Luis Gonzaga, el Mes de María, las fiestas principales del ciclo litúrgico y de la Santísima Virgen, que preparaba con una novena o un triduo ; terminaba cada mes con el Ejercicio de la Buena Muerte, día de retiro, siempre seguido de un paseo largo ; y cada año, por primavera, Ejercicios Espirituales de tres días, durante los cuales, dando de mano a todo trabajo *material*, ponía a sus muchachos frente a las verdades eternas y las obligaciones del buen cristiano.

Hasta Turín llegaron los ecos de aquella vida de intenso trabajo, de sana alegría y fervorosa piedad. El entonces historiador de la incipiente Sociedad Salesiana, el clérigo **Ruffino**, anotaba en la **Crónica** :

«**Don Rua** hace en Mirabello lo mismo que Don Bosco aquí. **Continuamente** se le ve cercado de alumnos, conquistados por su **amabilidad**, para **oirle** contar mil cosas interesantes. Al principio del año recomendó a su personal que no fuera excesivamente exigente; que no riñera a los alumnos **continuamente**; que supieran cerrar los ojos. Durante el recreo del mediodía, siempre está mezclado con los jóvenes, jugando o cantando con ellos.»

El joven religioso de veintiséis años era un Director modelo. Lo mismo cuidaba de la limpieza de los locales que del **orden** de los registros ; del cumplimiento del reglamento, como de la marcha de los estudios ; del aprovechamiento de los **alumnos**, como del ambiente **general** ; pero, por encima de **todo**, tenía un corazón paternal para todos los que le rodeaban, inquieto por **saber** de sus penas y necesidades, y pronto a consolar a unos y **remediar** a otros.

«**Para** mí, escribía cuarenta y cinco años más tarde el clérigo **Cerruti**, uno de sus colaboradores, fue una gran pena dejar a Don **Bosco** para ir como profesor primero y después como director de estudios a Mirabello. Pero mi dolor se endulzó con el pensamiento de que **allí** había de encontrar una copia exacta de mi maestro. Todavía **recuerdo** los dos años pasados bajo la dirección de Don **Rua**; su incansable **actividad**, su habilidad en el trato de los hombres, su celo por el bien **religioso** y moral de sus alumnos y del personal, igual que por su **progreso** intelectual y su desarrollo físico. Jamás olvidaré aquella su **bondad**, más de madre que de **padre**, con la que me cuidó en mayo de 1865, cuando estuve gravemente **enfermo**.»

* * *

Los consejos de Don Bosco, que vigilaba día a día la vida de aquella casa, su primera hija, sostenían a Don Rua en su **labor** de educador.

Compuso un reglamento para aquel Colegio, que, con algunas modificaciones que la experiencia sugirió, se convirtió después en el reglamento base de todas las Casas Salesianas. Iba a menudo a **sorprenderles** en pleno funcionamiento, y cuando le era posible les escribía sus recomendaciones paternas.

*«Tendría mucho que decirlos, escribía un día a sus queridos hijos de Mirabello, pero lo dejo para mi próxima visita. Hoy solamente os doy unos consejos que el Señor me ha inspirado, para que **paséis** un buen año.*

—**Huid** de la ociosidad, madre de todos los vicios. *Cumplid **diligentemente** vuestros deberes escolares y religiosos.*

—**Comulgad** con frecuencia. *La comunión **frecuente** es la columna poderosa que sostiene el mundo moral y físico, impidiendo que se **desarrumbe**.*

—**Amad** a la Santísima Virgen y recurrid a Ella. *Jamás se ha oído decir que ninguno de cuantos han acudido a Ella no haya sido **escuchado**.*

***Creedme**, hijitos míos, no exagero al decir que la Sagrada Comunión es una poderosa columna sobre la cual descansa uno de los polos del mundo y que el otro se apoya en la devoción a la Santísima Virgen. Por eso repito a Don **Rua** y a todos los Superiores de la Casa que insistan, con la solicitud que presta el amor de **Dios**, para que estos tres recuerdos queden profundamente grabados en vuestra alma, esa vuestra alma tan querida por el Salvador del mundo.*

Habiéndole preguntado Don **Rua** si podían desprenderse de un alumno tercamente indisciplinado, respondió Don Bosco que si no era peligroso para sus compañeros, era mejor cargarse de paciencia hasta llegar a dominar su rebelde voluntad. Y no se arrepintió de seguir esa indicación. Vio que (da paciencia todo lo **alcanza**).

Desgraciadamente, a veces, se coló algún lobo rapaz en medio de aquellas ovejitas mansas y puras. Don **Rua**, fiel a las enseñanzas del maestro, no dudó en separarle irremisiblemente del rebaño.

«¡Si supieras!—escribía cierta vez a un amigo. ¡Acabo de dar un escobazo de esos que hacen época! P..., B .. y L..., ya no están en el

Seminario. He tenido que enviarles a su casa. Pedimos cada día a San Carlos aparte del **rebaño** los lobos voraces, o que les trueque en **corderos**. Y hasta ahora nuestro buen Patrón ha cumplido a las mil maravillas nuestro ruego.»

Ciertamente aquel grupito de educadores, aunque sacrificados y llenos de buena voluntad, distaban de ser perfectos. Su juventud les traicionaba, de vez en cuando «**metían la pata**». Entonces, siguiendo el consejo de Don Bosco, se consignaba en el *Cuaderno de las Experiencias* la falta, para no volver a cometerla.

Por cierto que en ese famoso cuaderno había de todo ; torpezas hijas de la inexperiencia y observaciones acerca de las relaciones con las autoridades, con los **padres**, con los proveedores ; llamadas de atención sobre ciertas dificultades locales, ordenanzas sobre programas, fiestas del año, veladas **músico-literarias**, normas higiénicas que la prudencia o algún suceso desagradable había dictado ; en fin, todo cuanto podía ayudar para prevenir desórdenes y facilitar la disciplina de la casa.

* * *

De entre los consejos dados por Don Bosco al joven Director de Mirabello, había dos que Don Rua no cumplía o acomodaba con habilidad.

«**No duermas menos de seis horas**», habíale prescrito Don Bosco. Pero él, la verdad, no hacía mucho caso. Desde la casa de enfrente, donde vivía un amigo o un bienhechor, se dominaba la ventana de su habitación, a menudo iluminada hasta media noche, y, a veces, hasta el alba. Aquellas almas generosas se lamentaban a Don Bosco, éste a Don Rua, y él se excusaba de que no podía hacer de otro modo. ¡ Tenía demasiadas ocupaciones ! ¡ Demasiado trabajo !

También le había recomendado Don Bosco no hiciera ninguna mortificación especial en la comida. Y esto lo cumplía Don Rua al pie de la letra, pero se resarcía por otro lado.

Invitó para los exámenes de julio de 1864 a sus antiguos

maestros Don Picco y el señor Bonzanino, y se presentó con ellos, a última hora, el clérigo Durando, uno de los veintidós primeros salesianos. Como no había en la casa muchas habitaciones para forasteros, Don Rua, que no esperaba el tercer huésped, le cedió su habitación para ir a dormir Dios sabe dónde. En la precipitación se olvidó de cambiar la ropa de la cama. Cuando, después de las oraciones de la noche, fué a buscarla, Don Durando leyó en su cara una grave contrariedad.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó —. Estás preocupado.

— Es que he perdido una cosa — respondió Don Rua palpando la cama recién hecha.

— ¿Qué es?

— Un chisme.

— ¿Grande? ¿Pequeño?

— Mas bien grande.

— Pero ¿qué es?, dímelo.

Don Rua no respondía.

— Adivino lo que has perdido — dijo entonces el amigo. — Pero estáte tranquilo; el chisme ese no se ha perdido. Lo guardo yo.

Y al decirlo señalaba en un rincón de la habitación una larga plancha que Don Rua solía poner entre el colchón y las sábanas.

— Esto no lo debes hacer — le reprendió Don Durando —. ¿Lo sabe Don Bosco?

— ¡Imagina! — replicó confundido el culpable, cogido en flagrante —. A más, no creas que lo pongo siempre...

Estas dos anécdotas, escogidas entre ciento, indican bien a las claras cómo Don Rua unía la oración de la penitencia a su vida ejemplar y a su fervorosa piedad para mantener el buen espíritu en la Casa.

* * *

Así es que el Seminario Menor de Mirabello marchaba a las mil maravillas. Una cifra y un testimonio lo demuestran.

El testimonio es el de su sucesor en la dirección. Decía un día

Don **Bonetti**: «Casi he necesitado diez años para llegar a tener la casa tan por la mano como la tenía Don **Rua** en sólo dos años de rectorado».

Y la cifra es impresionante. En pocos años, el Seminario Mayor de Cásale, que se proveía casi exclusivamente de Mirabello, subió de 20 alumnos a ciento veinte.

Claro que no todos los alumnos del Seminario Menor de San Carlos acabaron bien. Más de una vez, Don **Rua** tuvo que despedir a algunos ; pero aun entonces, preocupado por el porvenir de sus almas arrojadas al torbellino de la vida, no perdía toda esperanza. Las verdades religiosas sembradas en sus mentes podían renacer más tarde. En efecto, no se equivocaba. Más de uno de aquellos hijos pródigos, alguno muy pronto, volvió a la casa paterna.

El año 1909, el Padre Francesia, el más antiguo amigo de Don **Rua**, haciendo visita de inspección por el Alto-Monferrato, se tropezó, en un centro de Enseñanza Media, con un profesor que, tras de darse a conocer, le encargó el siguiente recado para Don **Rua**, que yacía en cama a punto de muerte: «Durante el año 1865 estuve en Mirabello ; fuí un mal alumno que descorazonaba al buen padre. Le di muchos trabajos. Era yo joven, es cierto ; pero me daba buena cuenta de cuanto hacía. Me aguantó mucho más que lo hubiera hecho mi propio padre ; tocó las fibras de mi corazón, con suavidad que mi propia madre no hubiera usado. Pero no obtuvo nada de mí. Me tuvo que despedir. Aún recuerdo la mañana de mi salida. Me hice el indiferente hasta la insolencia, y sólo cuando me encontré en la carretera, rompí a llorar. Han pasado cuarenta y cinco años. Por fortuna me rehice pronto. Volví a la iglesia y a la frecuencia de los sacramentos. Hasta he educado cristianamente una inmensa familia. Ayudo en la actualidad a mi párroco cuanto puedo. Pero no quiero tejer mi elogio, sino el de Don **Rua**, porque él es quien me ha salvado. Aún después de mi salida del colegio, hice algunas muy gordas en **Turín** ; pero Dios me abrió los ojos. Volví al buen camino. Me gradué, y con mi título me gano honradamente la vida y la de mis hijos.»

Aquel hombre, en la raya de sus sesenta años, lloraba como un niño mientras hacía esta **declaración**:

«...He querido decirle todo esto para que se lo cuente a Don Rua. Dígale que he vuelto a ser un buen cristiano. Le gustará mucho.»

Al volver a Turín fué Don Francesia a la cabecera de su amigo enfermo y le contó lo sucedido.

— ¿A que no sabes a quién me he encontrado? Fulano..., tu antiguo alumno de Mirabello. ¿Le recuerdas?

— Mucho. ¿Qué es de él?

— Me ha encargado que pida perdón a su antiguo director y que le diga que marcha por buen camino.

— ¡ Oh, qué buena noticia ! — exclamó el pobre viejo. — Cuánta pena me dio ese muchacho. Una vez más me persuado de que no hay que dudar nunca de la misericordia de Dios. Si no llega hoy, llega mañana.

Se ve, pues, que también durante estos dos años de directorado tuvo Don Rua sus espinas. Pero no faltaron las rosas. Aquella primera casa salesiana fuera de Turín, fue semillero fecundo de la naciente Congregación. Siete años más tarde fué trasladada a unos cuantos kilómetros más allá, a *Borgo San Martino*, desde donde sigue proveyendo con abundancia a los noviciados salesianos.

* * *

Saltaba a los ojos de todos, también a los de Don Rua, el brillante resultado. Por lo que a fines de 1864 sacudió su espíritu una fuerte tentación de amor propio. Cuanto más la apartaba, más ella arreciaba, reclamando su atención ante éxito tan innegable para arrancarle un pensamiento deliberado de complacencia. Hasta que al fin, no pudiendo más, tomó la pluma y, con confianza filial, se echó totalmente en las manos de Don Bosco. Confesó al Padre el incesante asalto del mal. La respuesta no se hizo esperar: fué una respuesta paternal y oportuna.

durado para este empleo. Había demostrado en Mirabello de cuánto era capaz ; fue la admiración de todo el mundo ver los resortes de **actividad**, de iniciativa y de mando, que escondía su naturaleza singular.

Todos estaban pendientes, apenas llegó, de las reformas disciplinarias que pondría, dado el ambiente que reinaba. Don **Alasonatti** era un santo varón, cuyo recio temple quedó de manifiesto en las últimas semanas de su vida ; pero su gobierno —**el** de un hombre enfermo y de reacciones **violentas**— había cambiado algo el espíritu de la Casa, que ya tenía casi setecientos alumnos. Se imponía una reforma, una reforma disciplinaria, una reforma interior de vida cristiana. «**Basta que Don Rua lo intente y todos le seguiremos**», se susurraba en su derredor. Tanto se sentía la necesidad de una reforma inmediata.

Mas la prudencia de Don **Rua** supo resistir la discreta invitación. Mientras vivió Don **Alasonatti** no cambió nada, por delicadeza ; actuaba como un **interino**. Cuando murió, esperó todavía unos meses antes de cambiar la menor costumbre. De muy buen acuerdo, pensaba que, antes de hacer el menor cambio, hay que estudiar el ambiente. ¡ Un movimiento brusco del timón ha hecho tantas veces zozobrar la barca !

Por otra parte, no le faltaba trabajo para ocupar su actividad.

Como Prefecto de disciplina del gran establecimiento, tenía que preocuparse de los 350 aprendices y de la marcha de los talleres, con toda la contabilidad que supone la compra de materiales y utillaje, **el** pago de los obreros, las facturas de los clientes. Le encargó, además, Don **Bosco** de la vigilancia de las obras de la iglesia en construcción y la «**faenita**» de calmar, al menos en parte, a los empresarios que acosaban un **poquito**...

Dejó, además, en sus manos la responsabilidad total de las *Lecturas católicas*, opusculitos de propaganda que, de mil diversos modos, sostenían la fe del pueblo en una época en la que el liberalismo, la revolución y el protestantismo iban de bracete para socavar las creencias religiosas. No era una carga **pequeña**: doce mil suscriptores aguardaban cada mes aquellos relatos seductores,

escritos con sencillez. No era tan sencillo producir escritos cautivadores, ortodoxos y económicos, a plazo fijo, no. Y encima, corregir las pruebas de imprenta del número mensual.

Para descansar de estos trabajos tenía Don Rua que despachar la mayor parte de las cartas de Don Bosco, que, por cierto, desde la colocación de la primera piedra de la iglesia se agolpaban por centenares cada día sobre la mesa del constructor. Con razón dijo Don Bosco: «Cada piedra de este santuario podría contar un milagro». Los milagros solicitados, o descritos, o agradecidos, multiplicaban las cartas que, siempre, aguardaban contestación urgente, sobre la mesa de Don Rua o de sus secretarios, ya que pronto tuvo que tomar hasta tres.

Al volver a su querida ciudad de Turín, después de dos años de ausencia, se encontró Don Rua, según vamos viendo, aumentada la dulce esclavitud de antaño.

¡ Y él era feliz !, no tenía otra preocupación que la de aliviar a Don Bosco para que pudiera cumplir los designios de la Providencia. «Todavía no he tomado el pulso a todos los resortes de esta casa, decía una noche a Francesia ; pero en cuanto me ponga al corriente, ¡ cómo me voy a frotar las manos !»

* * *

Ese momento llegó en seguida.

Entonces, cuando creyó dominar el cargo, o mejor la serie de cargos que su maestro había colgado sobre sus débiles hombros, pensó en las reformas interiores que la buena marcha exigía.

Seguramente que la disciplina salesiana es la menos exigente de todas. Se conforma con lo estrictamente necesario para la marcha regular y ordenada de un centro de educación. Pero cuando Don Rua tomó las riendas del gobierno, no reinaba este «mínimum». Quien se extrañe de ello, ha olvidado los principios curiosos de la Obra de Don Bosco.

Por una serie imperceptible de metamorfosis, el Oratorio de San Francisco de Sales, con sus dos secciones de aprendices y estudiantes, se presentaba, en 1865, como un poderoso organismo

diciada aprobación oficial. Don Bosco determinó volver a **Roma**, por segunda vez, para activarla.

Teniendo a Don **Rua** al timón de la casa, podía irse tranquilo. Salió el 7 de enero, con el Padre Francesia, y no volvió hasta el 2 de marzo, con las manos vacías y el corazón lleno de esperanza, porque las dificultades mayores contra su proyecto parecían resueltas.

A su vuelta tuvo la dulce sorpresa —la que nueve años antes no **halló**— de encontrar a sus hijos tan alegres, cariñosos, trabajadores y piadosos como los había dejado. La casa no había sufrido en su ausencia. Durante los dos meses había trabajado bien Don **Rua**, en la sombra, como quien no toma parte en nada.

Aquel año y el siguiente fueron años muy pesados para él. Durante el otoño de **1866** se colocó la última piedra de la cúpula de María Auxiliadora, y la ornamentación interior marchaba a tal velocidad que, al acabar el **1867**, pudieron fijar la fecha exacta de la consagración, que fue el 9 de junio.

La preparación de las fiestas de la inauguración —que fueron un **triunfo**— y todo el peso de la octava que siguió a las mismas, recayó sobre Don **Rua**. Durante todo el mes de junio no pudo dormir más de cuatro horas cada noche, tal fue el cúmulo de cosas a prever, organizar, decidir, vigilar y animar. El exceso de trabajo le agotó. Una mañana de **julio**, a punto de salir de **casa**, en la misma puerta, cayó en los brazos de un amigo. Al llegar a su alcoba se **rehizo**. Fue una mejoría engañosa; días más tarde una peritonitis fulminante le ponía a las puertas de la muerte.

Y Don Bosco estaba ausente.

Apenas volvió, en la misma portería, le anunciaron la dolorosa noticia. Dio la impresión de que no le sorprendía.

Era la víspera del retiro **mensual** de los muchachos; en vez de ir hacia la enfermería, marchó derecho a la sacristía para confesar a los niños que le esperaban.

Terminó bastante tarde. Le avisaron de nuevo para que se acercaba a la cabecera del enfermo, que empeoraba por momentos. Don Bosco sonrió bondadosamente y fue al comedor, cenó, subió a su **habitación**, dejó los documentos que traía del viaje y,

su Prefecto de disciplina. A pesar de su **severidad**, Don **Rua** se hacía querer por su justicia, su entrega total al bien de los **alumnos** y su prontitud en perdonar.

La prueba **fué** cuando, ya convaleciente, tres semanas más tarde, salió de su habitación.

Bajo los pórticos de la casa tendieron la mejor alfombra de la casa ; pusieron un sillón y, al son de la música, y entre los aplausos de los setecientos alumnos que le rodeaban, Don **Rua** tuvo que sentarse. Estudiantes y artesanos fueron desfilando para decirle la alegría que tenían de verle bueno y para prometerle que, en adelante, corresponderían más a su celo por sus almas.

Don **Rua** pronunció unas palabras de agradecimiento ; pero fueron muy cortas porque la emoción anudaba su **garganta**. ¡ Es tan dulce ver que se reconocen las **fatigas** por los mismos por quienes se **sufre** !

Unos días más tarde partía para Trofarello, población a doce kilómetros de Turín, junto al Po. El aire puro del campo, el descanso absoluto, los cuidados maternales de una bienhechora de Don Bosco pondrían nuevo al infatigable trabajador que quiso tomar sobre sus espaldas la mitad de la tarea de su maestro.

Pontífice formuló así: *Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii et Spiritus Sancti descendat super te, super socium tuum, super tuos in sortem Domini vocatos et benefactores tuos et super omnes pueros tuos et super omnia opera tua, et maneat nunc, et semper; et semper; et semper.* «Que la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ti, sobre tu compañero, sobre tus llamados a la viña del Señor, sobre tus bienhechores, sobre todos tus niños y sobre todas tus obras, y permanezca siempre, y siempre, y siempre.»

Le bendición del Papa, dividida entre el padre y el hijo preferido, seguía, según se ve, cumpliendo la predicción de Don Bosco.

Doce días más tarde, el 21 de marzo, obtuvo Don Bosco una segunda audiencia, en la cual le cupo la suerte de poner en manos del Pontífice el manuscrito de las Reglas, corregidas de acuerdo con las directivas recibidas. Aquella entrega era el primer paso oficial para alcanzar de Roma la aprobación de la Sociedad y de sus constituciones.

El 6 de abril fue el de la audiencia de despedida. Durante ella el Papa se mostró extraordinariamente bondadoso. Fue a las nueve de la noche, acompañado de su inseparable compañero, y se vio colmado de atenciones por el Santo Padre. Pío IX metió las manos en su limosnera y le entregó un puñado de monedas de oro, con encargo de que diera una buena merienda a sus muchachos del Oratorio de Turín. Le otorgó cuantos favores e indulgencias había pedido y, finalmente, le devolvió el manuscrito de las Reglas de la futura Congregación, leído de cabo a rabo, y con acotaciones de su puño y letra.

—Preséntelo—le dijo—al Cardenal Gaude, que se encargará de su examen y aprobación.

Así lo hizo Don Bosco. Pero antes retocó el texto de acuerdo con las indicaciones del Papa; y Don Rua volvió a copiar, de nuevo, el manuscrito con su magistral caligrafía. Fue su último trabajo de secretario en la Ciudad Eterna.

Ocho días más tarde, el 14 de abril, tomaron el vapor en Civitá-Vecchia. Con mar tranquila llegaron el 15 a Genova, para

rechos a nuestro corazón, porque advertíamos que sus palabras nacían de un gran amor por nuestras almas.»

La Congregación Salesiana, todavía en mantillas, aún no había sido aprobada por Roma ; por consiguiente, el clérigo Rua no podía ordenarse más que a título diocesano. Debía, en consecuencia, presentar un patrimonio suficiente. ¿Dónde encontrarlo? Don Bosco no podía de ningún modo prestarlo, pues no tenía más riquezas que su propio trabajo ¡ y... sus deudas !

Lo halló en el Conde Rodolfo de Maistre, el cual garantizó su patrimonio apenas se lo pidió Don Bosco, ya que perduraba todavía en él la gratísima impresión que el joven clérigo le había dejado, mientras fué su huésped en Roma.

Don Rua, agradecido a tanta bondad, escribió al bienhechor, el cual le respondió desde Beaumesnil, en Normandía de Francia, felicitándole «por su entrega a Dios en el momento más solemne, el de la prueba y la persecución».

Salvada esta última dificultad, el clérigo Rua podía ya subir al altar. El día 28 de julio, en el pueblecito de Caselle, cerca de Turín, Monseñor Balma impúsole las manos y le ordenó sacerdote.

La víspera, por la tarde, llegó Don Rua con dos compañeros a la casa del Barón Bianco de Barbania, uno de los mejores bienhechores de Don Bosco.

A la mañana siguiente advirtieron los criados, al limpiar la habitación, que el huésped no había deshecho la cama.

«—Es un santo—dijeron luego al Barón—. No ha dormido en toda la noche. ¡ Seguro que ha estado rezando todo el tiempo !

—No me extraña—replicó el Barón—. Es alumno de Don Bosco, y está todo dicho.»

El día 30 de julio celebró su primera misa en el Oratorio de Valdocco. ¡ Imagínese con qué fervor !

Uno de sus compañeros, Cerruti, dice :

«Me parece verle celebrando su primera misa. Le recuerdo, como si fuera ayer mismo, con su porte recogido al salir al altar ; con aquel aire radiante al consagrar el Pan Eucarístico, y su ros-

SEGUNDA PARTE

NUEVAS ACTIVIDADES DE DON **RUA**

Fué aquella la edad de oro de la Casa.

Tres rasgos la distinguieron: el aumento de alumnos, la atmósfera sobrenatural que envolvió las almas y el ansia de santidad que contagió a aquellos jóvenes.

En julio de 1861 se examinaron ante Don Picco y el señor Bonzanino, los amigos de siempre de la Obra, trescientos diecisiete alumnos de humanidades. En 1862 alcanzaron a 341 y en 1863 llegaron a 360. Y en la sección de aprendices, con los talleres en plena actividad, eran poco más o menos los mismos. El espíritu reinante en la casa era la mejor propaganda para los padres.

Y es que allí imperaba el Evangelio; el cumplimiento del deber y la alegría; el temor de Dios y el trabajo; la piedad y la caridad; el celo y la pureza, sostenidos e iluminados por pensamientos de Fe.

Cada cual atendía a su deber, lo mismo en la clase que en el taller. Ni una sola cabeza se movía en el estudio, aunque asomase una visita; podía el vigilante ausentarse unos minutos y seguían las frentes inclinadas sobre los libros. Y todo esto en absoluta espontaneidad.

En el patio había un bullicio sin par. Diez, quince, veinte animadas partidas corrían de aquí para allá. Los que no jugaban paseaban con sus asistentes. De vez en cuando, rompiendo la conversación o en el descanso de los juegos, se veía a los muchachos que corrían a hacer una visita ante el Sagrario.

El espectáculo que ofrecía la iglesia aún era más edificante. A diario, por la mañana y por la tarde, el confesonario de Don Bosco estaba asediado por los muchachos ávidos de vivir en gracia de Dios. Las comuniones resultaban interminables.

Un testigo de la época, el niño Ballesio, que llegó a ser canónigo de Moncalieri, escribía, veinticinco años más tarde:

«Muchos de nuestros compañeros eran más que buenos, excelentes; modelos acabados de piedad, de trabajo, de dulzura y de penitencia; eran ejemplos vivos y atrayentes. Aquellos jóvenes no hubieran cometido un pecado mortal ni por todo el oro del mundo; su devoción, sólida y tierna a un mismo tiempo, tenía algo de maravilloso. ¡Cuántas

veces los señores acompañaban su hijos a aquel lugar sagrado, para poner ante sus ojos el espejo de piedad de los muchachos, hijos del pueblo!»

Reinaba entre todos cordial amistad. Allí no había riñas, ni golpes, ni insultos. Bastaba la palabra del amigo, la intervención del superior para apaciguar una disputa. Reinaba la caridad completa, atenta, delicada para quien sufría por algo ; los nuevos, sobre todo, cuando lloraban por los rincones y con aquellos que tenían alguna pena o malas noticias o que andaban envueltos en las nubéculas de la melancolía. Un alumno de entonces describe maravillosa y lacónicamente el espíritu de familia de aquellos años: «Nos queríamos como hermanos y formábamos un corazón y un alma sola, para amar a Dios y consolar a Don Bosco».

Había una santa rivalidad para el bien, que sostenía todas las voluntades. La puntuación de *nueve* se consideraba como una desgracia ; el *diez* era moneda corriente. Cuando el domingo por la tarde leía Don Bosco las notas de la semana, eran muy raros los *regular* ; la mayor parte obtenía *muy bien* y caían los *mal* en medio de un murmullo de desaprobación.

Por aquella época murió en la enfermería de la Casa el alumno Francisco Besucco, pastorcillo de los Alpes, convertido en estudiante de latín por Don Bosco. Moría extasiado, envuelto en luz deslumbradora, levantándose de su catre y entonando un cántico a la Santísima Virgen. «Muero con la pena de no haber amado a Dios como El se merece», gemía en sus últimos minutos.

También había malos elementos, alguna oveja sarnosa entre aquella multitud de setecientos alumnos, ; quién lo duda ! Pero su influencia estaba paralizada ; o se decidían a cambiar de vida, o eran despedidos bonitamente, con motivo de un triduo o de una novena, porque parecía que el Señor se aprovechaba de aquellos días, de oración más frecuente y de piedad más fervorosa, para descubrirlos y despedirlos.

El Oratorio de San Francisco de Sales era de 1860 a 1865 un rinconcito de paraíso en la tierra. ¿A quién, a qué causa atribuir tan maravillosos resultados?

En primer lugar al recuerdo, siempre vivo, de dos alumnos de la Casa: *Domingo Savio* y *Miguel Magone*, flores exquisitas nacidas en el jardín de Don Bosco. El primero fué un ángel que anduvo por la tierra sin mancharse durante sus quince años; el otro fue un convertido: de jefe de pandilla en su pueblo se trocó, en la escuela incomparable del maestro, en el más dulce, el más puro, el más trabajador, el más piadoso de los muchachos; todo un penitente. Dominguito murió en 1857, en Mondonio, su pueblo; Miguel, el 1859, en el Oratorio. Pero el perfume de las dos flores, de tan distinto aroma, siguió embalsamando el jardín.

El primero de estos dos santitos dejó tras sí una institución, la *Compañía de la Inmaculada Concepción*, que continuaba sus ensueños apostólicos. Y era precisamente esta Compañía el alma secreta de todo el fervor de aquella vida espiritual. Sus socios se empeñaban en observar el Reglamento al pie de la letra; en emplear minuciosamente el tiempo, y en ser apóstoles con el ejemplo, la palabra, los avisos y el consejo. La influencia de tal asociación en la Casa era considerable. Era como la levadura de la masa.

El ejemplo de aquellos bravos muchachos era sostenido por el esfuerzo de sus maestros, grupo de clérigos y legos que eran el meollo de la futura **Sociedad**. Les hemos visto ya mártires del trabajo. La mayor parte de ellos, además de dar clase, estudiaban ciencias sagradas y asistían a la Universidad para adquirir un título. Para descansar, asistían a los muchachos en el dormitorio, en el comedor o en el patio. No tenían un instante para respirar.

Y, sin embargo, tenían una alegría prodigiosa y un entusiasmo inagotable. Se comprende fácilmente que su celo se alimentaba con la Sagrada Comunión, la oración, la visita a Jesús Sacramentado y la devoción a la Santísima Virgen.

Los muchachos caminaban al paso de sus jóvenes maestros, que se santificaban y escalaban las alturas. Era algo maravilloso.

En medio, animando sus actividades, avivando la llama, apro-

bando con su mirada y con su palabra, sosteniéndoles con su ternura, estaba Don **Bosco**.

«El era el alma de la Casa, ha escrito uno de sus hijos de otrora. Aún me parece verlo, sonriendo dulcemente en medio de sus hijos, bajo el pórtico, o en medio del patio; a veces, sentado por el suelo, cercado de siete u ocho círculos de niños vueltos hacia él, como flores **abiertas** hacia el sol.»

A su lado, en la **sombra**, estaba Don **Rua**, artífice eficaz de aquella florecencia de **virtudes**. Don **Bosco** pensaba y dirigía; Don **Rua** lo realizaba. Mantenía la disciplina y, en calidad de director espiritual y antiguo presidente de la Compañía de la **Inmaculada**, esparcía espíritu animador. Estaba presente en todas partes para guardar el orden y mantener la disciplina. Se ocupaba de todo.

Sin embargo, su humildad y su modestia eran tales que nadie hubiera advertido que él estaba al frente de aquella **organización**. Tenía el don de disimular su trabajo y hasta sus éxitos. Todo lo atribuía a su maestro, Don **Bosco**. Cargaba sus hombros para descargar los del padre y asumía papeles ingratos para dejarle hacer cumplidamente de padre.

Si por un solo día se hubiese **ausentado**, se hubiera advertido el peso que su frágil naturaleza había asumido, a más de las clases que daba, del repaso de la Teología para obtener licencias de confesión, de los sermones que Don **Bosco** le hacía predicar a treinta y seis comunidades, de las *Lecturas católicas* que casi dirigía y de la correspondencia de Don **Bosco**, que despachaba en su ausencia.

* * *

En un lugar separado de la fábrica marcha el motor que da fuerza, luz y calor. Muy pocos advierten su **proximidad**, aunque es el alma del taller.

Así era Don **Rua**.

Trabajaba en la **sombra**, pero su acción era poderosa.

CAPÍTULO XII

« I N L A B O R E R E Q U I E S »

(*Descanso en el trabajo*)

Estaba escrito que el celo dominical de Don Rua se desplegaría en los tres Oratorios salesianos abiertos por Don Bosco en Turín. Se entregó primero al *Oratorio de San Francisco de Sales*, en donde entró el 1847, a los diez años; más tarde, siendo clérigo, prestó sus servicios, allá por el año 1854, en el *Oratorio de San Luis Gonzaga*, junto a la Estación Central; y, finalmente, el 1860, le rogó Don Bosco que se ocupara del *Oratorio del Ángel de la Guarda*.

Estaba este Oratorio en el barrio de *Vanchiglia*, al Este de la ciudad. Era un arrabal en formación, con grandes solares, casitas humildes y granjas de hortelanos.

El sacerdote Murialdo, amigo y colaborador de Don Bosco, estuvo al frente del mismo desde sus comienzos, pero atacado por una enfermedad incurable, terminó por no poder atenderlo con asiduidad. Era necesario un ayudante que asumiese casi toda la responsabilidad. Y Don Bosco puso a Don Rua *in labore requies*. Este era su descanso dominical, tras las duras jornadas de toda la semana.

Don Rua no sabía hacer nada a medias. Así es que, apenas comenzó, puso las ruedas que faltaban en aquella *Obra*. Fundó las Conferencias de San Vicente de Paúl, para así llegar hasta el seno de las familias pobres del barrio. Y, además, la *Compañía de San Luis Gonzaga*, para seleccionar entre el montón de sus oratorianos un grupo que comulgase quincenalmente, lo que era

palpar el gran bien que allí se hacía y hasta prever los frutos. Un día, para **consolar** al Arzobispo, desterrado en Lyón, le **escribió** una carta a la que Monseñor Fransoni contestó con estas frases **halagadoras**:

«**Me gustan** mucho **las** agradables noticias **que** me da del Oratorio de San Francisco de **Sales** y sus múltiples **secciones**. Y también me gozo con **las** de **su segundo** Oratorio de San **Luis Gonzaga**. Pero más me satisfacen **los** resultados obtenidos en **su** tercera **obra**, en el barrio de **Vanchiglia**, aunque no lleguen a los de las otras dos. Se advierte un gran **progreso** desde que Don **Rua** está al frente. ¡ Bendito sea **Dios!**»

¿Se puede imaginar el cansancio de un domingo así, en el Oratorio? Resultaba el más agotador de la semana. Era un trabajo de roturación en medio de almas totalmente **abandonadas**, algunas de las cuales oían hablar de Dios por vez **primera**. Pero quizá por eso mismo, por la novedad del mensaje que les llevaba aquel joven sacerdote y por los sacrificios que se imponía, su palabra daba el treinta, el sesenta y, a veces, el ciento por uno. En el mismo lugar por donde ayer vagaba un rebaño en busca de pastor, despertaba ahora a la luz una nueva **cristiandad**.

CAPÍTULO XIII

LOS VEINTIDÓS PRIMEROS SALESIANOS

Por diciembre de 1859 había puesto Don Bosco los cimientos de una Sociedad **religiosa**. Dieciocho candidatos —Don Alasomatti, **sacerdote**; un **diácono**; el subdiácono Miguel Rua; trece clérigos y un **lego**— aceptaban la forma de vida que les proponía y estaban decididos a seguirle a donde quisiera.

Su decisión fue tan firme que, seis meses después, los dieciséis novicios, instigados por Don Rua, firmaban esta promesa **formal**:

«Si desgraciadamente, dadas las actuales circunstancias, no pudiéramos ligarnos con los **santos** votos, cada uno de nosotros, doquiera nos **podamos** encontrar, aun dispersos por el mundo, se compromete, aún cuando no **quedaran más** que dos de los presentes, o uno sólo, a trabajar por reconstruir esta Sociedad y observar sus Reglas en cuanto le fuera **posible**.»

Con tales sentimientos, parecía que aquellos jóvenes estaban ya maduros para el paso definitivo de la emisión de los santos votos. Pero Don Bosco no lo creyó oportuno y siguió formando su alma durante dos años más, a su estilo y según su **espíritu**. Persuadido estaba que labraba las piedras fundamentales, y como quería que su edificio resistiese las tempestades y los años, las tallaba despacio, con todo cuidado y cariño. Por fin, el miércoles 14 de mayo de 1862, creyó llegada la hora de recoger para el servicio de Dios y de la juventud aquellas buenas voluntades impacientes. En la humilde habitación, testigo de sus reuniones **semanales**, los 22 primeros discípulos del Santo, emitieron sus pri-

CAPÍTULO XIV

DIRECTOR, A LOS VEINTISÉIS AÑOS

Recordemos la idea principal de la alocución de Don Bosco en la noche del 14 de mayo de 1862: *Dios bendice nuestro esfuerzo y quiere que sigamos adelante*. Un suceso rubricaría su afirmación un año más tarde, y precisamente en octubre de 1863.

La Sociedad Salesiana no había salido hasta la fecha de la ciudad que la vio nacer ; desde este año empezaría a enjambrar fuera de Turín.

En 1862 habían ofrecido a Don Bosco unos terrenos y una casa para establecer su obra en *Mirabello*, población del *Monferrato*, a 14 kilómetros de Cásale y 18 de *Alejandría*, totalmente cercada de viñedos. Aunque el terreno era amplio, la casa valía muy poquita cosa. Don Bosco determinó derribarla y construir en su lugar un edificio para un centenar de alumnos, con la idea de que la mayor parte pretendiesen ser sacerdotes. Al igual que en muchas otras diócesis del Norte de Italia, había en la de Cásale gran escasez de vocaciones. Los vientos anticlericales que por doquier soplaban, las ahogaban en germen. Las familias se negaban a entregar sus hijos para el altar cuando alguno de ellos, por casualidad, lo deseaba.

Monseñor Calabiana, Obispo de Cásale, aprobó la idea, apenas se la propuso Don Bosco. Así que en el mismo otoño de 1862 comenzó la construcción, que quedó terminada en un año.

De acuerdo con el señor Obispo, la fundación se llamó *Seminario Menor*, bajo la protección de San Crisóstomo. En efecto, la realidad respondía al título, con el cual, además, se ponía al abrigo de todos los enredos oficiales. La finalidad de la casa era

aumentar las filas del clero, por consiguiente, escapaba a toda inspección académica.

Quiso, sin embargo, por precaución, que la mayor parte de los profesores destinados a aquel colegio tuviesen diploma del Estado. Precisamente aquel año, ante la escasez de profesores, el Ministerio de Educación Nacional se vio obligado a dar exámenes extraordinarios a fines de septiembre. Sin ningún título previo, sin haber acudido a clase durante cuatro años a la Universidad, todos los que estuvieran bien preparados podían, si aprobaban aquellos exámenes, obtener el diploma de profesor.

Había que aprovechar la ocasión. Don Bosco empujó a cinco de los suyos, Rua a la cabeza, para que la atrapasen. Durante las vacaciones se prepararon concienzudamente los futuros maestros del Seminario Menor de San Carlos de Mirabello.

Estaban rendidos del curso, pero era Don Bosco quien les pedía aquel sacrificio y no dudaron un momento. Arrastrados por el ejemplo de Don Rua, a pesar del calor sofocante del verano y sin dejar ninguna de sus ocupaciones ordinarias, se presentaron a exámenes.

Todos salieron bien, pero Don Rua estuvo sobresaliente.

En el examen práctico de Pedagogía le pidieron que hiciese un resumen de la geografía general de Palestina. No le podían haber preguntado nada mejor. El antiguo alumno de Sagrada Escritura de Don Bosco, hizo una maravillosa descripción. Se situó en el país de Jesús, como si estuviera en su propia tierra, paseó el auditorio de Judea a Galilea, atravesando Samaria; recorrió con ellos, de Norte a Sur, el río Jordán, describiendo con alegría y precisión los dos grandes lagos que encontró a su paso, el de Genesaret y el Mar Muerto; marcó las fronteras exactas de aquella bendita tierra por todos los costados; en fin, estuvo deslumbrador. Uno de los miembros del Jurado, el abate Rayneri, pedagogo consumado, decía unos días más tarde: «Don Bosco debería obligar a doctorarse a ese joven sacerdote. Su lección ha sido maravillosa».

Aquel hombre, en la raya de sus sesenta años, lloraba como un niño mientras hacía esta **declaración**:

«...He querido decirle todo esto para que se lo cuente a Don Rua. Dígale que he vuelto a ser un buen cristiano. Le gustará mucho.»

Al volver a Turín fué Don Francesia a la cabecera de su amigo enfermo y le contó lo sucedido.

—¿A que no sabes a quién me he encontrado? Fulano..., tu antiguo alumno de Mirabello. ¿Le recuerdas?

—Mucho. ¿Qué es de él?

—Me ha encargado que pida perdón a su antiguo director y que le diga que marcha por buen camino.

—¡ Oh, qué buena noticia !—exclamó el pobre viejo. —Cuánta pena me dio ese muchacho. Una vez más me persuado de que no hay que dudar nunca de la misericordia de Dios. Si no llega hoy, llega mañana.

Se ve, pues, que también durante estos dos años de directorado tuvo Don Rua sus espinas. Pero no faltaron las rosas. Aquella primera casa salesiana fuera de Turín, fué semillero fecundo de la naciente Congregación. Siete años más tarde fué trasladada a unos cuantos kilómetros más allá, a *Borgo San Martino*, desde donde sigue proveyendo con abundancia a los noviciados salesianos.

* * *

Saltaba a los ojos de todos, también a los de Don Rua, el brillante resultado. Por lo que a fines de 1864 sacudió su espíritu una fuerte tentación de amor propio. Cuanto más la apartaba, más ella arreciaba, reclamando su atención ante éxito tan innegable para arrancarle un pensamiento deliberado de **complacencia**. Hasta que al fin, no pudiendo más, tomó la pluma y, con confianza filial, se echó totalmente en las manos de Don Bosco. Confesó al Padre el incesante asalto del mal. La respuesta no se hizo esperar: fué una respuesta paternal y oportuna.

durado para este empleo. Había demostrado en Mirabello de cuánto era capaz ; fué la admiración de todo el mundo ver los resortes de actividad, de iniciativa y de mando, que escondía su naturaleza singular.

Todos estaban pendientes, apenas llegó, de las reformas disciplinarias que pondría, dado el ambiente que reinaba. Don Alasonatti era un santo varón, cuyo recio temple quedó de manifiesto en las últimas semanas de su vida ; pero su gobierno —el de un hombre enfermo y de reacciones violentas— había cambiado algo el espíritu de la Casa, que ya tenía casi setecientos alumnos. Se imponía una reforma, una reforma disciplinaria, una reforma interior de vida cristiana. «Basta que Don Rua lo intente y todos le seguiremos», se susurraba en su derredor. Tanto se sentía la necesidad de una reforma inmediata.

Mas la prudencia de Don Rua supo resistir la discreta invitación. Mientras vivió Don Alasonatti no cambió nada, por delicadeza ; actuaba como un interino. Cuando murió, esperó todavía unos meses antes de cambiar la menor costumbre. De muy buen acuerdo, pensaba que, antes de hacer el menor cambio, hay que estudiar el ambiente. ¡ Un movimiento brusco del timón ha hecho tantas veces zozobrar la barca !

Por otra parte, no le faltaba trabajo para ocupar su actividad.

Como Prefecto de disciplina del gran establecimiento, tenía que preocuparse de los 350 aprendices y de la marcha de los talleres, con toda la contabilidad que supone la compra de materiales y utillaje, el pago de los obreros, las facturas de los **clientes**. Le encargó, además, Don Bosco de la vigilancia de las obras de la iglesia en construcción y la «faenita» de calmar, al menos en parte, a los empresarios que acosaban un poquito...

Dejó, además, en sus manos la responsabilidad total de las *Lecturas católicas*, opusculitos de propaganda que, de mil diversos modos, sostenían la fe del pueblo en una época en la que el liberalismo, la revolución y el protestantismo iban de bracete para socavar las creencias religiosas. No era una carga pequeña : doce mil suscriptores aguardaban cada mes aquellos relatos seductores,

escritos con sencillez. No era tan sencillo producir escritos cautivadores, ortodoxos y económicos, a plazo fijo, no. Y encima, corregir las pruebas de imprenta del número mensual.

Para descansar de estos trabajos tenía Don Rua que despachar la mayor parte de las cartas de Don Bosco, que, por cierto, desde la colocación de la primera piedra de la iglesia se agolpaban por centenares cada día sobre la mesa del constructor. Con razón dijo Don Bosco: «Cada piedra de este santuario podría contar un milagro». Los milagros solicitados, o descritos, o agradecidos, multiplicaban las cartas que, siempre, aguardaban contestación urgente, sobre la mesa de Don Rua o de sus secretarios, ya que pronto tuvo que tomar hasta tres.

Al volver a su querida ciudad de Turín, después de dos años de ausencia, se encontró Don Rua, según vamos viendo, aumentada la dulce esclavitud de antaño.

¡ Y él era feliz!, no tenía otra preocupación que la de aliviar a Don Bosco para que pudiera cumplir los designios de la Providencia. «Todavía no he tomado el pulso a todos los resortes de esta casa, decía una noche a Francesia; pero en cuanto me ponga al corriente, ¡ cómo me voy a frotar las manos!»

* * *

Ese momento llegó en seguida.

Entonces, cuando creyó dominar el cargo, o mejor la serie de cargos que su maestro había colgado sobre sus débiles hombros, pensó en las reformas interiores que la buena marcha exigía.

Seguramente que la disciplina salesiana es la menos exigente de todas. Se conforma con lo estrictamente necesario para la marcha regular y ordenada de un centro de educación. Pero cuando Don Rua tomó las riendas del gobierno, no reinaba este «mínimum». Quien se extraña de ello, ha olvidado los principios curiosos de la Obra de Don Bosco.

Por una serie imperceptible de metamorfosis, el Oratorio de San Francisco de Sales, con sus dos secciones de aprendices y estudiantes, se presentaba, en 1865, como un poderoso organismo

diciada aprobación oficial. Don Bosco determinó volver a Roma, por segunda vez, para activarla.

Teniendo a Don Rua al timón de la casa, podía irse tranquilo. Salió el 7 de enero, con el Padre Francesia, y no volvió hasta el 2 de marzo, con las manos vacías y el corazón lleno de esperanza, porque las dificultades mayores contra su proyecto parecían resueltas.

A su vuelta tuvo la dulce sorpresa —la que nueve años antes no halló— de encontrar a sus hijos tan alegres, cariñosos, trabajadores y piadosos como los había dejado. La casa no había sufrido en su ausencia. Durante los dos meses había trabajado bien Don Rua, en la sombra, como quien no toma parte en nada.

Aquel año y el siguiente fueron años muy pesados para él. Durante el otoño de 1866 se colocó la última piedra de la cúpula de María Auxiliadora, y la ornamentación interior marchaba a tal velocidad que, al acabar el 1867, pudieron fijar la fecha exacta de la consagración, que fue el 9 de junio.

La preparación de las fiestas de la inauguración —que fueron un triunfo— y todo el peso de la octava que siguió a las mismas, recayó sobre Don Rua. Durante todo el mes de junio no pudo dormir más de cuatro horas cada noche, tal fue el cúmulo de cosas a prever, organizar, decidir, vigilar y animar. El exceso de trabajo le agotó. Una mañana de julio, a punto de salir de casa, en la misma puerta, cayó en los brazos de un amigo. Al llegar a su alcoba se rehizo. Fue una mejoría engañosa; días más tarde una peritonitis fulminante le ponía a las puertas de la muerte.

Y Don Bosco estaba ausente.

Apenas volvió, en la misma portería, le anunciaron la dolorosa noticia. Dio la impresión de que no le sorprendía.

Era la víspera del retiro mensual de los muchachos; en vez de ir hacia la enfermería, marchó derecho a la sacristía para confesar a los niños que le esperaban.

Terminó bastante tarde. Le avisaron de nuevo para que se acercaba a la cabecera del enfermo, que empeoraba por momentos. Don Bosco sonrió bondadosamente y fue al comedor, cenó, subió a su habitación, dejó los documentos que traía del viaje y,

Señor Jesucristo: *Non sibi placuit*, es decir, no se dio ningún gusto.

* * *

Su espíritu de actividad y su renuncia a todo, descansaba sobre la base de una piedad profunda, en la que estaba anegada el alma de Don Rua.

Era una piedad sencilla la suya, pero ¡ qué filial !

Sin éxtasis, ni rayos en la frente, ni elevaciones sobre el nivel del suelo, pero con su pensamiento siempre en Dios y con su corazón volcado a los pies de Jesús y de María.

Conoció, como Don Bosco, todas las formas de oración: la que murmuran los labios, la que alimenta el espíritu con la meditación y la que eleva el alma de repente frente a la verdad divina.

Un amigo de la infancia nos ha pintado en pocas líneas un cuadro expresivo de la actitud de Don Rua en oración:

«Los que le vieron saben que le bastaba envolverse en una señal de la cruz y abrir sus labios a la oración para que su espíritu quedara sobrecogido de la importancia del acto que ejecutaba y volara su alma, en alas de la fe, hasta las regiones donde no llegan las voces de la tierra.

Llegaba el primero a la meditación, se arrodillaba siempre en el mismo sitio, tapando sus ojos enfermos con un pañuelo blanco que sostenía con las dos manos sobre el rostro y no se movía de esta actitud hasta acabar la meditación. Parecía una estatua.»

Durante la celebración de la misa se advertía su fervor y todos sus sentimientos a través de su persona y particularmente de su cara. A menudo, después de la consagración, vertía lágrimas. Hasta su última enfermedad, a pesar de las llagas e hinchazón de sus piernas hacía la genuflexión completa, hasta tocar el suelo con la rodilla.

Era edificante verle orar. Hasta cuando rezaba el *Angelus*, en medio del patio, se le veía unido a Dios y a la Virgen Santísima.

Santiguarse y recordar la presencia de Dios eran para él una misma cosa.

el invierno, y otra de merino para el verano/Pero él las usaba al revés: la de merino en invierno y la de lana en verano.

Quería seguir haciendo lo mismo después de la muerte de Don Bosco, pero su amigo, el P. Francesia, se opuso.

—Ya basta—le dijo—. Conviene respetes el orden de las estaciones en tu modo de vestir.

—Entonces, ¿no tendré derecho a hacer penitencia?—gimió el pobre Superior.

—Conténtate con llevar el peso de la Congregación—replicó su afable censor.

Ya en 1884 intervino el mismo Don Bosco para que terminase con sus importunas mortificaciones. Le escribió desde Roma rogándole «se quitase la coraza que terminaría por perjudicar su salud». La coraza era, sin duda, un doloroso cilicio con que castigaba sus carnes.

Pasó en sus viajes a España y Portugal muy cerca del santuario de Nuestra Señora de Lourdes y no fue capaz de apearse para visitar el lugar de las célebres apariciones de la Inmaculada Concepción. No era por falta de desos, pero no les secundaba.

A imitación de San Francisco de Sales, que dejaba durante los oficios de pontifical que las moscas atormentasen su calva hasta hacerle sangre, Don Rua no espantaba durante la misa, los oficios o el sermón, los importunos insectos atraídos por la supuración de sus ojos. Permanecía impassible sufriendo la picadura mientras ellos se aprovechaban de su paciencia. Parecía que no lo sentía. Y es que gustaba soportar aquel dolor, para doblegar la naturaleza.

Nunca se le vio probar bocado entre comidas.

Si alguna vez le pusieron entre la ropa blanca alguna pieza más fina, mejor hecha o de superior calidad, la devolvía tal cual se la habían puesto. Don Rua no admitía excepción en su ropa ni en su comida. Tuvieron que imponerse los médicos, para obligarle en las últimas semanas a un régimen más adecuado a su salud, lo mismo que se necesitó interviniera Pío X, en 1907, para que durmiera una horita más.

Cabe aplicarle aquel elogio que el evangelista hizo de Nuestro

TERCERA PARTE

BRAZO DERECHO DE DON BOSCO

CAPÍTULO XVI

LA LUZ BAJO EL CELEMÍN

Cuando la Providencia escoge un hombre para una gran empresa, de ordinario pone a su lado los hombres que le han de ayudar, ora para preparar el terreno, ora para apartar obstáculos y hasta tomar, a sus expensas, una buena parte del trabajo. Para que Don Bosco pudiera, aún a trueque de mil dificultades, llevar a cabo su obra de fundador de Congregaciones, de educador, de constructor, de escritor y promotor de tantas iniciativas **modernas**, puso el Cielo en su camino dos **hombres**: Pío IX y Don **Rua**. Sin el primero hubiera sido aplastado por los enemigos exteriores, y sin el segundo le hubieran consumido las preocupaciones interiores.

Don **Rua** fue el brazo derecho de Don Bosco durante más de veinte años ; pero, en su generosa entrega, se mantuvo siempre entre bastidores.

Por un lado le quitaba, con filial cariño, cuanto podía estorbarle ; y en los diversos cargos mandaba con responsabilidad de jefe. Mas, por otro, para que no hubiese colisión de autoridades, y no restar en nada la de Don Bosco, acudía a él en todo momento. A él estaban reservadas las soluciones de cualquier asunto serio, de forma que la personalidad de Don **Rua** desaparecía totalmente ante la del **Padre**. Trabajaba en la oscuridad y atribuía a su maestro el éxito de su trabajo.

Cuando actuaba, determinaba, modificaba o reformaba algo, daba la impresión de que no lo hacía por sí mismo, sino que cumplía órdenes y deseos de Don Bosco. Solamente cuando había que dar alguna orden severa, entonces, con un sacrificio deliberado, demostraba cómo aquel castigo, aquella expulsión, aquella determinación era suya, totalmente suya.

Miles de testigos certifican con qué rara competencia y energía, con qué espíritu de abnegación y asistencia, desempeñaba su papel de **mando** ; pero, ninguno mejor que el P. **Vespignani**, uno de los salesianos más famosos de la segunda **generación** :

«La habitación, el despacho de Don **Rua**, escribe en sus memorias, fueron desde **que** llegué a **Turín**, una atalaya sin par, desde donde pude contemplar la vida de la naciente Sociedad. Aquel despacho era como el puente de una gran embarcación, o mejor, la cabina de mando del capitán **que**, inclinado sobre el mapa, sigue continuamente la ruta mientras da las órdenes para asegurar las maniobras.»

Todos coinciden confirmando el mérito de Don **Rua** en el cumplimiento de este cargo. Aquel aire de guardián de la disciplina de que se revestía ; su talento de hábil piloto, tan ampliamente demostrado en Mirabello, que debía ocultar ; su afectuoso corazón, cuyos latidos debía contener, eran una triple inmolación **que**, a fuer de hijo agradecido, repetía a diario para que la parte odiosa de aquella enorme casa de educación no recayese sobre la cabeza de su padre.

Don Bosco, con su alma de santo y su gran experiencia de la vida, rindió el mejor homenaje a su escondida **abnegación**.

Era un tres de mayo por la noche. Volvía Don Bosco a casa, después de haber predicado la fiesta de la Invencción de la Santa Cruz en una de las parroquias de Turín. Le acompañaba el clérigo Gostamagna. De camino, contaba el Santo las maravillosas gracias que Dios derramaba sobre su principiante Congregación.

«—¡ Qué preciosos elementos pone Dios en mis manos !—**decía**—. Cagliero tiene un talento musical **prodigioso** ; Francesia y Lemoyne son escritores de talla ; Ghivarello es un **santo**.

—¿ Y Don **Rua**?—**interrumpió** el clérigo.

—¿ Don **Rua**? Óyelo bien, mi querido Santiago. Si Dios me **dijera** : "Ha llegado tu última hora, escoge un sucesor para que tu obra no perezca y pide para él todos los dones, cuantas gracias juzgues **necesarias**" , me encontraría en un gran apuro. No sabría pedir que ya no esté totalmente en el alma de Don **Rua**..»

CAPÍTULO XVII

UN NOVICIADO ORIGINAL

¡ 1869 ! Es un año histórico en los fastos de la Congregación Salesiana. Después de once años de reflexión, de dificultades vencidas, de enmiendas **propuestas**, Roma aprobó, el uno de marzo, la joven sociedad religiosa. A última hora, surgieron obstáculos serios e **imprevistos** ; pero, asistido por el Cielo, el mismo Don Bosco, que estaba presente en Roma, los allanó. Fue todo un triunfo.

Pero aún le quedaron por ganar dos más. El de 1874, con la aprobación de las Reglas, y el de 1884 con el privilegio de exención, que independizaba la Congregación, dejándola ligada directamente a Roma.

Mientras tanto, la familia milagrosa, en el decir de Pío IX, crecía día a día. En aquellas fechas tenía veintiséis profesos perpetuos, treinta y tres trienales y treinta y un novicios. Poquito a poco, mas con firmeza, el granito de mostaza se convertía en árbol.

¿Quién lo cuidaría durante su crecimiento? ¿Quién prepararía aquellos jóvenes, durante el año de su noviciado, para los futuros deberes de su tarea de **educadores**?

Don Bosco no podía pensar en ello.

Durante diez años se había sacrificado para formar la célula madre. La célula estaba con vida y se reproducía ; el organismo tomaba cuerpo. Bastaba seguir su desarrollo armónico, cortar elementos perjudiciales para el crecimiento y apartar materias refractarias a la asimilación. Otro se podía encargar de este trabajo. Claro que no el primero que topase...

Cierto hombre de experiencia dijo: «**Dos** personas hay que saber escoger en una entidad **religiosa**: el maestro de filosofía y el maestro de novicios. El uno forma las inteligencias ; el otro, los corazones y las **voluntades**».

¡ Es una opinión muy exacta ! Don Bosco pensaba lo mismo. Por eso eligió a Don **Rua** para empezar y continuar el trabajo de la formación de los nuevos sujetos que se enrolaban tras su bandera.

No podía haber elegido otro. ¿ **Quién**, mejor que él, entendía y encarnaba el espíritu del fundador? ¿ **Quién** poseía su discernimiento para juzgar sobre **el** valor de una vocación, su claridad de doctrina para marcar un camino seguro, su visión para adivinar la parte a reformar en cada individuo, su autoridad para imponer correcciones, enmiendas, para ejecutar imprescindibles **amputaciones**?, su sentido de la piedad, para comunicar gusto a las cosas divinas y aquella su vida regular, ejemplar, que condensaba en páginas vivas toda una teoría ascética?

Durante seis años, hasta el **1875**, fecha en que hizo el traspaso al Padre Barberis, Don **Rua** se entregó a este trabajo con el cuidado y amor que puede imaginarse.

Todos los jueves reunía en la iglesia de San Francisco de Sales a su rebañito para la conferencia **semanal**; seguía, aconsejaba, orientaba, corregía a sus novicios en los detalles de la vida cotidiana ; y hablaba con cada uno de ellos, dos veces al **mes**, por lo menos, en plena **intimidad**.

Tenía el noviciado salesiano, por aquellos tiempos, un aspecto curioso. Había en él lo **esencial**: la educación y la **prueba**; pero nada más. En razón de los inmensos peligros que corría la juventud obrera, Don Bosco había obtenido de la bondad de Pío IX, a fin de formar rápidamente su ejército de educadores, un privilegio **extraordinario**: el de poder hacer pasar el período de prueba de sus futuros colaboradores, no en un noviciado del todo separado, sino en una casa salesiana en plena marcha.

La entrada en noviciado tan original, ordinariamente, se organizaba **así**:

Por la noche, terminadas las oraciones, Don Bosco llamaba

a un alumno de la clase de retórica sobre el cual había puesto sus ojos con antelación, y, a quemarropa, le decía:

—Oye, ¿sabes que querría hacer tratos contigo?

—¿Tratos conmigo?

—Sí, sí. Dime: ¿te gustaría quedarte con Don Bosco para siempre, para ayudarle en sus obras?

—Quizá... La verdad es que no se me había ocurrido. No sabía cómo arreglármelas...

—Entonces ve a Don Rua y háblale de estos tratos; él ya entenderá.

Y aquella misma semana había uno más en el noviciado, o en el *aspirantado*, si convenía que el joven esperase algo más.

Don Rua le juzgaba apto, le ponía la sotana y, de la noche a la mañana el joven candidato subía un peldaño más en la escala social de la casa. Pertenecía ya a los que querían «*quedarse con Bon Bosco*». Las palabras: noviciado y congregación religiosa no existían. Se huía de ellas.

Escribe el Padre Barberis: «Cuando Don Bosco nos invitaba a entrar en la Congregación, jamás daba a entender que se tratase de una Orden religiosa. ¡Pobre de él si lo hubiera dicho! Hubiéramos huido todos espantados. Nos arrastró, a pesar nuestro, por así decir, hasta donde hemos llegado. ¡Qué suerte la nuestra la de habernos cogido de este modo!»

Durante todo un año, el novicio, casi sin advertirlo, participaba de los actos de comunidad, se las arreglaba como podía para la media hora de meditación diaria, asistía a la lectura espiritual, acudía los jueves por la tarde a la conferencia de Don Rua sobre las virtudes religiosas, se entregaba a su maestro de novicios para que le corrigiera y transformara, cumplía los diversos cargos que le daban, con los cuales adquiría su poquito de autoridad; catecismo dominical, asistencia en el estudio o en el dormitorio, repasos a los atrasados, lecciones de solfeo, clase nocturna, etc., hasta que, un día, Don Rua, juzgándolo digno de formar en las huestes de Don Bosco, le avisaba de que aquella misma semana, junto con fulano y mengano, delante de Don Bosco

pronunciaría sus primeros votos religiosos. Con esta íntima ceremonia se terminaba el noviciado.

Hoy nos sonreímos de un baño tan ligero de ascetismo, de esa formación en medio de una vida agitada, porque han cambiado mucho las cosas. Hoy en día, los jóvenes ávidos de entregarse a la educación de los muchachos, entran en **una** casa especial, en la **cual**, casi totalmente separados del mundo, van formando lentamente su espíritu para la ruda tarea, con ejercicios espirituales sabiamente distribuidos. La Santa Madre Iglesia así lo requiere y todos se someten a su querer con diligencia.

No se crea, sin embargo, que el antiguo método, que las circunstancias impusieron y Roma toleró, diera escasos frutos. Los grandes misioneros salesianos, que llevaron la luz de la fe hasta las proximidades del Polo Sur, lo mismo que la mayor parte de los religiosos que formaron la segunda generación de la Congregación, que se desparramaron por diez naciones de Europa y América, salieron de ese noviciado original cuyo padre maestro era Don **Rua**.

* * *

Entresacamos del diario de uno de sus novicios, el P. Vespignani, que entró ya sacerdote, una página encantadora que pone de manifiesto la constante preocupación de Don **Rua** para probar las vocaciones que se le presentaban en el fuego de la acción. En ella vemos cómo, a menudo, andaba en ello la mano de Don Bosco.

«De ordinario — escribe el buen sacerdote — , Don **Rua** probaba a quienes pretendían entrar en la Congregación Salesiana encargándoles el catecismo dominical de los alumnos internos o de los muchachos del Oratorio. ¡Qué mejor, pensaba yo, que hacernos romper las primeras lanzas nada menos que en el primer campo de las actividades de Don **Bosco**! Me confiaron una sección del internado, compuesta de unos ciento veinte muchachos, de primer curso de Bachillerato, que se reunían en un amplio local.

Me preparé lo mejor que supe, de acuerdo con las enseñanzas del

Seminario. Tracé el plan, a mi ver, de éxito seguro : importancia del Catecismo, ventajas de su estudio, forma de aprenderlo, eran los tres puntos que pretendía desarrollar.

Rezadas las oraciones, empecé. Casi no había comenzado a hablar, cuando reinaba ya un murmullo general. **Fué** creciendo, poco a **poco**, hasta convertirse en un charloteo descarado. Mis alumnos eran todos nuevos, indisciplinados. El barullo **fué** creciendo hasta ahogar totalmente mi débil voz, impidiéndome que siguiera.

De vez en cuando, algunos de los disipados muchachos, compadecidos de mí, se volvían hacia sus compañeros indicándoles que se callaran. Pero sus esfuerzos eran vanos.

Entonces, me paré de repente. Las conversaciones se pararon también de golpe, para comenzar de nuevo apenas intenté despegar de nuevo mis labios.

Empecé a gritar, para ver de dominar el tumulto. Los muchachos me miraron sorprendidos y continuaron tan frescos su jaleo. Finalmente, sonó la campana y me apresuré a terminar la clase, con el *Agimus*, bajo la compasiva mirada de mis alumnos.

De un salto me planté ante Don **Rua** para contarle mi fracaso. Me escuchó con la sonrisa en los labios y, para consolarme, me **dijo** :

—**Lo** mismo sucede a todos los principiantes, por desconocimiento del ambiente. La segunda vez irán mejor las cosas.

—**Estoy** seguro de que la segunda vez me sucederá lo mismo. Son todos muchachos **nuevos**; son demasiados. Por otra parte yo tengo poca **voz**, y me falta energía y experiencia.

—**No** hay que **desanimarse**—**insistió** Don **Rua**—. Le aseguro que la próxima vez todo irá mejor. A propósito, ¿lleva usted preparada alguna historieta para contar?

—**Pues** no.

—¿**Cómo** puede ser eso? Siempre hay que ir con alguna narración sugestiva y detallada. Así se cautiva la atención de los muchachos.

Me preparé una bella historieta para el domingo siguiente y, **apenas** advertí que se desencadenaba el barullo, comencé mi narración. Pero **¡ay de mí!**, no pude llegar ni a la mitad. Al principio aguzaron **todos** las orejas, pero como los del final apenas me oían, se pusieron a charlar; con lo que todos se contagiaron hasta ahogar totalmente la voz del pobre narrador.

Fué un segundo fracaso, tan grande como el primero.

Yo pensaba : lo grande es que he venido a este centro de educación para trabajar en favor de la juventud y resulta que no soy capaz ni de enseñar el Catecismo, como lo hacía en mi Parroquia. ¿Qué haría yo para vencer tal dificultad?

Aquella misma noche volví a ver a Don **Rua**, el cual me reanimó

asegurándome que **aquellas** dificultades **eran** el pan de cada día de los educadores noveles. Pero me relevó de aquel trabajo.

Puédese imaginar mi descorazonamiento. Me presenté a Don Bosco, y después de contarle mis fracasos, le confesé mi temor de no poder cumplir las tareas más elementales de la vida salesiana.

—**Pero cómo**—replicó el buen **Padre**—, ¿pierde usted los **estribos** ante un centenar de muchachos que, además de no ser malos, están deseando escucharle para aprender? Lo **único** que falta es conocerlos mejor, compenetrarse más.

—**Fácil** es decirlo, pero ¿cómo hacerlo?

—**No** es tan difícil. Mézclese con ellos. **Tráteles** con familiaridad, hágase uno más entre ellos.

—**Pero** ¿dónde y cuándo me voy a mezclar con ellos? Yo no sé jugar, ni correr, ni divertirme en su compañía. Mi delicada **salud** me impide jugar de ese modo.

—**Está** bien, póngase usted junto a la fuente. Allí encontrará durante el desayuno o durante la merienda, grupos de muchachos que hablan un poco de todo : del juego, de la clase, de los estudios. **Acérqueseles**, hágase su amigo y todo marchará como sobre ruedas.

Con aquel consejo renació en mí la esperanza, aunque por el momento no alcanzaba a ver su importancia. Sin embargo determiné cumplirlo al pie de la letra. A la hora del desayuno me coloqué junto a la fuente.

Era el desayuno de entonces un simple panecillo que repartían a la salida de misa. Apenas lo cogían, corrían **los** muchachos, según una vieja costumbre, junto a la fuente, devorando a dentelladas su pan. Después se esparcían por el patio y comenzaban sus juegos. Los alrededores de la fuente eran un punto estratégico.

Me acerqué por **allí**. Me paseaba bajo **los** soportales próximos sin perder de vista la fuente ni los muchachos que la rodeaban devorando su panecillo.

Llegado el momento propicio, me acerqué a ellos, entablé conversación, les pregunté por sus cosas, las cuestiones del día; les pregunté quién era el primero en las traducciones y en matemáticas, y hasta me atreví a hablarles de cómo oían el catecismo.

A medida que yo hablaba, se agrupaban en derredor de mí los chiquillos juguetones del día anterior. Respondían a mis preguntas con franqueza. Hasta que les solté la que reventaba por salir de mis **labios** : "¿Y por qué armáis tanto jaleo **durante** el catecismo?" **Parecían** bajados de las nubes; ninguno de ellos había querido molestarme y, de haberlo sabido, hubieran estado atentos; que habían comenzado dos a charlar y los otros les habían **seguido**...; que, como el maestro no les

avisaba, se creían autorizados a **hacerlo...**; y que, por fin, todos se habían contagiado. Pero no había ni sombra de mala voluntad».

Vi que nuestras almas no se habían **entendido**; caminaban por líneas paralelas y no se hubieran juntado jamás si Don Bosco no me hubiese enviado a la fuente.

Volví varias veces **durante** la semana. Y al domingo siguiente, yo mismo pedí a Don **Rua** que me dejara dar el catecismo. Estuvieron los muchachos atentísimos y **les** gustó muchísimo la historieta.

Gané la partida porque me había conquistado la confianza y el corazón de los muchachos. ¡Tanto me valió el colocarme junto a la **fuelle!**»

Es, pues, de ver cómo la formación se daba en contacto con la realidad. Don **Rua** no perdía ocasión para enseñar la teoría a sus futuros colaboradores. Pero se preocupaba, sobre todo, de echarles **al** agua para que aprendieran a nadar. Aunque se hundieran un poco, con tal de no llegar al fondo, con gusto les dejaba echarse solos. El permanecía vigilante en la orilla ; si se hundían mucho, no necesitaba pedir **socorro**: su vigoroso brazo les sacaba en seguida a la orilla.

CAPÍTULO XVIII

CARGOS SOBRE CARGOS

A partir del año 1869 empezó Don Bosco a cargar sobre las espaldas de su *alter ego*, una a una, múltiples responsabilidades.

Pasóle primero la homilía dominical, que predicaba desde hacía veintiocho años, y Don Rua, aún a trueque de mil sacrificios, la dio durante veinte años.

En su manera de predicar se traslucía el alma, y aunque no siempre breve, era claro, ordenado y eminentemente práctico. Su entusiasmo estaba supeditado a la lógica del discurso. Ni retórica, ni gritos ; poca, muy poquita gesticulación ; hermosa sencillez de doctrina, encaminada a dejarse entender e iluminar las almas.

En los Ejercicios Espirituales de fin de curso para los Salesianos, le encargaba Don Bosco la meditación de la mañana y de la noche, y en ellas vertía los tesoros de su luminosa **espiritualidad**.

Cuantos le conocieron aseguran que había nacido para maestro, tal era la claridad y el orden de su mente. Por eso no sorprende que el año 1870, al inaugurar Don Bosco en su casa los estudios eclesiásticos —que hasta entonces hicieron sus primeros religiosos en el Seminario Mayor de Turín— nombrara a Don Rua profesor de Sagrada Escritura. Sus conocimientos de las lenguas griega y hebrea constituían una buena preparación remota ; mas, por encima de todo, estaba su talento claro que le hacía a propósito para ello.

A fines del mismo año, le pedía Don Bosco otro sacrificio.

Dada la escasez de profesores para la Enseñanza Media, el Estado anunciaba exámenes extraordinarios para primeros de otoño.

Maravillosa ocasión. Don Bosco tomó la pelota al vuelo y rogó a Don **Rua** que se presentara. El porvenir era oscuro, frente a las aviesas intenciones del nuevo Poder, que acababa de establecerse en Roma. Había que andar **prevenidos**, especialmente de cara a una posible legislación escolar que dificultara la enseñanza religiosa. Por consiguiente, urgía tomar la delantera y obtener cuantos títulos se pudiera para parar los golpes.

Tan preventivas medidas eran hijas de un hombre de gobierno. Pero la elección del candidato resultaba algo dura, puesto que Don **Rua** andaba ya aplastado bajo el peso de tantas responsabilidades. Con esta nueva preocupación le condenaba fatalmente a acortar el sueño. Y Don **Rua** ya no era un **niño**: ¡ tenía treinta años ! A esa edad y apartado de los libros, ¿ **tendría** la flexibilidad necesaria para prepararse a los **exámenes** ?

Don Bosco sabía muy bien lo que se hacía. Le constaba de la preparación de su discípulo y su memoria, su método y su entrega tenaz al trabajo. El éxito demostró el acierto de la elección.

Pese a que el tribunal no era propicio a aprobar candidatos tan contrarios a las ideas del momento, Don **Rua** triunfó. Su examen **fué** tan brillante que el P. **Peyron** —el único eclesiástico que pertenecía a la comisión **examinadora**— **exclamó**: «Con cinco hombres como éste, yo abro una **Universidad**».

Al día siguiente de su triunfo volvía Don **Rua** a su ordinario quehacer. Aquel trimestre de vida **intelectual** no **fué** más que un paréntesis de su vida totalmente entregada a trabajos austeros, a los que volvía alegremente.

Uno de ellos era el confesonario. Durante treinta años lo ocupó fielmente, cada mañana, entre la meditación y la misa. Ayudó en este ministerio a Don Bosco mientras vivió, y, al morir, ocupó su lugar en la sacristía de la Basílica de María Auxiliadora, entre las dos puertas que dan al Santuario.

El número y constancia de sus jóvenes penitentes certifican la veneración y el provecho de aquellas almas juveniles que buscan el perdón, la luz y la dirección de su corazón **sacerdotal**. Al igual que Don Bosco, cifraba Don **Rua** el éxito de la educación en la

posesión de la divina gracia. Para él, era un colegio ideal aquel en que todas las almas vivieran en amistad con Dios.

La confesión era, por tanto, su gran medio de educación. ¡Qué ideal más maravilloso; levantar las almas caídas, **ponerlas** en guardia frente al peligro, infundirles odio al pecado, **ayudarle** a luchar contra las malas costumbres, iluminar los **repliegues** de la conciencia, sugerirles medios para aguantar firmes en el cumplimiento del deber, orientar los corazones al bien, a la pureza, hacia el **altar**! ¿**Acaso** no era eso el cumplimiento del consejo que Don Bosco le dio al alba del **sacerdocio**: guerra sin cuartel al **infierno**? A ello se entregó Don **Rua** con un ardor característico y, gracias a él, el reino de Dios ensanchaba sus fronteras en el corazón de los jóvenes.

Al salir de la iglesia volvía al torbellino de sus múltiples ocupaciones y volvía a ser el responsable de la disciplina; de una disciplina suave, pero imprescindible para el buen orden de un gran centro de educación.

Se esforzaba para aumentar el orden y regularidad de la Casa; intentaba corregir los abusos disimuladamente introducidos y **procuraba** reinarse la obediencia de sus **sueños**: una obediencia de persuasión.

Poco a poco suprimió las salidas de los aprendices a la **ciudad** para cumplir encargos de los jefes de taller; separó a los estudiantes de los artesanos, durante las horas de **recreo**; **organizó** y puso en marcha las clases para después del trabajo; estableció la revista semanal, que la pasaba el administrador, y se preocupó continuamente de la competencia profesional y pedagógica de los jefes de taller.

* * *

Había en su disciplina una voluntad fuerte y amable, sin miedo a perder la propia estima con tal de asegurar el orden. Nada escapaba a sus ojos durante las muchas e imprevistas vueltas que daba por la casa. Aparecía cuando menos se esperaba, lo **mismo** de día que de noche. Parecía el guardián viviente del **reglamento**.

Cuenta el joven Dogliani, uno de los primeros hijos de Don Bosco, que con el andar del tiempo haría una brillante carrera musical, llegando a ser el primer maestro de capilla de la Basílica de María Auxiliadora y compositor fecundo, una vez estaba él estudiando tranquilamente una lección de violín en un local destinado a librería, pasada ya la medianoche, cuando de pronto oyó llamar.

«**Será** alguno que se equivoca de puerta», pensó, y siguió tocando.

Pero como siguieran golpeando cada vez con más fuerza, fue a abrir, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse cara a cara con Don Rua.

«—¿Pero eres tú quien toca así?—preguntó.

—**Sí, Padre**—respondió el artista en ciernes, un poco aturrido al verse pillado a aquellas horas...

—**Entonces**, termíneme el ejercicio empezado.

Cuando Dogliani terminó, díjole Don Rua:

—**Muy** gracioso, desde fuera hubiera dicho que tocabais dos.

—**Es** que toco un ejercicio a doble cuerda.

—¡Ah!, vamos a ver eso.

Y el músico accedió.

—¡Muy bien, muy bien!—exclamó entonces Don Rua—. También me pareció oír así como una flauta...

—**Seguramente**; merced a los armónicos que se obtienen apoyando con mucha suavidad el dedo sobre las cuerdas, resulta un sonido agudo y dulce que parece una flauta. Oiga, óigalo usted.

—**Es** verdad, es verdad. Ahora que yo creo que te equivocas acostándote tan tarde. Lo pagarás más adelante. Si tienes mucho trabajo y necesitas que te ayuden, veremos de arreglarlo; pero la noche es para descansar, no lo olvides.

Y Don Rua dejó allí plantado al artista, que determinó no tocar más a aquellas horas el violín... ni la flauta.

Sucedió otra vez a las cuatro de la mañana.

Era verano. Algunos alumnos del curso de retórica, que se habían levantado antes que sus compañeros, repasaban, sentados en los peldaños de la escalera, a la luz de una lamparilla de

gas, diversas materias para los exámenes. Con tal atención estudiaban que no oyeron siquiera los pasos de uno que subía: no se dieron cuenta hasta que lo tuvieron en el descansillo próximo.

—Es Don Rua—dijo uno de ellos, asustado.

Y en un abrir y cerrar de ojos los muchachos se levantaron y fueron corriendo a la cama en la que se metieron vestidos, pensando para su capote: «¡ La que se va a armar hoy ! Don Rua nos llamará y...»

Pero Don Rua no los llamó. Le bastaba con que le hubieran visto. Ya tenían bastante con el miedo. Y es que Don Rua era bueno, muy bueno ; era hijo digno de aquel santo a quien repugnaba castigar.

Este hombre, riguroso y, a la vez, dulce guardián de la observancia del reglamento, era el superior más alegre y expansivo durante el recreo. Su delicia era jugar al marro o a las canicas ; y ponerse a la cabeza de una turba de alegres chiquillos para cantar bajo el cielo estrellado, en las noches de verano, las canciones que los mismos jovencitos entonaban.

El «fiero» Prefecto de disciplina cantaba alegremente, poniendo en ello toda el alma ; era la hora de recreo y el recreo era para divertirse, según el reglamento.

¡ Qué hermosura hacerse niño con los niños !

CAPÍTULO XIX

INSPECTOR PROVINCIAL

A partir del 1870 comenzaron a abrirse diversas casas salesianas por el Norte de Italia. A los colegios de Lanzo y Mirabello siguieron los de Alasio (1870), Varazze (1872) y San Pier d'Arena (1872) en la costa azul italiana.

Los primeros años de una **casa**, semejantes a la infancia, son siempre difíciles. Un soplo puede a veces apagar una existencia. Don Bosco lo sabía ; por **eso**, a pesar de sus **ocupaciones**, aprovechaba la más pequeña ocasión para llevar a sus obras la satisfacción de su presencia, la luz de sus consejos y el acicate de su celo. Sus visitas eran las del padre que llega, las del jefe superior a lo sumo ; pero no le hubiera gustado, ni por todo el oro del mundo, que pudieran saber a inspección.

Dejó este duro y necesario papel en manos de Don **Rua**, que lo cumplía con aquel su sentido del deber y aquel cuidado de los **detalles** que siempre lo distinguieron.

Compuso, para su norma, una especie de manual del buen inspector, en el que se advierte la escrupulosidad con que realizaba misión tan poco simpática por sí misma.

Al leer las páginas de aquel cuaderno parece que va uno siguiéndole, paso a paso, en su visita de inspección administrativa y **moral** por las casas.

Empieza por la capilla y la sacristía ; examina minuciosamente la limpieza de los altares, de las paredes y **del** suelo ; la decencia de los ornamentos sagrados y la exactitud de las ceremonias.

De allí pasa a las habitaciones de los superiores, para ver si hay en ellas lujo **superfluo**. Al pasar por las aulas, comedores y

dormitorios de los alumnos se preocupa de la limpieza de los locales y la cubicación del aire, la ventilación y el orden.

De cara a la vida religiosa de la casa empieza por los salesianos. Se informa de si les dan las conferencias prescritas ; si se les toma la cuenta de conciencia ; si reina entre ellos espíritu de pobreza, de obediencia y modestia ; si cumplen todos con exactitud las prácticas de piedad.

Se preocupa, sobre todo, de los clérigos de la casa ; de cómo andan en sus estudios de filosofía y teología ; si ponen empeño en sus deberes de asistencia o de maestros ; si se dedican con esmero a la oración y la lectura espiritual,

Indaga el estado de salud reinante en la casa, toma nota del nivel pedagógico y, sobre todo, se informa de la vida moral de los **alumnos**: ¿les enseñan a rezar, a ayudar a misa?, ¿cómo les asisten durante el estudio, en las clases, en la **capilla**, en el **patio**, durante los **paseos**?, ¿cuidan de su persona y, sobre todo, de su alma?, ¿funcionan las Compañías piadosas de la Inmaculada, del Santísimo Sacramento, de San Luis?, ¿invitan de vez en cuando a algún confesor **extraordinario**?, ¿reina espíritu de familia entre maestros y **alumnos**?

Las preguntas se van haciendo más minuciosas. Don **Rua** pregunta si se despiertan vocaciones entre los alumnos y si los profesores se preparan para obtener el título académico.

Llega más lejos y pregunta: ¿aprecia la población el **colegio**?, ¿qué relaciones hay entre los superiores y la calle, y especialmente con la parroquia y autoridades?

* * *

Este interrogatorio ocupa la primera parte del cuaderno de visitas de Don **Rua**. La segunda parte estaba destinada a las observaciones, fruto de su inspección. Cada uno de los seis colegios de la Sociedad tenía reservadas sus páginas, en las que anotaba las imperfecciones y defectos observados. Y de vuelta a Turín tomaba la pluma y entresacaba de sus notas cuanto creía habría de ser útil a los Superiores de las Casas.

He aquí —**escribe** uno de **ellos**— las impresiones de mi última visita. El conjunto me ha satisfecho, lo mismo la conducta de nuestros hermanos jóvenes que la de los alumnos. Llamo, sin embargo, tu atención sobre los siguientes puntos.

Y señalaba más de quince.

«Mi querido Director —**añadía**—, comprendo que muchos de estos **olvidos** corresponden a tus subditos; pero conviene que lo sepas, **porque** la corrección viene siempre de arriba. Tú eres la cabeza y el **pre-fecto** los brazos; los dos debéis ser ojos **para** ver y oídos para escuchar.»

En un colegio advertía que los manteles del altar tenían manchas de cera ; que había poca limpieza en **el** rinconcito de la lamparilla del Santísimo ; que faltaban emblemas religiosos en algunas **clases**...

En otro, observaba que no se preocupaban bastante de que se confesaran los muchachos. Algunos no lo habían hecho más que una o dos veces al **año**...

Sus observaciones se extendían al superior y al último de los hermanos.

A cierto director le reprochaba que diera él las correcciones, porque así se alejan los corazones ; a otro le mandaba quitar la alfombra de su habitación y evitar un aire autoritario que infunde temor a los alumnos ; a éste le **sugiere** se mezcle más con los niños para conocer sus necesidades, acercarse más a su alma y remediar así muchos males, y a aquél le impone cuide más su delicada salud, liberándose, al menos, de la obligación de predicar.

Recomienda a los prefectos se cuiden de los hermanos coadjutores, para que cumplan fielmente sus deberes religiosos ; **pasen** revista cada mes de sus **alumnos**, particularmente de su vida religiosa ; lean cada semana un capítulo del reglamento a **todos** juntos y conferencien a menudo con el Director para prever y remediarlo todo.

A los salesianos insistía de modo especial, sobre la meditación en comunidad, la lectura durante las comidas, las **conferen-**

cias mensuales, la cuenta de conciencia, la clase de ceremonias y la suscripción a todas las colecciones editadas por salesianos.

Renunciamos a seguir su inspección detallada y práctica en los minuciosos detalles de sus **observaciones**. Basta lo dicho para demostrar que él fue el primer inspector provincial de la incipiente sociedad.

* * *

¡ Era maravillosa la actividad desplegada por éste hombre ! Es de advertir que esta nueva y grave preocupación era además de las otras.

Y no sería la última.

Por aquellos mismos años preparó varios números de la colección de clásicos italianos ; sustituyó a Don Cagliero, que partió para las misiones de Patagonia, como director espiritual de las Hijas de María **Auxiliadora** ; ayudó momento por momento a Don Bosco en la organización de su Congregación femenina (1872), en la preparación de la primera expedición de misioneros (1875), en la creación de los Cooperadores Salesianos (1876), en la fundación de la obra de los Hijos de María para vocaciones tardías (1876) y en la publicación del *Boletín Salesiano* (1877).

Todo eso era la tarea prevista, el trabajo fijo.

Lo imprevisto era a veces aún más pesado ; pero no huía de ello, guiado siempre por el mismo pensamiento filial de descargar a Don Bosco.

A todo llegaba, gracias a su espíritu metódico y ordenado, y al dominio de **sus** nervios ; sabía hacerse ayudar, tenía una memoria prodigiosa, era un trabajador incansable, tranquilo y..., sobre todo, amaba a Don Bosco con cariño indecible. Ya lo dijo el gran San **Pablo** : el amor torna sobre sus hombros cuanto puede aguantar ; *Caritas omnia sústinet*.

CAPÍTULO XX

TRAS VEINTE AÑOS DE SACRIFICIO

Cuando Don Rua fué a Mirabello en 1863, le acompañó su madre para encargarse de la ropería del naciente Colegio. Tenía ella sesenta y tres años.

Al volver su hijo a Turín, dos años más tarde, a consecuencia de la muerte de Don Alassonatti, la buena mujer no se atrevió a abandonar la nueva familia, tan necesitada de sus cuidados y de la habilidad de su **aguja**. Así que permaneció en aquel Colegio, hasta ser trasladado a Borgo San Martino, en 1870.

Aquel año volvió a Turín y, de nuevo, se puso al frente de sus antiguos trabajos. La familia que Mamá Margarita confió a sus cuidados, pudo contemplarla durante seis años más, desvelándose en el silencio y la oscuridad por atenderla.

Pero un día la muerte detuvo su paso y la obligó a dejar la aguja y el **dedal**.

Desconocemos detalles de su última enfermedad ; nadie, ni su hijo siquiera, nos hablan de la duración de la misma ni de sus últimos momentos de existencia.

Falleció el 21 de junio de 1876, fiesta de San Luis Gonzaga.

El entierro salió de su propia parroquia, la de San Simón y San Judas, y no de la iglesia de María Auxiliadora.

Su entierro fue sin flores ni coronas ; entierro de pobre, como fué el de Mamá Margarita.

Como ella, fue enterrada en la fosa común, en un ataúd de madera ; porque la pobreza de la casa de Don Bosco no alcanzaba para comprar una sepultura.

Pero también, como Mamá Margarita, fue acompañada des-

CAPÍTULO XXI

EN TODO, MITAD Y MITAD

En los diversos cargos que Don **Rua** ocupó desde el 1870 hasta el 1876, para el mantenimiento del orden en la Casa, puede decirse que triunfó. Hay quien dice que hasta demasiado. En efecto: era el tipo de superior a quien se le teme más que se le ama.

Bastaba decirle a un niño de la casa o a un **cleriguito**: «Te llama Don **Rua**», para verlo palidecer y subir temblando la escalera...

Era frase corriente en el Oratorio: «Más vale un no de Don Bosco que un sí de Don **Rua**».

Don Bosco, que todo lo advertía, trataba a veces de moderar aquella su dulce pero inflexible firmeza.

«**Escucha**, le dijo un día a la hora del desayuno, qué disparate de sueño he tenido. Estaba yo en la sacristía y me quería confesar. No está allí más que Don **Rua** en su reclinatorio. No me atreví a pedirle me confesara por miedo a su severidad y me marché como había entrado.»

Todos, hasta Don **Rua**, rieron la ocurrencia, pero él siguió velando por la disciplina con la misma exactitud.

Por un lado, aquel su celo era excelente; por otro, podía molestar. Cagliero, el de las gracias llenas de sal, interpretando el sentir general dijo un día: «Don Bosco, usted no es eterno. Cuando se vaya al cielo, que ojalá sea muy tarde, Don **Rua** ocupará su puesto. ¿Usted cree que le vamos a tener la misma confianza que le tenemos a usted? Ca, no señor. ¿Dice usted que por qué?»

resuevas este **asunto**», «**Don Rua, provee**», «**Don Rua, lee atentamente y atiende**», etc., etc.

* * *

Cada año, a fines de enero, alrededor de la fiesta de San Francisco de Sales, tenía Don Bosco la costumbre de reunir a los directores de todas sus Casas. Las reuniones solían durar de martes a viernes, a fin de que los directores pudieran volver a sus Casas para el domingo. En estas reuniones de familia se exponía la situación de cada casa, se examinaban las dificultades, se trataban los asuntos de mayor urgencia, se resolvían dificultades y se daban, por autoridades competentes, consignas y normas pedagógicas, administrativas y religiosas. Estas autoridades competentes no eran sino Don Bosco y Don Rua. Don Bosco se reservaba para las reuniones generales. Don Rua se encargaba de las otras y presidía casi todas las sesiones. Entre los dos se repartían la responsabilidad de aquellas reuniones, que eran de provecho **general**.

Durante el 1877 se celebró el primer Capítulo General de la Congregación Salesiana, en el Colegio de Lanzo, cerca de Turín. Asistieron todos los directores y prefectos de las Casas Salesianas. El segundo, se celebró en el mismo lugar tres años más tarde. Los actos y deliberaciones de aquellas reuniones fueron enviadas a cada una de las casas, precedidas de una circular en latín en la que Don Bosco se explayaba en recomendaciones diversas. Antes de darla a la imprenta, se la hizo leer a Don Rua, y el Padre añadió al texto algunas observaciones que el hijo le fue haciendo.

A la pluma de Don Rua iba dejando Don Bosco las cartas mensuales para los directores de los Colegios; y más tarde la circular para los tres primeros Provinciales de la Sociedad. Los temas principales eran recomendaciones, observaciones, llamadas al orden, peticiones de ayuda; ya entonces demostraba Don Rua lo que sería toda su vida: un apasionado defensor de la regla, exacto, piadoso y, al mismo tiempo, paternamente cariñoso.

Cuando desbordado por las ocupaciones y asediado por las

continuas visitas, no podía Don Bosco, muy a pesar suyo, presidir los Ejercicios Espirituales de los salesianos, delegaba en Don Rua. Así le suplió en San Pier d'Arena, en Mornese, en Lanzo y en Marsella en 1880. Aquella fue la segunda vez que entraba en Francia: con sus modales delicados y comedidos, la fineza de su educación, su buen humor y su conocimiento de la lengua francesa, que hablaba sin esfuerzo, con buen acento, cautivó a cuantos se le acercaron.

A fines de abril de 1881 se encontró en Genova con Don Bosco, que volvía de Francia, y le acompañó hasta Roma. León XIII había encargado al fundador de los Salesianos la pesada tarea de terminar la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, sobre el monte Esquilino, parada por falta de recursos. Hacía más de un año que Don Bosco se había entregado a la ruda tarea, dando un grande empuje a la obra; iba a Roma para ver el estado de la misma.

Pero lo que pretendía, sobre todo, era examinar con Don Rua los planos de los arquitectos, sopesar las dificultades del empresario, buscar los medios más seguros para terminar la obra, porque empezaba a envejecer y temía no ver acabado el Santuario.

Los ejemplos descritos, desgranados entre mil, muestran bien a las claras cómo todo era común para aquellos dos corazones. El pensamiento, las preocupaciones, los proyectos, las alegrías y las penas de Don Bosco eran los pensamientos, preocupaciones, proyectos, alegrías y pesares de Don Rua. Fuera de los misterios de la gracia, ocultos en el fondo de sus almas — ¡ y quién sabe ! — todo lo del uno lo sabía el otro. Era un negocio totalmente a medias.

* * *

Todo este honor era una carga que Don Rua llevaba a cuestas. Porque no hay que creer que con esta especie de ascenso a un plano superior, le aligerara en nada de las antiguas ocupaciones. El único cargo antiguo de que había sido exonerado era de la formación de los novicios y la dirección de la Casa. — ¡ Y aún ! — ¡ Cuántas veces se hubo de meter en los dos campos, especial-

mente en el segundo ! Don Lazzero era un hombre bueno, el modelo más acabado de un «buen papá» ; por eso precisamente era poco exigente y la disciplina de la Casa se resentía a ojos vistas. Don Rúa tenía que remediar muchas veces ciertos desórdenes que, durante su mandato, fueron totalmente desconocidos. Sus hombros se doblaban a veces bajo el peso de tantas responsabilidades.

«Don Rúa se mata—observaba un testigo de aquellos sus días ultrarrepletos—. ¡ Qué apóstol, qué mártir !» El mismo Don Bosco da fe de este aserto.

Era la vigilia de la Asunción de 1876. Después de cenar le preguntó un salesiano a quemarropa :

—¿Es verdad, Don Bosco, que algunos de sus hijos han muerto víctimas del trabajo?

—Si eso fuera cierto—respondió el incansable trabajador—, nuestra Congregación marcharía mejor. Pero no es verdad. Nosotros trabajamos mucho, es cierto ; pero decir que han muerto algunos sacerdotes víctimas del trabajo, es faltar a la verdad.

Los muertos durante estos últimos años estaban ya enfermos. Don Alassonatti tenía un tumor en la garganta. Consultó a muchos médicos y ensayó mil remedios, pero no pudo vencer el mal.

Don Rufino fué también un gran trabajador, pero cayó víctima de su imprudencia. Fué de Turín a Lanzo lloviendo a cántaros. Al llegar, en vez de cambiarse de ropa, se puso a confesar, totalmente calado, y contrajo una tuberculosis que acabó rápidamente con su organismo.

Don Croscerio trabajaba apasionadamente, sí, pero desde su más tierna infancia estaba enfermo del corazón, por lo que murió antes de lo que pensábamos.

Don Chiala, como bien sabéis, era inspector de correos antes de hacerse salesiano, y presentó la dimisión de su empleo por falta de salud.

Uno sólo, de entre nosotros, merecería el título de mártir del trabajo: Don Rúa. Pero gracias a Dios se conserva lleno de salud.

CAPÍTULO XXII

C A R A S D I S T I N T A S

Al seguir paso a paso a nuestro héroe se puede **fácilmente** llegar a pensar que no había en él más que una **idea**: la de copiar en todos sus rasgos el modelo elegido.

Sí, es así. Pero no hasta el extremo de confundirse con **él**; no hasta perder las propias cualidades por las del modelo.

En efecto, es difícil encontrar en el fondo dos hombres más distintos que éstos y que vivieran tan a la par.

El hijo admiraba al padre e iba copiando, uno tras otro, los secretos de su acción. El padre apoyábase en el hijo y veía, satisfecho y confiado, cómo crecían sus extraordinarias cualidades.

Pero cada uno seguía con su personalidad.

En los *Anales* de la Casa, hay una paginita que ilumina como rayo de luz el contraste de aquellos dos caracteres.

29 de abril de 1879.

Don Bosco, aplastado bajo el peso de mil deudas. Ruina económica total.

La **lotería**, que por novena o décima vez lanzaba al público, no tenía éxito. Era imposible vender la finca y bienes del Barón de Barbania, que acababa de heredar. Y había que pagar cien mil **francos**...

No sabía dónde hallarlos. Durante la cena de aquella noche, tras una larga sesión de confesonario, se desahogaba con los **su-yos** buscando las causas de su **penuria**...

Allí estaba Don **Rua**, atento, sin sospechar el «directo» con que le iba a atacar.

De repente, volviéndose hacia él, le preguntó Don **Bosco**:

CAPÍTULO XXIII

FRACASO DE UNA FUNDACIÓN

Una de las tareas de Don Rua era atender la fundación y principios de las Casas Salesianas que se abrían. ¡ Cuántas veces apareció, a la puerta de algunas obras nacientes, nada más que su cara sonriente ! Don Bosco andaba por otros lugares, preocupado por asuntos sin fin...

Parecía que la presencia de Don Rua en las fundaciones proyectadas iba acompañada del éxito. Pero no siempre fue así.

Sus diligencias en París, en 1879, no tuvieron éxito. Usó delicadeza y tacto exquisitos ; pero la fundación Salesiana en la Ciudad de la Luz chocó con exigencias que ni Don Bosco ni nadie podían aceptar.

* * *

El abate Roussel intentó traspasar su Instituto de Auteuil a Don Bosco. Resulta una historia interesante.

El orfanato de este sacerdote y su simpática figura llamaron la atención de todos los habitantes de París desde el 1870 al 1900.

Era una fundación semejante a la de Don Bosco. Una noche invernal del 1865 se encontró con un pobre muchacho que revolvió un montón de basura.

— ¿Qué buscas ahí? — le preguntó.

— Algo para comer — respondió el muchacho.

Y movido a compasión, le dijo el sacerdote:

— Ven conmigo.

Tomándolo de la mano le llevó consigo y le dio cena y cama. Lleno de gozo, salió al día siguiente a la calle y recogió a otro

vagabundo. Una semana más tarde tenía ya seis muchachos en su casa. Les vestía y alimentaba lo mejor que podía. Su caridad para con aquellos muchachos de la calle, casi **gitanos**, no era muy ordenada, viéndose obligado a mendigar para asegurar su subsistencia.

Y no paró aquí. Necesitaba muebles para sus protegidos y los obtuvo. Quiso librarles de los peligros de la miseria, de la calle, del taller y entonces abrió una escuela de aprendices. El buen sacerdote, que en un principio no pensó más que en albergarlos durante tres meses para enseñarles el catecismo antes de lanzarlos a la vida, comenzó a pensar en prepararlos para una mejor existencia dotándoles de honesta profesión y educación cristiana. Así se fundó el Instituto Auteuil del abate Roussel.

Mas los asombrosos progresos de la prensa ponían en peligro la fe y la inocencia de la juventud. Había que preservarla oponiendo a la prensa **malsana**, periódicos, revistas y libros sanos y ortodoxos. Así nació su imprenta equipada para la publicación de los dos semanarios **católicos**: *La France illustrée* y *L'Ami des enfants*.

Era verdaderamente asombroso ver la semejanza de origen y desarrollo entre la obra de Roussel y la de Don Bosco. Con razón dijo el Santo de Turín, cuando su émulo de la caridad de París manifestó el deseo de **unírsele**: «Delante de Dios, ahora y siempre, le considero como un salesiano más».

* * *

Ese deseo se remontaba al 1877.

Atravesaba por entonces la obra del abate Roussel una grave crisis.

Las dificultades económicas crecían con el número de alumnos y las filtraciones de la administración poco vigilada.

La moralidad cojeaba ; poca vigilancia, vigilantes improvisados, personal de paso, método represivo, formación individual descuidada por el poco tiempo libre del abate Roussel, siempre preocupado tras el dinero y por su profesión de **periodista**.

Total, que al llegar el fundador a los cincuenta y tres años de edad, se preguntó: ¿Qué va a ser de mi obra a mi muerte? ¿Quién la seguirá?

Habiendo presentado sus inquietudes a Pío IX, éste le sugirió la idea de unir su obra a la de Don Bosco. El gran apóstol de la juventud se encontraba precisamente en Roma. Fué a verle el abate Roussel y empezaron los tratos.

—Llámenos a París—díjole Don Bosco—, a los ocho días allí nos tiene.

El asunto se prolongó todavía un año. Pero en julio de 1878, ante una borrasca económica que amenazaba con el naufragio, decidióse el abate Roussel a ir a Turín. Fué precisamente durante el mes de septiembre; visitó el Oratorio detalladamente, habló largamente con Don Bosco, trabó conocimiento y amistad con Don Rua y se quedó encantado.

El 10 de octubre siguiente, previa la autorización de su Arzobispo el Cardenal Guibert, empezaron las conversaciones oficiales.

El Consejo Superior de la Congregación acogió favorablemente la petición. Los salesianos prometieron su inmediata colaboración con dos condiciones: libertad para aplicar en el establecimiento el sistema de educación de Don Bosco y un contrato en regla que garantizase el porvenir.

Había que evitar, sobre todo, para después de la muerte del fundador, tener que abandonar la obra, sin motivos suficientes. No era conveniente estar a merced de cualquier incidente de los que a veces nacen entre dos autoridades, aunque animadas casi siempre de la mejor intención.

Don Rua, acompañado del P. Cays de Giletta (1) fue a París

(1) El Conde Carlos Cays de Giletta y Cassalette nació el 16 de noviembre de 1813 en Turín. Al quedar viudo, después de ocho años de matrimonio, se entregó totalmente a obras de apostolado. Fué presidente general de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en el Piamonte. Fué también uno de los ayudantes de primera hora de Don Bosco, con sus generosas limosnas y con su trabajo personal como catequista de los niños del Santo, en sus Oratorios de San Francisco de Sales y del Santo Angel.

Durante la epidemia del cólera (1854) la familia real del Piamonte se hospedó en su palacio de Sassalette, a 15 kms. de Turín. Fué diputado del Parlamento piamontés

para presentar el proyecto. Salieron el 6 de noviembre y no volvieron hasta el 30.

* * *

El asunto se enredaba. Se presentaron tan serias dificultades que Don Bosco hubo de enviar a Don Rua nuevas instrucciones, en carta escrita desde Genova el 17 de noviembre.

Las instrucciones eran amplias. Se le concedía al abate Rousset cuanto exigía ; se cerraban los ojos a la situación económica de la casa ; hasta se le prometía la apertura de un noviciado (así lo pedía el abate) con tal que el fundador garantizase suficientemente el porvenir de la obra en París. «Queremos tener la seguridad, decía la carta, de que no nos veremos obligados a llevar anclas ante cualquier eventualidad».

Don Bosco cedía en sus concesiones cuanto podía, porque deseaba ardientemente instalar su obra en París. Lo confesaba en la carta a Don Rua : «No te oculto que abrir en la actualidad una casa en París me parece nos reportará ventajas morales, religiosas y hasta políticas».

La fundación parecía podría dar gran brillo a la joven sociedad y llegar a ser un éxito sin precedentes. Los salesianos habían comenzado a extenderse por doquiera, pero aún no habían logrado instalarse en una gran capital. Inesperadamente se les llegaba la ocasión a las manos. ¡ Toda una ganga ! Una fundación en la Ciudad de la Luz daría a conocer su existencia al mundo entero. Aumentarían las vocaciones y aumentaría la simpatía de las gentes por su Congregación. Todo un porvenir de conquista parecía ligado a la entrada de los salesianos en París. Era lógico pensar

desde 1857 a 1860 ; pero se retiró de la política ante el sesgo que tomaba con Cavour y Ratazzi.

En 1877 se hizo salesiano. Fué ordenado sacerdote al año siguiente y Don Bosco le nombró Director de la fundación de Challonges, en Savoya, el 1879.

Murió en el Oratorio de Turín el año 1882.

Fue una de las vocaciones tardías más hermosas obtenidas por Don Bosco. Su entrega fue total. Durante sus cinco años de vida religiosa dió grandes ejemplos de virtud. El que albergó en su palacio a la familia real, supo vivir en la casa de Don Bosco, en una miserable buhardilla.

que las Casas de la Sociedad ya existentes adquirirían mayor prestigio.

Desde Turín se seguía con gran interés la marcha de las conversaciones en cuyo éxito todos confiaban. Se prolongaron durante todo el mes de noviembre. El último día volvía Don Rua para exponer el resultado de su viaje.

Apenas comunicó las últimas exigencias del abate Roussel, el Consejo Superior de la Congregación Salesiana rechazó unánimemente dos de ellas.

El texto del convenio restaba libertad de acción a los salesianos en la administración de la obra y les ataba demasiado al fundador del Instituto Auteuil.

Con esto podían fácilmente nacer conflictos entre los salesianos y los miembros de la Junta ; y, además, se le quitaba al Superior General (Don Bosco entonces y más tarde su sucesor) parte de la completa autoridad que su cargo requería. Por un lado se quitaba libertad y por otro se tomaban demasiada. Se planteaba una delicada cuestión...

Aún había más exigencias por parte de París ; tantas que el pobre «embajador» quedó confundido.

Los religiosos que fueran a ayudar al abate Roussel irían a prueba por un año. Para quedarse definitivamente deberían demostrar durante trescientos sesenta y cinco días su habilidad administrativa, pedagógica, religiosa, etc., etc. Era, en efecto, una prueba.

El proyecto se venía abajo con los vientos de tales pretensiones. Pero Don Bosco, que deseaba a toda costa triunfar, redactó pacientemente un nuevo convenio, tomando como base algunas propuestas que ya Don Rua había, acertadamente, presentado en París.

Por el momento renunciaba a la plena libertad de acción frente al consejo de administración ; se renunciaba también a asumir toda la responsabilidad material y moral de la obra ; y se organizaba, dentro del mismo Instituto, un noviciado para la formación del personal del momento y del porvenir.

Y después, como hablando consigo mismo, añadió Don Bosco, a manera de **conclusión**:

— ¡ Qué pena ! Aún no he podido encontrar el administrador de mis **sueños**: un administrador que se abandone totalmente en las manos de la Providencia, sin guardar un céntimo para mañana. **Si** alguna vez marcha mal nuestra **hacienda**, será por haber calculado demasiado. Es **así**; Dios se retira cuando aparece el hombre.

* * *

¡ Qué dos mentalidades más distintas las de los dos apóstoles !

El uno echado totalmente en las manos de la Providencia, para arrojarse a la obra del momento con audacia ilimitada ; el otro, previsor, calculador, reduciendo al **mínimum** toda imprevisión.

Dos mentes, dos **maneras** de ver las cosas, dos modos de obrar.

La viveza de este diálogo recuerda el chocar de las espadas en un juego de esgrima y da una idea clara de la sana libertad en que se desenvolvía la naciente familia religiosa. No se anulaba la personalidad, no se deformaba al individuo con un molde común ; se perfeccionaban las dotes naturales, cada rostro conservaba sus rasgos y los hombres se completaban para alcanzar un **único fin** en la unidad de un gran amor y de una misma tarea.

CAPÍTULO XXIV

COMPAÑERO DE VIAJE

Cuatro años más tarde, en abril de 1883, volvía de nuevo Don Rua a París, llamado por Don Bosco.

Había salido el Santo de Turín a fines de enero para visitar las casas y amigos del *Litoral*. Cargado de años, de preocupaciones, de trabajos y enfermedades, no sabía a ciencia cierta a dónde se dirigiría después de esa visita. Andaba vacilando, como si esperase una señal del Cielo. Y cabe sospechar si la recibió cuando, el primero de abril, tomaba deliberadamente el tren de París.

Los que han leído la vida de Don Bosco saben del recibimiento que le dispensó París. Durante casi un mes fue el hombre del día. Una fuerza irresistible llevaba hacia él a la aristocracia y al pueblo. Se agolpaban en las iglesias para verle, oírle y asistir a su *misa*. Se estacionaban hileras de coches frente a la casa que le albergaba. No había forma de desalojar su antecámara. Montones de cartas le esperaban en la portería del palacio Combaud, de la calle Mesina, donde moraba. Se llevó como secretario para este viaje al P. De Baruel, francés. Pero como a las cuarenta y ocho horas le viera ahogado bajo las olas de cartas y de visitantes, telegrafió a Don Rua. Veinticuatro horas más tarde el *alter ego* se presentaba en París y se entregaba a su tarea.

¡ Tarea dura y abrumadora !

Había que recibir a los visitantes, atenderles y calmar su impaciencia ; recibir a los periodistas y contestar a sus preguntas discretas o indiscretas ; abrir los cientos de cartas que llegaban, dar cuenta de ellas a Don Bosco y responder según sus intrucciones.

Durante aquellos días escribió el mismo Don Rua a uno de sus amigos: «No puedes imaginarte el montón de cartas que esperan contestación sobre mi mesa. Ni con siete secretarios habría bastante. Menos mal que se nos ha juntado un religioso de la vecindad y nos echa una mano».

No era una exageración de Don Rua. El corresponsal de *La Liberté* lo confirmaba: «Jamás habíamos visto tanta correspondencia recibida en un solo día. Una montaña de cartas cubría el escritorio y las ya rotas desbordaban las papeleras. Por algunos rasgos de los trozos rotos se adivinaban manos femeninas. El secretario general—fué el apodo con que el periodista bautizó a Don Rua— tomaba nota de su puño y letra de las que parecía merecían respuesta y las metía en el fajo que tenía delante. ¡ Qué de cartas, Señor !»

Ayudado por el Padre Baruel, las iba contestando Don Rua en los pocos momentos de ocio que le quedaban, y, sobre todo, cuando Don Bosco salía de visita, a dar conferencias y presidir reuniones. El día resultaba corto para despachar las más urgentes, por lo que había que dejar correr la pluma durante la noche...

Este trabajo agotador y oscuro lo llevó a cabo con calma y elegancia, con amabilidad y destreza, durante todo el viaje de Don Bosco: en París, en Amiens, Lila, Dijon, Dôle...

Cuando el 25 de mayo por la mañana emprendieron el regreso hacia Turín, Don Rua estaba que no podía más...

Llegaron el 31 de mayo. Y aquella misma noche, sin descansar, redactó Don Rua una carta para todos los directores de las casas contándoles detalladamente lo más importante del viaje triunfal del Padre.

Empezaba así: «Nuestro Padre querido, ausente de Turín hace cuatro meses, acaba de volver sano y salvo, por la gracia del Señor. El viaje ha sido una continua demostración de adhesión y veneración de los buenos franceses hacia Don Bosco y nuestra Congregación. Hemos de dar muchas gracias a Dios por el sin-número de favores que durante el viaje ha concedido a nuestro Padre y a sus hijos.»

Dos meses más tarde tuvo que volver a ponerse en camino. El heredero desterrado de la corona de Francia estaba a las puertas de la muerte en Fróshdorf (Austria). Un mal misterioso le consumía y reclamaban a Don Bosco junto a su cabecera para ver si se hacía un **milagro**:

Semiagotado, rendido todavía por las emociones del viaje por Francia, el apóstol intentó liberarse de las fatigas de un nuevo viaje. Pero de tal modo le acosaron con cartas, telegramas y embajadas, que al fin tuvo que ceder y ponerse en las manos de José de Bourg, camarero secreto del Príncipe, que se llegó expreso a Turín con encargo —según su propia expresión— de llevarlo vivo o muerto.

Acompañado de Don Rua, salió el 13 de julio, en coche cama.

El viaje fué durísimo. El amable guía cuenta las peripecias del mismo en una breve crónica publicada en 1910 (1). Llegaron tarde a Venecia para empalmar con el tren de Austria y tuvieron que tomar un «tren carreta» que tardó veinticuatro horas en llegar a Fróshdorf, con sus inacabables paradas.

«Menos mal, escribe el señor de Bourg, que el tiempo pasó bastante aprisa charlando con mis dos compañeros de viaje. En vano intenté hacerles tomar alguna cosa durante las largas paradas. La «comilona» de Don Rua consistió en una bendición y un par de huevos hacia las dos de la tarde. Mientras tanto, Don Bosco se paseó, el pobre hombre, a lo largo del andén de la estación, con los brazos cruzados tras la espalda. La sotana de Don Bosco llamaba la atención de todo el mundo, ya que los sacerdotes de Austria llevan levita negra y sombrero hongo. No me extraña que, con tal régimen, estén los dos santos religiosos tan delgados. Pero son unos santos, con lo que todo queda **compensado**.»

Una vez en Fróshdorf, Don Bosco se presentó ante el desahuciado Príncipe. Durante los dos días que permaneció a su lado pareció que el Conde de Chambord mejoraba; por lo cual el santo sacerdote se despidió del augusto enfermo haciéndole prometer que visitaría el santuario de María Santísima. —
guía **la** mejoría.

(1) Les *entreüues des Princes a Fróshdorf*.



El 17 de julio por la noche, volvían los dos viajeros a Turín. Unos días más tarde recibía Don Rua una agradable carta de la Condesa de Chambord.

«El recuerdo de los dos días que Vdes., querido Don Rua y Don Bosco han pasado con nosotros nos será siempre muy grato.

Me alegro de que el viaje de vuelta haya sido bueno. No me extraña : santos como usted y su Padre gozan de especial protección de los ángeles custodios.

La salud del Príncipe es mejor cada día, gracias a Dios, a pesar de las pequeñas crisis que se repiten, aunque a intervalos más largos.

Me dice, ahora mismo mientras escribo, que pida expresamente a Don Bosco siga recordándole en sus santas oraciones, porque pone en ellas toda su confianza.»

Sin embargo, Dios no juzgó oportuno oír las oraciones. La mejoría del Príncipe no duró. Unas semanas más tarde, y a consecuencia de algunas imprudencias, el 24 de agosto, la Casa Real de Francia perdía a su heredero.

* * *

Don Rua acompañó también a Don Bosco el 1886.

El gran apóstol había cedido a la invitación y prometido visitar a sus fervorosos amigos de Barcelona. Tenía setenta y dos años ; caminaba difícilmente con sus varicosas piernas y su organismo que se debilitaba día a día. Pero a pesar de tan deplorable estado de salud se impuso el duro sacrificio.

Don Rua se le juntó en Marsella, camino de España, y al llegar a la frontera le dio la más agradable de las sorpresas. Al pasar la aduana habló en español con la policía y carabineros que sellaban el pasaporte y revisaban los equipajes.

Creyó Don Bosco, al principio, que su compañero hubiera aprendido algunas frases corrientes en algún manual de viajes ; pero se tuvo que convencer bien pronto de que no era así.

Apenas supo que tendría que acompañar a Don Bosco a Barcelona, compró una buena gramática y *La Imitación de Cristo* en español y se puso a estudiar la lengua de Cervantes.

Tenía una memoria admirable y una ductilidad y tenacidad extraordinarias ; conocía el **latín**, el italiano y el francés, pero, sobre todo quiso dar aquella alegría a Don Bosco.

Fue una agradable sorpresa para el corazón del anciano.

—¡ Muy bien, bravo !—le dijo—. Con tu español me **sacarás** de apuros.

Y así fue. Don Rua le sirvió de enlace muchas veces para tratar con sus cooperadores. En su nombre habló a los alumnos de las Escuelas Salesianas de Sarria y dio la conferencia **reglamentaria** a los cooperadores en la capilla de las mismas.

Los cooperadores de Barcelona recibieron a Don Bosco **triumfalmente**. Como a un rey.

Le aguardaban en la estación las autoridades religiosas, civiles y **militares** de la ciudad. Había cuarenta landos a la puerta para acompañarle hasta la casa salesiana de Sarria. Era tal la multitud que se agolpó para verle, vitorearle y recibir su **bendición** que tardó más de una hora en llegar desde el vagón hasta el coche.

Las manifestaciones de entusiasmo no cesaron durante el tiempo que el Santo permaneció en Barcelona. El número de visitantes que iban cada día desde la ciudad a la casa salesiana, situada en un arrabal próximo, crecía sin descanso. Los admiradores pertenecían a todas las clases **sociales**: señoras de la nobleza y dignidades de ambos cleros, obreros e industriales, periodistas y gente sencilla. En la casa salesiana de Sarria no se cabía, por lo que la gente aguardaba pacientemente su turno sentada al borde de la carretera.

Desfilaban ante Don Bosco en grupos de cincuenta, para recibir una medallita y la bendición de María Auxiliadora. Los últimos días hubo que recurrir a medios más prácticos **aún**: Don Bosco se asomaba de vez en cuando al balcón y bendecía a la multitud que se renovaba sin cesar.

La imponente afluencia de público dio ocasión a Don Rua para descargar en algo, a veces hasta en hacer milagros, a Don Bosco.

Una pobre madre desolada se presentó un día *con* su hijo. El muchacho estaba desahuciado por los médicos.

Informado Don Bosco del caso, ordenó se presentase Don Rua para recibir la bendición de María Auxiliadora. Don Rua se la dio y el muchacho curó instantáneamente.

El milagro se apuntó en el haber de Don Bosco, pues todos pensaron que había querido hacerlo por medio de un tercero. Pero cuando más tarde se vio que la santidad del discípulo había igualado, aunque en otro aspecto, la del Padre, al recordar la curación maravillosa de Barcelona, vinieron en seguida a la mente las palabras de Don Bosco: «Si Don Rua quisiera, podría hacer milagros».

El 6 de mayo volvió a Turín. A su paso por Francia se hospedó en el Seminario Mayor de Montpellier; en la estación de Tarascón le ovacionó la multitud en ella congregada; en Valence celebró misa en la catedral y se llenó el templo de una multitud de fieles a quien nadie avisó; en Grenoble se llenó la iglesia de San Luis y le sacaron en triunfo.

Ya no hizo más que otro viaje, el 1887, para asistir a la consagración de la iglesia del Sagrado Corazón, en Roma. También le acompañó Don Rua.

* * *

Ciertamente Don Bosco le llevaba consigo por el gusto de tener a su lado al que era su brazo derecho y sabía guardarle tantas atenciones. Pero lo hacía, sobre todo, pensando en el día de mañana, en su Obra, en su Congregación, y en aquél que había de ser cuerpo y alma de su joven **Sociedad**.

CAPÍTULO XXV

VICARIO GENERAL

Una mañanita de otoño de 1879, mientras estaba de visita en el Noviciado de San Benigno, quiso Don Bosco ir hasta Foglizzo, distante siete kilómetros, para visitar a un amigo de la infancia. Se llevó consigo a Don Clagiero, que había vuelto de la Argentina hacía unas semanas, en busca de más misioneros para la Patagonia.

De camino, al trote del caballejo que les llevaba, charlaban padre e hijo de todo un poco. Acababa la pobre tartana de vadear el Orco, afluente del Po ; rodaba todavía sobre el fino cascajo del río, próximos a entrar de nuevo en el camino, cuando Don Bosco le preguntó a Cagliero, de repente :

—Si yo muriera, ¿quién te parece a ti que podría reemplazarme?

—Mi querido Don Bosco, todavía hay tiempo para pensar en ello. Aun no estamos preparados. Hace muy poco que conocemos y practicamos las Reglas. Nuestro Señor no nos dejará huérfanos tan pronto.

—Admitamos que sea así y que Nuestro Señor y la Santísima Virgen escuchen vuestras oraciones... Pero razonemos frente a la hipótesis...

—En tal caso, no veo más que uno capaz de reemplazarle.

—¡ Bah, bah ! Dos o tres, por lo menos.

—Más tarde, puede ser ; por ahora, no.

—¿Y cuál es tu candidato? Vamos a ver.

—Dígame usted cuáles son sus tres...

—Después. Ahora dime tú el tuyo.

— Don Rua. No hay otro.

— No te equivocas — respondió Don Bosco, después de haber revelado los nombres que él tenía en su mente...—. No tenemos otro ; él ha sido siempre mi brazo derecho.

— Y su cabeza, y sus ojos, y su corazón, Don Bosco. Es el más a propósito para ocupar su puesto cuando el Señor, y quiera El sea muy tarde, la arranque a nuestro cariño.

* * *

En otra ocasión más solemne, el caudillo de las Misiones Salesianas pronunció, al menos mentalmente, el mismo nombre. A poco de haber sido consagrado Obispo, como Vicario Apostólico de la Patagonia septentrional y central, Monseñor Cagliarió fué a Roma a presentarse al Padre Santo.

Durante la audiencia privada con León XIII, hablaron de Don Bosco.

«Se hace viejo, dijo el Papa. Conviene que busque un Vicario General que le ayude eficazmente y que recoja cuidadosamente su espíritu. Cada instituto tiene su propio espíritu que hay que conservar y transmitir íntegramente, si se quiere conservar el instituto floreciente. Pensad ya en ello, porque es más fácil conocer el espíritu de una Congregación mientras vive el propio Fundador.»

«Mientras el Papa me confiaba sus deseos, sigue el joven Obispo, yo pensaba : Esto le toca a Don Rua. Este es el papel que ha desempeñado hasta el presente. No tiene más que continuar : él es el hombre.»

* * *

Y como todos esperaban, él fué también el elegido por Don Bosco.

Por aquella época, en el otoño de 1884, el gran apóstol no era ya ni la sombra de sí mismo. A la vuelta de París comenzó su ocaso. La enfermedad que debía llevárselo de este mundo iba mi-

nando, poquito a poco, las fibras de su corazón. Cada mes estaba más agotado ; apenas si podía arrastrarse sobre sus piernas ; le costaba respirar. Se le veía totalmente gastado.

A ninguno le extrañaba. Había consumido su vida ; en menos de cuarenta y cinco años había creado dos congregaciones y fundado una orden tercera ; había construido tres iglesias, dio a la imprenta católica ciento veinte obras, envió sus hijos más allá de los océanos y abrió centros de instrucción popular en los cuatro ángulos del mundo ; confesó a millares y millares de niños ; por su humilde despacho desfiló una turba innumerable de almas inquietas o desgraciadas y trató con los poderosos de la tierra las más complicadas cuestiones de la política. El célebre Combal, médico de Montpellier, retrató su desgaste con aquella su frase gráfica: «Examinado a fondo, Don Bosco resulta un vestido viejo para colgar en el perchero».

Acabamos de ver cómo hasta el Papa se preocupaba de su salud. En octubre de 1884, indagó, a través del Cardenal Alimonda, Arzobispo de Turín, sobre quién descargaría parte de sus responsabilidades. «El Padre Santo —le escribía el Cardenal Jacobini— advierte que la salud de Don Bosco va de mal en peor y teme por el porvenir de su Instituto. ¿Querría Su Eminencia insinuarle, con el tacto del caso, designara al religioso que, en caso de necesidad, pudiera reemplazarle, o le nombrase ahora Vicario General con derecho a sucesión? El Padre Santo se reserva elegir una de estas dos soluciones ; pero desea vivamente que Su Eminencia realice, cuanto antes, esta misión, en favor de los altos intereses de este Instituto.»

Informado de estos deseos de León XIII, reunió Don Bosco, el 24 de octubre de 1884 a su Capítulo, el cual comprendió en seguida el alcance de aquellas disposiciones. El largo silencio que siguió al comunicado era un testimonio de la angustia de aquellos corazones ante la sola hipótesis de una posible separación. Cuatro días más tarde, después de haber pedido luces al Espíritu Santo, comunicó Don Bosco a sus consejeros que había determinado elegir a Don Rua para el cargo.

La elección satisfizo a Roma y León XIII ordenó redactaran

el decreto confiriendo a Don Bosco la facultad para proceder a tal nombramiento.

Diez meses más tarde, en circular del 24 de septiembre de 1885, lo anunciaba Don Bosco a toda la Congregación :

«Después de haber rogado mucho al Señor, invocando las luces del Espíritu Santo y la protección especial de la Santísima Virgen, Auxilio de los Cristianos, y de San Francisco de Sales, nuestro Patrón, valiéndome de la facultad que recientemente me fué acordada por el Supremo Pastor de la Iglesia, nombro Vicario General a Don Miguel Rua, actualmente Prefecto de nuestra Pía Sociedad. De hoy en adelante, me sustituirá en el pleno ejercicio del gobierno de la Congregación.»

Con tal decisión sancionaba oficialmente lo que desde hacía varios años se venía haciendo.

* * *

La sanción produjo inmediato efecto.

Don Rua cambió radicalmente de la noche a la mañana.

Había sido hasta aquel momento el hombre de la disciplina, del reglamento y del orden ; había cargado sobre sus hombros la parte odiosa inherente al ejercicio de toda autoridad humana ; su severidad exterior era proverbial ; hasta su cara lo pregonaba. Sin duda era un papel que no le hacía mucha gracia, pero alguien tenía que hacerlo, y Don Rua se sacrificaba a ello.

Ahora, al elevarle confiadamente Don Bosco hasta dividir su paternidad, cambiaba de cara, de actitud y de tono. Desarrugó su ceño, sus ojos se volvieron dulces, su voz suave y su rostro se tornó sonriente. La metamorfosis, total e imprevista, le resultó fácil. Después de veinte años de heroico dominio de sí mismo, volvía a ser el padre afectuoso que conquistaba los corazones en Mirabello. Volvía, de nuevo, a su natural.

Ciertamente que sus modales, su voz, sus rasgos, su sonrisa no tenían aquella misteriosa fascinación de los de Don Bosco, que arrastraba en pos de sí a la juventud ; pero, a partir de aquel oto-

ño de 1885 hasta el final de su existencia, es decir, durante todo un cuarto de siglo, fue para cuantos se le acercaron —**somos** testigos de **ello**— el padre atento y bueno que comprende, alienta, sostiene, perdona, guía y ama ; el buen pastor que todos los días, a cada instante, da su vida, gota a gota, por cada una de las ovejas de su rebaño.

CAPÍTULOXXVI

LA PENA MAS GRANDE

El 23 de mayo de 1887, víspera de la fiesta de María Auxiliadora, quiso Don Bosco, llegado de Roma hacía tres días, asistir a la conferencia que Don Rua daba a los cooperadores salesianos de Turín y los alrededores.

Después de la bendición con el Santísimo Sacramento, con que se cerró, los fieles corrieron hacia él para recibir su bendición y besar su mano. Empleó más de media hora para atravesar las dos sacristías, y casi una para llegar hasta su habitación, ya que la muchedumbre se apiñaba en su derredor en su afán de obtener una palabra, un gesto, una sonrisa.

Parecía totalmente agotado. Las piernas se negaban a sostenerle ; su rostro demacrado, la palidez del semblante, el abandono de toda su persona, la respiración afanosa, decían bien a las claras que se acercaba a su fin a grandes pasos. Sonreía y saludaba al pasar a sus amigos, a sus antiguos alumnos, a sus cooperadores, a sus niños. Pero se advertía un esfuerzo envuelto en su último gesto de bondad.

El 13 de octubre se arrastró todavía hasta el restaurante de los jardines del Valentino que rodean las orillas del Po. Allí le esperaban novecientos obreros franceses, de paso por la ciudad, que querían saludarle. Hicieronle un recibimiento indescriptible. Mas, víctima de su debilidad, no pudo decirles lo que sentía en su corazón. Tuvo que hacerlo Don Rua.

«Don Bosco, dijo él, agradece la visita a los peregrinos de Roma, representantes de Francia católica, la verdadera Francia, cuyo revivir se

va acentuando gracias a la misericordia divina y a las iniciativas inteligentes y generosas de sus mejores hijos.

También Don Bosco espera poder llevar su ayuda a ese renacer, del que no duda ni por un momento, porque conoce mejor que nadie las reservas de energía que Francia puede encontrar en su temperamento cristiano para triunfar de los males que la acosan y cicatrizar sus heridas. Nunca olvidará que le bastó alzar su voz, tender la mano, para recoger con destino a sus obras una parte de esa vitalidad poderosa que burla las dificultades y no toma en cuenta los más arduos sacrificios.

Don Bosco os bendice gozoso. Como vanguardia del mundo católico vais a la Ciudad Eterna a demostrar el despertar de vuestra noble patria; vais a comunicar al Papa vuestra simpatía por sus grandes sufrimientos y a repetirle vuestros votos y plegarias y enérgica actividad para apresurar su triunfo pacífico.

Depositad a los pies de León XIII el homenaje de la más absoluta adhesión de este santo anciano, y recordad, ante la tumba de los santos apóstoles, a la gran familia salesiana pidiendo al Señor la conceda las gracias necesarias para cumplir su misión dentro de la Iglesia católica.

Antes de despediros quisiera Don Bosco dejar escapar de sus labios el grito que bulle en el fondo de su corazón: *¡Viva Francia!* Mas, si le faltan las fuerzas para ello, nadie puede impedirle que lo lance hacia el cielo, expresando así su gratitud y su ardiente cariño.»

Frenéticos aplausos acogieron las elocuentes frases de Don Rua, mientras fueron desfilando ante Don Bosco todos los peregrinos para recibir su bendición y una medallita de María Auxiliadora.

El 20 del mismo mes fue Don Bosco a Foglizzo para la imposición de sotanas. Don Rua le acompañó. Tomaron hábito 94 novicios. Una vez más contemplaba el santo el milagroso crecimiento de su familia religiosa. Al despedirse, dijo ya en el mismo umbral de la puerta: «Para el próximo año no vendré yo; vendrá Don Rua».

Sabía que sus días estaban contados.

Dos meses más tarde, el 24 de noviembre, se animó y bajó a la Basílica de María Auxiliadora para imponer la sotana a cuatro salesianos extranjeros: dos polacos, el príncipe Augusto Czar-toyski y el sacerdote Grabelski; y los sacerdotes Noguier de Ma-

lipay, francés, y Johnson, inglés. También en esta ocasión habló Don Rua.

«He aquí, dijo, cuatro caballeros cristianos que, en la flor de la edad, renuncian deliberadamente a grandezas o carreras humanas para entregarse al Señor. Dada su condición social podían aspirar al bienestar que ofrece el mundo; pero prefieren la alegría de servir al Creador. Este es un día solemne para ellos y para nosotros.

Para ellos, porque en adelante tendrán la herencia del Señor y se podrán presentar ante el mundo con la librea de sus servidores. Y para nosotros, porque estos cuatro novicios, ilustres por su cuna, por los cargos ocupados o por sus estudios, son presagio de un porvenir espléndido para nuestra querida Congregación, que podrá, así lo esperamos, extender mucho más el bien que, por la gracia de Dios, ya ha comenzado a realizar.»

«Lo mismo hubiera dicho Don Bosco», repetía el público al acabar la breve y ardiente alocución.

El 6 de diciembre se celebró en el santuario de María Auxiliadora la despedida de misioneros: era la que hacía doce, desde la de 1875. Don Bosco quiso presidir la ceremonia. Sostenido por su secretario, asistió al sermón.

La presencia de aquel pobre anciano, casi arrastrándose para bendecir a los nuevos apóstoles de los indios del Ecuador, fue el más elocuente sermón. Los asistentes se ponían de pie para contemplarle.

Al terminar la bendición con el Santísimo y las palabras de despedida a los misioneros que dirigió el Obispo Auxiliar de Turín, tuvo lugar una escena emocionante en extremo.

Uno a uno desfilaron los misioneros ante Don Bosco; le saludaban y besaban su mano. Ninguno podía contener las lágrimas.

Apenas terminaron de pasar los nuevos misioneros, entraron precipitadamente en el coro todos los fieles, implorando la bendición del Santo. Y después, saliendo del templo con él, la muchedumbre le hizo cortejo de honor hasta la escalera de sus habitaciones, aclamándole juntamente con los muchachos que se sumaron al concurso.

Fué aquella la última vez que Don Bosco estuvo en el Santuario de su querida Auxiliadora.

* * *

Quince días más tarde, fue también la última vez que recibió a sus pequeños penitentes. Hacía ya varios años que **sus** achaques no le permitían **confesar** cada mañana como **antaoño** ; pero aún dedicaba a este ministerio las tardes de miércoles y sábados.

Precisamente aquella tarde se presentaron ante su secretario unos treinta jovencitos, alumnos de las clases superiores, en edad de estudiar seriamente su vocación, pidiéndole les dejase **entrar**.

Fué inútil decirles que el estado de salud del Padre era muy delicado para que pudiera oírles. Estaban decididos a penetrar a la fuerza.

Avisado por el secretario, le pareció a Don Bosco que era un trabajo superior a sus fuerzas ; pero, después de un momento de reflexión, dijo como si hablara consigo mismo: «¡ Y sin embargo, es la última vez que podré confesarles !»

Sin atender la contestación, le recordaba el secretario que la fiebre, la **opresión**..., y respondía Don Bosco **emocionado**: «Y sin embargo es la última vez. **Diles** que **pasen**».

Y los confesó.

Fueron las últimas confesiones que oyó.

Era sábado y 17 de diciembre.

Todavía salió a dar un paseíto por la ciudad el martes, día 20, en el viejo coche de la **casa**, acompañado de Don **Rua**. Al volver, casi hubo que subirle hasta su habitación, de la que ya no había de salir más.

Y empezó la lenta agonía...

* * *

Su naturaleza fuerte luchó contra la muerte durante más de un mes en altibajos continuos, sin la menor esperanza de éxito.

A finales de diciembre pareció llegada su última hora. La vi-

gilia de Navidad, Monseñor Cagliero le administró el Viático solemnemente.

El día 30, en un momento de lucidez, entre el delirio, al ver a Don Rua al pie de su cama, con Cagliero y Bonetti, murmuró: «Recomiendo a todos los salesianos la devoción a la Santísima Virgen y la Comunión frecuente».

—Este pensamiento—sugirió Don Rua—, podría ser el aguinaldo espiritual para todos sus hijos durante el año que va a empezar.

Y el pobre enfermo respondió:

—Mi recomendación vale para toda la vida.

A primeros de enero pareció que las oraciones y sacrificios de toda la familia salesiana habían conjurado, o por lo menos retardado, el peligro. La mejoría sorprendió a los médicos y hasta al mismo enfermo. El estómago digería bien y las fuerzas empezaron a recobrase.

La inesperada tregua, premio a las suplicas de los hijos de todo el mundo, permitió a Don Bosco recibir a solas a Don Rua y hablarle en plena lucidez.

¿De qué hablaron en aquellos íntimos coloquios? No se sabe.

El hijo no reveló lo que el padre le comunicó en aquellas horas supremas. ¿Pero de qué podían hablar sino de la obra edificada en común?

Hacía cuarenta años que se habían encontrado, por vez primera, en el patizuelo del Oratorio... Y parecía ayer...

¡ Ah ! aquellas primeras palabras con que se comprendieron sus almas...

Y el encuentro en *Porta Palazzo*, camino de la escuela, cuando le ofreció las a medias: ((Miguelín, ¿quieres que trabajemos siempre a medias?))

Y todo se lo habían partido, todo ; hasta la miseria, que no fué pequeña... ¡ Qué de deudas habría de encontrarse por herencia !... Don Bosco siente no poder ayudarle a llevar ese peso...

Pues ¿ y el otro peso que va a cargar sobre sus hombros ? : ¡ la Congregación !...

Que la tendrá que amar, ¡ y guardar del espíritu malo para que cumpla su misión providencial en favor de la juventud !...

Y pasa a su sucesor todos sus amores: los jóvenes, los niños, sus hijos, los infieles que aguardan en los confines del mundo a los apóstoles del Evangelio... «Vela por ellos; trátales como yo les he tratado, con inmensa caridad, con paciencia y dulzura...

»Animo, querido Don Rua, Dios te ayudará y nuestros cooperadores también... Todo lo que hemos hecho juntos, gracias a ellos lo hemos hecho, no te olvides. Fueron admirables, y seguirán siéndolo. Allá arriba, no dejaré de rezar por ellos y sus familias...

»¡ Nada te turbe! No te dejes abatir por nada... La Congregación tiene ya hombres formados... La Santísima Virgen vela por ella... El porvenir es nuestro, si todos permanecen fieles a nuestro espíritu: trabajo y oración, ahí está todo...

»Y ¡ el Papa, el Papa! Los salesianos siempre y en todas partes con el Papa...»

Las supremas recomendaciones bajaban del corazón del padre y eran recogidas con amor en el corazón del hijo.

Mientras del corazón del hijo subía al corazón paterno una súplica: «Siga su obra desde el cielo... Obtenga de la Virgen Auxiliadora para sus hijos tan abundantes gracias como su amplio y rudo trabajo necesitan... Vele por nosotros, avísenos, defiéndanos... Haré cuanto esté a mi alcance; pero, ¡ ay, yo no soy Don Bosco!... Le suplico que cuando esté junto al seno de Dios...

—Sí, sí, sí, Don Rua, siempre, siempre, como ayer, todo a medias... No estaré inactivo, quédate tranquilo. Seguiremos trabajando juntos...»

Interrumpen el coloquio con este intercambio de promesas.

Continuarán mañana, si la mejoría sigue; los dos saben muy bien que es sólo una mejoría.

La muerte está rondando, muy cerca ya...

Hasta que llamó a la puerta, la mañanita del 31 de enero.

Ya la víspera tomó Don Rua el mando. Lo primero que hizo fue convocar a todos sus hijos desolados en derredor de la cama del padre para verle por última vez y darle el último adiós, besando la mano que tantas veces les había bendecido.

A las tres de la tarde, un telegrama del Ecuador anunciaba la feliz llegada a Guayaquil de los misioneros salesianos. Don Rua se apresuró a dar la nueva al moribundo, el cual pareció darse cuenta.

A la una y cuarenta y cinco de la mañanita entró en la agonía. Avisaron a toda prisa a los Superiores de la Congregación. Don Rua inclinado sobre la cabeza del padre, murmuró al oído, con voz ahogada por el dolor: «Don Bosco, aquí estamos todos sus hijos. Perdone los disgustos que le hayamos causado. Como señal de perdón y paternal bienquerer denos una vez más su bendición. Yo guiaré su mano y pronunciaré las palabras de la fórmula.»

Fue una escena de desgarradora emoción.

Todos inclinaron su frente y Don Rua, juntando cuantas fuerzas le permitía la angustia del momento, pronunció las palabras de la bendición, mientras elevaba la mano, ya paralizada, de Don Bosco, implorando la protección de María Santísima Auxiliadora sobre los salesianos presentes y los dispersos por todo el mundo.

Hacia las tres llegó un telegrama de Roma: era la bendición del Santo Padre. Monseñor Cagliero se la dio al pobre moribundo.

A las cuatro y media tocaban el *Ángelus* las campanas del Santuario de María Auxiliadora. Cesó el estertor empezado a la una y media; la respiración se hizo más regular; pero no duró más que un instante. Era el final del combate. El moribundo suspiró por tres veces débilmente y murió.

Tenía setenta y dos años, cinco meses y quince días.

El reloj señalaba las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana. En el mismo momento, varias personas privilegiadas, en distintos sitios, vieron su alma subir al cielo.

A los pies de los santos despojos recitó Don Rua el *De Profundis* y, después, poniéndose en pie, se volvió a sus Hermanos, sus nuevos hijos, y les dijo: «¡Huérfanos! Hemos perdido a nuestro padre en la tierra, pero hemos ganado un protector en el cielo. Seamos dignos hijos suyos, imitando los santos ejemplos que nos **deja**».

Dos frases **solamente**; pero en ellas iba envuelto todo lo esencial.

Unos instantes después, el sucesor de Don Bosco subía al altar a celebrar la misa por el eterno descanso de su alma.

A continuación, sin tomar el más mínimo descanso, se retiró a su habitación y escribió a todos los salesianos esparcidos por el mundo:

«Con los ojos arrasados en lágrimas y temblando mi mano de emoción, os comunico la más dolorosa noticia que jamás pude daros: nuestro padre, el amigo, consejero y guía de nuestra vida ya no está con nosotros...»

En el momento de dolor que atravesamos, no puede nuestra alma consolarse más que pensando que Dios, infinitamente bueno, no hace nada que no sea justo y sabio. Resignémonos, pues; inclinemos la cabeza y adoremos sus profundos designios.

...De momento no quiero añadir a los detalles de su muerte más que este recuerdo: hace muy poco, él mismo nos aseguraba que su obra no sufriría quebranto con su muerte, puesto que estaba en las manos de la bondad divina, gozaba de la protección de María Auxiliadora y estaba sostenida por la caridad de los cooperadores salesianos.

Abrigo la firme esperanza de que así ha de ser; porque Don Bosco, desde el cielo, en donde ya le ha colocado nuestra veneración, dejará sentir su apoyo aún más fuertemente que cuando estaba en la tierra. Será más padre que nunca.

Encargado de sucederle, haré de mi parte los imposibles para corresponder a vuestras esperanzas, ayudado con vuestro concurso y vuestros consejos. Con el apoyo divino, el auxilio de María Santísima y la caridad de nuestros amigos, creo que la Sociedad Salesiana continuará la obra de su santo fundador en favor de la juventud abandonada y de los países de misión.

Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores y Cooperadoras, jovencitos y jovencitas confiados a nuestros cuidados, repitamos a menudo: En el cielo encontraremos al Padre que hemos perdido, si no olvidamos sus consejos y seguimos siempre sus ejemplos.»

El cuerpo de Don Bosco se expuso en la iglesita de San Francisco de Sales, sentado sobre un sillón.

Cuando por la noche, rezadas las oraciones, se retiraron todos y no quedaron junto al difunto más que los cuatro religiosos del primer turno de vela, Don Rua se puso de rodillas junto al padre dormido en el sueño imponente de la muerte.

Dos horas se prolongó la oración. Sin duda que en ella repasó el tiempo vivido en compañía y trazó valerosamente los planes del porvenir ; seguramente recordó los ejemplos y lecciones recibidos y prometió mantener intacta la herencia y aumentarla en lo posible ; pediría, cómo no, velase sobre aquella inmensa familia privada de sus ternuras.

Al levantarse, su alma dolorida y resignada, parecía haber adquirido fuerzas nuevas.

El sucesor de Don Bosco salía con paso firme hacia la ruda tarea que le esperaba.

Ante él brillaba la dulce figura del Padre inolvidable y sus ejemplos atrayentes. Sentía sobre su cabeza la protección de un Santo.

CUARTA PARTE
EL SUCESOR DE DON BOSCO

CAPÍTULO XXVII

LA TOMA DE POSESIÓN

En el testamento espiritual de Don Bosco a sus hijos, escribía: «Vuestro primer Superior General ha muerto, pero vuestro verdadero Superior General, Jesucristo, no muere nunca. El debe ser siempre vuestro Maestro, vuestro Guía, vuestro Modelo. El primer Superior General ha muerto, pero será elegido otro que ocupará su lugar, que cuidará de vosotros y de la salvación eterna de vuestras almas; escuchadle, amadle, obedecedle, rogad por él, como lo habéis hecho por mí.»

El sucesor de Don Bosco había sido elegido por Roma, unos años antes, en la persona de Don Rua. En el Decreto de Vicario General se le concedía el derecho de **sucesión**. Mas, por desgracia, cuando al día siguiente de los funerales buscaron el decreto, no apareció.

Se encontraron las cartas o copias de cartas cruzadas entre el Cardenal Alimonda, Arzobispo de Turín, y el Cardenal Nina, protector de la Congregación Salesiana, pero el decreto no se encontró.

El contenido de las cartas parecía suficiente para disipar cualquier duda. En efecto, el Cardenal Nina escribía: «Su Santidad ha manifestado su satisfacción al saber la elección de Don Bosco. Ya está tranquilo, porque sabe que aun cuando desaparezca su fundador, está asegurado el porvenir de la Sociedad, con Don Rua al frente del gobierno».

Por su parte, el Cardenal Alimonda, al mismo tiempo que agradecía al Cardenal Nina sus buenos servicios en el arreglo de tan delicada cuestión, escribía: «Agradezco a Su Eminencia la

carta en que me informa del nombramiento de Don Rúa como Vicario General de Don Bosco, con derecho a sucesión...»

Eran testimonios formales, pero la pérdida del documento pontificio tenía perplejo a Don Rúa.

Informó al Cardenal Arzobispo, y éste, que recordaba muy bien lo de tres años antes, no titubeó un instante. Pero aconsejóles, a él y al Capítulo Superior de la Congregación, que, en la duda, recurrieran al Santo Padre.

Y con fecha 8 de febrero pidió Don Rúa, a través de Don César Cagliero, Procurador General de la Sociedad en Roma, a S. S. León XIII, tuviera a bien determinar en el asunto.

El recurso terminaba con estas humildes palabras que dejaban al Papa en plena libertad de acción:

«Reconociendo mi debilidad y mi incapacidad, me veo obligado, Santo Padre, a suplicaros dirijáis vuestros ojos hacia persona más digna y dispenséis al autor de la presente súplica de las pesadas responsabilidades inherentes a tal cargo, asegurando a Vuestra Santidad **que**, con el favor de Dios, he de prestar mi más fiel colaboración en favor de la Pía Sociedad, desde el lugar en donde la obediencia me colocare.»

El Capítulo Superior de la Sociedad, por su parte, presidido por Monseñor Cagliero, escribía al Cardenal Parocchi, nuevo protector de la Congregación, de este modo:

«Toda la Sociedad recibirá el nombramiento de Don Rúa para Superior General con sumisión y con inmensa alegría. Sin embargo, si por disposición de Roma, hubiera de llegar a la elección prevista por las Reglas salesianas, Don Rúa será elegido por unanimidad, y esto por dos razones: la primera, como homenaje a Don Bosco, del que siempre **fué** confidente y brazo **derecho**; y la segunda, como testimonio de la estima en que todos le tienen por sus grandes virtudes.»

Con fecha 11 de febrero de 1888, León XIII confirmaba el decreto de 24 de noviembre de 1884, designando a Don Rúa Superior General de la Pía Sociedad Salesiana para doce años, a partir de la muerte del fundador.

El nombramiento produjo doble efecto. Al designar un Superior para la joven Congregación, echaba por tierra cierto proyecto que germinaba en ciertas mentes.

Algunas voces rumoreaban en las altas esferas vaticanas que, «con la muerte de Don Bosco correría gran peligro su Congregación. Parecía que faltaba el hombre a propósito para tomar las riendas del gobierno con mano segura y lograr, por sí mismo, la unión de todos sus miembros, que, por consiguiente, se cernía una trágica crisis sobre esta familia religiosa. ¿Saldría a flote? Era muy dudoso.»

«En tales condiciones, ¿no valía la pena prevenir el mal? Había un remedio muy sencillo: bastaba juntar la Congregación, nacida ayer, con otra más antigua, de idéntica finalidad.»

Y hasta se mentaba la Congregación, antigua y respetable por cierto, que podría absorber el nuevo rebaño sin pastor.

Por fortuna, se encontraba por aquellos días, en visita *ad limina*, Monseñor Manacorda, Obispo de Fossano, diócesis del Piemonte. Era uno de los grandes admiradores de Don Bosco, que se había puesto de su parte en muchas ocasiones, sobre todo, en los momentos de persecución. Apenas supo lo que se tramaba, se empeñó en hacerlo fracasar.

No ahorró fatigas para ello. Fue de una a otra Congregación, llegó a la puerta de los más eminentes prelados, cansó con sus instancias a los Príncipes de la Iglesia, y habló diversas veces con el Cardenal Protector de la Sociedad. Su rápida y oportuna intervención tuvo el éxito apetecido; las nubéculas que se acumulaban sobre la joven Congregación se disiparon.

Un día, el Cardenal Bartolini, uno de los más aferrados al desdichado proyecto, le dijo con cierta vehemencia:

—Monseñor, ¿pero usted cree que la Congregación Salesiana puede durar mucho? ¿No nos traerá muchos disgustos? ¿No será disuelta? ¿Piensa usted en los difíciles días en que ha nacido, en los tiempos que atravesamos, en la crisis que la amenaza?»

—Eminencia—respondió ardentemente el amigo de los salesianos—, oíldo bien, la Congregación Salesiana durará siglos y siglos. He conocido a Don Bosco y conozco a los salesianos; he

convivido con ellos y gozo de su confianza; Don Bosco no tenía secretos para mí. Pues bien, repito cuanto acabo de decir.

—¿También responde usted de su porvenir?

— Sí, respondo de todo : de la estrecha unión entre sus miembros, de su valer personal y de su porvenir en la Santa Madre Iglesia.

— Si es así — respondió finalmente el Cardenal — , no tengo nada más que decir ; me remito a su parecer.

La tempestad se deshizo y se dispararon las amenazas.

No hubiera jamás aparecido el nubarrón sobre la adolescente Sociedad religiosa si Don Rua no se hubiera empeñado durante más de veinte años en apagar el brillo de su propia personalidad, por humildad sin duda, pero también por su adhesión a la figura del maestro. Había concentrado en su derredor, en razón de su alta misión providencial, hasta los méritos de sus propias acciones, desapareciendo de la escena voluntariamente, como el lugarteniente de un gran capitán.

Había nacido para mandar ; las pocas cualidades que le faltaban para desempeñar la labor, las adquirió durante sus treinta años de obediencia ; hacía mucho tiempo que hubiera podido pasar a primer plano para haber así tranquilizado a Roma, a la hora de la transmisión de poderes. Pero no quiso ; prefirió vivir en la oscuridad, alegrándose, en el silencio, de los triunfos del Padre, en los que, sin darse cuenta, había tomado más parte que nadie.

Como siempre, ¡ velaba la Providencia ! Se acercaba el momento de sacar la luz de debajo del celémín para colocarla sobre el candelabro y esparcir su luz bienhechora...

* * *

Después de estos dolorosos acontecimientos, Don Rua pudo salir de Turín. Fué en seguida a postrarse a los pies del Papa, para agradecerle sus bondades, una vez más, y, sobre todo, para, a imitación de Don Bosco, poner su rectorado bajo la bendición del Vicario de Jesucristo.

El 28 de febrero fue recibido en audiencia pontificia.

León XIII, acogiéndole con palabras llenas de sencillez, desde el primer momento, le infundió plena tranquilidad.

«—Ah, ¿es usted Don Rua, el sucesor de Don Bosco?—le dijo apenas apareció en el umbral de su despacho—. Participo de vuestro dolor por la pérdida que acabáis de sufrir; y, al mismo tiempo, me alegro; Don Bosco era un santo. Os protegerá desde el Cielo.

—Santo Padre—respondió Don Rua—, agradezco tan consoladoras palabras. Me animan mucho. Y ya que hoy tengo la suerte de arrodillarme a sus pies por vez primera como Superior General, permítame le ofrezca mi homenaje y el de nuestra Pía Sociedad. Los Salesianos todos desean ser siempre hijos respetuosos, adictos y afectuosos de Su Santidad y de la Iglesia; seguir trabajando por la gloria de Dios y la salvación de las almas y sostener las obras organizadas por su santo fundador.

—Muy bien—replicó León XIII—; seguid esas obras de bien; mas, por ahora, contentaos con robustecer las existentes. Durante algún tiempo no penséis en extenderos más, sino en fortaleceros.

—La recomendación de Su Santidad coincide exactamente—observó Don Rua—, con una de las que Don Bosco me dejó en su lecho de muerte. En el *Promemoria* que me dejó una semana antes de morir, manifiesta el mismo deseo de suspender la apertura de nuevas casas, con el fin de completar los cuadros de las que ya funcionan.

—Sí, sí, haced eso, lo mismo vosotros los Salesianos que las Hijas de María Auxiliadora. No quisiera os sucediese lo que acaba de pasar a cierta Institución que yo me sé. Quiso correr demasiado y no ha podido cumplir sus deseos. Fundaba casas con dos o tres personas y las dejaban marchar así. El resultado ha sido desastroso.

—Santidad, nuestras Constituciones mandan haya, al menos, seis religiosos en nuestras casas.

—Perfectamente. Cuidad también de que el personal de vues-

tras obras esté bien formado en la virtud. Ya en el noviciado hay que lograrlo. ¿Se hace bien entre vosotros? ¿Cuánto dura?

—Un año para los aspirantes al sacerdocio y dos para los coadjutores.

—Muy bien. Recomendad insistentemente a los maestros de novicios que trabajen en reformar la vida de sus sujetos. Al llegar al noviciado llevan mucha escoria; hay que purificarlos. Se debe poner a cada uno en un plan nuevo de sacrificio, de obediencia, de humildad, de sencillez. La principal preocupación de un novicio debe ser la de su perfección y la de crecer en ella sin descanso. Si no se corrigen, no tengáis miedo en alejarlos. Mejor es tener uno menos que muchos sin espíritu ni virtudes religiosas.

—Agradezco los consejos de Su Santidad con toda mi alma. Constituirán nuestro tesoro, ya que nos vienen de labios del Jefe de la Iglesia y Vicario de Jesucristo, para quien siempre nos inculcó Don Bosco, desde la más tierna infancia, obediencia, respeto y adhesión sin límites. Durante su última enfermedad, cuando no tenía más que un hilito de voz, seguía infundiéndonos los mismos sentimientos. Parece como que le oigo todavía repetirnos, unas horas antes de morir: «El Papa, el Papa..., los Salesianos deben defender la autoridad del Papa siempre y por doquiera».

—Ah, Don Bosco era un santo, está bien claro—exclamó León XIII—. Pensaba y sentía como el gran Patriarca de Asís, que, unos instantes antes de morir, recomendaba calurosamente a sus frailes fueran siempre hijos fieles de la Iglesia Romana y de su Jefe. Poned en práctica la última voluntad de vuestro Padre y el Señor os bendecirá, como yo lo hago en estos momentos.»

Al salir del Vaticano, brillaban sus ojos de alegría. Una fuerza nueva, la mejor de todas, sostendría sus actividades.

Al día siguiente volvió a Turín para asistir al funeral de trigésima de Don Bosco.

El Cardenal Alimonda, Arzobispo de la ciudad, pronunció la oración fúnebre del gran apóstol, a quien había conocido, amado y consolado. El príncipe de la Iglesia se dignó asistir aquel día a la modesta mesa de los salesianos. Durante la comida, se

informó, con cariñosa atención, de las manifestaciones de simpatía de que había sido objeto la joven Congregación desde la desaparición de su Padre ; preguntó a Don Rua si las Autoridades civiles seguían manifestando su simpatía por la obra salesiana y si Don Bosco cumplía su palabra de preocuparse desde el Cielo de las necesidades de sus hijos.

—Nunca estuvo tan en medio de nosotros, Eminentísimo Señor, como desde el día que se fue al Paraíso—respondió Don Rua—. Le contaré un hecho, de entre los cien acaecidos:

El mismo día de su muerte habíamos de pagar 30.000 francos por la compra de la casa de Ménilmontant, en París. No había ni un céntimo en caja. Creíamos que el propietario del inmueble, al saber nuestro duelo, dejaría para más tarde la cuestión, o que intervendría la Providencia de una forma evidente. Recuerdo cómo nos llegaban aquel día los telegramas de pésame a montones. Apenas si teníamos tiempo de leerlos y redactar una respuesta. Pues bien, en medio de aquel mar de telegramas, llegó uno procedente de París. Decía así: «Dispongo cierta cantidad, dígame dónde dirigirme». Inmediatamente telegrafíe: «Llévela al P. Ronchail, calle Boyer, 28, París». Dos días después, recibía el Director de nuestra obra de Ménilmontant a una señora, de aspecto y porte modestísimos, que le entregaba un sobre cerrado de parte de Don Rua. Dentro había 30 billetes de 1.000 francos cada uno era la cantidad precisa a pagar el primer plazo de la compra. El notario que firmó el acta, que sabía cómo el P. Ronchail no tenía la misma víspera ni un céntimo, no salía de su asombro, y decía:

—Sabía lo que era la obra salesiana ; pero, si hubiese tenido la menor duda de la misión especial que parece haberle confiado el Señor, me la hubiera quitado en seguida esta generosidad providencial.

El hecho, contado a los postres, con aquella sencillez que distinguía la palabra de Don Rua, admiró a todos los convidados, los cuales se sintieron también más convencidos de que Dios estaba con el bisoño ejército de la Iglesia y con su nuevo capitán.

CAPÍTULO XXVIII

UN ALTO EN EL CAMINO

El 8 de febrero de 1888 enviaba Don Rua a los Superiores de las Casas salesianas una circular que terminaba así:

«Una palabra más. Entre los papeles que al morir dejó nuestro Padre, siempre tan previsor, me he encontrado con una recomendación sobre la manera de hacer frente a nuestras deudas, especialmente en cuanto al pago de derechos de sucesión que habremos de satisfacer dentro de poco. Dice así: Suspended todos los trabajos de construcción; no abráis nuevas Casas (que quiere decir: no contraigáis compromisos que exijan gastos extraordinarios o aumento de personal); no aumentéis vuestras deudas, sino preocuparos de pagar los derechos de sucesión, de reducir progresivamente nuestro pasivo y completar el personal de nuestras casas ya en marcha. Os copio, sin comentarios, esta advertencia de nuestro Fundador moribundo.»

El mismo León XIII, como anteriormente hemos visto, llamó la atención de Don Rua sobre estas medidas de prudencia.

Y también Don Rua sentía la necesidad de asentarse sobre bases económicas y morales antes de dar un paso más adelante, porque la situación económica de la Sociedad era grave.

La construcción de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en Roma, consumía cantidades de locura. Precisamente a primeros de enero acababa de llegar a Turín un fajo de facturas que sumaban 600.000 francos, cuyo importe se había ocultado a Don Bosco. Las Misiones salesianas, en período de pleno desarrollo, se tragaban verdaderos tesoros. La misma mañana en que murió Don Bosco era tal la situación de la Casa Madre que no había con qué pagar la cuenta del pan del mes.

Para colmo de desdichas, el conde Colle, de Tolón, gran bienhechor de Don Bosco, que había, en su generosidad, puesto más de tres millones en sus manos, acababa de fallecer hacía una semana; no había, por tanto, nada que esperar por aquel lado. Parecía que la mala suerte les perseguía.

Sin embargo, nadie pudo impedir que ciertos periódicos publicaran, con motivo de la muerte de Don Bosco, que había dejado a Don Rua una herencia fabulosa. ¿Ignorancia o maldad? ¿Quién lo sabe? Fue preciso que el *Boletín Salesiano* desmintiese la infame noticia que pudo haber hecho un daño considerable a la economía de la Sociedad, ya bastante empeñada. Lo hizo, confesando la dolorosa verdad.

«Esa afirmación, se leía en la revista oficial *de* la Congregación Salesiana, si no ha intentado una vulgar calumnia, resulta al menos ridícula. ¿Cómo hubiera podido Don Bosco reunir esa fortuna? ¿O se han olvidado que debía procurar vida y alimentos para millares de desgraciados, construir iglesias y casas de educación; sostener y fundar lejanas misiones? Han pasado por sus manos los millones, es verdad, pero vivió y murió siempre pobre. La única herencia, fabulosa por cierto, que Don Rua ha recibido de sus brazos agotados, son los millares de huérfanos que se educan en las Casas salesianas. Es fácil calcular nuestra preocupación en los difíciles días que atravesamos; con tantas desgracias que socorrer y tan pocos medios disponibles. Por fortuna, la Providencia y nuestros queridos Cooperadores bastan para tranquilizarnos.»

* * *

Las esperanzas de Don Rua no fueron vanas. No podían serlo pues ya Don Bosco, unos días antes de morir, después de excusarse ante su sucesor de las muchas deudas con que iba a cargar sus hombros, le rogaba no revelase al público la gravedad de su situación, porque la Providencia vendría en su ayuda.

En efecto vino, de una forma manifiesta. Al principio disminuyeron ligeramente las limosnas, pero después, poco a poco, aumentó en mucho el importe de las mismas y muy pronto sobrepasó las cantidades obtenidas hasta entonces.

Sin haber hecho la menor publicidad de la difícil situación económica, la caridad de los fieles entregó a Don Rua el dinero con que pagar las cotidianas necesidades de una casa que alimentaba casi novecientas bocas y con qué enjugar las deudas más apremiantes.

De 1888 a 1889 pagó Don Rua, en Roma, facturas por valor de 345.000 francos. Cada día le llegaban por correo unos 1.000 francos, por término medio.

Cierta mañana recibió un donativo anónimo de 60.000 francos. Si un bienhechor desaparecía, surgían otros, quizá de menor fortuna, pero cuyas sucesivas entregas alcanzaban el mismo nivel.

Don Bosco seguía velando por sus hijos desde el Cielo.

Aliviado, en parte, de la preocupación económica, aprovechó Don Rua del alto en el camino de las fundaciones, para secundar el segundo deseo de Don Bosco y del Papa, reforzando el personal de las Casas Salesianas.

Por aquellos años, los noviciados de la Sociedad se llenaban. Los colegios de la Congregación parecían planteles de vocaciones. El espíritu de piedad que en ellos reinaba, la caridad que unía al personal, el ambiente de familia que en ellos reinaba, la atmósfera de santa alegría que envolvía a las almas, todo aquel conjunto favorecía la aparición de vocaciones sacerdotales y religiosas. Aquel año entró en el noviciado el joven Beltrami, el cual perfumó durante quince años la Sociedad con el aroma de sus virtudes; habíale conquistado para salesiano la alegría en que vio envueltos a sus maestros en el colegio de Lanzo.

Los campos salesianos se poblaron de obreros. Más de 100 había en la casa de formación de Foglizzo el curso de 1888-89. Fácilmente podía Don Rua reforzar cada una de las casas existentes y hasta pensar en las misiones.

Los salesianos se internaban cada vez más en las regiones desconocidas que se extienden desde el Sur de Argentina y Chile hacia el Polo Sur, es decir, en el archipiélago que cubre el estrecho de Magallanes, en plena Tierra del Fuego, o país de los indios fueguinos, raza tan primitiva que hizo pensar a Darwin,

CAPÍTULO XXIX

EL ÁRBOL CRECE

Resulta muy duro para la juventud ardiente y nerviosa estar a pie firme aguardando dos años.

La juventud salesiana ardía de impaciencia. No sé quién la hubiera podido contener de no haber surgido la ocasión providencial que de nuevo la arrojó al campo de batalla del mundo.

Fué a fines de 1889. Un enviado especial del Gobierno de Colombia llegó a Turín solicitando una fundación. Don Rua, dócil a la recomendación del Papa y a los consejos de Don Bosco, no podía aceptar. Mas como el delegado insistiera, Don Rua contestó:

—No puedo, no puedo. El Papa no quiere hagamos ninguna fundación más, por el momento.

— Entonces — contestó el diplomático —, iré a Roma y obtendré de León XIII lo que aquí es imposible.

Doce días más tarde recibía Don Rua, por medio del Procurador general en Roma, una carta invitándole a condescender con los deseos del Gobierno colombiano.

En resumen, la carta decía así: «Su Santidad, impresionado por el informe del General Vélez, ministro de Colombia en Roma, nos comunica a través del Cardenal Rampolla, que vería con buenos ojos que los Salesianos fueran a aquella República».

Y, pues la orden venía de quien había aconsejado aguardar, podíase, obedeciendo, estar seguros de que el cielo bendeciría la nueva empresa.

* * *

Y la bendijo, en efecto, copiosamente.

Año tras año fueron multiplicándose las fundaciones salesianas a través del mundo. Hasta aquellas fechas, estamos en 1889, la Sociedad no existía más que en Italia, Francia, España, Inglaterra y en dos repúblicas sudamericanas, Argentina y Uruguay. A partir de entonces empieza a levantar sus tiendas por todo el mundo.

A fines del 1889 los salesianos franquearon los Alpes y se establecieron en Suiza, en el Cantón Tesino. A primeros del siguiente, desembarcaron sus misioneros en Colombia.

En 1891 abrían unas grandes escuelas profesionales en Lieja (Bélgica), y ponían los cimientos de una parroquia en un barrio humilde.

Durante el mismo año, penetraron en el continente africano y se establecieron en Orán; forzaron después las puertas del Asia y recogieron en Palestina, de manos del santo canónigo Belloni, tres centros de educación para la juventud.

En 1892 penetraban en América del Norte y fundaban en Méjico.

Dos años más tarde los salesianos entraban en Lisboa y, atravesando por tercera vez el Atlántico, aparecieron en Perú y Venezuela, donde fueron muy bien recibidos.

El 1895 penetraron en Bolivia, mientras en Europa se dirigen hacia el Este y se establecen en Austria, y ponen las bases para una importante parroquia en el Norte de África, en Túnez.

Desde el Norte del gran continente africano, desde Egipto, a donde llegaron el 1896, saltaron al Sur y abrieron en la ciudad del Cabo una escuela de Artes y Oficios. Después, cruzando de nuevo los mares, se instalaron en Paraguay y en los Estados Unidos.

América Central les vio llegar el 1897, al mismo tiempo que entraban en Polonia, donde les aguardaba una ubérrima cosecha.

Finalmente, el 1903, aparecieron en Turquía y abrieron una gran casa en la misma Constantinopla.

Apenas se instalaban en un país, sus obras se multiplicaban de forma maravillosa. En España, de dos Casas existentes en 1890, llegaron a 30 en 1910. Lo mismo sucedía en los demás países.

Su actividad revestía las formas más variadas. Seguían en primera línea las que fueron el punto de arranque del celo de Don Bosco: Oratorios, escuelas profesionales, colegios para niños pobres ; pero adoptaron formas nuevas que les permitieron realizar más y mejor su programa de apostolado en favor de la juventud obrera.

Así, por ejemplo, fundaron en Lieja un hogar para empleados y obreros y sembraron por Italia toda una constelación de centros a donde acudían por las noches los estudiantes después de sus clases en los Institutos Nacionales. Aquí abrían escuelas de agricultura y allí organizaban seminarios para vocaciones tardías. Al principio rechazaban la dirección de una parroquia, y luego, bajo la presión episcopal, aceptaban construirlas, al ver por una parte al clero secular agobiado de trabajo y, por otra, al advertir la pujanza parroquial en las obras de apostolado juvenil.

El árbol crecía a ojos vistas. El tronco subía hacia la altura, y las ramas se extendían en derredor.

Sobre ellas estallaban flores de perfume exquisito de santidad. Era una florescencia esparcida por más de 150 diócesis de todas las partes del mundo.

En sus ramas, a su sombra, piaban bandadas de avecillas. Destino cruel les aguardaba, tal vez un día hubiera aparecido su pobre esqueleto entre las zarzas de un matorral, víctimas del hambre, del frío o de los buitres rapaces. Mas creció un árbol gigantesco para su abrigo, para alimentarlas y para amparar sus gritos y sus juegos con su frescura, su paz y su protección...

* * *

Sin embargo, Don Rua se vio obligado, por dos veces, a detener la expansión de aquel crecer sin cesar, de un árbol en donde brotaban ramas en todo sentido.

El exceso es siempre un peligro. Se podía agotar savia tan joven al querer alimentar demasiado ramaje. Era prudente contenerla y concentrarla, en favor de la misma planta. Y el jardinero lo hizo.

En 1900 se ordenó a toda la Sociedad un momento de descanso. Era un año jubilar. Así como el pueblo hebreo dejaba descansar la tierra en años tales, así Don Rua invocó la antigua costumbre para imponer a sus hijos un alto en su actividad.

El 21 de enero de 1898 les escribía así:

«Deseo que el 1900, año jubilar, sea para nosotros año de descanso total, en lo que concierne a nuevas fundaciones. Recomendando, por consiguiente, con toda insistencia a nuestros Provinciales y Directores, no acepten ningún compromiso para este año. La mano de obra disponible será dedicada a reforzar el personal de las Casas necesitadas en este sentido.»

Seis años más tarde imponía el mismo descanso pero por motivo distinto. El Capítulo General de la Sociedad Salesiana de 1904 quiso asentar la formación intelectual de los estudiantes salesianos sobre una base más sólida. Se impuso, en consecuencia, a todos los Provinciales de la Congregación la obligación de hacer cursar los estudios filosóficos y teológicos en Seminarios especialmente dedicados a estos estudios.

Inevitablemente esta decisión creaba considerables vacíos en el personal en activo de los establecimientos salesianos, ya que, hasta aquel momento, una buena parte de los religiosos jóvenes realizaban sus estudios personales bajo la dirección de competentes maestros, sí, pero cumpliendo al mismo tiempo con la carga de profesor o de asistente. Don Rua, para facilitar la aplicación progresiva de estas medidas, decidió, a fines de 1905, que el Consejo Superior de la Sociedad no aceptaría ninguna oferta de fundaciones ni ampliaciones de las ya existentes, durante cinco años.

Decisiones, aparentemente tan rigurosas, en vez de detener la carrera de la Congregación, la infundieron una fuerza nueva.

Tras esos dos períodos de descanso, la Sociedad adquirió un empuje todavía más vigoroso.

Don Rua heredó seis provincias religiosas ; ocho años antes de morir tenía 27, y en 1910, poco antes de su muerte, llegaba a las 34.

Este progreso asombroso o milagroso, como hubiera dicho Pío IX, lo explicaba en 1905 el Jefe de este ejército de una forma que, aunque justa, resultaba algo incompleta.

«Al tomar en mis manos, decía, el anuario de nuestra Sociedad, mi corazón se dilata emocionado y brota de mis labios una espontánea plegaria. La relación de nuestras casas es una prueba evidente de que nuestra Congregación es obra de Dios, el cual, a pesar de nuestras insuficiencias, se digna servirse de los Salesianos para salvar muchas almas. Al hojear el libro, recuerdo las predicciones de Don Bosco. Por eso abrigo la firme esperanza de que el día en que la Iglesia se pronuncie sobre la santidad de nuestro fundador tendrá muy en cuenta el rápido desarrollo de nuestra familia religiosa.»

El crédito poderoso de Don Bosco en el Paraíso explicaba tan maravilloso crecimiento. Pero hay que añadir, como causa eficiente, el celo incansable, la delicada prudencia y todas las cualidades de un Jefe como Don Rua.

CAPÍTULO XXX

EL CAMPO DE LAS MISIONES SE ENSANCHA

10 de abril de 1886. Don Bosco estaba en Barcelona. Por la mañana contó a Don Rua, su compañero de viaje, un sueño que acababa de tener.

La celestial pastorcilla que a los nueve años le marcó su misión, le había mostrado en sueños, aquella noche, los principales jalones de la marcha conquistadora del ejército misionero.

Soñando, había llegado hasta los pies de la cordillera de los Andes, a Santiago y a Valparaíso; de allí a las secas tierras del África, y, finalmente, hasta la capital del Celeste Imperio, hasta Pekín. Por muy robusta que fuera la fe del apóstol, no podía dar fe a tantas maravillas. ¿Posible que tuviera que evangelizar tantas tierras? ¿Que hubiera de recorrer tantos espacios? ¡Con tan mezoquino ejército y tan endebles medios! No, ciertamente aquello era un sueño.

Pero la misteriosa dama calmó así sus temores: «No temas, no temas; esto no lo harán sólo tus hijos, sino los hijos de tus hijos y los hijos de éstos».

Don Rua no olvidó jamás el sueño de Barcelona, que, como muchos otros, eran una profecía destinada a iluminar y sostener la actividad de los misioneros salesianos.

Recordaba, además, los alientos proféticos que, desde el mismo lecho de muerte, daba Don Bosco en la persona de Monseñor Caçliero a todos sus hijos esparcidos por los países de misiones: «¡Animo, ánimo! Con la ayuda del Papa iréis al África, la atravesaréis, penetraréis en Asia, en Mongolia y mucho más allá...»

Durante mucho más de veinte años agujoneó y sostuvo el esfuerzo de Don Rua este pensamiento de la inmensa tarea que la Congregación Salesiana había de realizar en el campo misional.

Su esfuerzo alcanzó consoladores resultados.

* * *

Las misiones salesianas, cuando él sucedió a Don Bosco, estaban enclavadas únicamente en el Sur de Argentina y Chile. Ocupaban las entonces casi desiertas tierras de las Pampas, Patagonia y Tierra del Fuego. Allí se encontraron sus misioneros con los indios **alacalufe**, **yamanas** y **onas**.

Lentamente fueron ocupando aquellas inmensidades, a pesar de las decepciones del primer momento, de la ingratitude del terreno, de la gran cantidad de enemigos con que se encontraron y de su escaso número.

Para llevar la luz de la verdad hubieron de ir talando uno a uno los maléficos árboles de la gran floresta de las sombras. A los quince años de su llegada había florecido el desierto ; se podía decir que habían conquistado totalmente aquellas tierras para el Evangelio.

La mirada de estos apóstoles se dirigió entonces hacia arriba, mucho más arriba, hacia la República del Ecuador. Allí vivían, muy lejos de la civilización y de la fe, unas tribus asiáticas, los famosos y terribles jíbaros. Roma ofreció a Don Rua aquellos territorios el año 1895, para evangelizarlos. El sucesor de Don Bosco los aceptó inmediatamente con lo que el Vicariato Apostólico de Méndez y Gualaquiza se confió al cayado del segundo Obispo salesiano.

Unos meses más tarde, empujados por el celo de Don Rua, gran misionero en retaguardia, se internaron sus hijos en el corazón del **Matto-Grosso**, uno de los 21 Estados del Brasil, porque sabían que había unas tribus indias, los bororos, desparados por muchos kilómetros cuadrados, aguardando la predicación del Evangelio. También estas tierras roturadas, cultiva-

das y, en parte, sembradas con la divina palabra, fueron convertidas por Roma, después de veinte años de trabajo, en Prelatura con un tercer Obispo titular. Como vemos, las circunstancias hicieron de este grupo de misioneros, siempre en aumento, casi un equipo especializado en la evangelización de los indios de América. Ellos fueron antes del descubrimiento de Cristóbal Colón los únicos dueños de aquellos territorios. Posteriormente, reducidos a una ínfima minoría, vivían en estado libre en la selva, explotados á menudo por los aventureros y traficantes. La fe cristiana, que entró en las Américas con los estandartes de Colón, realizando así la gran conquista de pueblos para Dios que la Reina de Castilla soñara, aún no había llegado a todos los rincones de la selva.

Muchos de aquellos desgraciados, hundidos en la ignorancia siglos y siglos, no conocían de la civilización europea más que lo peor: la rapacidad, la sed de oro, la inmoralidad y el placer de la bebida.

Afortunadamente, para continuar la obra admirable de cristianización comenzada por los hijos de San Francisco y San Ignacio, llegaban de Europa continental apóstoles decididos, a requerimiento de los Obispos de aquellos países, para llevar a estos desgraciados los divinos consuelos de la fe ; pero eran a todas luces insuficientes.

Antes de dejar este maravilloso campo de acción de los misioneros en el fondo de las selvas brasileñas, en la inmensidad de la sabana argentina o en los altos valles del Ecuador, conviene recordar la noble iniciativa que les puso al servicio de la lepra, en Colombia.

El Gobierno de esta católica República rogó incesantemente a Don Rua, desde 1891, que sus hijos se encargaran de dos grandes lazaretos que proyectaban construir para recoger a los desgraciados atacados por tan terrible enfermedad. Don Rua aceptó el ofrecimiento, y nunca le faltaron héroes sacrificados para llevar, con los consuelos de la fe y los cuidados de su abnegación, un rayo de alegría a aquellas ciudades del dolor.

Hasta los primeros años del presente siglo parecía que la actividad de los misioneros salesianos estaba reservada para la raza cobriza, pero he aquí que, en 1906, se les brindó la entrada en India y China.

Se trataba de fundar una escuela profesional en Tanjore (India), para así abrirse paso más fácilmente a la predicación del Evangelio. Igualmente, había que abrir un gran orfanato en Macao (China) para los muchachos huérfanos o abandonados por sus propios padres. Es bien sabido cómo en China abundan los niños abandonados a la vera del camino.

La primera expedición de salesianos que puso su planta en aquellas tierras estaba dirigida por los PP. Versiglia y Olive. El primero fue consagrado obispo y más tarde martirizado por una horda de bandidos. El segundo murió víctima de su abnegación. Pero su obra prosperó mucho, hasta formar la actual diócesis de Shiu-Chow, en donde tantos campanarios católicos resisten, muchas veces con éxito, las grandes tempestades contra la Iglesia.

De los hijos de Jafet, pasaron pronto estos misioneros hasta los hijos de Cam. El 27 de febrero de 1910 se detenía en Turín el gran Cardenal Mercier. Volvía de Roma para pedir a Don Rua, en nombre del Gobierno belga, que los salesianos fueran al Congo. Encontró a Don Rua en cama. Le quedaban pocas semanas de vida ; estaba hecho una pavesa ; pero velaba su pensamiento, siempre firme y ardoroso. Apenas supo el objeto de la visita del Arzobispo de Malinas, empeñó su palabra de Superior General y prometió que al año siguiente saldría para Catanga el primer equipo de salesianos belgas.

Y entonces Don Rua pudo cerrar sus ojos seguro de que la profecía de su Padre estaba a punto de cumplirse: «Iréis al África, penetraréis en el Asia...»

Era verdad, le faltaba muy poco. La puerta de los dos continentes estaba entreabierta ; bastaba empujarla un poquito más cada año para dejar paso a los obreros de la salvación que les llevarían, después de tantos otros, la antorcha encendida de la fe cristiana.

CAPÍTULO XXXI

LA SAVIA DEL TRONCO

No basta la juventud para explicar la vida y frondosidad de un grande árbol. Hace falta, además, que sus raíces atraviesen una tierra rica en sustancias nutritivas.

El desarrollo adquirido por la Sociedad Salesiana durante el rectorado de Don Rua no fue solamente el desarrollo de un cuerpo joven desbordante de salud ; también un organismo lleno de doctrina abundante y apropiada a sus necesidades.

Don Rua aprovechaba todas las ocasiones para inyectársela. Ya recogía para sus hijos las nuevas corrientes de piedad que el Espíritu Santo vertía sobre la Iglesia ; ya avisaba a los suyos de graves peligros que parecían acercarse ; sacaba a veces útiles lecciones de los sucesos públicos ; otras, diagnosticaba su mirada malignas enfermedades a punto de infiltrarse dentro de la gran sociedad que él dirigía ; oteaba las necesidades del momento e indicaba a sus religiosos la dirección a tomar en sus actividades ; y, otras veces, más raras, pareciéndole amenazado algún órgano esencial, sentábase a la cabecera del enfermo y le cuidaba con tanta competencia como caridad.

Hasta el borde de la tumba tuvo Don Rua esta doble preocupación : preservar a los suyos de los ataques del espíritu destructor y colocarles de continuo de cara a su ideal.

Se han reunido en un grueso volumen las circulares que dirigió a sus hijos desde 1888 hasta 1910 ; forman todo un tratado de la hermosa y fuerte espiritualidad salesiana, clara, práctica, lo menos abstracta posible, tal como la necesitan unos hombres

enrolados en la acción febril, que tienen más necesidad de flechas orientadoras que de consideraciones especulativas.

* * *

Los salesianos son verdaderos religiosos. El día de su profesión emiten los tres votos con que se consagran a Dios y se integran en una familia espiritual. Por eso Don Rua les recordaba oportunamente los principios esenciales que justifican y fortifican el despego de todo lo creado para seguir más de cerca a Jesucristo ; pero su espíritu práctico encontraba, para el modo de vida que llevaban sus hijos, argumentos especiales que reforzaban de una forma original las verdades tradicionales de la ascética religiosa.

Así, por ejemplo, para convencer a sus religiosos de que habían de permanecer pobres de espíritu en verdad, ahorrando las cosas puestas a su disposición, razonaba de este modo :

«Nuestras obras viven de la caridad, como muy bien sabéis. Cuando Don Bosco ponía mano a sus grandes empresas, no contaba más que con la Providencia, representada por nuestros queridos Cooperadores Salesianos; ella no falta nunca. ¿Qué digo? Aumenta junto con nuestras necesidades. No creáis, sin embargo, que los amigos que nos ayudan disponen de medios abundantes. Muchos de ellos, que son pobres o disfrutan de un mediano pasar, se imponen grandes sacrificios para ayudar nuestras obras. ¡Cuántas veces querría teneros a mi lado cuando esas buenas almas me cuentan con toda ingenuidad sus piadosas industrias para, céntimo a céntimo, traernos su limosna! ¡Cómo me gustaría poder dejaros leer ciertas cartas íntimas! Entonces comprenderíais cuánto debemos amar nuestra pobreza y practicar la economía. Sería una verdadera ingratitud para con Dios y para con tantas almas generosas malgastar el fruto de sus sacrificios o simplemente gastarlo sin consideración.»

Cuando Don Rua quería persuadir a sus hijos de que fueran religiosos dóciles, que volaran al cumplimiento del deber como quien va a una fiesta y practicasen las reglas con exactitud monástica, les recordaba, sin duda, las bases ascéticas de la gran

virtud de la obediencia, pero llamaba su atención preferentemente sobre el provecho que para su propia autoridad sacarían sometiéndose con gusto a sus Superiores.

«Os habéis de convencer de que una Comunidad necesita, para alimentar su alma, no solamente doctrina espiritual, sino también buenos ejemplos. Pensad con frecuencia que vuestra vida es el libro en donde leen vuestros inferiores cómo deben portarse. Cuando vosotros respetáis la autoridad de vuestros Superiores, cuando os sometéis a sus decisiones, bien sabe Dios a precio de qué sacrificios, no hacéis más que aumentar vuestra propia autoridad. San Gregorio Magno decía: "No creo que una tela adquiere nuevo color con el tinte, ni un vaso el olor del perfume en él derramado, tan fácilmente como los inferiores adoptan la manera de comportarse de sus superiores."

¡ Consoladora observación para los que edifican a sus hermanos con el buen ejemplo! Observación inquietante para el que se contenta con enseñar, sin refrendar su lección con la autoridad del ejemplo, de mandar sin tomarse el trabajo de obedecer! »

Para conservar a aquellos sus educadores de juventudes en una pureza de costumbres intachable, no temía Don Rua advertirles que el infierno y sus secuaces acechaban su virtud, con el siguiente ejemplo:

«Aún no hace mucho, entraban en uno de nuestros colegios dos hermanos. Desde los primeros días se distinguieron como cabecitas ligeras, indisciplinados, perezosos, sin piedad, discutidores en el juego, armados, por así decir, de un sin fin de defectos. Por fortuna, el Director del Colegio estaba empeñado en tratar a todos sus hijos según el método de Don Bosco, con mansedumbre y longanimidad, secundado por un personal que no hacía sino imitar su ejemplo. Ninguno de ellos se desalentaba frente a la más rebelde voluntad; tornaban a empezar su trabajo y solían acabar triunfando. Eso ocurrió con los dos hermanos. Poco a poco empezaron a ser más estudiosos, se aficionaron a sus superiores, y, siguiendo el ejemplo de sus compañeros, empezaron a frecuentar los sacramentos. La confesión y comunión frecuente transformaron su corazón. Probaron la alegría inefable de la conciencia tranquila. La paz de su corazón asomó a su rostro, su frente adquirió candor y toda su cara brilló de alegría.

Llegaron las vacaciones. La víspera de la partida, los dos hermanos fueron a despedirse del Director y agradecerle el bien que les había he-

«Estos muchachos vienen a nosotros el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, después de una semana de rudas fatigas, y llegan a menudo para limpiar sus almas y alimentar su debilidad con el Pan de los fuertes.

Los mayores, los de dieciocho a veinte años, atraen a los pequeños con su ejemplo.

¿Cómo explicar los esfuerzos que estos muchachos hacen durante toda una semana para conservarse en gracia, en los talleres, a pesar de las malas conversaciones que oyen y de las escandalosas escenas que contemplan?

¡Cuántos padres, testigos de los progresos morales de sus hijos, vieron a agradecernos el bien que hacíamos a sus almas! Es frecuente ver en nuestros Oratorios acercarse a la primera comunión a muchachos de dieciséis y diecisiete años que, de otro modo, no hubieran tenido nunca esta suerte.

En algunos Oratorios se ha logrado que hicieran ejercicios espirituales cerrados, por grupos; el fruto no tardó en verse. Algunos de los ejercitantes estudian ahora para sacerdotes.

Hay salesianos que, siguiendo los ejemplos de Don Bosco, llegaron aún más lejos; invitaron a algunos de los mayores que les ayudaban en el Oratorio diciéndoles: "¿Por qué no os unís a nosotros?" Y más de uno aceptó la invitación y entró en el noviciado.»

El número no le asustaba a Don Rua en esta clase de obras. Al contrario; sé alegraba cuando, como por ejemplo en España, se encontraba a su paso con Oratorios de 300, 500, 1.000 y hasta 1.500 muchachos.

La juventud será mejor cuanto más se la atiende. Lo único que importa es no dejar de lado la formación de su alma y emplear todos los medios a propósito para asegurar su perseverancia.

«Aplaudo con toda mi alma, escribe, el celo de los que sueñan con aumentar sin descanso el número de sus oratorianos. Pero que este empeño vaya a la par con el de llevar a las almas las verdades de la fe y el de asentar sólidamente la perseverancia de la voluntad. Al predicar no creáis que basta decirles todo lo que se os ocurre. Preparad vuestras instrucciones, vuestras homilias, vuestro catecismo. Adaptad los discursos a las necesidades del auditorio y hacedlos atrayentes. A ejemplo de Don Bosco, invítadles a purificar a menudo sus corazones en el tribunal

de la penitencia y a fortificar su alma con la Comunión. La **Eucaristía**, recibida a menudo, obrará maravillosos cambios en esas **almas**...

Quisiera que todos los Directores estudiasen profundamente los **medios** de perseverancia capaces de **mantener** a los muchachos en nuestros Oratorios. Veo que en algunos, los **patios** están llenos de niños y chicos pequeños. ¿En dónde están los mayores?

Si abandonan tan pronto el Oratorio, ciertamente no están **preparados** para hacer frente a los peligros que les acechan a cada paso en los talleres corrompidos de **nuestras ciudades**.

Mirad, pues, a ver si hay algún medio para asegurar su perseverancia; asociarlos en algún círculo católico obrero o fundar en vuestra misma casa un grupo especial, o abrir una caja de ahorros o de socorros mutuos, tan útiles para iniciarlos en el ahorro.

¿No se podría, cómo sugiere cierto director de Oratorio, repartir **cada domingo** entre nuestros jóvenes hojitas religiosas en las que se trate algún problema de apologética? He comprobado por mí mismo, **escribe** este salesiano, que muchos adolescentes corren riesgo de perder la fe en el trato con amigos que no hacen más que vomitar injurias y calumnias contra nuestra religión. Para contrarrestar este daño, habría que hacer más atrayente el estudio de la religión, sirviéndonos de estas hojitas, bien escritas, que prolongarían su acción hasta el hogar, a menudo tan impenetrable, de nuestros **oratorianos**.»

Se advierte cómo Don Rua hablaba de un asunto cuya técnica poseía plenamente. Su propia y larga experiencia le demostraba el peligro que corría la Congregación si olvidaba la finalidad para la que fue creada:

«Por favor, escribía, permaneced fieles a las tradiciones salesianas. En algunos Oratorios se da excesiva importancia a la música, al teatro, al **deporte**. Convierten lo accesorio en principal; el medio se convierte en fin. Don Bosco no pensaba ni obraba así. La música, el teatro, el deporte son medios, sólo medios. Hay que emplearlos en donde hacen falta y nada más; y siempre con prudencia, para atraer a la **juventud** y asegurarle su perseverancia. El fin del Oratorio es la enseñanza del Catecismo y la formación de las almas.»

* * *

La preocupación de Don Rua iba más allá de los Oratorios. Sus sueños envolvían también la multitud de jóvenes salidos

de los internados salesianos, entre los dieciocho y veinte años. ¿Cómo asegurar el triunfo contra las tentaciones de la vida y las pasiones, al salir de un ambiente tan recogido? De esta inquietud nació la ASOCIACIÓN DE ANTIGUOS ALUMNOS, por cuya organización y desarrollo tanto se interesaba.

Por desgracia, a menudo muchas de estas organizaciones resultan vacías e inútiles. Se reducen a una misa anual con un sermón desbordante de recuerdos evocadores y de vagos consejos, un banquete tradicional cerrado con brindis y telegramas de adhesión y una función de teatro por la tarde.

Don Rua quería que fuesen asociaciones vivas, activas y benéficas, y esto no podía ser más que transformándolas en obras de caridad, de piedad, de asistencia y enseñanza. A lo largo de su rectorado se esforzó en darles esta dirección.

«Durante el siglo XIX, escribía, el demonio ha causado un mal inmenso a las almas a través de malvadas asociaciones. Se prepara para hacer mucho más todavía durante el siglo XX. Salvemos a nuestros alumnos, a nuestros hijos, agrupándolos entre sí. El beneficio de estas asociaciones no se reduce solamente a ellos; llega también a sus parientes, amigos y conocidos. Hemos de continuar siendo, a toda costa, los ángeles custodios de estos muchachos ya adultos como lo fuimos cuando eran pequeños.»

¿Qué medios emplear para ello?

«En varios lugares, nuestros antiguos alumnos se han reunido en congreso fraterno, que ha tenido, cuando menos, el triple resultado de que se unieran más íntimamente, vencieran el respeto humano y se estimularan al bien.

Por otra parte, redactaron un reglamento sencillo, pero sustancioso, para mantenerse más unidos entre sí con los lazos de la piedad y la caridad.

Algunos Directores se han ingeniado para sacar partido de las actividades y los ocios de los Antiguos Alumnos, sea empleándoles en la enseñanza del catecismo, sea incrimiéndoles en las Conferencias de San Vicente de Paúl o en otras agrupaciones apostólicas.

Muchos de ellos se inscribieron como Cooperadores salesianos y nos han ayudado de mil modos en nuestras empresas.

¿No podríamos estimularles a ayudarse entre sí en caso de necesi-

dad? Unas veces proporcionarían trabajo a compañeros desocupados; otras visitarían a los enfermos; hoy les darían una recomendación para una autoridad; mañana les socorrerían en su miseria. A veces, delicadamente, les harían volver a tomar el camino de la Iglesia. Cómo me gustaría, dice en otro lugar, que nuestras revistas dedicasen una sección especial brindando empleos y colocaciones a nuestros antiguos alumnos sin trabajo.

¿Por qué no pueden llegar estos grupos de antiguos alumnos a formar, según el ardiente deseo de uno de los mejores de entre ellos, una vasta asociación que abrazara el mundo entero y llegara a ser tan universal como la Iglesia católica?

El deseo se ha realizado. Los jóvenes salidos de todas las Casas Salesianas, siguiendo esas directivas, se agruparon primeramente entre sí. Después formaron federaciones nacionales. Y todas las federaciones se fundieron en una gran asociación internacional, con su presidente a la cabeza, su reglamento, su bandera, su divisa, y, sobre todo, su campo de acción.

Según el deseo de Don Rua, cada sección tiene vida propia, al margen de la actividad salesiana, pero con alma salesiana. Estas asociaciones multiplican sus iniciativas, casi todas con la marca de una señalada caridad social. Así con su abnegación queda defendida y protegida la pureza de costumbres de la juventud.

* * *

No escapaba a la mente de Don Rua que esta espiritualidad, positiva y práctica, con la que quería alimentar a sus hijos, sería letra muerta si no la recogían, asimilaban y distribuían al mismo tiempo que él todos los directores de las obras salesianas. Por eso se preocupó, con todo ahinco, de la formación de los que debían ser intérpretes eficaces de su pensamiento y voluntad.

Si desgranamos las páginas de sus circulares podemos componer, rasgo a rasgo, un retrato completo del superior ideal. Intentemos esbozarlo:

Ante todo, el superior debe estudiar muy de cerca el estado moral y las condiciones económicas de la casa que ha de dirigir. Se guardará muy bien de cambiar nada en ella durante un año

y aún dos. Procurará gobernar, sin querer hacerlo él solo. El es el centro, en derredor del cual todo gira, sí; el motor que pone todo en movimiento, éso; pero a través de otros. Por consiguiente, deberá respetar la esfera de acción de cada uno. Sólo la escasez de personal le permitirá ocupar un puesto que no sea el suyo; pero esta ocupación no deberá ser nunca tal que pueda cerrar la entrada de los corazones. La parte odiosa, inherente al ejercicio de la autoridad, la dejará siempre a otros.

Siendo como es el guía de sus hermanos en el camino de la perfección, será también su primer deber dar buen ejemplo, medio el más eficaz para conquistar voluntades.

Practicará el primero lo que después ha de exigir a sus colaboradores en nombre de la regla o de las necesidades de la casa. Su preocupación será la de ser el primero en todo. A este medio de persuasión juntará todos los que las reglas y la tradición salesiana pone en sus manos, como son los coloquios íntimos con los hermanos, las conferencias quincenales, la corrección fraterna y la solución mensual de los casos de moral.

Uno de los deberes de la autoridad, sobre el que más insistía Don Rua, era el de preocuparse fraternalmente de los jóvenes religiosos recientemente salidos del noviciado o del estudiantado filosófico. Su formación religioso-pedagógica está simplemente esbozada; atraviesan la edad más difícil de la vida; las tentaciones sacuden su corazón; es muy grande su inexperiencia y necesitan inmenso cariño; estos motivos deben convertir a su superior en padre vigilante, pendiente de todas sus necesidades y dispuesto a darles, según los días y circunstancias, oportunos consejos, advertencias, ternura...

«Os recomiendo muy especialmente, queridos Directores —escribía en 1901—, a los jóvenes religiosos que llegan por primera vez a vuestras casas. No tengáis la pretensión de que salgan del Noviciado totalmente formados. Allí se les pone la base de la formación, se les inicia en la piedad, en la observancia de las reglas, en la virtud. Sé lo mucho que trabajan para alcanzar ese fin y estoy muy contento de la forma con que se cultivan estos nuestros planteles. Hasta puedo asegurar que, dado el actual estado de cosas, se hace todo lo que se puede. Sería in-

discreto exigir más, y peor aún lamentarse de estos primeros resultados. Imposible pretender que **nadie**, al salir de **las** casas de formación, sea apto para toda clase de trabajos. Toca a su nuevo Director ayudarles, formarles, animarles, no perderlos de vista. Trátenlos, pues, con paciencia inalterable, advirtiéndoles y adiestrándoles de mil modos, pero siempre bondadosamente, a fin de salvaguardar el mayor tesoro de la vida después del bautismo, que es la vocación religiosa.»

Este cuidado paternal tenía que revestir una forma especialísima en el plan intelectual. Quería que el Director vigilase para que los religiosos jóvenes de la Sociedad tuviesen tiempo y medios para dedicarse a los estudios de las ciencias sagradas. Por **eso**, Don Rua insiste a menudo sobre el particular:

«**Tiemblo**, escribía a los Directores de sus casas, el 20 de enero de 1898, tiemblo al pensar en el porvenir de nuestra Sociedad, si, por culpa nuestra, no estuvieren dotados nuestros seminaristas de **sólidos** conocimientos.

No llevéis a mal os recuerde **tan** insistentemente la obligación que tenéis de hacerles estudiar las ciencias sagradas. Es un grave deber de conciencia, porque la más mínima negligencia en este aspecto, podría poner en peligro una vocación religiosa. Es verdad que estas disciplinas hay que estudiarlas **siempre**; en efecto, Don Bosco repetía a sus sesenta años: "Ahora empiezo a saber confesar a los **muchachos**"; pero **cuan**do todos se deben dedicar a ellas con mayores medios y aprovechamiento es durante la juventud.»

Don Rua, en su afán de enseñar al Director salesiano cómo actuar en el campo pedagógico, se acerca a él y le dice se presente siempre ante sus jóvenes con el aspecto del Buen Pastor.

El Director es como un centinela que debe alejar de sus hijos los amigos viciosos y los libros malos. Si quiere que le amen y le tengan confianza, debe mezclarse con ellos en la iglesia y en el patio. Debe recibirles siempre que vayan a **él**; su despacho debe estar siempre abierto. Conviene que en la marcha ordinaria de la vida se trate a la juventud con respeto y bondad sin olvidar que **fué** redimida con la sangre de Jesús. Una Casa Salesiana debe empeñarse en formar un hogar.

El Director, recordando a Don Bosco, que decía que los sacramentos eran el medio más eficaz para transformar los **corazo-**

Repetía sin descansar, casi hasta cansar los oídos de sus religiosos :

«Si queréis alcanzar de vuestros muchachos una entrega **absoluta** que os asegure sustitutos para el día de mañana en el campo **salesiano**, haceldes estudiar latín, envolved vuestras casas en una sana **atmósfera** de piedad profunda, vigilad para que reinen las buenas **costumbres**, atended las compañías religiosas, haceldes amar y recibir a menudo la Sagrada Comunión, fuente de todo espíritu de sacrificio, y sed **para** todos los jóvenes que os contemplan, ejemplo de vida sacrificada, mortificada y feliz. Nada atrae tanto los corazones como la alegría que brota de la virtud.»

* * *

Las directrices religiosas y pedagógicas de Don Rua, sus **constantes** llamadas al orden, sus exámenes de conciencia sobre la fidelidad al espíritu del fundador, ideal perenne siempre izado ante sus ojos, mantenía en continuo alerta a la joven Congregación.

No había rutina, el naturalismo no existía. Las voluntades somnolientas se despertaban, los corazones ardorosos llegaban muy lejos. Florecían las virtudes religiosas, se multiplicaban o se ensanchaban las obras, acudían obreros sin cesar ; se anunciaba el reino de Dios a la juventud con mayor **amplitud**.

El autor de todas estas circulares así lo manifestaba, al regreso de uno de sus viajes al **extranjero** :

«**Recuerdo** con íntima satisfacción el orden que he admirado en todas nuestras casas, la febril actividad que se despliega en favor de la juventud y el celo por guardar el espíritu de nuestro fundador y **padre**. Si, por un lado, he visto con pena que mis hijos están **aplastados** por el trabajo y que no se bastan a sí mismos, por otra, he admirada el ardor con que muchos salesianos se entregan a la enseñanza, a la asistencia y a la predicación. Me parecía encontrarme en los **primeros** años de nuestra Congregación, en aquella dichosa época en que **apenas** nacía una **necesidad** se presentaban diez voluntarios para **realizarla**. También ahora he tenido este dulce consuelo, contemplando el **ejemplo** de tantas virtudes. Son muchos los Directores e Inspectores que, **además**

de Jas preocupaciones de su cargo, asumen otras **responsabilidades** de la casa, como dar clase, por ejemplo. También abundan los Superiores **que**, habiendo cesado **repentinamente**, aceptaron con la mayor **naturalidad** del mundo cargos menos brillantes y se entregaron con todo **cariño** y **entusiasmo** a las tareas de simple maestro, de Director **espiritual** o de Administrador. Que el Señor nos bendiga y conserve **muchos años** en este admirable trabajo y en tan santa indiferencia. Será la **mejor** prueba de que los Salesianos siguen siendo hijos dignos de aquel **incansable** trabajador y padre nuestro, Don **Bosco.**»

beó ni un año siquiera en tomar el tren, a pesar de sus piernas hinchadas por las varices y acribilladas de llagas, sus párpados siempre inflamados y su débil corazón que había de terminar por traicionarle. No paró hasta medio año antes de morir, y eso porque los médicos así lo ordenaron formalmente.

Recuerdo haberle visto el 1902, en Verviers, entretenerse, con los ojos enfermos, en las salas del Círculo de la Juventud Obrera de aquella ciudad, envuelto en la nube de humo de los fumadores, que irritaba cruelmente la mucosa de sus párpados ; fueron inútiles las invitaciones para salir, era feliz en medio de sus hijos viéndoles cómo se divertían y charlaban.

Por eso no extraña que tal valor y semejante virtud provocaran a su paso las mismas escenas a que se asistía en tiempos de Don Bosco.

Solicitaban audiencia grandes de la tierra, como la familia real de Portugal ; Príncipes de la Iglesia, como los Arzobispos de París, de Malinas, de Milán, de Bolonia, de Ñapóles, de Ancona, de Sevilla, se honraban con su amistad ; y, el pueblo cristiano, con esa intuición que jamás le engaña, se precipitaba hacia él. Le arrancaba un recuerdo, pedían su bendición, imploraban su consejo ; querían acercársele, tocarle..., le recortaban su vieja sotana. El público le esperaba a la salida de la calle Cottolengo, número 32, y le escoltaba a su vuelta. A veces, recibía durante el camino ardientes y espontáneas demostraciones de veneración.

* * *

¿ Cuáles eran los motivos que tan a menudo obligaban a viajar a aquel hombre a quien le hubiera gustado, más que a nadie, entregarse tranquilamente, en la soledad de un despacho, a los pesados deberes de su cargo ?

En el fondo no había más que uno, aunque aparentemente eran muchos.

Hoy ponía la primera piedra o inauguraba un nuevo edificio salesiano en París, en Lieja, en Bolonia, en Londres o en Milán ; mañana asistía a las bodas de plata de la casa de Niza o de la

Congregación de las Hijas de María Auxiliadora. Un año iba a Roma a presentar a Su Santidad el informe de la Sociedad o a recibir las consignas del Vicario de Cristo ; otro, recorría los noviciados de Francia, de España, de Polonia y hasta de Palestina, para imponer la sotana a sus futuros salesianos.

Acudía inmediatamente a los lugares de infortunio para mezclar sus lágrimas con los desgraciados y recoger los muchachos desamparados.

Y, más a menudo, partía únicamente empujado por el deseo de ver a sus hijos, animarles y estimularles ; para visitar a sus bienhechores, agradecer su caridad y entusiasmarles para alguna obra nueva. A veces, abrumado por las deudas, hacía lo de Don Bosco: se calaba el sombrero, tomaba su billete de tercera para Francia y Bélgica y él mismo, tan tímido y tan reservado, tendía valientemente su mano a sus amigos.

Observaba atentamente cada una de las casas por donde pasaba, en forma tal que podía su Director estar bien seguro de que al despedirse, uno o dos días más tarde, por carta, recibiría la manifestación de su satisfacción con las oportunas advertencias dejadas caer con toda delicadeza.

Una de las mayores preocupaciones de sus viajes fué la de no dejar descansar el ejército de cooperadores salesianos, hablar con cada uno de ellos y aumentar sus filas. Donde se detenía, reunía a los infatigables colaboradores que Don Bosco le confió en el lecho de muerte, en una iglesia o capilla céntrica. Recordaba las palabras de su Padre: «No temas meterte con ellos. No son ellos los que te hacen la caridad, eres tú quien se la haces a su alma. Su limosna es una obra de misericordia, por la que te estarán agradecidos».

Su habitación estaba siempre abierta para ellos, igual que para sus salesianos y alumnos ; las audiencias no tenían hora.

¡ Cuántos corazones hallaron consuelo, cuántas vocaciones se decidieron, cuántas voluntades se enderezaron, cuántas bolsas se abrieron y hasta se vaciaron, cuántos proyectos santos se concibieron y esbozaron por todas las partes del mundo, solamente

por el hecho de haber ido un día a llamar a la puerta de aquel hombre de Dios y haberle abierto el alma !

Su ardiente deseo de conservar el espíritu de la Sociedad salesiana y de extender su acción, le hacían sobrellevar con buen ánimo las fatigas de aquellos viajes, las innumerables conferencias e interminables audiencias. Quería asegurarse, para la hora de morir, de que el sagrado depósito del espíritu de la gran familia religiosa que había heredado, no sólo no se había vaciado, sino que había crecido notablemente.

* * *

Causa admiración seguir a Don Rua, año tras año, en su incansable peregrinar, recorriendo miles y miles de kilómetros.

El 1889, se conformó con llegar hasta Parma y Faenza.

El 1890 fué hasta Roma, y luego emprendió un largo viaje atravesando todo el Sur de Francia para llegar hasta Madrid y Sevilla. Volvió a Turín y en seguida partió para Lyón, París y Londres.

El 1891 avanzó hasta Trento, que entonces pertenecía a Austria, y atrevesó, a la vuelta, en zig-zag, Venecia y Parma.

El 31 de diciembre de aquel año, había devorado ya 10.200 kilómetros.

1892: parte para Roma, atraviesa el estrecho de Mesina, recorre la isla de Sicilia y vuelve a Turín costeano el Adriático.

1893: otra vez a Roma, durante la primavera. En otoño va a Londres. De Inglaterra embarca para Amberes, visita a Bélgica, pasa a Francia por Lilla y visita a París y Bretaña.

1894: entra primero en Suiza ; salta a Alsacia y se detiene en Estrasburgo y Metz ; sube a Lieja, penetra en Holanda, llega a Rotterdam, baja a Bruselas por Amberes y Malinas y vuelve a Turín. Dos meses más tarde hace una escapada a Lombardía.

1895: se embarca en Marsella a primeros de febrero y se hace a la mar hasta Alejandría de Egipto ; entra por Jaffa en Palestina y la recorre de Sur a Norte. Se detiene, a la vuelta, en El

Cairo y Alejandría. Descansa un mes en Turín y, a fines de abril, a Bolonia, Módena y Milán.

1896: lo dedica a recorrer Italia en todas direcciones, por el Este hasta Verona y Vicenza y por el Sur hasta Ñapóles.

Total: 32.500 kilómetros.

Durante el 1897 y 1898 no salió de Italia. Tocó la suerte a las provincias del Piamonte, Lombardía, Romana, Roma y Ñapóles.

Pero en febrero de 1899, flanqueó los Alpes, atravesó Saboya, visitó el Sur de Francia, atravesó España, entró en Portugal, se embarcó en Almería y llegó hasta Oran. Entró por Marsella en Turín y a los pocos días salió para Roma y Ancona.

Crece la cinta; al acabar aquel año medía 43.400 kilómetros.

En febrero de 1900 hacía de nuevo el camino de Roma para deshacerlo hasta Florencia; se embarca a continuación en Ñapóles para pisar Sicilia por segunda vez y llegar hasta Malta. Surcó el mar desde Marsala a Túnez, y, al regreso, recorrió de nuevo Sicilia, de Palermo a Catania y de Agrigento a Siracusa. Bordeando las costas del Adriático, subió de nuevo hasta Turín. Este viaje, que fue el más largo de todos, duró tres meses, e hizo con él los 52.700 kilómetros.

Con un viajecito a Milán cerró los del año 1900, y en febrero de 1901 partía de nuevo a Niza para conmemorar las bodas de plata de la Casa Salesiana.

Un poquito más tarde tuvo que ir a Milán, Parma y Bolonia, para presidir fiestas e inauguraciones. En otoño llegó hasta Polonia y saludó a los hijos de aquella nación por vez primera.

En la primavera del 1902 vuelve a Suiza y luego desde Turín sale para Londres. A su vuelta visita otra vez las Casas de Bélgica. Y casi sin descansar del largo viaje, se embarca en Livorno para Cerdeña, en donde le esperan desde hace tiempo.

En 1903 vuelve a visitar el Norte de Italia hasta Trento y el Sur hasta Ñapóles.

Con este viaje llegó a los 71.700 kilómetros.

Después del verano de 1904, volvió Don Rua, por segunda vez, a Polonia y, al regreso, entró en Bélgica en donde le esperaban emocionantes manifestaciones.

El 1905 fué a Roma a principios de mayo y en octubre corrió a Calabria para consolar las víctimas del terremoto.

Pero nunca viajó más que el 1906. En febrero a Londres. Atraviesa Francia y hace una de sus largas y habituales visitas a España y Portugal.

Vuelve a Turín al acabar marzo y parte en abril a Sicilia, desde donde salta a Malta. Vuelve a detenerse en Sicilia, pasa por Ancona, La Spezia y Milán y, por fin, llega a Turín.

Durante el 1907 no viaja más que por Italia en todas direcciones ; llega durante la primavera hasta Florencia por la Riviera, pasa luego a la Romana y Venecia y hace otra escapadita a Suiza, al cantón Tesino.

Llegaba ya a los 86.500 kilómetros.

El 1908 partió por segunda vez para Palestina, para cumplir un voto hecho en una hora trágica para la Congregación Salesiana. Llegó hasta Constantinopla por el Expreso-Oriente. Y después de tocar en Esmirna, Éfeso, Beirut, Damasco, desembarcó en Jaffa y recorrió Galilea, Samaria y Judea como un peregrino penitente. Volvió por Egipto hasta Alejandría, en donde embarcó para Malta y Sicilia. Llegó a Turín por el Adriático y Milán.

Y después, agotado..., se paró.

* * *

No se hacen cien mil kilómetros en veinte años tan impunemente ; estaba agotado, no podía más. Todavía no se habían inventado los aviones.

Conservaba la cabeza fresca y su feliz memoria, pero el corazón estaba cansado y las piernas le negaban su ayuda.

El infatigable viajero se acercaba al reposo eterno, tan bien ganado.

Quiso antes, haciendo un supremo esfuerzo, ir a recibir la bendición del Vicario de Jesucristo.

También Don Bosco había acabado así su vida.

Tenía, además, otro motivo especial.

León XIII había confiado a Don Bosco la erección de la iglesia

del Sagrado Corazón de Jesús y el gran apóstol asistió, unos años antes de morir, a la inauguración de aquel supremo homenaje de su fe al glorioso Pontífice.

Pío X pidió a Don Rua, el 1905, que construyese en el monte Aventino, en pleno barrio socialista, un templo a Santa María Libertadora. El santuario estaba acabado. Don Rua quiso hacer la consagración. Y ésta tuvo lugar el 29 de noviembre de 1908.

Unos días después, acudió Don Rua al Vaticano para presentar al Papa, que celebraba su jubileo sacerdotal, aquel regalo de la familia salesiana.

Al subir la escalinata que va desde el patio de San Dámaso hasta las habitaciones papales, recordaría, sin duda, que veinte años antes sostenía él mismo a Don Bosco que pisaba aquellas gradas para rendir su última manifestación de fe a la Cátedra de Pedro.

También él, buen soldado, iba a despedirse de su Capitán antes de emprender el gran viaje que, después de tantas carreras por la tierra, había de terminar —¡ por fin !— en los brazos del mismo Dios.

CAPÍTULO XXXIII

OBRERO DE LA PAZ SOCIAL

Era una de las características de Don Rua su cariño por el mundo obrero y su simpatía hacia cualquier organización destinada a la protección de sus intereses ; no hay que extrañarse de ello, pues al fin, ésa era parte de la herencia recibida de Don Bosco.

Que no en balde aumentaban cada año las filas de ese ejército inmenso los alumnos formados en las escuelas profesionales salesianas.

Además, siempre había creído Don Bosco que las organizaciones obreras podían ser maravillosos instrumentos de apostolado. ¿Podía haber ideal más hermoso que organizar un poderoso y aguerrido ejército con aquellas fuerzas, ya acechadas por el enemigo, para introducir a Cristo en los talleres, establecer una legislación social inspirada en los Evangelios, alcanzar el mínimo bienestar imprescindible para practicar la virtud, como diría muy pronto León XIII, y detener así la marea creciente del socialismo? Era un campo que había agradado mucho a Don Bosco.

En 1875, el gran apóstol trabó amistad con León Harmel, jefe destacado del movimiento católico, y aunque no tomó parte activa en la organización del mismo, miró con simpatía sus trabajos y aportó cada año soldados y jefes para aumentar sus filas y cuadros de mando.

Casi al umbral de la muerte, en 1887, arrastrándose a duras penas, se presentó ante un grupo de obreros franceses, peregrinos hacia Roma, para manifestarles su admiración y darles su aliento, por boca de Don Rua.

Aquel día, mientras hablaba, no solamente expresaba Don Rua el pensamiento del Padre, sino también sus sentimientos personales de cara a la clase trabajadora.

El Cielo le reservaba en este campo un papel tan eficaz como oscuro.

* * *

El 7 de noviembre de 1889 recibió un telegrama firmado por el cooperador señor Le Mire, rogándole respetuosamente se dignase bendecir, a su paso por la estación, a todo un tren de obreros franceses que se dirigían a Roma.

Don Rua fué a la estación.

Llegó el tren. Bajaron los peregrinos. Rindió obsequios el jefe de la peregrinación. La multitud de obreros se apretujó en su derredor.

Fue aquello una manifestación silenciosa de veneración de más de dos mil obreros en honor del humilde religioso.

Tres cuartos de hora de parada, cambio de vagón, comer..., no importa ; aquel sacerdote que sonríe a todos, que les habla amablemente, en su propia lengua, del país natal y del Papa que les aguarda en Roma, les cautiva, y les tiene como encantados. Han visto en él al verdadero amigo.

Por eso, al arrancar el tren, fué aquello una tempestad de vítores, gritos, aplausos y sombreros que se agitaban desde las ventanillas, mientras el sucesor de Don Bosco seguía sonriendo en el andén y bendiciendo a los dos mil obreros.

Durante unos momentos sintió latir su corazón al compás de los suyos.

Dos años más tarde, a fines de septiembre de 1891, organizó León Harmel, siete trenes con más de cuatro mil peregrinos para agradecer al Pontífice la Encíclica *Rerum novarum*. La primera etapa fué Turín. Harmel quería visitar con sus tropas la tumba del gran amigo en Valsalice, cerca de la ciudad.

Allí se reunieron la mañana del 17 de septiembre, los principales Superiores de la Sociedad y los delegados de las Asocia-

ciones obreras de Turín. Hacia las once aparecieron las primeras filas de obreros franceses a las puertas de la casa de Don Bosco, cantando himnos arrebatadores, mientras sus compañeros italianos repetían sin cesar vivas a Francia y a León XIII.

Entraron en la capilla entonando el *Magnificat*. El director de la peregrinación les hizo una breve reseña de Don Bosco, presentándole como a un gran trabajador de la viña del Señor, amigo del obrero y educador de sus hijos. Y, a continuación, desfilaron ante su tumba.

A la sombra de los árboles del patio del Colegio les sirvieron la comida y Don Rua quiso presidirla.

Se levantó a los postres y, en impecable francés, desbordó todo su corazón. Les habló de la importancia que habían tenido en la vida de Don Bosco el trabajo y el trabajador cristianos; expresó su admiración por su maravilloso movimiento social y religioso; se alegró de que, una vez más, se manifestase la gran alianza entre la Francia católica y la Sociedad Salesiana; les pidió pusieran a los pies de León XIII su respetuosa adhesión, y después de gloriarse de ser presidente de honor del Círculo de Obreros Católicos de su parroquia, emocionado, les aseguró que les acompañaría siempre y en todas partes con su cariño y ayuda.

Al sentarse, la asamblea le tributó una interminable ovación.

Aquel jefe sencillo y paternal había sabido llegarles al alma.

* * *

Diez años más tarde tuvo ocasión Don Rua de manifestar su aprecio por el mundo obrero.

Veámoslo a través de la historia de la fundación del Sindicato Católico de modistas de Turín. Es muy curiosa.

Una señorita de la alta sociedad, Cesarina Artesana, dirigida por el P. Rinaldi, había fundado en su parroquia un Oratorio para jovencitas, al que acudían más de trescientas. Prosperaba y realizaba un gran bien, pero advertía con pena la fundadora que las mayores no perseveraban.

¡ Cuántas veces había observado, yendo por la ciudad, que al cruzarse con alguna de sus protegidas cambiaban de acera al verla, volvían la cabeza, o bien bajaban los ojos !

No podían resistir la mirada de su antigua directora ; era una especie de reproche mudo. Se diría que aquellas muchachas habían cambiado. ¿Por qué?

La señorita Artesana buscó la razón de tantas deserciones. Era de orden social.

Aquellas muchachas no andaban bien a causa de los peligros a que estaba expuesta su propia debilidad, pendiente de los caprichos del horario que fatalmente las hurtaba a la vigilancia de sus padres. En efecto, nada más arbitrario que las exigencias de una gran casa de alta costura o de moda. Al llegar un cambio de estación, una fiesta pública o privada, doce o catorce horas de trabajo diario, para luego estar mano sobre mano. Semanas con un día o dos de faena y otros velando hasta altas horas de la noche. Horarios *infames*, regulados únicamente por el cansancio de la dueña o el capricho de una cliente elegante.

¡ En semejantes condiciones resultaba harto fácil para una muchacha, enredada con amistades o compañías peligrosas, «inventar historias» al llegar a casa !

—«Esta noche velamos, mamá»—, decía una antes de acabar de cenar, cuando en realidad se trataba de una invitación al baile o al teatro.

Llegaba el sábado y decía otra: «Mañana tenemos que trabajar para acabar un traje de noche urgente», y es que había *plan* para toda la tarde del domingo.

Se comprende fácilmente a dónde podían llegar aquellas débiles almas con libertades tales que facilitaban toda suerte de relaciones. La palabra «modistilla» era por aquel entonces, en Turín, sinónimo de muchacha bastante más que *frívola*...

No era fácil cambiar aquel estado de cosas.

La señorita Artesana, después de serias reflexiones y profundas investigaciones, tras de haber orado y pedido consejo, terminó por adoptar un plan razonado de acción social.

Quejarse a las autoridades era inútil. No habían de oírla, por

mucho que la apreciaran y elocuente que fuere. Había que convencerles, ya que sólo ellas podían remediar el mal, agrupando, si no a todas, al menos a una buena parte de las interesantes modistillas. ¿Cómo hacerlo? Ese era el problema.

Y se empeñó en resolverlo.

Comenzó por repartir diez mil invitaciones entre los diversos talleres de modistería, para asistir a una gran conferencia de orden social que daría un elocuente orador, el P. Trione, salesiano, en la iglesia de Santa Bárbara. Acudieron de todos los talleres de Turín; la iglesia resultó insuficiente. El predicador conquistó al auditorio y aquella misma tarde se fundó la *Mutualidad de jóvenes obreras católicas*. Estaba ya preparado un amplio y simpático local para las primeras socias de la Obra.

Acudieron tantas, que se auguró un porvenir de éxito.

Había que lograr siguieran asociándose; que perseverasen e hicieran pública su satisfacción.

Para encadenarlas a la Obra con vínculos de afecto e interés y estar así seguros del triunfo de su propaganda, recurrieron a diversos medios.

Primeramente, no las atestaron de prácticas de piedad; se conformaron con lo estrictamente necesario. Se puso intencionalmente un nombre laico y se dejó la dirección en manos de las fundadoras, mujeres de mundo, que sabían manejar a aquellas jóvenes. Se abrió un amplio campo para las diversiones; guardan todavía las Crónicas de la Obra el recuerdo de un famoso baile, que se dio el martes de carnaval, entre las modistillas y las señoritas de la alta sociedad turinesa. Y, en el verano, se organizaron dos colonias de vacaciones, una en los Alpes y otra junto al mar.

Por cierto que tales colonias resultaban muy necesarias, ya que muchas de aquellas chicas, debilitadas por el excesivo trabajo, apenas si podían obtener el certificado de salud necesario para inscribirse en la Mutualidad. La primera vez que fueron a estas vacaciones de reposo hubo que meter en el equipaje una botella de coñac y otra de vinagre para los mareos del viaje, hijos de la debilidad... o de la alegría. ¡Qué gran novedad y qué suer-

te la suya al poder pasar tres semanas a pleno aire junto a los lagos de los Alpes o en las playas de la Costa Azul.

Fueron sesenta. Cuando volvieron se convirtieron en sesenta rabiosas propagandistas. Hablaron tanto y tan alto de la Obra. que arrastraron tras de sí varios centenares.

Estaba ganada la partida. Había que pasar de la defensa al ataque.

Las quejas hasta entonces presentadas por las pobres obreras ante las autoridades, habían sido siempre rechazadas con idénticas razones: «Que no había nada que hacer; que habría que pescar a la dirección del taller en flagrante delito de violación del reglamento; que, aún entonces, pagarían la multa y todo arreglado; que faltaba una ley a propósito para poder intervenir; que... habría que llegar a la Cámara Legislativa...»

El consejo no cayó en saco roto. Multiplicaron sus diligencias acerca de los diputados, se dirigieron peticiones a los ministerios competentes, se conmovió la opinión pública.

Y, un buen día, con el esfuerzo paralelo de los enemigos del capital, los socialistas y el de sus amigas bien intencionadas, las trabajadoras cristianas, se rindió la plaza. El Parlamento votó la ley Luzzatti protegiendo el trabajo de la mujer y de los menores. No se obtenía con ella todo lo apetecido, pero suprimía el trabajo nocturno, imponía el descanso semanal y organizaba la inspección del trabajo. La puerta quedaba entreabierta. Había que empujarla un poco más en la primera ocasión.

Y no se hizo tardar, porque la ley no se aplicó más que en los grandes talleres. ¿Fué mala voluntad? ¿Falta de inspectoras de trabajo? ¿Lentitud de movimiento de la máquina administrativa? ¡Quién lo sabe!

La Mutualidad Católica volvió a la carga. Se pasaron circulares a las modistillas y se recogieron seis mil firmas pidiendo respetuosamente a la autoridad extendiera a los pequeños talleres el beneficio de la ley, y lo consiguieron.

Todo esto sucedía entre 1900 y 1908.

Al mismo tiempo que el socialismo triunfaba y se creía dueño seguro y definitivo del alma popular, se erguía otra organiza-

ción, hija de una humilde cristiana, que se proponía hallar la solución entre el capital y el trabajo, mas no en la lucha, sino en la unión de clases ; no en la protesta inútil del individuo, sino en la fuerza imponente de la asociación ; no con las armas del odio, sino con la luz de la razón y los principios del Evangelio.

Fue, en efecto, una hermosa campaña la de aquella mujer durante esos años. Si no desfalleció su actividad organizadora, si pudo navegar con fortuna en medio de un mar sembrado de escollos, fue porque detrás, en la sombra, había un corazón sacerdotal, un alma de padre, una voluntad de apóstol que vela y sostenía la iniciativa.

Desde que la señorita Artesana empezó su Oratorio, Don Rua puso a su disposición uno de sus correligionarios como capellán. Cuando hubo de buscar lugar y casa para las colonias veraniegas proyectadas, Don Rua ofreció dos residencias de las Hijas de María Auxiliadora, una en Giaveno, al pie de los Alpes, y otra en Varazze, junto al mar, y rogó a sus religiosas dejaran actuar a aquellas señoras porque, sólo ellas, podían adivinar la pequeña dosis de piedad que convenía infundir el primer año en aquellas almas todavía convalecientes. Fue él quien, en todo momento, iluminó con sus consejos y su aliento la obra naciente.

Si en algún momento dudó la fundadora de la utilidad social y religiosa de su obra, abandonó sus dudas un día que, cruzándose por casualidad en la calle con Don Rua, vio que se dirigía hacia ella y le soltó a quemarropa esta frase que parecía una orden : « ¡ Adelante sin miedo ! ¡ Su obra es santa y Dios está con usted ! »

* * *

En 1906 tuvo otra ocasión Don Rua para manifestar su simpatía en favor de los trabajadores. Por mayo de aquel año se declaró una huelga inquietante en las hilaturas Poma.

Anselmo Poma, fundador del establecimiento, era un católico de vieja cepa, amigo de Don Rua y cooperador salesiano fiel y generoso. Había en su fábrica un millar de obreros y obreras.

Nunca le faltaba trabajo y parecía que el personal le era adicto. Se trataba, en efecto, de un gran caballero, trabajador, inteligente, padre de familia ejemplar, amigo de favorecer a los desgraciados, pero que no admitía tratos en punto a autoridad. Era víctima de los errores sociales de la época. Mandaba sin admitir imposiciones de nadie.

Hay que admitir, sin embargo, que el trabajador puede tener quejas justas que presentar; mas ¿cómo presentarlas a la autoridad con la esperanza de que sean atendidas, si no es a través de la Asociación obrera profesional?

Por desgracia no existían entonces los grupos obreros inspirados en el espíritu del Evangelio y el socialismo *hacia furores*, infiltrándose por todas las fábricas.

También se había infiltrado en las Hilaturas Poma agriando los espíritus poco a poco. Un día se declaró la huelga de brazos caídos a la hora de empezar el trabajo. Motivo: el personal pedía que, al igual que otras empresas similares, se disminuyeran las once horas y media de trabajo a diez.

Pusieron al patrono al corriente del incidente y éste exigió empezaran a trabajar inmediatamente; se estudiaría la demanda.

La estudió, se acordó la reducción solicitada, pero disminuyendo los salarios en la misma proporción. Entonces estalló la huelga.

Durante los cincuenta días que duró hubo que lamentar escenas de una violencia jamás vista.

La Bolsa del Trabajo, socialista, tomó el asunto por su cuenta desde el primer momento y se empeñó en lograr la derrota de la autoridad patronal. Pasaba a cada huelguista una lira diaria, casi la mitad del salario, que no pasaba de dos y media, y, apoyándose en esta ayuda prestada, tomó la dirección de la resistencia.

Sin embargo, a las cinco semanas de huelga, hubo unas obreras que, hartas de no hacer nada y viendo acabarse sus ahorros, pidieron al patrono la readmisión. Ante su respuesta afirmativa, entraron en la fábrica.

Mas ya no pudieron salir. La turba se amotinó y las amena-

zó para la salida. Tuvieron que quedarse alojadas en la fábrica ; dormían sobre camillas y se hacían la comida con vulgares hornillos.

Pronto se les unieron otros grupos procedentes de la Mutualidad Católica de la señorita Astesana.

Su trabajo les costó, porque para salvar la barrera de huelguistas que hacían la guardia armados de piedras, hubo que alquilar un coche cerrado y hacerse custodiar por la policía. Les recibieron con rabiosos «mueras» y otras lindezas por el estilo, mientras caía sobre la capota del coche una abundante lluvia de piedras.

Al cabo de los cincuenta días, la situación era tan tirante como el primero. Amenazaba convertirse en trágica. Aquello era un callejón sin salida ; el señor Poma se empeñaba en no ceder a la fuerza y los huelguistas se obstinaban en no volver al trabajo si no era a base de diez horas y sin disminuir la paga.

Varias veces intervinieron Don Rua y su vicario, Don Rinaldi, cerca de su amigo para que cediese a una conciliación. Pero fue inútil.

El 8 de julio, a instancias de Don Rua, se intentó pulsar por última vez las fibras sentimentales del patrono. Se juntaron en el despacho del señor Poma el Secretario general del Gobierno Civil, Don Rua, Don Rinaldi y la señorita Astesana y otras dos o tres personalidades.

Las razones de Don Rua, inspiradas en los mejores sentimientos de la caridad social, fueron tales que decidieron al señor Poma a ceder ; su autoridad salía indemne del conflicto, declaró que si aceptaba las nuevas condiciones de trabajo era única y exclusivamente en razón de la actitud valiente de aquellas obreras que, despreciando toda suerte de peligros, habían vuelto espontáneamente a las hilaturas.

Había que aprovechar la ocasión. Antes de acabar la reunión redactó Don Rinaldi una carta para que la señorita Astesana la dirigiera a todas las huelguistas, invitándolas a seguir el ejemplo de sus compañeras y a aprovechar las nuevas condiciones de trabajo.

Al día siguiente, día 9 y lunes, había terminado la huelga. Terminaba con una nota de olvido recíproco y en un ambiente de reconciliación.

La intervención de Don Rua en favor de aquellas pobres gentes había triunfado.

* * *

El sucesor de Don Bosco fue fiel a esta nueva forma de apostolado popular hasta el fin de sus días.

Dos días antes de su muerte, al recordar los consoladores resultados que con su celo había cosechado en este campo de acción y a la vista de la mala semilla que el «hombre enemigo» arroja al surco mientras el propietario, por desgracia, alarga demasiado el sueño, se le oyó murmurar a su sucesor esta frase, que es casi una oración: «Sobre todo te recomiendo que continúes todas nuestras obras sociales».

CAPÍTULO XXXIV

ALEGRÍAS DE SEGADOR

Desde que Don Rua ocupó el cargo de Superior General no se ahorró una fatiga.

En su despacho, la pluma en la mano, o escuchando a sus visitantes ; sobre el pulpito en la Basílica de María Auxiliadora o en las múltiples capillas e iglesias en donde hablaba a sus hijos y a sus amigos y cooperadores ; durante sus interminables viajes a través de veinte naciones, siempre y en todas partes se entregaba a su trabajo en jornadas inacabables.

Hubiera sido raro que el Cielo no le hubiese dado en recompensa, antes de alcanzar la gloria del Paraíso, algunos consuelos para ayudarle a sostener el maravilloso esfuerzo de su alma de apóstol.

En efecto, Don Rua, como vamos a ver, padeció grandes dolores durante sus veintidós años de rectorado, pero también experimentó grandes consuelos.

* * *

Fué el primero, el milagroso crecimiento de su Congregación. Las Obras Salesianas se multiplicaban año tras año ; los noviciados se llenaban ; la abnegación de sus hijos se desenvolvía con formas cada vez más variadas ; el nombre de Don Bosco invadía el mundo.

El crecimiento no era solamente en número y extensión doblgando bajo su yugo, voluntariamente aceptado, tropas cada vez mayores, sino también en calidad.

Aquella doctrina ascética, al parecer tan reducida, las Reglas de la Sociedad, que a algunos parecían demasiado suaves, producían maravillosos frutos de santidad.

El 8 de abril de 1895 moría en olor de santidad, en el colegio de Alasio, en la costa azul italiana, el príncipe Augusto Czartoryski, sacerdote religioso salesiano. Sin dolores, sin agonía, después de cinco años de sufrimientos, se apagaba al anochecer de un día de primavera, murmurando: *Domine Jesu Christe!*... como si saludase al que llegaba para abrirle las puertas de la gloria.

El 30 de diciembre de 1897, expiraba en el colegio de Valalice, situado en las afueras de Turín, un émulo de Santa Teresita y Santa Magdalena de Pazzi, el Padre Beltrami, joven religioso de veintisiete años, cuya divisa era: *Vivir para padecer*. Seis años duró su calvario, sin perder la sonrisa ni un instante, sin cesar de rezar o de trabajar. Verdadero serafín de amor de Dios, se ofreció en sacrificio de expiación, como víctima por los pecadores. Firmado con su propia sangre apareció su ofrecimiento, después de su muerte, en una bolsita que llevaba colgada al cuello.

Apenas murieron el uno y el otro, empezóse a decir: ha muerto un santo. La noticia saltó el estrecho recinto de los colegios, invadió la tierra que les vio morir, pasó a otras naciones y por fin corrió los mundos. Empezaron a caminar los peregrinos hacia sus tumbas; florecieron los milagros junto a sus sagrados restos y la Iglesia empezó el largo proceso que llevará a los altares a los dos jóvenes.

Estas dos flores del jardín de la Congregación Salesiana nacieron, crecieron, se desarrollaron, doblaron su tallo y murieron delante de Don Rua, casi ante sus propios ojos.

El pensamiento de que en el suelo de la Congregación y en ambiente salesiano habían encontrado el alimento suficiente para su crecimiento, llenaba su alma de una alegría dulce y profunda.

Tuvo otra, muy viva también, al saber que Roma demostraba apreciar cada día más a la Sociedad Salesiana. Por tres veces, en pocos años, escogía a sus hijos para honrarlos con la plenitud del sacerdocio.

El 1893, León XIII nombró obispo al Padre Lasagna, uno de los primeros y más ardorosos misioneros salesianos. Este eminente religioso había implantado la Obra en el Uruguay y el Paraguay, y se disponía a atravesar las fronteras del Brasil para asentarla en los Estados del interior, poblados por tribus indias abandonadas de todos, en la tupida floresta (Matto Grosso) o en la sabana solitaria, sumergidas en la superstición.

Para facilitar su empresa apostólica, Roma le revestía de la dignidad y poderes episcopales.

Dos años más tarde confería el mismo honor al P. Costamagna, encargándole de la evangelización de las tribus indias esparcidas por millares de kilómetros cuadrados en la región de Méndez y Gualaquiza, en el Ecuador.

Finalmente, el 1909, Pío X —que dispensaba a Don Rua un afecto igual que Pío IX tributó a Don Bosco— elevaba a la sede de Carrara (Italia) al Procurador General de la Sociedad en Roma, Padre Marengo, cuyas cualidades de inteligencia y corazón había apreciado en diversas ocasiones.

¡ Y pensar que aún no hacía mucho tiempo había en Roma quien temblaba por el porvenir de la joven Sociedad religiosa y pretendía refundirla en otro cuerpo más robusto ! Ahora era ella misma la que elegía, de entre sus hijos, pastores para su grey.

* * *

En Bolonia, en abril de 1895, con ocasión del Primer Congreso Internacional Salesiano, un grupo selecto del clero italiano manifestó públicamente su satisfacción por cuanto había realizado la Congregación y las sólidas esperanzas para el porvenir.

El Congreso fué organizado en sólo cuatro meses por un grupo de cooperadores salesianos de la docta ciudad, con el triple fin de estudiar la Obra Salesiana en sus múltiples manifestacio-

nes, buscar los medios para ayudarla y preparar la fundación de una Casa Salesiana en Bolonia.

Su Arzobispo, el Cardenal Svampa, les ayudó y animó desde el primer momento.

Este Príncipe de la Iglesia fue nombrado presidente de honor de la Junta organizadora, constituida por Don Rua, como presidente efectivo, y los Marqueses de Villeneuve y Crispolti y Monseñor de T'Serclaes, como vicepresidentes.

Se organizaron cuatro secciones para los trabajos del Congreso ; la de los asuntos referentes a instrucción y educación, la de prensa, la de las misiones salesianas y la de la organización de los cooperadores salesianos.

Presidía las tres primeras un salesiano, doctor en Teología, y la cuarta, Don Pascual Morganti, más tarde Arzobispo de Ravena.

El P. Trione, maravilloso organizador, con el don de la oportunidad, de la elocuencia y del ingenio, fue el secretario general. A él se debió, en gran parte, el éxito de la iniciativa.

La prensa envió cincuenta y ocho representantes ; treinta y seis italianos, cuatro españoles, cuatro franceses, cinco de Austria, cinco de Alemania, dos de Inglaterra y dos de Suiza.

Honraron con su presencia las sesiones públicas o las reuniones particulares cuatro Cardenales, veintiún Arzobispos y Obispos y el gran sociólogo católico *Toniolo y Don Albertario*, ilustre periodista milanés.

Las asambleas plenarias se celebraban en la iglesia de Santo Domingo, en la que se conserva la gloriosa cabeza del fundador de la Orden. Aunque tiene una capacidad de catorce mil personas, algunas noches se vio atestada.

Las otras reuniones eran en la iglesia de la Santa, como se la llama en Bolonia, por conservarse en ella intacto el cuerpo de Santa Catalina de Vigri, fundadora del convento de Clarisas, contiguo al santuario.

Se abrió el Congreso con un Breve Pontificio de León XIII, y durante los tres días que duró fueron creciendo por momentos

el entusiasmo y la simpatía en favor de la Sociedad Salesiana y el amor por la **juventud**.

Discursos, intervenciones, discusiones y determinaciones se inspiraron siempre en la misma idea, que el joven Arzobispo de Milán, Cardenal Ferrari, emitió el segundo día: «*Dios reserva una hermosa parte de trabajo a la Congregación Salesiana para la restauración del mundo cristiano, porque ella trae, siguiendo en esto a su fundador, el específico contra los más graves males de la hora presente, que es su trabajo para la conquista religiosa de la juventud y su entrega a la clase obrera*».

Dos deseos, el uno de carácter religioso y social el otro, marcaron bien a las claras las corrientes del Congreso. En el primero se pedía que todos los congresistas trabajasen para lograr se implantara la instrucción religiosa en todos los grados de enseñanza y dentro del plan que la Iglesia quería. Con el segundo se invitaba a los cooperadores salesianos patronos, a que retribuiesen a sus obreros, en la medida de lo posible, de acuerdo con los principios del salario familiar proclamado por León XIII, cuatro años antes, en la encíclica *Rerum NoVarum*.

La presión de los tiempos ha ido logrando la realización de ambos deseos.

Don Rua abrió y cerró el Congreso con dos discursos sencillos y emocionantes, breves y prácticos. Terminó así el último: *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris*. «Dios lo ha hecho todo y ha sido un maravilloso espectáculo a nuestros ojos».

La iglesia de Santo Domingo fue incapaz para contener la multitud de la tarde de clausura ; y, al día siguiente, viernes 26 de abril, llegaron a 50.000 las personas que subieron a la colina de la Guardia, rezando el rosario, detrás de Cardenales y Obispos, para cantar ante la imagen milagrosa de la Virgen de San Lucas el *Te Deum* en acción de gracias.

Al volver a Turín, Don Rua comunicó a toda la Sociedad la alegría que había inundado su corazón durante aquellos días de bendición. Su relato, de encendido lirismo, bautizaba el Congreso con su verdadero nombre.

«No os extrañe, decía, que uno de los **Prelados** asistentes al **Congreso** lo haya calificado de **triumfal** apoteosis. Tampoco yo me hubiera atrevido a repetir tales alabanzas, que casi ofenden la modestia **salesiana**, de no haber sido para **recordaros** que ya Don Bosco había predicho estas horas de gloria para nuestra Congregación. Su sueño, de la noche del 10 al 11 de septiembre de 1881, en San Benigno, **presagiaba** las dos **fases**: una inminente, de pruebas a soportar y peligros a correr; otra, de grandes consuelos. Hacia 1890, decía Don Bosco, habrá que temblar, y hacia 1895 sonará la hora del triunfo. Imposible leer más claro el porvenir.»

* * *

Ocho años más tarde se cumplía otra profecía de Don Bosco que llenaba de alegría el alma de Don **Rua**.

Abierto al culto el templo de María Auxiliadora en 1868, empezó a propagarse la maravillosa devoción a este título, a la **manera** de la nubécula de otro tiempo del profeta Elias, que fue cubriendo rápidamente la tierra. Admirados sus hijos, oyeron a su Padre **decirles**: «Esto no es nada, esto no es nada ; veréis cosas más **grandes**».

¿Qué quería indicar? ¿Mayor desarrollo de esta devoción? ¿Aumento de gracias de la Virgen Santísima en favor del pueblo **cristiano**? No. Se refería a la hora de triunfo sin par que Don **Rua** mismo supo provocar en su ternura hacia la Madre de Jesús.

En una audiencia que S. S. León XIII le concedió el 5 de febrero de 1903, solicitó del Soberano Pontífice la coronación solemne de la Imagen milagrosa de la Santísima Virgen Auxiliadora de los cristianos.

Es muy antigua en la Iglesia la costumbre de coronar de gloria la cabeza de la augusta Madre de Dios. No hay país **católico** sin una Virgen a quien no se le haya concedido tal honor.

Tres autoridades pueden conceder tal favor: el Obispo de la diócesis, el ilustre cabildo de la Basílica Vaticana y el Sumo Pontífice.

Antes de firmar el decreto autorizando la ceremonia, el Cabildo de San Pedro se asegura de la abundancia de gracias obtenidas por la invocación de la tal imagen sagrada y de la antigüe-

dad secular del culto prestado en aquel lugar a la Madre de Dios. Si la imagen en cuestión no ha sido honrada, al menos durante un **siglo**, se rechaza el decreto.

Y ese no era el caso de María Auxiliadora. Apenas si hacía treinta y cinco años que se había consagrado el templo y empezado su culto.

Por esto fue Don Rua en persona a pedir el honor de la coronación a la Santa Sede, única que puede, en muchas ocasiones, y por razones de conveniencia, no creerse ligada a la costumbre tradicional.

León XIII opinó que la gloria de imagen tan milagrosa y la rápida difusión del culto del título, compensaban abundantemente lo reciente del origen y concedió el favor, delegando al mismo tiempo para tan solemne acto, en el Cardenal Arzobispo de Turín, Monseñor Richelmy.

La grandiosa ceremonia se celebró el domingo 17 de mayo de 1903, durante la novena preparatoria a la fiesta de María Auxiliadora. Ningún testigo la describió con términos más sentidos y pinceladas más claras y fuertes que Don Rua. En sus líneas se advierte la profunda alegría que inundó su alma durante aquellas horas de fe ardorosa.

«El día 17 de mayo —escribe— quedará escrito con caracteres de oro en los Anales de nuestra Sociedad. Desde las dos de la mañana, empezaron a afluir a las puertas del santuario peregrinos de todas partes. Nunca se había visto tanta gente en la plaza de María Auxiliadora ni en todo el barrio de Valdocco. Como muy bien dijo el Cardenal legado, había en la multitud un único pensamiento y un deseo común : contemplar las sienes de la Madre de Dios ceñidas con la corona de **gloria**.

«Llegó el soñado momento. El Cardenal **Richallmy**, delegado por el Papa para cumplir el sagrado rito, subió las gradas para llegar hasta la cabeza de la Santísima Virgen y, con las manos temblando de emoción, ciñó su frente con una maravillosa corona de oro y de **diamantes**. Mientras pronunciaba las palabras del ritual : *Sicut te coronamus in terris, ita a Christo coronari mereamur in coelis*, temblaba también su voz, en una mezcla de fe y de amor. La muchedumbre, no pudiendo contener su entusiasmo, estalló en interminables aclamaciones, mientras, desde lo alto de la cúpula, un coro de cien voces entonaba la an-

tifóna: *Corona áurea super caput ejus*. Nadie podía contener las lágrimas ante semejante espectáculo de fe y piedad filial para con la Santísima Virgen María. Terminada la ceremonia, la multitud que llenaba la plaza y no había podido contemplarla, se arrojó en oleadas impetuosas hacia el santuario, en donde resonaron durante todo el día cánticos y plegarias sin cesar.

Al atardecer de aquel día triunfal se organizó una procesión por todo el barrio, y la estatua de la Santísima Virgen atravesó entre dos nutridas hileras de fieles, seguida de un interminable cortejo de esplendor y de fe. Al terminar, mientras la fachada y las cúpulas de la iglesia se iluminaban con millares de lámparas eléctricas, el Cardenal-arzobispo bendijo la multitud apelotonada ante el santuario y después, avanzando, con la custodia en las manos, hasta el mismo umbral del templo, bendijo la muchedumbre que llenaba la plaza y calles adyacentes. Todos recibieron la bendición inclinados, silenciosos y reverentes. Después aquellos millares de fervorosos cristianos aclamaron con gritos y palmas a la Madre de Dios y a su divino Hijo. Fué un momento inolvidable.

Era ya bien entrada la noche y el pueblo seguía disfrutando del espectáculo que ofrecía la iglesia iluminada y entrando en el santuario sin parar. Parecía que no sabían separarse de la benditísima Virgen María.

Las peregrinaciones duraron diez días. Acudieron de todas partes, hasta de las más lejanas regiones, para venerar a María Auxiliadora coronada por el Vicario de Jesucristo en la tierra.

En medio de tanto esplendor, mientras disfrutaba agradecido los consuelos de tan imborrables días, una nubécula de tristeza velaba mi alegría. Gemía mi corazón diciendo: ¡qué lástima que no hayan podido contemplar esta hora de triunfo todos mis hijos esparcidos por el mundo!»

* * *

La más grande, probablemente, de todas sus alegrías, la tuvo Don Rua a los sesenta años. Y fue el 24 de julio de 1907, al declarar Venerable a Don Bosco la Sagrada Congregación de Ritos. Con ello, el Siervo de Dios cubría la primera etapa hacia la gloria de los altares.

Hacia cuarenta años que Don Rua estaba trabajando para ello.

El 1860 habíase formado, por su instigación, en el Oratorio

de Turín, una Comisión que no había de dejar escapar ni un solo hecho, ni una palabra, ni un gesto del gran apóstol de la juventud. El Padre Francesia, antiguo amigo de Don Rua, testigo de aquellos tiempos, cuenta cómo nació esta idea.

«Apenas se ordenó de sacerdote Don Rua, viendo que la santidad de Don Bosco se hacía cada vez más notoria, se creyó en el deber de reunir a los clérigos más antiguos de la casa y más ligados a la Obra, para manifestarles su determinación de no dejar perderse en el olvido las maravillas que se realizaban ante sus ojos.»

En la primera reunión que aquella curiosa comisión celebró, Don Rua precisó más la idea diciendo:

«Los dones luminosos que brillan en Don Bosco, los hechos extraordinarios de que está llena su vida y que nosotros presenciamos admirados a diario; su manera de educar a la juventud; sus grandes proyectos para el porvenir, nos dicen bien claro que hay en él algo de sobrenatural y nos hacen presagiar días todavía más gloriosos para él y para nuestra Obra. De todo ello nace para nosotros un gran deber: hemos de empeñarnos en que no quede en el olvido nada de cuanto a él se refiere.»

Era intención de Don Rua que la comisión se reuniese cada semana y diera cuenta por escrito de todo lo sucedido. Pero no todos pensaban igual, confiesa el Padre Francesia.

«Durante las reuniones cada uno contaba lo que había visto u oído de particular en la vida de nuestro incomparable Padre, y presentaba los apuntes tomados de sus conversaciones, particularmente de lo que se refería a los sueños nocturnos. Los secretarios designados tomaban nota de todo ello, con gran asombro nuestro. ¿Para qué apuntar todas esas maravillas, pensábamos nosotros? ¿No basta con guardarlas en nuestra memoria? ¡Ay, ojalá hubiéramos todos escuchado la voz de la prudencia: qué de tesoros hubiéramos conservado!»

La multiplicidad de ocupaciones de aquellos jóvenes religiosos, su dispersión por las fundaciones nacientes, el fiar en la suficiencia de su memoria y un poco de negligencia también, fueron espaciando las reuniones hasta que, al fin, se suprimieron.

los puntos de su pluma, en aquella ocasión, acentos en él desconocidos.

«¡Don Bosco es Venerable! —empezaba—. He aquí la gran noticia, tanto tiempo **esperada**, que trajo el telégrafo la tarde del 24 de julio. He aquí el alegre mensaje que, en las mil lenguas de la prensa mundial ha recogido ya el corazón de todos nuestros fieles amigos. Estoy seguro de que a estas horas ha llegado la noticia hasta las selvas brasileñas en donde nuestros **misioneros** trabajan entre los indios. No he querido comunicaros la noticia hasta leer con mis propios ojos el decreto y besar devotamente la firma del Papa.

¡Don Bosco es Venerable! ¿Recordáis cuando hace diecinueve años temblaba mi mano al comunicaros la muerte de nuestro Padre? Os decía entonces: Esta es la noticia más triste que doy y que daré en toda mi vida. Ahora, por el **contrario**, os doy la más dulce que dar podía antes de bajar a la tumba.

¡Don Bosco es Venerable! Sólo al pensarlo estalla un himno de alegría y gratitud en mi pecho.

Los que **vimos** a nuestro Padre inolvidable aplastado bajo el peso de penas indecibles, moviéndose entre sacrificios y persecuciones sin número, le vemos ahora glorificado por la Santa Madre Iglesia a la faz del mundo entero.

Si hasta el presente pudimos dudar de si nuestra Sociedad había sido inspirada por Dios, podemos ahora estar tranquilos al ver a la Iglesia que, con su infalible magisterio, declara Venerable a su Fundador.»

* * *

Cuando uno lee estas vibrantes frases llenas de emoción advierte cuánto había deseado Don **Rua** esa ocasión. Sin embargo, aún había de esperar para cantar su *Nunc dimittis*. Aún le aguardaba otra gran alegría a su corazón, inflamado de amor al **Papa**.

A principios del siglo se levantó en Roma, al pie del Monte Aventino, un barrio populoso llamado el **Testaccio**. El socialismo se infiltró solapadamente junto con las primeras construcciones e hizo de este barrio su fuerte avanzada de anticlericalismo.

Cuando el Santo Pío X se enteró de tan lamentable situación se acordó de cómo los salesianos habían triunfado hacia **veinticinco** años en otro punto de la ciudad, y dijo un **día**: «Lo que hi-

cieron en el Castro Pretorio me gustaría lo repitiesen en el Testaccio».

Un deseo del Papa era una orden para los salesianos.

En consecuencia, Don Rua aceptó el 1905 la misión de levantar en medio del bastión revolucionario una obra parroquial completa. Se empezó por el Oratorio y las Escuelas y se terminó con una hermosa iglesia dedicada a Santa María Libertadora.

En tres años acabó lo más importante de la obra, gracias a los socorros recibidos de todo el mundo y, particularmente, de las Señoritas Oblatas de Santa Francisca Romana. A final de 1908 se consagró el templo y se abrió al culto.

Los salesianos, que hasta entonces habían trabajado solamente con la juventud del barrio, empezaron a atender también a los adultos.

Ya era hora. El hombre enemigo había sembrado a manos llenas la cizaña entre aquellas pobres gentes.

Por eso, cuando el 29 de noviembre vio Don Rua aquel grandioso templo, que hubiera parecido inútil poco antes, totalmente repleto de gente que acudía a él como a una tabla de salvación, inundóse su pecho de profunda emoción.

Era la emoción del pastor que encuentra un redil abrigado y pasto abundante para su inmeso rebaño que vagaba errante, acechado por los lobos hambrientos.

CAPÍTULO XXXV

CON LA MANO AL TIMON

El año 1898 se celebró el octavo Capítulo General de la Sociedad Salesiana. De acuerdo con las Constituciones, tocaba a la Asamblea discutir los diversos problemas de la vida de la Congregación, y antes, elegir los miembros del Gran Consejo de la Sociedad.

Don Rua hacía diez años que ocupaba el cargo de Rector Mayor.

Sus poderes no expiraban hasta dos años más tarde, puesto que León XIII le nombró en febrero de 1888 para un período de doce años.

Mas para evitar molestias y gastos a los electores que acudían de los cuatro puntos cardinales, presentó al Papa su renuncia de los dos años restantes, a fin de elegir en la misma ocasión el Superior General y los seis Consejeros.

Roma accedió a su deseo, con lo que los delegados de toda la Congregación acudieron a Turín con la misión de proceder a tan importante elección.

La Asamblea estaba integrada por doscientos diecisiete delegados. Los Consejeros salientes del Capítulo Superior, los dos Obispos salesianos, Monseñor Cagliero y Monseñor Costamagna —puesto que Monseñor Lasagna había muerto trágica y gloriosamente en el Brasil—, el Procurador General de la Congregación, el Maestro General de Novicios, todos los Provinciales, casi todos los Directores del Antiguo Continente y algunos del Nuevo, acompañados de un religioso delegado de cada una de las casas.

Se reunieron en Valsalice, al pie de la tumba de Don Bosco. Don Rua presidía.

* * *

Se abrió el Capítulo la tarde del 29 de agosto. La primera se dedicó a la comprobación de poderes de los electores.

Antes de comenzar la sesión solemne de la elección, el 30 por la mañana, rogó Don Rua a uno de los secretarios leyera a la Asamblea una notita escrita de su propio puño y letra.

Rogaba en ella a los electores olvidasen su nombre a la hora de votar y eligiesen un Superior General más joven que él y, en consecuencia, más capacitado para asumir las responsabilidades de un cargo que, con el crecimiento de la Sociedad, eran cada día más pesadas. Aseguraba a la Asamblea que seguiría trabajando para la gloria de Dios y bien de las almas desde el más humilde lugar que le confiara la obediencia.

Terminada esta lectura, se levantó del sillón presidencial y se dirigió a sentarse entre los electores.

Sus hijos se levantaron y, rodeándole, le suplicaron volviese a ocupar el lugar de honor y dirigiese el escrutinio.

Fue inútil.

Entonces se pasó a la votación.

La elección fue la que se esperaba.

Dos electores, que quisieron obedecer a Don Rua, escogiendo un religioso más joven, votaron al Padre Bertello ; un buen Hermano Coadjutor, cuya intención precisa no se adivinó, votó por Don Bosco ; Don Rua dio su voto a Don Marengo (que más tarde llegó a Nuncio en Centro América), y los otros doscientos trece votos recayeron sobre el sucesor de Don Bosco que, entonces, tuvo que volver a ocupar la presidencia, entre una ovación delirante.

* * *

Unas semanas más tarde, explicaba su elección en una circular para todos los salesianos, de este humilde modo:

«La casi unanimidad con que se me ha elegido, me persuade una vez más de la veneración que todos sentís por nuestro fundador. Me habéis confirmado en el cargo porque él me tomó por vicario general suyo en los últimos años de su vida. Vuestra votación demuestra también una gran deferencia para el que escogió el Papa. El me eligió, al morir Don Bosco, por su sucesor y no habéis querido pensar en otro.»

Cierto, aquella elección triunfal expresaba el doble homenaje de respeto. Pero expresaba también y, sobre todo, el orgullo que sentían de tenerle a la cabeza ; la seguridad que experimentaban con su gobierno prudente, firme y paternal, y la gratitud de la Congregación por cuanto su incansable actividad había logrado en diez años.

CAPÍTULO XXXVI

POR EL CAMINO DE LA AMARGURA

«Entre mimos y palos hace caminar el Señor a nuestra Congregación», repetía a menudo Don Rúa.

Lo mismo le sucedió a él en su vida. Con la única diferencia de que solían ser más frecuentes las penas que las alegrías, particularmente durante sus últimos quince años.

Sin embargo, sólo una vez pareció que caía bajo el peso de la cruz. Fue cuando los, así llamados, sucesos *de Varazze*.

Pero se repuso en seguida e hizo frente al dolor, con cara resignada y hasta sonriente.

Estaba acostumbrado a ello; en 1895 moría, asesinado cobardemente, uno de sus más ilustres religiosos, el P. Dalmazzo; en el mismo año, perecía, víctima de una trágica catástrofe ferroviaria, Monseñor Lasagna. En 1898 se desbordaron los ríos y destruían en Patagonia los trabajos de diez años de labor apostólica; en 1901 salía un decreto en Roma que parecía censurar una antigua costumbre salesiana; en 1902, una borrasca anticlerical deshacía todas las casas salesianas de Francia; en 1906, se independizaron, aunque por breve tiempo, las Hijas de María Auxiliadora de sus hermanos mayores; en 1908, el trágico terremoto de Mesina sepultó en una noche a nueve de sus religiosos y cuarenta muchachos; y en 1909 y 1910 atormentaban su cuerpo gastado, crueles enfermedades...

Se acordaba de la advertencia de Don Bosco al terminar el día de su primera misa: «Para llegar a la Tierra Prometida hay que atravesar el Mar Rojo y el Desierto», y supo entrar valerosamente por él y caminar con paso decidido.

«Hay muchos cedros en la cumbre del Líbano, decía un día el Cardenal Maffi, haciendo su panegírico; unos alcanzan la **longevidad** propia de la especie gracias a sus profundas y sólidas raíces, agarradas fuertemente a la tierra; otros, verdaderos gigantes de la **montaña**, no tienen más que apariencias; cuando se desencadena sobre ellos la **tempestad**, se aprecia el valor de **unos** y otros.»

Cuando se desató sobre Don Rua se comprendió a qué clase de cedros pertenecía.

* * *

Al responder Don Rua, a principios del año 1896, a las felicitaciones de sus hijos, les hacía notar cuántos días de alegría, y también de dolor, había dado el año viejo a la Congregación.

Junto al gran número de hogares salesianos abiertos, la partida de una expedición de más de cien misioneros, los esplendurosos días del Congreso de Bolonia, el rápido correr de la causa de Beatificación de Don Bosco y la consagración del tercer obispo salesiano, cerniéronse dos trágicas catástrofes.

La primera, en Catanzaro, en el mismo despacho del Obispo del lugar.

Un salesiano de gran valer, el P. Dalmazzo, murió allí a balazos.

El P. Dalmazzo era aquel niño que se estaba confesando con Don Bosco cuando le avisaron de que el panadero se negaba a dar más pan para su Oratorio.

El muchacho había determinado abandonar la casa de Don Bosco y se había ido a confesar por última vez con el Santo. Pero cuando unos instantes después contempló el milagro de la multiplicación de los panecillos, rogó a sus familiares le dejaran allí.

Siguió estudiando junto a Don Bosco hasta llegar a ser precioso colaborador.

Gracias a sus dotes de ingenio y carácter, ocupó muy pronto altos cargos; fué Director del Colegio de Valsalice, fundador de la Obra Salesiana en Londres, rector del segundo santuario salesiano de Turín, San Juan Evangelista, Procurador general de

la Sociedad en Roma y, finalmente, a ruegos de un Obispo de Calabria, Superior del Seminario Mayor de **Catanzaro**.

Se entregó con todo el ardimento de su alma noble a la **tarea**. Impuso fácilmente el orden y la disciplina en aquel centro de formación, un poco desacreditado antes de su **llegada**; y florecieron la piedad sólida y sincera y el amor por los estudios serios.

Era de un natural enérgico. Asumía toda responsabilidad y solía imponer su voluntad por caminos derechos.

Sucedió, con motivo de las ordenaciones de la Trinidad de 1895, que no admitió para el subdiaconato a un seminarista que, sin ser indigno, no estaba suficientemente preparado. Tratábase de un sujeto raro, adornado de un misticismo de mala ley, entregado a una piedad mal entendida, consistente no más que en manifestaciones exteriores, con lo que se dibujaba un interrogante sobre su vocación y su **carácter**.

Don Dalmazzo, siendo como era un superior prudente, firme y precavido, no le admitió a las órdenes.

Cuando el seminarista lo supo, pidió audiencia al Obispo, el cual, amablemente, se la concedió.

Entró en el despacho como un alocado. Se desató en arranques de inimaginable cólera, y produjo una escena violenta ante el Prelado, declarándose víctima de la calumnia y reclamando justicia. Desde las oficinas próximas se oían sus voces, tanto que el P. Dalmazzo, cuyo despacho estaba pared por medio con el del señor Obispo, temiendo que aquel desgraciado superexcitado pasase de las palabras a los hechos, acudió para rogarle terminase aquel escándalo.

Apenas apareció, el seminarista, se enfureció y comenzó a gritar: «Este es el autor de mi **desgracia**», y sacando un revólver del **bolsillo**, descargó varios disparos sobre el pobre superior que cayó por tierra, con la cara deshecha y bañado en sangre.

Le llevaron a su habitación y pareció que se reanimaba.

El doctor pronosticaba la pérdida de la palabra, porque una bala, penetrando hasta el fondo del paladar, le había destruido todas las cuerdas vocales.

Todos quedaron esperanzados cuando, de repente, una he-

morragia fulminante llevó al pobre herido al tribunal del Señor.

La inconsciencia del asesino fue tal que tuvo el valor, después de cuatro años de cárcel, de pedir su readmisión en el seminario.

Era un desequilibrado que nunca debiera haber vestido sotana.

* * *

Otra catástrofe, más terrible aún, martirizaba el corazón de Don Rua, cinco meses más tarde.

Monseñor Lasagna, su secretario y varias Hijas de María Auxiliadora perecían víctimas de un brutal choque de trenes.

Las víctimas, procedentes de Montevideo, formaban parte de una expedición de diecisiete misioneras, a cuya cabeza marchaba el mismo Monseñor Lasagna, e iban a fundar tres Casas Salesianas en el Estado de Minas Geraes, en el Brasil.

Acababan de salir de la estación de Juiz de Foraz, cuando el Obispo se asomó por casualidad a la ventanilla y vio, con espanto, que en dirección contraria venía por la misma vía otro tren a toda marcha.

Apenas si tuvo tiempo para gritar: «María Auxiliadora, sálvanos» y se produjo el choque con un ruido espantoso.

Las locomotoras se empotraron una contra otra, la mayor parte de los vagones descarriló hasta caer deshechos por tierra y el furgón de correos penetró en el de los misioneros y lo dejó hecho astillas.

Bajo los escombros se oían gritos reclamando socorro.

Dos salesianos que milagrosamente quedaron a salvo, repuestos del susto, pensaron en seguida en su Obispo. Estaba con la cabeza apoyada sobre la ventanilla y el pecho hundido. Del precioso vagón que el ministerio brasileño había puesto a su disposición, no quedaba más que un montón de maderas y hierros, bajo los cuales se encontraban los cadáveres horriblemente mutilados de otro salesiano y cuatro Hijas de María Auxiliadora.

Era Monseñor Lasagna una gran esperanza para la Socie-

dad, ya que, rara vez, se vieron acumuladas en una misma persona tan valiosas cualidades. No le faltaba nada: prestancia física, rostro sonriente y simpático, profunda cultura, espíritu de iniciativa y corazón lleno de bondad. ¡ Su nombre hubiera quedado unido a la historia de las misiones católicas ! ¿ Qué conquistas no hubiera hecho entre las tribus selváticas del Matto Grosso el que había asentado tan sólidamente la obra salesiana en el Uruguay en menos de veinte años?

Aquella mañana del 5 de noviembre de 1895 la criminal distracción de un guaraaguas privó a la Sociedad Salesiana y a la Iglesia de un apóstol y de un jefe de primer orden.

Cuando llegó a Turín el telegrama con la trágica noticia, estaba Don Rua en el noviciado de Foglizzo. Don Lazzaro fue allá en el primer tren, para comunicárselo.

—¿Qué viento te trae por aquí?—le preguntó el Padre apenas vio al antiguo amigo.

Y al advertir la preocupación y gravedad del P. Lazzero, añadió:

—¿Me traes alguna mala noticia?

—Sí, el Señor le pide un gran sacrificio.

—¿Cuál?

—Hay que acatar sus misteriosos designios y besar la mano que nos golpea.

—Pero ¿de qué se trata?

—Roguemos por el alma de nuestro querido Monseñor Lasagna...

—¿Ha muerto?

—Sí, murió ayer en un choque de trenes, con su secretario y cuatro religiosas.

Don Rua palideció y unas lágrimas brotaron de sus ojos.

¡ Quería tanto a Lasagna, a quien había visto crecer !

Pero se rehizo en seguida. Eran las siete de la mañana, hora de la misa para la comunidad. Y, agobiado de dolor, fué a celebrar el Santo Sacrificio por el alma de su antiguo alumno de Mirabello y Turín.

Con la muerte de Monseñor Lasagna se retardaba todo un porvenir de conquistas.

Cuatro años más tarde una inundación destruía el trabajo de diez años en las misiones de Patagonia.

Al Norte de Patagonia, en la República Argentina, habían realizado los salesianos grandes progresos desde 1890. En sus inmensos territorios semidesiertos abrieron escuelas que se llenaban apenas se inauguraban ; levantaron una pequeña catedral en Viedma, sede episcopal de Monseñor Cagliero, primer obispo salesiano ; y llevaron la palabra y la gracia de Dios por las escampadas poblaciones de aquellas vastas regiones que había que recorrer a caballo.

El Estado les ayudó en su trabajo de civilización, construyendo nuevos tramos de ferrocarril para facilitar el transporte y abriendo canales para el riego de tierras totalmente áridas.

Toda una era de prosperidad se abría para aquel país de desolación. Las fundaciones salesianas se multiplicaban y se alzaban ya cien modestos campanarios sobre la infinita sabana pampera.

Cuando, de repente, un cataclismo inesperado destruyó en pocos días todo el trabajo y todas las esperanzas. Cinco ríos, Negro, Neuquén, Colorado, Chubut y Limay, desbordados con el deshielo de las nieves y las incesantes lluvias, inundaron la llanura en cientos de kilómetros. Treinta mil personas tuvieron que buscar refugio en las primeras montañas de la cordillera. Pueblos enteros se derrumbaron como castillos de naipes, bajo la presión de las aguas. Rawson y Viedma, capitales de provincia, desaparecieron. Por fortuna no hubo víctimas humanas. Unos a pie y otros en barcas, todos se pusieron a salvo.

Después de ocho días de angustia, de frío y de hambre, comenzaron a descender las gentes a sus pueblos, según se iban retirando las aguas y entonces pudieron apreciar la inmensidad del desastre en toda su magnitud.

Los pueblecitos alegres y graciosos de antes, eran ahora un informe montón de escombros ; las pocas casas que quedaban en pie, algunas, por fortuna, de los salesianos y de las Hijas de

María Auxiliadora, estaban sucísimas. Como verdaderas arcas de Noé, los pisos altos se habían convertido en establo de un sin fin de animales. Durante más de cuarenta días trabajaron sin cesar diversos equipos para sacar escombros y barro, desinfectar, secar y reparar los locales estropeados.

De los campos, ni hablar ; todo estaba perdido.

Al saber el enorme desastre de la más floreciente de las misiones salesianas, Don Rua quedó sobrecogido. Pero se rehizo en seguida y se apresuró a comunicarlo ; de los emocionados puntos de su pluma saltaron una descripción y una plegaria conmovedoras.

Escribía así:

«Hace seis meses teníamos en el Norte de Patagonia un manojo de obras florecientes. Las casas de Viedma, Patagones, Pringles, Conesa, Roca, Cho-Malal, Junin de los Andes, Rawson eran como árboles frondosos que elevaban al cielo sus ramas cargadas de frutos, de frutos de santidad y caridad. Ahora están por el suelo la mayor parte de aquellos maravillosos árboles; los que quedan en pie, perdieron sus frutos. El Señor ha visitado nuestra Misión. Aunque la prueba ha sido amarga bendicimos la mano que nos golpeó. También esta vez sabrá el Cielo sacar bien del mal. Nosotros nos abandonaremos más en las manos de la Providencia y vosotros redoblaréis vuestra caridad para ayudarnos. Confío esta misión a vuestro generoso e inagotable corazón.»

Y, una vez más, no fue vana su esperanza.

* * *

Aún no se había repuesto su alma de la prueba, cuando, al año, le llegó de Roma una orden ante la que se inclinó inmediatamente, sin sombra de duda, pero con el corazón deshecho.

La Congregación del Santo Oficio creyó oportuno intervenir en ciertas costumbres de orden espiritual del Instituto.

Siguiendo una de las tradiciones más antiguas de la Sociedad, el Director de cada Casa, a ejemplo de Don Bosco, confesaba los alumnos. Esto se hacía con toda naturalidad. Razones históricas y pedagógicas, en nada despreciables, autorizaban lo que

espíritus más susceptibles llamaban peligroso maridaje entre el foro externo y el interno.

Don Bosco había visto a Don Cafasso obrar así. Don Cafasso, durante sus tres años de superior en el Colegio Eclesiástico, confesaba a todos sus alumnos. Nunca pudo pensar Don Bosco, que imitando a aquel santo pudiera equivocarse.

Tanto más, cuanto que sus primeros penitentes eran muchachos que acudían a la catequesis. ¿Y qué director de centro catequístico no confiesa a sus niños? Al transformarse el Oratorio en un internado, ni el confesor ni los penitentes pensaron en cambiar su modo de obrar al respectivo. Había, además, junto a Don Bosco, otros confesores, cuya sola presencia aseguraba la libertad de conciencia.

Si alguien hubiese tildado esta costumbre de peligrosa, le hubiera respondido el gran educador: «Observe que el Director de nuestras Casas no es un superior. Es un Padre, el más amado de los padres. La parte odiosa está totalmente confiada al Prefecto. El es el que riñe, el que avisa, castiga y despidе. Las medidas disciplinares están en sus manos, no en las del Director. Por tanto, no hay conflicto para el alma del Director, que si está informado como padre espiritual en el tribunal de la penitencia, como superior está al corriente de cualquier infracción por los otros. Pero corresponde al Prefecto de disciplina. El Director es siempre un buen padre que, aún al umbral de la puerta, tiende sus brazos al niño o al joven expulsado por el Prefecto.»

A esta triple razón, que si no justificaba explicaba al menos todo un proceder, añadía Don Rua todavía le herencia legada por Don Bosco. Delante de su cadáver había jurado conservar ciegamente todo cuanto le dejaba, sobre todo, lo que al espíritu se refería. Y aquella tradición era, según su opinión, una pieza maestra del armazón moral de la Sociedad.

Se equivocaba, ciertamente, pero con toda la buena fe.

Por eso, cuando unos meses más tarde, llegó esta prohibición para todas las Casas Salesianas, tuvo una grande y dolorosa sorpresa. Tanto más, cuanto que en las Deliberaciones de los Capítulos Generales de la Sociedad ya se había tratado varias veces,

en términos muy claros, sobre el particular, y, a pesar de ello, habían sido aprobados por la Congregación de Obispos y Regulares.

Quedó desconcertado su espíritu durante unas semanas.

Greía él que la disposición de Roma era un reproche, lo que para él, como para Don Bosco, representaba una grande pena. Y pensaba, además, que la buena marcha de sus casas y el espíritu de piedad que en ellas debía reinar estaban totalmente ligado a aquel sistema.

Los que le observaban durante aquellos días no podían comprender el aire apenado de su rostro, su repliegue dentro de sí mismo, su prolongado silencio, su oración ardorosa y prolongada.

Pronto recobró sus energías. Y comunicó a sus directores la orden recibida en una carta clarísima y breve.

«Hasta ahora, decía, nosotros seguimos en camino de acuerdo con las Deliberaciones de nuestros Capítulos Generales, que nos parecía el mejor para nuestra manera de desenvolvernos. Pero el encargado por Dios de enseñar a las gentes y a los maestros de las gentes, nos comunica que debemos abandonarlo. Ejecutemos esta **disposición**, agradecidos y respetuosos, con docilidad plena y voluntaria, como lo hubiera hecho nuestro Padre Don Bosco, a **quien** siempre vimos obedecer rápidamente la menor indicación del Vicario de Cristo en la tierra.»

Apenas partió esta carta, fechada en la Octava de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, se quedó tranquilo.

Su tranquilidad aumentó con el tiempo al ver que aquella medida, protectora de la libertad sagrada de las conciencias, no sólo no perjudicaba el espíritu de las Casas, sino que daba al Director más facilidad para el ejercicio de su plena autoridad, con lo que ayudaba poderosamente a la disciplina y la dirección de las **almas**.

Don Rua podía repetir aquella preciosa frase del fogoso publicista católico francés Luis Veuillot, después que hubo leído un Breve pontificio bastante severo: «**Hay bendiciones de Dios que entran en casa rompiendo los cristales**».

CAPÍTULO XXXVII

LAS ÚLTIMAS ESTACIONES DEL CALVARIO

Las pruebas que la paciente alma de Don Rua hubo de soportar hasta primeros de siglo fueron harto pesadas ; pero no pueden ni compararse, en duración y profundidad, con las que siguieron.

Las últimas estaciones de su calvario fueron las más dolorosas.

Eran torturas que deshacían el corazón de Don Rua porque caían sobre lo que le era más querido, las dos Congregaciones confiadas a sus cuidados.

Los últimos años de su vida fueron un verdadero martirio interior. Lo sufrió con resignación continuada, sostenida por la gracia de Dios, el recuerdo de la paciencia de Don Bosco y el cariño y las oraciones, cada día mayores, de sus hijos y cooperadores.

Sufrió, gimió y hasta lloró, pero se detuvo sereno, en medio de la tempestad, como el piloto valeroso que entre las olas que barren la cubierta, se hace atar al timón para dirigir las maniobras y no cede el puesto de mando hasta que se calma el oleaje y se serena el cielo.

* * *

El 1895 estalló una revolución en el Ecuador ; el Gobierno quedó en manos de unos facciosos, los cuales, apenas llegados al poder, la tomaron, según costumbre, con las congregaciones religiosas.

Expulsaron del país a varias de ellas, bajo pretexto de que conspiraban con el adversario en derrota.

Los salesianos que, por principio, se abstienen de toda política, acariciaban la esperanza de ser respetados por el furor anti-religioso. Pero fue ilusión de poco tiempo.

La noche del 23 al 24 de abril de 1896 penetró en el colegio de Quito un grupo de gente armada y se dio a un registro, del piso al techo, buscando los depósitos de armas o, por lo menos, rastros de la conspiración.

Inútil decir que no apareció el menor rastro que pudiera comprometer.

Entonces condujeron a todos los religiosos de la Casa a la Jefatura de Policía para tomarles declaración. Se les acusaba de haber prestado ayuda secretamente a los enemigos del partido.

Protestaron de su inocencia, pero no se les creyó, por lo que fueron condenados a destierro inmediato.

A primera hora del día, escoltados por un piquete, emprendieron el camino del Perú, a pie.

Anduvieron durante veinticinco días y veinticinco noches a través de la selva virgen, atravesando fangosos pantanos, por senderos impracticables, superando ríos difíciles de vadear y soportando grandes torturas.

El Padre Milano no resistió el martirio y cayó para no volver a levantarse. Agotado por el hambre y la sed, el cansancio y la fiebre, le dejaron en el hospital de Guayaquil en donde murió unos días más tarde.

Las otras tres Casas Salesianas del Ecuador, Cuenca, **Rio-bamba** y Saguelqui, sufrieron igual suerte.

Solamente se salvaron las residencias misioneras del país de los jíbaros.

No era muy prudente aventurarse a entrar por aquellas zonas para tales faenas...

Aquellos indios, aunque no estaban todavía convertidos, idolatraban a los misioneros y disparaban maravillosamente la carabina, y mejor aún el arco.

Y como no hay mal que por bien no venga, de esta persecución cruel e imprevista sacó el Señor su bien.

Los religiosos que quedaron libres con la expulsión brutal del Ecuador, se repartieron por las Provincias Salesianas de Chile y Perú. Con el refuerzo se multiplicaron las fundaciones en ambas repúblicas, hasta el extremo de que, tres años más tarde, al cambiar los vientos, resultó difícil cubrir los cuadros para los Colegios de Cuenca y Riobamba que de nuevo abrían sus puertas, porque los religiosos desterrados sostenían otros Colegios en aquellas naciones.

* * *

La prueba fue dura, pero breve.

Seis años más tarde comenzaba otra prueba muy distinta en Francia. Son páginas muy tristes para la historia de la Iglesia en este país, las de principios de siglo.

Una cadena ininterrumpida de leyes y decretos, dictados por el racionalismo, el laicismo y las logias masónicas, terminó negando a las Congregaciones religiosas todo derecho.

Debían secularizarse inmediatamente, huir al destierro o solicitar una autorización especial del Estado.

Las tres soluciones llevaban aparejados inconvenientes y ventajas. Podíase escoger cualquiera de ellas.

Las Congregaciones no siguieron una conducta unánime: es una pena confesarlo, pero fue así.

Mientras unas se disolvieron, poniéndose al servicio de los Obispos o dedicándose, bajo su dirección, a múltiples formas de apostolado individual, otras pasaron la frontera y algunas solicitaron candorosamente la aprobación del Estado.

Los Superiores de las Casas Salesinas de Francia se reunieron con Don Rua en Turín en septiembre de 1901, y decidieron, casi por unanimidad, la secularización.

Los Padres Bellamy, Cartier y Bable influyeron con sus razones y singular competencia en tal decisión. Don Rua, con sentimiento de muerte, permitió a sus desgraciados hijos hicieran la

prueba para ver de salvar aquellos sus queridas Obras. *Salus animarum suprema lex esto*. Solamente les suplicó, para remediar de algún modo los peligros de la escisión, se inspirasen siempre, en su trabajo de educadores y en sus relaciones con el mundo, en el espíritu que animó en toda ocasión al Fundador de la Sociedad.

Aquel unánime y firme sentimiento de defender el terreno palmo a palmo mientras fuera necesario, defendiéndose como en guerrilla, se rompió desgraciadamente, al menos en parte, por la intervención de una alta personalidad.

El santo Cardenal Richard, Arzobispo de París, llamó a las pocas semanas al P. Bologne, Provincial de las Casas Salesianas del Norte de Francia, para comunicarle que tenía serios motivos para creer que el Gobierno aceptaría la solicitud de autorización de los Salesianos. Algunos diputados católicos, presididos por Mackaut, le habían asegurado que el Gobierno sería generoso con las Congregaciones que se doblgaran a las exigencias de la Ley.

El mismo día se telegrafió a Turín solicitando el parecer de Don Rua, el cual respondió: «Haced lo que más convenga».

El P. Bologne, a pesar de las advertencias de algunos salesianos del peligro que en ello había, entregó, junto con la solicitud de autorización, la lista completa de todos sus religiosos, el inventario de los bienes muebles e inmuebles de la Sociedad y el estado de cuentas.

Con este paso no comprometía más que la parte de su rebaño, a saber, la Provincia salesiana del Norte, a lo que se creyó autorizado para añadir la Casa de Orán.

Las Casas de la Provincia del Sur permanecieron fieles a la decisión tomada en Turín y se atricheraron en la secularización. Gracias a ella tuvieron que presentarse ante los tribunales y sufrir un gran calvario, pero salvaron la mayor parte de sus casas.

No sucedió lo mismo en París.

Emilio Combes, Presidente del Consejo y Ministro del Interior y de Cultos, firmó un documento en el cual se daba a conocer a los senadores el origen, finalidad y actividades de la Congre-

gación Salesiana. Era un tejido de mentiras, calumnias e injurias indignas de un juez.

Decía, en primer lugar, que el fundador de la Sociedad, era un «tal Don Bosco», el cual «soñando con añadir una nueva provincia a sus conquistas» había llegado a París en 1883 «precedido de fama de vidente y curandero». Que, ayudado por una prensa de su devoción, explotó hábilmente su taumaturgia hasta en las iglesias de París).

A continuación describía a los hijos de aquel «hombre hábil» como intrigantes, explotadores de la niñez y de la credulidad popular, enemigos de las instituciones nacionales, del comercio y de la industria privada, hombres avaros, que acumulaban riquezas para provecho del extranjero, enredadores que se colocaban frente al clero secular, hombres nefastos para la política y la economía de Francia y, finalmente, luchadores sin descanso.

No hace falta decir que el informe pretendía dar a los senadores «únicamente los resultados de serias pesquisas»...

Dos detalles, histórico el uno y profesional el otro, bastan para demostrar la inconsistencia del informe.

Fijaba en 1883 la fecha de entrada de los salesianos en Francia, cuando aquel año poseían ya cuatro grandes colegios en el Sur.

Apodaba con mil nombres a unos educadores que hacía cuatro días, precisamente con motivo de la clausura de la gran exposición de 1900, acababan de recibir de un jurado internacional, compuesto por hombres de gran valía, la medalla de oro por el conjunto de sus trabajos profesionales.

Todas las inexactitudes, mentiras y calumnias del informe fueron refutadas ante la comisión investigadora presidida por Clemenceau.

Pero el terrible Jefe de Estado no tuvo la más mínima ternura. Se advertía en sus preguntas, y hasta en la forma de escuchar las respuestas, que ya había tomado su determinación. Daba como bueno todo el fardo de acusaciones, aunque concedía la inexactitud de algunos detalles. Con su proverbial y ruda fran-

queza mostraba a los pobres religiosos la antipatía que sentía por sus formas de actividad. Los salesianos salían de cada sesión con la impresión de que estaban condenados.

Les quedaba un resquicio de esperanza. Waldeck-Rousseau, autor de la ley, que además había protestado de la forma poco inteligente con que la aplicaba su sucesor, había prometido a un salesiano —que podría dar todavía testimonio— que él votaría en favor de la autorización.

Los pobres religiosos salesianos, siempre entre el temor y la esperanza, aguardaban la sesión pública que había de decidir su suerte.

Esta se celebró durante los días 3 y 4 de julio de 1902. La defensa de los salesianos corrió a cargo de dos oradores de gran talento, Berenguer, del partido centro, protestante, pero de alma muy religiosa, y Lamarçelle, jefe del partido de derechas.

Los dos oradores machacaron y redujeron a polvo la triple **acusación**: la explotación de la niñez, la competencia ilegal a la industria y al comercio, y la falta de higiene en algunos de sus locales.

El Presidente del Consejo lo entendió muy bien, pero entonces, prolongando el debate, puso de manifiesto la única razón capaz de conseguir el voto de la mayoría antirreligiosa de la **asamblea**: que las Congregaciones habían pasado de moda y que eran la remora del progreso de la humanidad...

Pareciéndole al relator general que todavía flotaba una ligera indecisión en los bancos de la mayoría, subió a la tribuna.

Era Saint-Germain, perteneciente al partido radical y diputado por **Orán**. Hacía pocos días que otro diputado, amigo de los salesianos, había dicho a uno de éstos: «¿Qué le pasa a Saint-Germain con ustedes? Apenas se nombra a los salesianos, en los corredores o por las salas, se **enfurece**».

¿Qué le sucedía? Había que ir a preguntarlo a Oran, en donde la obra salesiana, llena de vida y de esplendor, no le dejaba dormir tranquilo. Estaba convencido de que el trabajo apostólico de aquellos religiosos minaba lentamente su situación parlamen-

taria. Por eso evitaba su propia desgracia haciendo ejecutar a sus enemigos a través de sus amigos políticos.

Así, sin ocuparse de la refutación detallada y victoriosa de los oradores de centro y derecha, pretendió se condenara a los salesianos por sus publicaciones. Presentó dos números de las *Lecturas Católicas*, de tres años atrás, editados en la Casa Salesiana de Marsella, en los que se entablaba una vigorosa polémica contra los gobernantes. No había más que un paso para incluir a los salesianos entre los «**frailes conjurados**», de los que todo Estado laico debe desembarazarse. Y él lo dio, rogando a los señores diputados condenasen a aquella Sociedad en nombre de los altos intereses de la República.

En dando que el perro ha de rabiarse, rabia, dice el proverbio. Y se pasó a la votación.

Algunos senadores de izquierda se volvieron hacia el banco desde donde Waldeck-Rousseau había seguido en silencio los debates de la Cámara. Era el autor de la ley; había dicho recientemente que se había falseado el espíritu de la misma. Era el momento a propósito para dar a conocer, con su voto favorable, su desaprobación por política tan francamente sectaria. Más de un Padre conscripto en dudas, aguardaba su decisión para imitarlo.

Pero Waldeck-Rousseau, sin ni sombra de duda, votó con papeleta azul. Era la condenación.

El escrutinio arrojó 158 votos en contra y 98 a favor.

La Congregación Salesiana cesaba de existir oficialmente en toda la República.

Al día siguiente de esta lamentable votación, el P. Bologne, que había esperado con su natural bondad y candidez hasta el último momento del escrutinio, recibía una carta que sirvió de bálsamo para su herido corazón. Era del señor Lamerçelle, que decía:

«He salido de la sesión totalmente descorazonado. Estaba persuadido de que los adversarios, a quienes me dirigía, sabían perfectamente que todas las acusaciones contra ustedes eran falsas

y que era inútil mi palabra puesto que estaban decididos, a pesar de todo, a votar la supresión.

Son de una mala fe que indigna.

El relator no tuvo más argumentos a su favor que aquellos dos escritos.

Pero aunque no hubieran existido, igualmente les hubieran condenado.»

Nadie lo dudaba, porque los salesianos entregaban cada año a la sociedad jóvenes valientemente cristianos, que inquietaban a los maestros del día, cuyo ideal laico de cerrados horizontes, que no dejan levantar los ojos del suelo, se oponía a la doctrina de unos educadores que aspiraban a otro ideal de existencia, más allá de la vida presente. Había que acabar con ellos.

La sentencia se ejecutó rápidamente. Los salesianos, mudos e impotentes, presenciaron la clausura de sus institutos ; vieron alejarse para siempre de su lado a los muchachos a quienes habían entregado su juventud y los ardores de su corazón.

Ante sus ojos, unos liquidadores interesados vendieron en pública subasta, casi por nada, aquellas casas de trabajo y oración, cada una de cuyas piedras encerraba una historia.

Y una mañana triste de otoño, con la maleta en la mano, marcharon hacia el destierro. La mayoría partió para la hospitalaria Bélgica, otros, los más jóvenes, fueron a Italia o a España, y algunos hasta América y China.

Muchos ya no volvieron a su patria y duermen el sueño eterno en tierra extranjera.

Otros, con alegría mal disimulada, volvieron doce años más tarde para ocupar su puesto ante el peligro, cuando el 4 de agosto de 1914 la patria llamaba a todos sus hijos.

Diez de ellos cayeron en el frente de batalla y están enterrados en esos inmensos cementerios militares, que no se pueden cruzar sin que la emoción ahogue la garganta...

Una veintena de los que salieron con vida de la gran guerra quedaron tan envejecidos, deshechos y cansados que ya no sirvieron para la vida febril de la Obra.

Los demás se pusieron a trabajar para curar las llagas mora-

les del país, más graves, en frase del presidente Doumergue, que la misma ruina económica.

Don Rua no alcanzó a ver el fin de la trágica historia.

Murió antes y sólo le tocó vivir la parte **dolorosa**: la clausura y venta de sus prósperas Casas ; la dispersión de la juventud confiada a los cuidados de su hijos ; la expulsión de sus religiosos ; la desaparición de los colegios, de donde salían tantas vocaciones salesianas ; treinta años de esfuerzos reducidos a la nada y la incertidumbre del porvenir...

En efecto, ¿qué sería de las hermosas provincias salesianas de Francia?, ¿cuándo podrían reemprender el trabajo?, ¿con qué elementos?, ¿qué sería de los generosos amigos que las sostenían con su largueza?, ¿en dónde fijarían sus tiendas al volver, desposeídos como estaban de todo?

Estas eran las preguntas dolorosas que el corazón atormentado del padre se hacía mientras lloraba con sus hijos tan probados y rogaba por su perseverancia en el destierro.

Su sufrimiento aumentaba con la imposibilidad de ayudarles. No había puente de unión entre Turín y París, Turín y Marsella. No había modo de tener relaciones oficiales entre padre e hijos, como antes.

Cuando atravesó Francia, camino de Londres, en 1902 y 1906, no se pudo detener en ninguna de sus casas, en las que sus hijos secularizados, o sus sucesores, trabajan en favor de la juventud ; les podía comprometer su presencia...

Mirarlas de lejos y pasar..., era lo único que podía hacer.

Fue un punzante dolor que le acompañó hasta la tumba, pues cuando él moría en 1910, nadie podía todavía anunciar la aurora de la resurrección.

* * *

Aún hubo, durante los primeros años del siglo, otras penas para el corazón de Don Rua. Sutiles en **aparición**, pero muy dolorosas por tratarse de la segunda familia salesiana que Don Bos-

co le dejó; las Hijas de María Auxiliadora, fundadas en 1872.

Era una verdadera herencia, ya que entonces, el Superior General de los Salesianos era, al mismo tiempo, por expresa voluntad de Pío IX, el Superior de las Hijas de María Auxiliadora.

En 1901, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares marcó a las Congregaciones religiosas femeninas las nuevas condiciones para solicitar de Roma la aprobación de sus Constituciones. Una de ella era la de plena independencia frente a toda Congregación de varones de finalidad similar.

Y como las Hijas de María se encontraban entonces en período de aprobación cerca de la Santa Sede, tuvieron que someterse a aquella disposición.

Don Rua, que sentía la separación, intentó prorrogarla, pero la vio consumada en 1906.

Para las religiosas resultó un cambio radical.

En efecto, hasta aquel momento la administración de sus bienes, las nuevas fundaciones, la marcha general de la Sociedad había corrido a cargo de Don Rua o de un delegado suyo. A él competía velar por la observancia de las Reglas y el mantenimiento del buen espíritu; él era, en una palabra, el alma de toda su vida de apostolado, de educación y de economía.

De la noche a la mañana pasaron aquellas prerrogativas a la Superiora General y su consejo.

Era un cambio grande. Don Rua tembló. Temía que un viraje tan rápido trajese inconvenientes para la disciplina interior de la Sociedad.

Tenía el sucesor de Don Bosco tan a pecho conservar intacto, en su estructura y en su espíritu, el depósito que su Padre le confiara, que pasó por verdaderos momentos de angustia durante aquel otoño de 1906.

El tiempo ha demostrado que no había para tanto. Las Hijas de María Auxiliadora, una vez independientes, marcharon tan paralelamente, tan cerca a los salesianos que, por reflejo, **lon** pensamientos, las inspiraciones y el espíritu de los unos influyó naturalmente en los otros.

Quince años más tarde, un buen día, por mediación del Cardenal Cagliero, que había sido su primer Superior, volvieron a pedir con insistencia al Papa, no que volviesen las cosas al estado de antes, lo que era imposible, sino la dirección espiritual del Superior General de los Salesianos.

Benedicto XV accedió a sus súplicas y nombró al P. Pablo Albera, segundo sucesor de Don Bosco, delegado apostólico del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, encargándole mantener, por sí mismo o por sus representantes, el espíritu del fundador ; preocuparse de sus necesidades espirituales, morales e intelectuales ; salvaguardar, si fuere necesario, sus intereses económicos ; en una palabra, aconsejar paternalmente y velar por su asistencia en toda ocasión.

Era la solución que Don Rua deseaba después de la separación. Pero no la vio, ni asomar siquiera, y sufrió mucho.

* * *

Aún no se había repuesto de este golpe cuando cayó sobre su cabeza un terrible mazazo, que ha pasado a la historia de la Congregación bajo el nombre de (dos sucesos de *Varazze*).

Varazze es una linda ciudad de la costa mediterránea, entre Genova y Savona, con un clima delicioso.

En invierno y en verano se duplica su población con el aflujo constante de turistas, que convierten la estación balnearia en una ciudad alegre y mundana.

Está cercada de vegetación y coronada de verdor y flores. Cultiva y exporta claveles, jacintos y violetas. Un paraíso terrenal de vida placentera.

Los salesianos se habían instalado en Varazze el 1872, y las Hijas de María Auxiliadora el 1893. Podía decirse que entre el Colegio de San Juan Bautista para niños y el de Santa Catalina para muchachas, tenían en sus manos toda la juventud de la población.

Había en el de niños unos setecientos alumnos, entre exter-

nos e internos, que seguían la enseñanza primaria y los cursos técnicos y secundarios.

Por el año 1907 estaba al frente del Colegio como Director, el P. Viglietti, que fue secretario particular de Don Bosco. Era un hombre fino, delicado y de pluma fácil. Escribía *novelitas* y cuentos al estilo de De Amicis.

Acababa de expirar el curso escolar. Tras el reparto de premios volaron los alumnos a vacaciones ; los profesores empezaban a gustar las delicias de los primeros días de descanso cuando estalló la tempestad.

El día 29 de julio, hacia los ocho de la mañana, fuerzas armadas cercaron la casa. El subgobernador de Savona, el comisario de Policía de Varazze y el teniente de la guardia local, entraron en la capilla, donde asistían a misa de Comunidad los religiosos y algunos alumnos que esperaban a sus padres para partir de vacaciones.

Mandaron salir a todos y a la misma puerta separaron los religiosos de sus alumnos y les encerraron en la primera aula abierta.

Allí les tomaron declaración y les detuvieron en espera de órdenes superiores.

Mientras tanto, unos revisaban la casa del suelo al techo, cebándose particularmente en los papeles y armarios de los profesores, y otros interrogaban, tendenciosamente, uno a uno, a los alumnos.

Finalmente, hacia las cuatro de la tarde les condujeron escoltados a la policía. ¡ Triste cortejo el de las sotanas de sacerdotes y clérigos y las chaquetas de los coadjutores ! El anciano Padre Paseri, que hacía treinta y dos años enseñaba el *abc* a los niños de Varazze, por cuyas manos habían pasado ya dos generaciones de alumnos, se apoyaba sobre el brazo del P. Viglietti.

—¿Qué quieren hacer con nosotros?—preguntaba angustiado a su superior.

Querían humillarles con las declaraciones de un delator.

Era el delator un joven de quince años, un tal Carlos Marino, muchacho abandonado, que fue adoptado por la viuda Bes-

son, la que le había inscrito como alumno en el colegio salesiano.

Acusaba a los Padres de tres crímenes: inmoralidades con los alumnos del colegio; celebración solemne y nocturna de misas negras o del diablo, con asistencia de las Hijas de María Auxiliadora, de los PP. Capuchinos, del Arcipreste del lugar y también de alumnos invitados a la infernal ceremonia; calumnias e insultos en público contra la familia real y Garibaldi.

El careo ante las autoridades fue algo inaudito.

Los acusados no daban fe a sus oídos. Ni entendían los términos de la acusación (¿misas negras?), y dudaban si eran juguete de alguna singular fantasmagoría.

Por otra parte, el joven delator lanzaba sus acusaciones con una sangre fría, una precisión y una seguridad tales que desconcertaban.

Parecía que había vivido, en realidad, las abominables escenas que describía.

—¿Qué responden a eso?—preguntó el presidente.

—Que todo—contestó el Director—, es un amasijo de mentiras. Conozco muy bien a mi personal para poder afirmar su inocencia en cuanto al primero y último puntos de la acusación, ya que el segundo no tiene pies ni cabeza.

—Medite bien sus palabras—insistió el magistrado improvisado— pues tenemos quejas de algunos padres e informes médicos suficientes para llevarles a la cárcel.

—Repito, que niego absolutamente todo. Hagan ustedes lo que les parezca bien.

Si la policía estaba tan segura de la culpabilidad de los educadores, ¿por qué procedía, con una indigna parcialidad, a un segundo interrogatorio de los alumnos, a la misma hora y en salones contiguos? A fuerza de amenazas y de miedo, hasta de golpes, obligáronles a confesar cosas indecibles.

Para colmo les hicieron sufrir un examen médico por un tal doctor F..., de quien hablaremos más adelante. Inútil decir que su informe encerraba crueldades excesivas.

Los jueces tenían un testimonio sin par para su interrogatorio: era el *Diario* del joven Mariano, en donde se relataban escrupu-

losamente los pretendidos horrores secretos celebrados en la casa desde hacía varios meses. Cuanto cabe en una imaginación histórica, obsesionada con pensamientos torpes, estaba descrito en las vibrantes páginas de un enorme cuaderno, al que intentaban dar crédito hombres maduros.

Al día siguiente se cerró el colegio. Enviaron a sus casas a los alumnos y condujeron a la cárcel de Savona, maniatados, a dos salesianos: un clérigo y un hermano coadjutor.

Gran parte de la prensa italiana, que, por cierto, no brillaba por su respeto a la religión, aprovechó el asunto para sublevar la opinión contra el clero.

Una ola de furioso anticlericalismo se desató por toda la nación.

Se leía en los titulares de los periódicos: *El escándalo de Varazze. Inauditas indecencias en Varazze. De qué son capaces los curas. La pocilga de Varazze. Un colegio salesiano cerrado por la autoridad.*

El infame rumor corría de boca en boca. Se insultaba a los sacerdotes por calles y plazas. En Roma acudieron en manifestación hasta las puertas de los Príncipes de la Iglesia. En Alassio, próximo a Varazze, los salesianos no pudieron salir para los Ejercicios Espirituales, que hubieron de hacer en casa, protegidos por la policía. Hasta la prensa católica, desconcertada por los relatos detallados de tanto horror, tardó en acudir a la defensa; sólo algunos de los grandes periódicos y no «clericales», como el *Corriere della Sera*, de Milán, y *La Stampa*, de Turín, mantuvieron valientemente el buen sentido.

Fueron quince días atroces.

Y, curiosa coincidencia, en diez ciudades de Italia, entre ellas Roma, Ñapóles, Milán, La Spezia y Como, estallaban escándalos similares. Parecían puestos de acuerdo para alimentar simultáneamente con el barro de esta literatura todas las publicaciones locales.

Todo, la monstruosa multitud de protestas, las violencias contra las instituciones religiosas y las ruidosas manifestaciones ca-

llejeras, daban a entender, bien a las claras, que se trataba de una campaña organizada.

Los más avisados empezaron a sospechar de dónde partían los golpes. La opinión pública se iba poniendo de acuerdo y acusaba de la infamia a la estupidez anticlerical de un funcionario, sin espíritu crítico de ningún género, juguete de las logias.

Un hecho vino a confirmar las sospechas. El famoso diario del acusador no era del todo original. Buen número de páginas estaban escritas de puño y letra del Dr. F..., amigo íntimo de un gran jefe de la masonería de Roma, el mismo que el primer día del interrogatorio obligó al examen médico de los alumnos del colegio.

Empezaba a aclararse el asunto.

Y se aclaró todavía más cuando Don Rua, tomando por su mano la defensa de sus hijos ultrajados, eligió tres celebridades del foro italiano para vindicar su honor.

El asunto duró muy poco, una vez que pasó a las manos de los tres abogados.

Se echaron rápidamente sobre el enemigo, atacando a los acusadores, querellándose contra los diarios calumniosos, exigiendo examen médico del denunciante y de su supuesta madre, deshaciendo los vergonzosos relatos de las diversas publicaciones, avergonzando a la gente sensata del país de haberse dejado sorprender tan crédulamente, intentando un proceso contra el doctor F... y cómplices; en una palabra, cambiando la opinión. El buen sentido se impuso.

Inmediatamente se mudaron las cosas. Los muchachos a quienes se había arrancado villanas acusaciones, se retractaron espontáneamente. Los periódicos que se habían volcado contra los salesianos se batieron prudentemente en retirada; el subgobernador de Savona fué destituido; fueron suspendidas tres publicaciones obstinadas en su actitud; el clérigo y el hermano coadjutor detenidos fueron puestos en libertad al cabo de un mes; el profesor del famoso Besson, clérigo Calvi, a quien había hecho detener dos veces, le convenció de impostor ante el juez de instrucción; los médicos psiquiatras declararon tratarse de «un mu-

chacho degenerado cuyo estado mental se agravaba con la crisis de la pubertad que atravesaba», y que la pretendida madre «era una trastornada, complicada con histerismo y erotismo tardío» y que el diario «era un tejido de fantásticas quimeras».

Además, empezaron a llegar de todas partes testimonios de simpatía. En Varazze se sucedían las manifestaciones reclamando el castigo de varios de los verdaderos culpables ; pusieron en cuarentena a los dos acusadores, al muchacho y a su *pseudo-madre*. El anciano Don Paseri no podía salir a la calle, porque el público le hacía escolta de honor desde el umbral del Colegio. El Ayuntamiento pedía a las autoridades la apertura del Colegio. Llovían solicitudes en las oficinas de inspección de enseñanza y hasta el alcalde de Varazze se dirigió al mismo Rey con la siguiente **demanda** :

«Dígnese Su Majestad considerar que los salesianos han ido acusados grave e injustamente de hechos que, tras serio examen, se demostró no existieron. Desgraciadamente la población de Varazze ha **sufrido** con ello enormes perjuicios y, en la actualidad, hay un gran disgusto al no poder reanudar las clases en el Colegio Salesiano, famoso por el celo y competencia de esos **religiosos**.»

El Rey respondió que pasaba la súplica al Ministerio de Instrucción Pública. Y éste, a los pocos días, fines de noviembre, autorizó la reapertura del Colegio. Es imposible describir la alegría de los setecientos muchachos que, después de cuatro meses de separación, se volvieron a encontrar con los maestros y guías de su juventud.

El innoble proceso contra los salesianos terminó triunfalmente.

Como se supo más tarde, el golpe tenía por objeto llegar al laicismo de todas las escuelas del país.

Deshecho el golpe, Varazze, que deseaba desde hacía años un Oratorio, lo vio abrirse unos meses más tarde, cumpliéndose aquello de que no hay mal que por bien no venga.

La reparación fué completa, y la opinión pública, de vuelta ya sobre el lamentable suceso, repetía el acertado juicio de un periodista de Turín, que había titulado un artículo en *La Stampa* :

«Acusación de un loco, vista a través de la linterna mágica de un cerebro de subgobernador incapaz, aumentada con todo lo que un espíritu partidista podía añadir». «Por fortuna este espíritu partidista, decía el periodista, ha demostrado ser tan poco inteligente como el subgobernador».

Esta vez los hijos de las tinieblas no brillaron por su astucia ni habilidad y fueron vencidos por los hijos de la luz.

Ahora que ¡ Dios sabe a costa de cuántos sufrimientos !

Durante aquellos meses de agosto y septiembre pasó Don Rúa las más crueles semanas de su vida. Ni por un momento dudó de la inocencia de sus hijos, pero tampoco dejaba de ver los desastres de la furia desencadenada por las pasiones sectarias. El nombre salesiano se cubría de oprobio, se sospechaba de dos Congregaciones, se comprometía todo un porvenir de conquistas morales y, sobre todo, se ponía en peligro la herencia de su Padre Don Bosco...

Aun cuando un día se hiciera justicia a la inocencia, ¿cuándo se borrarían los últimos vestigios de la inmunda calumnia? A su mente venían las palabras de Voltaire: «Calumnia, calumnia, que algo queda».

¿Qué podía esperar para sus hijos el anciano de setenta años que no podía salir a la calle sin ser vilmente insultado ; qué podía esperar de un pueblo levantado en su contra con tanto odio?

Nunca se le vio tan triste, tan absorto y tan apesadumbrado como entonces. Sin duda, su alma grande dominaba el sufrimiento, pero era un sufrimiento indecible. A veces se le sorprendía con la cabeza entre las manos y así permanecía largo rato sumido en reflexiones y plegarias.

A pesar de ello siguió atendiendo todas sus obligaciones ; concedía audiencias, despachaba el correo, hacía algunas visitas, presidía su consejo ; pero su espíritu andaba lejos, estaba en Varazze en donde luchaban sus hijos con la tormenta. Estaba lejos, muy lejos, en un porvenir mejor que borraría aquella página del recuerdo de los hombres : estaba con Dios, a los pies de María Auxiliadora, y de su Padre Don Bosco, suplicándoles se levantarán sobre las embravecidas olas y apaciguarán la tempestad.

Y un día no pudo más. Su alma se recogió aún más profundamente, y sólo, en la presencia de Dios, firmó en el secreto de su corazón un contrato con Jesús Crucificado: «Por vuestra bondad, murmuró su oración, devolved a mi familia su honor intacto, y, en penitencia, recorreré otra vez antes de morir el país de vuestra sagrada Pasión y Muerte».

Su oración fue atendida y él cumplió su voto.

El primero de febrero de 1908 se puso en camino. Atravesó el Sur de Europa hasta Constantinopla, y luego, costeando el Asia Menor y Siria, desembarcó el 12 de marzo en el puerto de Caifa

Recorrió de nuevo en todas direcciones Tierra Santa, la tierra testigo del Nacimiento, Vida pública, Pasión, Muerte y Resurrección del Señor ; pero se detuvo, sobre todo, en dos sitios. Primero, en la falda de la Colina de Hermón, en Naim, en donde Jesús resucitó el hijo de la viuda ; y después, en las orillas del Mar Muerto, precisamente en la desembocadura del Jordán, junto a las pizarrosas aguas del lago que cubre Sodoma y Gomorra. Aquí suplicó al Señor alejara siempre de sus Casas el vicio que atrae las maldiciones del Cielo ; y allí pidió para todos los muchachos de sus Casas que estuvieran tocados de ese mal la gracia de una resurrección total y rápida.

* * *

El año 1908, que empezaba con un himno de acción de gracias, terminaría de nuevo con lágrimas.

Durante la noche del 27 al 28 de diciembre, un violento temblor de tierra, seguido de espantosa marea, sembraba la destrucción y la muerte en las dos orillas del estrecho de Mesina. En unos minutos quedaron arrasadas Reggio, Mesina y otras poblaciones de menor importancia, dejando sepultadas bajo sus ruinas doscientas mil víctimas. Fue un ¡ ay ! de dolor para Italia y para todo el universo.

La Congregación Salesiana tenía un hermoso Colegio en Mesina. ¿Qué fué de sus profesores y alumnos? No se pudo saber

nada en claro durante todo el día 29. Estaban interrumpidas todas las comunicaciones. Temblaba de impaciencia el corazón de Don Rua. No llegaba ni una noticia.

El prolongado silencio revelaba lo enorme del desastre. Entonces, fieles a la caritativa tradición de Don Bosco, envió a los Arzobispos de Mesina y Catania el siguiente telegrama, en el que estaba todo su corazón, abierto en favor de las víctimas del cataclismo:

«Inquieto por suerte mis hermanos y alumnos de Calabria y Sicilia, creo atraer sobre ellos misericordia de Dios abriendo mis Casas niños y jóvenes huérfanos consecuencia terremoto. Ya telegrafí Padre Fascie. provincial Sicilia, se ponga su disposición para proveer más urgentes necesidades de pobres desgraciados.»

Por la tarde del 31 llegó, por fin, el telegrama suspirado, puesto el 29 en Mesina. Comunicaba la espantosa realidad: nueve salesianos, de los diecinueve que componían la comunidad, habían perecido, juntamente con 39 alumnos y cuatro empleados. La Casa quedó convertida en un montón de ruinas, como si se hubiera abierto un abismo a sus pies. Una parte del edificio se hundió de tal forma que la parte más alta, según declaraba un testigo, estaba casi al mismo nivel del patio.

Tuvieron que trabajar más de ocho días para sacar de entre los escombros las víctimas, imposibles de reconocer, por estar completamente deshechas, la cabeza triturada, el pecho hundido, las extremidades retorcidas...

¡ Era el final de un año trágico... !

* * *

El que empezaba no le daría tan terribles golpes, pero acabaría, poquito a poco, sordamente, con la ruina total de su organismo consumido.

Su salud estaba casi agotada a principios de 1909.

Las varices habían convertido sus piernas en una llaga.

Sus ojos daban lástima ; el exceso de trabajo nocturno terminó

con una implacable conjuntivitis. La mucosa de los párpados, inflamados y enrojecidos, estaba siempre en estado lacrimoso.

Su corazón, aquel pobre corazón que había latido por tan nobles aspiraciones, martirizado tan a menudo por terribles sufrimientos, palpitaba con ritmo desordenado.

Era un cuerpo gastado.

Sin embargo, aún trabajaba. Pero dentro de la flaca envoltura, se mantenía una voluntad de acero.

Don Rua advertía que la vida se le escapaba ; sus dolores se agudizaban como para gritar..., pero no salió una queja de sus labios jamás. Nadie sospechó, hasta su muerte, el heroico esfuerzo que debía realizar para trabajar, rezar, caminar y sonreír como en sus tiempos mejores.

Cuando el dolor era muy fuerte, recordaba con fe los ejemplos de paciencia que su padre Don Bosco le había dejado ; daba una mirada interior a Jesucristo crucificado, agobiado de pesares y tristezas ; recordaba que las aflicciones de aquí abajo son escalones para el cielo ; soñaba con sus hijos, soldados de las rudas batallas de la fe, a quienes podía ayudar eficazmente aceptando generosamente sus dolores, y, fortalecido con aquellos pensamientos, sentimientos y recuerdos, continuaba subiendo, con serenidad y calma, una a una, las estaciones del camino de la amargura.

CAPÍTULO XXXVIII

SIN AMOR, NO HAY SALVACIÓN

Cuenta San Jerónimo que el apóstol San Juan, como no pudiera caminar en los últimos años de su vida, se hacía llevar por sus discípulos para predicar. Mas como su debilidad le impidiese hacer largos discursos, se contentaba con repetir a los fieles: «Hijos míos, amaos los unos a los otros».

Cansados de oírle repetir siempre lo mismo, dijéronle un día los que le rodeaban: «¿No podrías hablarnos de otras cosas?»

«¿Para qué?, contestó el santo anciano. En este precepto está toda la Ley. Ponedlo en práctica y con esto os basta.»

También Don Rua, durante toda su vida, hasta en el punto de muerte, no se cansó de predicar la caridad por la limosna. Cuando en las ciudades que atravesaba se le veía subir al pulpito, era seguro que, de una u otra forma, entraría en su tema. «Amad, amad a vuestro prójimo, a vuestro prójimo desgraciado, al niño abandonado, al infiel en quien nadie piensa ; amadle con eficacia, poniendo en manos de los salesianos ese instrumento casi necesario para la salvación, la limosna.»

De sus conferencias, circulares, discursos y conversaciones, se desprende todo un tratado sobre la limosna, que podría resumirse en estas tres ideas que él desarrollaba de mil modos:

Salvar a la juventud y extender el Evangelio por los confines de la tierra es casi imposible sin la limosna ; es jugar con la salvación del alma intentar pasar las puertas del paraíso sin ser generoso en la tierra ; la limosna, seguro de paz eterna, es también en la tierra, en nuestros difíciles tiempos, patente imprescindible para la concordia social. Lo superfluo mal empleado desencade-

na las revoluciones. En resumen, sin la limosna es difícil salvarse.

* * *

Don Rua pronunciaba estos discursos con motivo de las reuniones de los Cooperadores Salesianos. Don Bosco, al morir, le confirió la custodia de esta tercera entidad, magnífica tercera orden de acción, suscitada providencialmente al margen de sus obras, gracias a su espíritu práctico.

Un día, contaba Don Rua en Turín los humildes orígenes de esta asociación esparcida hoy por todo el mundo, y decía:

«Apenas nació el primer Oratorio, ya encontró Don Bosco ayudantes a los que nosotros llamábamos Bienhechores del Oratorio de San Francisco de Sales. A medida que creció su obra, el Señor multiplicó el número de estos ayudantes. Don Bosco tuvo siempre para aquellos señores y señoras, de toda clase y condición social, que tan generosamente le ayudaban, un profundo reconocimiento.

Agradecía su colaboración lo mejor que podía, escribiéndoles, haciéndoles regalitos, enviándoles las primicias de su imprenta, algún objeto piadoso, **libros...**

Mas su pensamiento organizador no terminaba ahí. Soñaba con algo mejor.

Un día determinó presentarse al dueño de los tesoros de la Iglesia, a Su Santidad Pío IX, que le dispensaba especial cariño. Empezó suplicándole la concesión de indulgencias particulares para algunos de sus más generosos bienhechores. Recuerdo muy bien todos los **pasos** que en este sentido **dió** durante nuestro primer viaje a Roma, en 1858. Y de vuelta a Turín, ¡qué alegría tuvo al comunicar a aquellos buenos amigos las indulgencias **alcanzadas!**

Algo más tarde, hacia 1875, ante el maravilloso crecimiento de su obra, pensó Don Bosco en agrupar a todos sus bienhechores en una amplia asociación con el deseo de favorecerles con gracias especiales. Y **fué** así como concibió la organización de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos, cuyo reglamento compuso él mismo.

Al presentar al Papa esta forma anticipada de Acción Católica, recibió de Pío IX los elogios más halagadores. Su Santidad manifestó inmensa satisfacción por aquella iniciativa que le permitiría extender **sobre** los fieles las riquezas de los favores espirituales de la **Iglesia.**»

Don Rua no cesó, por su parte, de aumentar estos fervores espirituales, solicitando diversas veces de la bondad de León XIII y de Pío X la concesión de nuevas indulgencias para sus bienhechores.

Para recabar su precioso concurso recurría con frecuencia al argumento de la división del trabajo. «Los salesianos solos no lo pueden hacer todo ; ellos aportan su trabajo y su abnegación, a vosotros toca aportar generosamente el resto, que es el nervio de toda guerra, hasta el de la guerra contra el infierno.»

«Nosotros somos los brazos, decía un día en Verona, y vosotros sois los que los aguantáis.»

«¿Cómo hacer, decía en otra ocasión, para encontrar los medios con que abrir y sostener tantas obras de caridad? Pongámonos de acuerdo y baga cada uno su parte. Los Salesianos e Hijas de María Auxiliadora ponen a la disposición de Dios y del prójimo su buena voluntad, su salud y su vida. Vosotros habéis de hacer lo que hacen los padres y madres de familia cuando parten sus hijos para la guerra, habéis de rogar a Dios para que les guarde de todo peligro, les conceda la victoria contra sus enemigos, y, conocedores de sus inmensas necesidades, les habéis de ayudar también materialmente, enviándoles socorros oportunos...»

»Imposible describir las necesidades de nuestros misioneros, se lamentaba en su carta circular a los cooperadores en enero de 1893. Nuestros misioneros jamás retroceden ante el sacrificio de su comodidad y de su propia vida. Pero si no tienen los medios pecuniarios necesarios para asegurar el servicio de Dios y cubrir sus gastos, la marcha evangélica se parará. En un instante se perdería el fruto de sus grandes sacrificios. ¡Podéis imaginar con qué pena!»

Al solicitar esta ayuda económica, Don Rua comunicaba a sus bienhechores la finalidad a que se destinaba. Su primera preocupación era la de suscitar, formar, mantener y aumentar la mano de obra apostólica imprescindible para tantas empresas, adiestrar tropas de refuerzo y relevo. En segundo lugar, se cuidaba de que estos apóstoles de la salvación tuviesen locales e instrumentos capaces para facilitar su tarea.

«Así como sin obreros es imposible cultivar la más mínima parcela de terreno, así como es imposible hacer la guerra sin un ejército adies-

trado, así tampoco podremos nosotros sostener nuestras obras ni fundar otras nuevas si no conseguimos formar sacerdotes, catequistas y jefes de taller. La obra más importante que nuestros cooperadores no deben dejar de lado es, por consiguiente, la formación de personal competente. Esta formación cuesta un ojo de la cara, porque nos obliga a mantener, durante años y años, en el estudio o en el taller, a los jóvenes deseosos de unirse a nosotros.

Hay que suministrarles libros y utensilios. Hay que pensar, además, en alimentarles y vestirles. Una buena parte de vuestra limosna va a parar al sostenimiento de estos viveros de obreros de la redención.»

«¿Quién fué Don Bosco?, preguntaba un día en una iglesia de Canes. Fué un sacerdote lleno de caridad. ¿Y qué son sus obras? Son una prueba palmaria de la Providencia. ¿Qué son los Cooperadores Salesianos? Los ángeles de la Providencia. ¿En dónde está su campo de acción? En los Oratorios, los internados, las misiones. Así, pues, ayudadnos a levantarlos y a que prosperen.»

* # *

Para mejor encender en las almas la llama de la caridad, procuraba Don Rua elevar a un plano superior el egoísmo humano. Con la palabra y la pluma se empeñaba en convencer a sus amigos de que con la limosna lo ganaban todo, empezando por el cielo. Sacrificando los bienes terrenos, dando lo superfluo en favor de los abandonados, aseguraban su eterna salvación. ¿Se podría dudar ni un instante?

Por eso escribía en cierta ocasión a los Cooperadores Salesianos:

«Don Bosco, antes de morir, manifestó el deseo de redactar un folleto útilísimo que quería titular: *Los pobres, puerta del cielo para los ricos*. Las páginas de este librito hubieran estado llenas de máximas sacadas de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres; de ejemplos de la vida de los Santos, de relatos de conversiones ejemplares en el último momento y de muertes envidiables de cristianos generosos. Hubiera sido un libro tan interesante como todos los demás salidos de su pluma. Por desgracia se lo impidió su ya precaria salud.

Pero aunque no tengamos su librito, conocemos su pensamiento, que es el que hoy me anima a empujaros hacia las obras de caridad.

¿Quién de entre vosotros no desea su eterna salvación?, ¿quién no

sueña con oír un día, de labios de su Juez, sentencia favorable?, ¿quién es el que no quiere ver abiertas las puertas del cielo al salir de este mundo? Pues bien, esta suerte está en vuestras manos si hacéis **limosna** y practicáis la caridad. **Jesucristo** no engaña. Y El nos ha dicho: "Venid, benditos de mi Padre, entrad en posesión del reino eterno, porque me habéis socorrido en la persona de mis discípulos".»

«Mis queridos amigos — decía en otra ocasión —, millares de **pobres** muchachos imploran vuestra ayuda por mis labios. Unos son huérfanos y otros desgraciados. Con vuestra limosna obtendréis el perdón de vuestros pecados y se os abrirán las puertas del cielo.»

«El Señor — afirmaba otra vez — pagará vuestra caridad en la otra vida con la eterna bienaventuranza: *Date et dabitur vobis. Mensuram bonam et confertam et coagitatam et superfluentem dabunt in sinum vestrum*; vuestra herencia será una medida generosa, llena, desbordante... ¿Quién es el que os lo promete? Dios mismo, siempre fiel a sus promesas. Dios todopoderoso, que cuenta con todos los medios para cumplirlas.»

* * *

Pero Don Rua sabía que, para ciertos corazones, sumidos en el goce y posesión de las riquezas, resultan inútiles cuantas razones de un orden sobrenatural se les presenten. Por eso no dejaba nunca de poner ante su auditorio la importancia de ciertos intereses humanos, mostrando cómo, también en este mundo, toda limosna lleva su recompensa y cómo también, no haciéndola, se corren graves peligros. Decía un día:

«El Señor, que no deja sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre, paga con generosidad vuestra caridad. La recompensará en esta vida con su divina gracia, la paz en vuestras casas, la prosperidad en vuestros negocios, el éxito en la educación de vuestros **hijos**, la salud, una larga vida.»

«El año pasado, decía a otro auditorio, han quebrado muchos bancos. Los que tenían depositado en ellos su capital, empobrecieron de la noche a la mañana. Su ruina trae a mi recuerdo la recomendación que Don Bosco hacía a menudo a **sus** amigos, sobre todo a los que no tenían herederos **forzosos**: "Colocad vuestro capital, les decía, en un

vela; la fe y humildad que exhalaba su persona y la sonrisa compendio de su austeridad, su bondad, su candor infantil y una especie de llama interior que esparcía calor sobre todas las partes del discurso.

Y si repentinamente el nombre de su padre, de su maestro, salpicaba alguna de sus frases, lanzábase inmediatamente en aquella dirección y empezaba a explicar la misión providencial del santo que había formado su alma, su pasión por la juventud, las dificultades iniciales de su obra, toda la hermosa historia de amor divino vivida en su compañía, y seguía hablando sin cansarse hasta agotar el tema. Subíale el alma a los labios, palpita-
ba el corazón al compás de las palabras y conquistaba a su auditorio.

El final de su vida fue todo un himno de ardiente caridad, un himno triunfal de elocuencia sin formas retóricas, de esa elocuencia que habla directamente al alma y hace brotar en los más puros corazones una fuente desbordante de bondad que cae a torrentes sobre las miserias del mundo.

CAPÍTULO XXXIX

A VECES QUISO . . .

Hablaba un día Don Bosco con los suyos y se le escaparon estas palabras, que dicen mucho de la gran virtud y poder de su discípulo: «Si Don Rua quisiera, haría milagros».

Pero Don Rua quiso muy pocas veces. Impedíasele su propia humildad. Tal vez le espantaba tan extraño poder.

Sin embargo, a veces, atropellando el orden natural de las cosas, arrancó prodigios al Cielo con su plegaria.

Mas aún entonces ponía con habilidad una barrera protectora entre el milagro y la admiración de las gentes.

A veces hizo el milagro a gran distancia ; rezaba en la soledad de su celda por enfermos que le suplicaban oraciones desde muy lejos, y éstos se curaban.

Otras, lo realizaba en el recoleto de una habitación, lejos de todo público.

Cuando de ningún modo podía evitar la presencia de las gentes, ya se cuidaba él mismo de atribuir a María Auxiliadora y a su gran siervo Don Bosco los prodigios que salían de sus manos. El no hacía nada, absolutamente nada ; no era más que un soplo suplicante de la poderosa intercesión de lo Alto en favor de la miseria humana.

Pero su fama de santidad corría, a pesar de sus precauciones. Por donde iba, por cuantas naciones atravesaba, acudían a él, como antes habían acudido a Don Bosco, igual que se va tras de los santos para rogar su mediación ante el Señor y apartarse de su lado curados o iluminados.

Al igual que a su Padre, le sucedió **muchas** veces leer el porvenir de sus interlocutores como en un libro abierto.

Sor Clara Liprandi, Hija de María Auxiliadora, llevó un día al Siervo de Dios junto a la cabecera de su madre, de sesenta años de edad, víctima de un ataque apoplético. No había esperanzas de curación. Los médicos aseguraban su muerte para dentro de unas semanas, o tal vez días. La arterioesclerosis deshacía a la pobre enferma.

Imagínese la alegría y la sorpresa de la religiosa al oír a Don **Rua**:

—**Animo**, valor ; usted saldrá de ésta. La Santísima Virgen todavía no ha preparado su lugar en el Cielo. Usted se tiene que morir tres años después de mí.

Y así sucedió. La anciana falleció el 1913, a los tres años justos de la muerte de su bienhechor.

El Padre Fassio, uno de los secretarios, que antes había sido misionero en **América**, le preguntó un día, a título de cierta curiosidad que velaba sus ganas de volver a las misiones, cuántos años estaría todavía a su servicio. Don **Rua** se recogió un instante y respondió:

—No sueñes más en América ; no volverás más. Todavía estarás conmigo en Turín, siete años.

Esto era el 1903. Don **Rua** moría el 6 de abril de 1910.

El 17 de septiembre de 1892, fiesta de los Siete Dolores de la Virgen, fue la señorita Clerici, en compañía de una prima religiosa de las Hijas de María Auxiliadora, a Valsalice para visitar la tumba de Don Bosco.

Al atravesar el patio del Colegio se encontraron con Don **Rua**, a quien le presentó la religiosa.

Don **Rua** la entregó una medallita prediciéndola su porvenir de este modo:

—**Hija** mía, usted se hará religiosa, irá al extranjero y hará mucho bien.

Contaba la señorita el **suceso**, añadía :

—¿Yo religiosa? Me parece que esta profecía no se cumplirá. Quiero demasiado a mis padres para separarme de su lado.

Sin embargo se separó. Catorce años más tarde entró en el Noviciado de las Hijas de María Auxiliadora y el día 6 de enero de 1907, al siguiente de su profesión, partía para Albania, en donde trabajó arduosamente en favor de la juventud durante diez años.

Otra vez, durante la primavera de 1899, de paso por Marsella, le llevaron a la cabecera de una religiosa belga, Sor Victorina, atacada hacía varios meses de artrismo, paralizada en todos sus miembros. Pidiéronle bendijera a la enferma y él lo hizo con gran devoción, **añadiendo** :

—Hay que resignarse a la voluntad de Dios.

Y durante más de treinta años se resignó aquella humilde Hija de María Auxiliadora a permanecer clavada sobre su lecho de paralítica, en la Casa Madre de la Congregación, en Nizza Monferrato.

A fines de enero de 1892 estaba Don Rua en Sicilia para resolver la apertura de una nueva Casa Salesiana en Marsala. El profesor Gambini, compositor de una cantata que se interpretó en honor del Siervo de Dios, asistía a la conferencia que dio a los cooperadores de la ciudad.

Al fin de la misma se presentó a Don Rua con sus dos hijos.

—¿Cómo os llamáis, hijos míos?—les preguntó.

—Miguel y Luis.

—¡ Qué coincidencia ! También yo tuve un hermano que se llamaba Luis, y yo me llamo Miguel. Nosotros nos quedamos sin padre muy pronto...

Y después de un rato de silencio añadió :

—¿Queréis venir conmigo al nuevo orfanato? Os querré como un padre.

¡ Qué proposición más extraña !, pensó el padre cortando la conversación y despidiéndose de Don Rua.

El siervo de Dios estrechó afectuosamente su mano y le dijo por toda **despedida**:

—¡ Hasta la vista, hasta vernos en el Paraíso !

Los testigos de la escena repetían entre sí: «Triste pronóstico el de Don Rua ante esos dos muchachitos...»

El pronóstico se confirmaba a poco con un trágico **suceso**.

Aquel excelente profesor que parecía desbordante de **salud**, cayó atacado de meningitis unos días más tarde y entregó su alma a Dios, dejando huérfanos a sus hijos Miguel y Luis...

Se encontraba Don Rua en Lieja en julio de 1894, con motivo de la consagración de la iglesia de San Francisco de Sales, construida gracias a la generosidad de los cooperadores de la **región**.

Entre la Comunidad de Hijas de María Auxiliadora, vecina al Instituto Salesiano, había dos monjitas llamadas Rossini, pero que no eran parientes entre sí. Una de **ellas**, Sor Victoria, estaba gravemente enferma de los pulmones ; la otra, Sor Cesarina, rebosaba **salud**.

Don Rua recibió una a una a todas las religiosas, para darles algún buen consejo.

Cuando llegó Sor Cesarina, se preocupó detalladamente sobre su **salud**:

—Usted ¿ no está bien, verdad? Animo, hermana, ánimo.

—Padre, yo creo que se **equivoca**—replicó la hermana—, tal vez me **confunde** ; la que está enferma es Sor Victoria, la que espera para entrar ; está muy malita la **pobre**...

Pero Don Rua seguía **repitiendo**:

—Ea, ánimo, valor ; ¡ siempre conforme con la voluntad de Dios !

Al terminar la audiencia, Sor Cesarina fue a contar a la Superiora la equivocación de Don Rua. Pero después, reflexionando, pensó si no sería ella la equivocada y que Don Rua la avisaba de un mal próximo.

En efecto, unos días más tarde, se resfrió y empeoró hasta atrapar una tuberculosis galopante. Volvía Don Rua a Turín y ella ya había comparecido ante el Tribunal de Dios.

Sor Victoria, que parecía estaba a las puertas de la muerte, vivió todavía cinco años.

Las Hermanitas del Refugio de Santa Filomena, próximo a la Casa Madre de Turín, del que fue capellán Don Bosco en los comienzos de su carrera sacerdotal, se presentaron ante Don Rua con una jovencita. No sabían qué hacer con ella, era un diablillo. Se rebelaba contra toda disciplina, era mala con sus compañeras, irrespetuosa con sus maestras y sostenía un lenguaje y ciertas actitudes casi escandalosas. La Superiora, descorazonada, antes de tomar una decisión extrema, recurría a Don Rua, en demanda de su bendición.

Don Rua recibió sonriente a la niña. Se mostró bueno, dulce y paternal con ella. Le entregó una medalla de María Auxiliadora, cuando la tuvo de rodillas a sus pies, la dijo:

—Hija mía, te bendigo de todo corazón para que seas buena, santa y hasta para que te hagas religiosa.

Su triple predilección se realizó.

La muchacha cambió a ojos vistas, con gran extrañeza de sus maestras, que advertían la energía y constancia de sus esfuerzos. Terminó por corregirse de todos los defectos que se le reprochaban, y tomó el velo de las Hermanas de la Inmaculada Concepción en Ivrea.

Don Rua leía el porvenir y penetraba en el fondo de las almas. He aquí otros dos ejemplos:

Habiendo ido un día a celebrar la Santa Misa en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora de Nizza, hubo una alumna que se abstuvo de comulgar.

Al salir Don Rua de la capilla, después de su acción de gracias, se tropezó con la joven. Quiso ésta huir su mirada y conversación, pero él la llamó, la miró profundamente y la dijo, muy bajo:

—¿No has comulgado porque tu última confesión no fué buena, verdad? ¡ Arregla eso pronto !

Otra vez se presentó ante él una señora reclamando sus oraciones para obtener una gracia muy importante.

— Con mucho gusto — respondió Don Rua — . La tendré presente ante el Señor. Pero recuerde que para que El oiga mis súplicas, **antes...** hay que allanar las montañas y terraplenar los valles.

La buena señora comprendió. Su conciencia no estaba del todo limpia. Más de un reptil se escondía bajo la hierba. **Empezó** por una limpieza a fondo de su alma.

* * *

Romper el velo del porvenir, descubrir el secreto de las conciencias, manifestar a un alma con toda claridad la voluntad de Dios, son todas señales de lo divino. Sólo Dios puede saber lo que sucede en el mundo. Si el ojo humano llega a penetrar este doble misterio, es porque Dios le presta su mirada durante unos instantes. No se equivoca la voz popular cuando llama milagrosas ciertas revelaciones repentinas.

Sin embargo, cautiva más la atención de las multitudes una curación instantánea. Y se concibe. Esta clase de hechos maravillosos, como el leer en las conciencias, exige una total comunicación entre las dos personas, y la predicción de hechos es algo que queda inacabado por el momento. El milagro profético tiene dos partes : ¿y quién le asegura a uno vida hasta que llegue la segunda?

Por el contrario, una curación es algo inmediato y público.

Un cuerpo enfermo ; se acerca un santo, hace oración, da una bendición, da una orden y la enfermedad huye como por arte de encantamiento...

Es lógico que tales sucesos gocen de más favor entre la gente sencilla que los contempla, aunque no sean más milagrosos que los otros.

Nuestro Señor permitió también esta aureola de gloria, con hechos de esta índole, para la cabeza de Don Rua.

El profesor M. de Magistris, que lo había sido de Literatura

en el colegio de Alassio, cayó herido de apoplejía el 1892, cuando apenas contaba cuarenta y dos años. Los médicos que le visitaron dieron pocas esperanzas de éxito. Llamaron a Don Rua.

Cuando éste llegó estaba el enfermo agonizando en pleno estado comatoso.

Don Rua se recogió profundamente, rezó con todo fervor junto al buen cooperador salesiano y después, volviéndose hacia los familiares, dijo con un tono que infundía confianza a todos:

—No temáis. No se morirá. Tened la misma confianza que yo tengo.

Y volviéndose al enfermo, cuyo pleno conocimiento advertía bajo la rigidez cadavérica, murmuró, poniendo las manos sobre su ardorosa cabeza:

—Estate tranquilo, mi querido José, curarás, y aún vendrás a sentarte a mi mesa.

Esto sucedía el 29 de mayo de 1892. Treinta y ocho años más tarde nos lo contaba todavía el profesor De Magistris.

Dos años antes hubo otra curación singular.

Había en Saint Cyr, cerca de Tolón, un tal Juan Rondin, a quien Don Bosco había curado milagrosamente de gastritis primero y de taquicardia después. Posteriormente había quedado totalmente sordo. Acudió a la conferencia que Don Rua dio en la iglesia parroquial, pero el desventurado no pescó ni una palabra.

—Bueno, pensó, cuando termine el Oficio me acercaré a él y me curará como Don Bosco.

Pero le asediaron en forma tal a la salida del templo que el pobre hombre no hallaba modo para acercarse a su médico. Entonces se dirigió al orfanato de niñas, a donde debía ir Don Rua.

Apenas le vio se echó a sus pies. Y sin dar tiempo a Don Rua ni para preguntarle qué deseaba, comenzó a gritar como acostumbra los sordos:

—No oigo ni palabra. Pero deme su bendición y sanaré.

Don Rua le preguntó:

—Si usted cura, ¿me promete que se hará cooperador salesiano?

—Es sordo, no oye nada—dijeron los **circunstantes**.

Pero con gran estupefacción de todos le oyeron **replicar** :

—¿Cooperador salesiano? ¿Qué es eso?

Este hecho aparece en las Actas de la Causa de Don **Rua**, depuesto bajo juramento por uno de los **testigos**, que lo oyó de labios de Sor Alejandrina, Superiora del Orfanato.

En junio de 1889, a principios de su rectorado, fue al Colegio Salesiano de Borgo San Martino, para celebrar la fiesta de San Luis Gonzaga. En la estación le esperaron con la banda de música y le acompañaron hasta el colegio al marcial compás de un pasodoble.

Poco antes de llegar a la puerta cesó la música, porque estaba moribunda una de las religiosas de servicio de la **comunidad**. Enferma de tífus, complicada con broconeumonía y con un ataque nefrítico. Tenía temperaturas altísimas, frecuentes delirios y se debilitaba rápidamente. No había esperanza alguna.

Después de cenar, Don **Rua** fué a la cocina para saludar a las Hermanas y al observar su **tristeza**, se emocionó. La Superiora manifestóle su pena por perder una de las Hermanas y le pidió **le** tomara los votos perpetuos en su lecho de muerte.

El Siervo de Dios se recogió unos instantes y les dijo en tono de plena **seguridad** :

—No lloréis ; la Hermana no morirá. Tiene mucho bien que hacer todavía en la tierra. No tengo tiempo de ir a verla, pero decidla que esté tranquila. Mañana pasaré. Esta noche, a las nueve, le daré la bendición de María Auxiliadora desde mi habitación.

Al salir de la cocina, Don **Rua**, asistió a las oraciones de la noche con los **alumnos**, a los que recomendó rezaran, antes de acostarse, tres avemarias en favor de la religiosa enferma.

Sor Filomena, que no podía dormir desde hacía quince días, cayó en un profundo sueño a las diez ; y cuando, a la mañana **siguiente** pasó el médico y preguntó a qué hora había muerto la Hermana, le respondieron que todavía vivía y que parecía **mejorar**.

En efecto, el médico encontró que no tenía más que una gran debilidad que debía combatir con presteza.

Vivió veinticinco años más y falleció siendo directora de un hospitalillo salesiano en Damasco (Siria).

Al año siguiente, confirmóse su poder ante el Señor y la seguridad de sus predicciones con un caso idéntico, sucedido en la Casa Madre de las Hijas de María Auxiliadora.

Sor María Sorbone, religiosa salesiana, se iba apagando poquito a poco, víctima de cáncer en el estómago. Hacía más de cuarenta días que no tomaba nada, cuando Don Rua, que había ido para presidir el Capítulo General de las religiosas, pasó a visitarla.

—Bese la reliquia de Don Bosco que llevaba al cuello—le dijo—, y pídale la curación.

A continuación la bendijo y la hizo pronunciar sus votos perpetuos.

Púsole sobre la cabeza la tradicional corona de flores y dijo:

—Deseamos que viva tantos años como rosas hay en esta corona. En efecto, usted debería morir ahora, pero Don Bosco necesita milagros... Usted vivirá, sanará, pero no del todo, porque siempre tendrá algún mal que la atormente. A pesar de ello hará mucho bien.

Y bendijo por tercera vez a la religiosa antes de salir de la habitación.

Aún no había bajado la escalera y ya Sor María pedía de comer.

Creyeron que deliraba ; pero como insistiera en sus deseos, la llevaron alimentos ligeros.

Antes de la puesta del sol tuvieron que darla de comer siete veces.

A la mañana siguiente se quedó pasmado el médico al ver que la enferma que creía había de encontrar muerta, salió a recibirle gritando que estaba sana.

Se restableció en seguida, pero cada año hubo de soportar al-

guna prueba. La profecía de Don Rua se cumplía al pie de la letra.

Sor María un día tuvo miedo... Había contado las rosas de la corona, por lo que un día pensó con **ansiedad**: «es la última que deshojo, es el último año de mi vida...»

Don Rua adivinó su angustia. Y tomándola un aparte le dijo: —Prométeme trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas, y le diré a Don Bosco que doble, que multiplique el número de sus años.

Hace cuarenta y tres años que esta religiosa se levantó curada ; ha pasado con mucho el número de rosas de la corona y continúa yendo y viniendo entregada a la salvación de la juventud, justificando con su existencia el nombre con que Don Rua la bautizó: Sor *Milagro*.

Cierto día, durante el verano de 1905, supo que el Conde Cays, hijo del Padre Cays de Giletta, su compañero de viaje a París en 1878, que como se sabe se había hecho salesiano al enviudar, acababa de caer gravemente enfermo. Una terrible nefritis le ponía a dos pasos de la muerte.

Creyó que el aire de la montaña le iría bien y se trasladó al castillo de sus padres en Casalette, cerca de Turín, en los primeros contrafuertes de los Alpes. Pero el mal seguía y hasta se agravó. Su señora pensó en Don Rua y le rogó intercediese por la salud amenazada del conde.

Al día siguiente de escribir la carta al Siervo de Dios, llegó a Casalette el Barón Garofoli, pariente del enfermo, y dijo apenas le vió:

—Acabo de dejar a Don Rua con quien he viajado de Alessandria a Turín. Te traigo su bendición y algo más. Es una noticia que te alegrará ; me ha encargado te diga que estés tranquilo, porque tu curación es segura.

No era, en efecto, mal recado. El buen amigo de Don Rua fue rehaciéndose lentamente, y alcanzó perfecta salud gracias a las oraciones del hombre de Dios.

Contaremos un hecho más de la interminable **serie**.

Visitando en **Giaveno**, a treinta kilómetros de Turín, una institución naciente de religiosas, le rogaron bendijera a una parálitica que yacía en cama hacía varios años.

Aceptó y subió a la habitación de la enferma.

Apenas pasó la puerta advirtió que cerraban con llave. Aquello era una emboscada. La enferma lo confesó ingenuamente.

—Padre—le dijo—, usted no sale de esta habitación sin mí. Tiene que curarme.

Seguramente encontraría Don Rua que no era un proceder muy elegante, pero admiró la fe inspiradora de tanta audacia.

Se recogió, rezó y... salió de la habitación con la anciana parálitica, que había recobrado el uso de todos sus miembros.

Aún vivió muchos años, bendiciendo al Cielo por haberle inspirado aquella ocurrencia, gracias a la cual recuperó el movimiento.

El suceso siguiente no lo trae **Auffray**, pero nos parece importante. Lo cuenta el P. Fierro, testigo ocular.

Visitaba Don Rua el Colegio de Este, de las Hijas de María Auxiliadora. Apenas llegado bajó corriendo la Hermana sacristana y le decía: «Padre, ¡le maledica, le maledica!» «Padre, ¡maldígalas, maldígalas!»

—Pero, hija mía, ¿a quién? Si los sacerdotes estamos para bendecir, no para maldecir a nadie.

—¡Le formiche!, ¡le formiche! ¡Las hormigas!, ¡las hormigas!

Efectivamente, en la casa había una invasión de hormigas.

Pronto llegó la Directora y aclaró:

—Lo invaden todo, y parece que se han aposentado en la sacristía y la iglesia, y cuantos más insecticidas se echan, parece que ellas se multiplican más.

—Bueno—dijo Don Rua—, la Iglesia tiene sus exorcismos. ¿Tenéis fe en las oraciones de la Iglesia?

—Padre, ¡sí!

—Entonces preparad roquete, estola, ritual, agua bendita.

Pero no olvidéis que también las hormigas son criaturas de Dios y tienen derecho a vivir. Si se marchan de la casa habrá que buscarles un sitio en otra parte y proporcionarles alimento.

—Allá en un rincón de la huerta, y les echaremos los desperdicios.

Así se convino.

Con la expectación que es de imaginar, fueron todas las Hermanas y alumnas a la capilla. Don Rua se vistió y rezó los exorcismos.

Todo fue acabarlos y empezar las hormigas a marcharse en larga fila hacia la huerta y el sitio que les habían destinado.

Naturalmente, la admiración fué grande, sobre todo en las niñas, que empezaron a murmurar: ¡Milagro!, ¡milagro!

El Siervo de Dios replicó:

—Sí, milagro. El milagro de vuestra fe, el milagro de la oración de la Iglesia. ¿No dijo Nuestro Señor que si tuviéramos fe, aunque fuera tan pequeñita como grano de mostaza, diríamos al monte: ¡quítate de ahí y échate en el mar! y el monte se quitaría? Pues cuánto más las hormigas...

Pero las hormigas os han dado una gran lección de obediencia. Ya las habéis visto, calladitas, calladitas, sin quejarse ni refunfuñar se han marchado a donde se les ha mandado.

La madre Clelia Genghini, luego Secretaria del Capítulo Generalicio, que presenció el hecho, solía narrarlo con muchos detalles.

* * *

Queda patente cómo en diversas ocasiones Don Rua consintió en hacer milagros que, según decía su Padre, podían alcanzar sus oraciones.

Pero no abusó de este privilegio. Y cuando lo empleó, tomó las mil precauciones para desconcertar el fervor de las multitudes; temía que la fama de taumaturgo detuviera su marcha hacia el cielo o perjudicara la gloria de su Padre.

Hasta en el empleo de este misterioso poder pensaba en Don

Bosco. Si los intereses superiores de las almas exigían que interviniese y emplease su poder de intercesión, lo hacía con una discreción que le clasificaba en la familia de los taumaturgos, pero lejos, muy lejos de Don Bosco...

Por fortuna, las turbas no se dejaban influenciar por sus sentimientos de humildad y, aún en vida, corrían a él como a una fuente de luz y de energía. Sabían que Elias, al abandonar la tierra había dejado a su sucesor, en los pliegues de su manto, entre otras virtudes, la de penetrar hasta el fondo de los corazones, la de descorrer los velos del porvenir y la de devolver la salud a ios enfermos.



CAPÍTULO XL

EL HOMBRE Y EL SANTO

Si el contraste moral entre Don Bosco y Don Rua saltaba a la vista, el físico era todavía mayor.

El rostro, la sonrisa, la actitud del uno eran la paternidad personificada ; en el otro, todo era una dulce gravedad, actividad ordenada con su punta de austeridad.

Cuando andaban por el patio entre los chicos, aquél era alegre, expansivo, comunicativo ; éste, resultaba tan afable como el Padre, pero era más reservado, más concentrado.

Para pintar a Don Bosco bastaría evocar los rasgos del Buen Pastor con que los artistas primitivos le pintaron, al fresco, sobre los muros de las Catacumbas, atrayendo las ovejas a sí y ellas siguiéndole. Don Rua tenía que ir él en su busca o, por lo menos, dar los primeros pasos. Cuando las había juntado, ya no se apartaban de su lado, prisioneras de un cierto encanto misterioso ; pero tenía que lograr juntarlas.

Resumiendo, aparecía el uno y los corazones volaban hacia él ; el otro, daba cierto miedo al principio. Había que acercarse a él y entonces, sí, también él ataba, pero de otro modo.

Todos los retratos que de él tenemos, después de sus treinta años, confirman esta primera impresión de su persona. Los años fueron marcando, cada vez con más fuerza, los distintos rasgos de su rostro, pero permanecía lo característico: su ancha frente, alta y despejada, los pómulos salientes, ojos hundidos en las órbitas, con un cerco rojo, a partir de los sesenta años, boca bastante grande, labios muy finos, cuya delicada comisura, unida a la fuerza de su mirada, revelaban una fuerza de voluntad poco co-

mún y un extraño contraste entre la parte alta de la cabeza, grande y severa de pensador, y la inferior, dulce, fina, casi graciosa. Nada vulgar en su conjunto: toda una personalidad.

La altura de su cuello completaba la de su persona. No era alto, pero lo parecía por su delgadez. Se advertía sus huesos bajo la pobre tela de su sotana, particularmente cuando paseaba en su favorita actitud: cabeza un tanto inclinada hacia adelante, hombros levantados y brazos ante el pecho, con la palma de una mano apoyada sobre el dorso de la otra.

Bajo esta envoltura *tan pobre de carnes*, se escondía un alma maravillosa.

Era hombre de inteligencia superior. Sin ser un espíritu original, ni hombre de fórmulas nuevas o que marchara fuera de caminos trillados, gozaba de espíritu penetrante. Entendía las cosas en seguida. Siempre fue el primero entre los de su clase, con el mismo éxito en las diferentes materias. Su cultura general era amplia y sólida, acrecida después con la lectura, los escritos, la reflexión y el trato de los hombres.

Uno de sus íntimos decía: «Con los años envejece todo en él, menos su cerebro, tan fresco a los setenta años como a los treinta».

Tenía cierta agudeza de la que daba frecuentes pruebas, particularmente cuando quería dejar caer algún consejo o cubrir su humildad.

Así, un día le preguntó a un Hermano coadjutor, empedernido fumador, a quien quería corregir de su costumbre:

—¿Es verdad que se fuma en el Oratorio?

—No sé nada, Don Rua.

—Veo que yo estoy mejor informado; te aseguro que en ciertos lugares se fuma. Debieras ocuparte de impedir este desorden.

—¿Pero cómo?

—¡ Oh !, es muy sencillo. Tú les dices, por ejemplo: Ya sabéis que el olor del tabaco me produce náuseas, espero me evitaréis esta molestia no fumando. Y los muchachos, que tienen muy buen corazón, verás cómo te ahorrarán esa molestia.

Durante una fiesta estuvo encargado de vigilar el servicio del banquete, a la puerta del comedor.

Inclinado sobre la barandilla de la escalera vio cómo uno de los improvisados camareros tomaba una ciruela y se la comía apresuradamente. Se ve le supo a cielo, porque metía a continuación la mano en la compota para sacar otra, cuando de lo alto de la escalera se oyeron tres sílabas que paralizaron sus dedos: «¡ Y van dos !»

Era la voz de Don Rua, testigo de su golosinear.

—«Tu casa está muy pobre—decía un día al Padre Binelli, maestro de novicios en Francia—, vamos a tener que hacer algo por ella.»

—No, no, Don Rua, por favor. Al contrario, le voy a dar algo para nuestras obras.

—No, no, déjame en paz ; déjame hacer, que no me arruinaré. Toma estos tres billetes de cien francos ; es poco, pero...

—Don Rua, usted me confunde, no sé cómo agradecersele...

—No me lo agradezcas. Son tuyos. Los encontré en el cajón de la mesa de la habitación en donde he dormido. Más cuidado, querido Don Binelli, menos distracciones...

Otra vez le preguntaba al P. Versiglia, más tarde Obispo y mártir de la fe y la pureza, en China.

—¿Nunca ha hecho usted milagros, Don Rua?

—Sí, pero no me gusta contarlos.

—Cuénteme uno, al menos.

—Pues bien, escucha ; pero ¿no se lo contarás a nadie, eh?

—Conforme.

—Hace poco todavía, me llamaron para que fuera a dar la bendición de María Auxiliadora a una señora anciana, parálitica incurable... Cedió a las instancias de la familia que esperaba su curación. Le di la bendición y...

—¿Y se levantó curada?

—No, murió un cuarto de hora después.

Esta su preciosa inteligencia estaba ayudada por su prodigiosa memoria. A todos dejaba admirados. Cualquier idea, fecha,

Hubiera sido difícil encontrar una vida más ordenada y reglamentada que la suya. Hasta durante su última enfermedad se impuso un reglamento para sus últimos días.

Sabía a dónde iba, y marchaba siempre por el camino más seguro, sin desviarse jamás ; a paso lento a veces, mas sin perder la dirección.

Era de una voluntad tranquila, de esas que se empeñan en vencer un obstáculo y terminan con el triunfo.

Una voluntad iluminada y perseverante que acabó por hacer de él un hombre incomparable. No importa que su imaginación no anduviera sobrada de originalidad. ¿Acaso la necesitaba?

Conocía muy bien el plan de combate: Por centésima vez Don Bosco se lo había indicado antes de morir y con él tenía suficiente. Marchaba derecho al objetivo y sus tropas le seguían. Era un jefe de valer sin cuento por las cualidades de espíritu claro y seguro y de carácter.

Jamás anidó en su alma el desaliento, en su larga vida de casi tres cuartos de siglo. Algunas pruebas atormentaron su alma e inundaron su corazón de tristeza ; pero su voluntad siempre tranquila y decidida no abandonó nunca una obra emprendida. Se acordaba en toda ocasión de Don Bosco, el cual nunca se apartaba del surco, pese a las más crueles tormentas.

Hay un hecho muy significativo que revela, en su pequenez, la energía de su alma. Durante los últimos días de su existencia no era capaz de escribir una palabra, pues temblaba su mano por la debilidad y la fiebre. Quería, sin embargo, despachar personalmente el correo. Acudió entonces a poner sobre el dorso de su mano un trozo de ladrillo o madera para que, comprimiéndola, redujese en parte las convulsiones de sus nervios.

* * *

Don Rúa era un hombre de espíritu equilibrado, de corazón paterno y voluntad de jefe y organizador. Era una planta vigorosa, cuya savia ascendía impulsada por la gracia de Dios, en

la que se injertaba y desarrollaba una frondosa santidad de rara calidad.

Aquel niño de cuatro años que dijo en Roma señalándole con el dedito: «Usted es un santo», era el portavoz de las inmensas muchedumbres que querían acercarse a él para respirar el perfume de sus virtudes cristianas, a pesar de su rostro demacrado, su mirada penetrante y su austera actitud.

Monseñor Mantegazza, Obispo auxiliar de Milán, solía repetir: «Tres cosas hay en Turín dignas de veneración: el Santo Sudario, Nuestra Señora del Consuelo y Don Rua».

El P. Franco, de la Compañía de Jesús, se preguntaba ya en 1869: «¿Quién es más santo de los dos? ¿Don Bosco o Don Rua?» y respondía a continuación: «No sabría decirlo».

Por su parte, Monseñor Bertagna, Obispo auxiliar de Turín, gran amigo de Don Bosco y teólogo de fama, no dudaba en decir: «Si para canonizar a Don Bosco faltaran por casualidad pruebas de la heroicidad de sus virtudes, bastaría decir que ha formado a Don Rua».

Su formación se había logrado por la vía de los principios que siempre animaron la espiritualidad del fundador de los Salesianos.

* * *

Hay rasgos característicos que distinguen a sus hijos de los otros religiosos.

Tiene el salesiano un algo que hace se le conozca en seguida. Su virtud esencial es el amor y una pasión por el trabajo, como la tiene el franciscano por la pobreza, el dominico por la predicación de la verdad, el trapense por la penitencia y el jesuíta por la defensa de la Iglesia.

La virtud del trabajo en la Sociedad Salesiana es una tradición de familia, es la última voluntad del fundador a la hora de la muerte, es la única gran penitencia que tiene impuesta, es el escudo de su virtud.

Don Rua practicó esta virtud en grado heroico. Fué mártir

la meditación del día. Y como protestara el enfermero diciéndole que no podía hacer aquel esfuerzo de atención, suplicó:

—Léeme, al menos, el resumen de los dos puntos.

¡ Fiel hasta el ultimísimo momento !

Por nada del mundo retardaba su confesión semanal. Cuenta el Padre Albino Ronchail que, yendo cierta vez de Lila a Ruitz en compañía de Don Rua, éste le pidió que le oyera en confesión apenas partió el tren, porque era su día. Allí mismo, en pleno vagón de tercera clase, Don Rue se puso de rodillas y el Padre Ronchail tuvo que confesarle.

El viernes anterior a su muerte, con el exceso de dolores y la asfixia lenta que avanzaba, se olvidó de la confesión semanal. Pero al despedirse por la noche de su confesor, el P. Francesia, le dijo:

—Dame la bendición antes de dejarme.

—Querido Don Rua—respondió entonces el confesor—, si quieres, te daré también la absolución.

—Ah, ¿es viernes? Perdóname; si pierdo hasta la noción de los días por culpa de este corazón que me ahoga sin descanso. Pero espera un momento que voy a prepararme.

Cuatro días más tarde moría. Fiel hasta la última semana.

Mientras pudo, o sea hasta el mes de noviembre de 1909, hizo recreo con la comunidad, después de comer. Así lo quería la Regla; no quiso argüir que no se lo permitían sus ocupaciones, su cansancio, sus enfermedades. Había que dar ejemplo y se estaba entre sus hijos, paseando bajo los pórticos, rodeado de una turba de muchachos a quienes contaba bonitas historietas.

Un día comía con la comunidad Monseñor Cagliero, recién llegado de América; los comensales creyeron que Don Rua dispensaría de la lectura de Regla y así, apenas terminados los versículos del Nuevo Testamento se pusieron a charlar. Pero el buen Padre, dirigiéndose al Obispo, dijo en seguida: «Estoy seguro, Monseñor, que le gustará oír la hermosa voz del Padre Rabagliati. Lee admirablemente».

Y el Padre Rabagliati no tuvo más remedio que tomar el li-

bro y dejar oír su hermosa voz. Terminaron las conversaciones y siguió la lectura.

Como quiera que durante los últimos meses se le viera decaer de día en día y que no admitía ninguna especialidad, los religiosos imaginaron la siguiente estratagema: Encargaron un caldo más sustancioso para la mesa en donde él se sentaba. Don Rua lo tomó durante algunos días, pero después adivinó el engaño. Entonces, pidió un día un plato de caldo de la sopera general. La comprobación le demostró que no se había equivocado, con lo que no apareció más la sopera especial.

Su celo por la Regla llegaba a detalles inimaginables. Después de la primera crisis de su enfermedad quería que cada mañana su enfermero, el Hermano Balestra, le despertase a palmadas y diciendo *Benedicamus Domino* como quiere la Regla salesiana que se haga cada mañana a la hora de levantarse.

Después de las oraciones de la noche, observante como era Don Rua del silencio sagrado, que alcanza hasta después de la misa de comunidad, acostumbraba sorprender, apareciendo súbitamente, a aquellos religiosos distraídos u olvidadizos que se entretenían charlando por la casa. Cuando menos se le esperaba, aparecía él y se dispersaban los culpables. A veces se acercaba a ellos y temiendo que reanudaran la conversación, les invitaba con toda amabilidad a rezar con él el santo rosario que, fácilmente alcanzaba, por aquella noche, a las tres partes. Después de pasearse con sus víctimas durante una media hora, terminado el rosario les acompañaba hasta la puerta de su habitación y se despedía deseándoles muy buenas noches.

En su cuidado por la Regla llegaba hasta las prescripciones de la Sagrada Liturgia que él cumplía y hacía cumplir hasta en las menores exigencias.

Porque vio un día a uno de sus hijos salir al altar sin bonete, le dio el suyo, y cuando al terminar la misa se lo devolvió, le dijo: «No olvides más la rúbrica que dice *capite coperto*. Al ver a otro salesiano que salía al altar y llevaba el cáliz muy bajo, le susurró: *Ante pectus, ante pectus*; a la altura del pecho. Y otra vez, al acabar una misa solemne que él mismo había canta-

y hacer lo mismo que él. Así lo proclamó unos días después del triste suceso, en la primera carta dirigida a todos los salesianos.

«Nuestra principal preocupación debe ser —escribía— la de sostener y extender oportunamente las obras fundadas por Don Bosco, la de seguir fielmente sus métodos de educación, la de imitar el modelo que el Cielo, en su bondad, nos ha dado. Este es el programa que mi cargo de Superior General me impone.»

Y fué fiel al mismo.

Don Rua no era un espíritu vulgar. Tenía ideas propias ; sabía pensar por sí mismo en muchos asuntos. Su puesto no se lo permitía ; su humildad no le dejaba obrar más que como lo hubiera hecho Don Bosco.

Hasta cuando, solicitada por su oración, bajaba la fuerza del Altísimo a sus manos para operar el milagro, se empeñaba en demostrar que era Don Bosco o la Virgen que seguían la serie de sus maravillas. Su único mérito consistía en hacer invocar nombres tan poderosos...

Donde mejor se veía su humildad era en sus viajes. Al verse asediado por las muchedumbres que de mil modos manifestaban su afecto, decía: «¡ Cómo quieren a Don Bosco !») Cuando el entusiasmo de las multitudes iba derecho a su propia persona, rechazaba todo honor diciendo: «Os equivocáis, mis queridos amigos ; yo no soy Don Bosco». Y cuando se daba cuenta de que la veneración un poco indiscreta de los fieles, llegaba hasta cortarle la sotana, no cesaba de murmurar: «¡ Cómo se equivocan ! ¡ Si me conociesen bien, otra cosa sería !»

Nunca puso ningún título en su tarjeta de visita. Era Superior de una gran Congregación ; había sufrido brillantes exámenes que le autorizaban a usar el título de Profesor, muy estimado en Italia, pero en sus tarjetas de visita no se leía más que :

Don MIGUEL RUA, presbítero

Oratorio Salesiano, Via Cottolengo, 32

Turín

Al P. Belmonte, primer Vicario General, le sucedió el P. Felipe Rinaldi, elegido por Don Rua.

Arreglando los papeles del difunto P. Belmonte, encontró las últimas pruebas de imprenta del *Manual del buen Administrador*. Y le dijo a Don Rua:

—No sabía que Don Belmonte hubiese escrito este volumen. He encontrado las pruebas de imprenta en un cajón. Es una obra de valor. Yo creo que conviene acabar de imprimirla. ¿Qué le parece a usted?

—Haz como gustes—contestó Don Rua.

El libro apareció bajo el nombre de Don Belmonte, y se hubiera seguido en el error, Dios sabe hasta cuándo, si otro día no hubiera caído en manos del P. Rinaldi el mismo original de puño y letra de Don Rua.

La tristeza que invadió al Siervo de Dios cuando el doloroso drama de los sucesos de Varazze, se debió en parte al sentimiento de que eran sus pecados los que habían merecido esta prueba a la Sociedad.

«El Señor ha castigado a los inocentes, iba repitiendo, por mi presunción y mi soberbia. El peso del gobierno de la Sociedad es superior a mis fuerzas. Yo no debí aceptarlo cuando me eligieron en 1898. Mis hermanos pagan ahora bien caro esta factura de orgullo».

Era inútil razonarle y asegurarle que se equivocaba; persistía en su sentimiento y se golpeaba duramente el pecho.

Después de la elección que tanto pesaba sobre su corazón, hizo unos propósitos que marcaban su conducta como Superior General y que guardó escritos hasta el fin de su vida en la cartera. Al leerlos se advierte cómo quiere basar sobre la más profunda humildad todas las virtudes que, según él, debe tener un superior: afabilidad, dulzura, caridad, calma, prudencia, celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Helas aquí:

1898.—*Rectorem posuerunt*: Te eligieron por jefe; por consiguiente:

1.º *Noli extolli*: no te hinches: humildad.

2.º *Esto in illis quasi unus ex ipsis*: está en medio de ellos, como uno de ellos mismos: afabilidad.

3.º *Curam illorum habe*: caridad atenta para proveer a todos de lo necesario, en lo espiritual y en lo temporal.

4.º *Et sic conside*: trata los asuntos de la Sociedad con calma y prudencia.

5.º *Et Omni cura tua explicita, recumbe*: dedica tu celo a promover la gloria de Dios y la salvación de las almas.

* * *

De sobra conocía él este tipo ideal del superior. Lo había tenido ante sus ojos durante cuarenta años, sin cansarse de admirarle e imitarle.

Se entregó a él desde niño, y no se separaron jamás. Lo mismo joven que de hombre maduro, le siguió paso a paso y le estudió en los menores detalles.

Su camino estaba iluminado por las palabras, las recomendaciones y los consejos de Don Bosco recogidos uno a uno escrupulosamente. Estaba impregnado de su espíritu y tenía su voluntad identificada con la del Santo.

Ningún capitán tuvo un soldado más dócil, no hubo un santo con devoto más convencido.

Don Rua no tenía otra obsesión que la de reproducir lo menos imperfectamente posible a su Padre. Lo repetía a menudo: «¡ Ah, si pudiese ser una pálida copia de Don Bosco !»

Este deseo era la expresión de su sed insaciable de santidad. La voluntad humana más tenaz es limitada para poder reproducir la infinita variedad de los aspectos de Jesucristo. Se ha de resignar a copiar solamente algunos rasgos de su adorable rostro. El alma humana es incapaz de desarrollar en sí los gérmenes divinos en ella depositados por el bautismo, y se ha de conformar con elevar a un grado eminente alguna de las virtudes. Es la ley de la división del trabajo, transportada al dominio sobrenatural y aplicada a la imitación del Salvador de la humanidad.

Don Bosco se doblegó humildemente a sus exigencias y sacó del corazón de Jesús su amor por la juventud y su celo incansable por salvarla.

Don Rua le imitó.

Pero, al poner sus pies sobre las huellas de Don Bosco, siguiendo su ideal, no tenía más objeto que manifestar a Nuestro Señor y a su bendita Madre, el amor que ardía en su corazón por ellos.

Esa era la aspiración de su alma ; la clave de la bóveda de su edificio espiritual eran Jesús y María.

Conocerlos y amarlos, hacerles conocer y hacerles amar.

Y en él, todo: su actividad incansable, que convertía las horas en oración ; su exacto cumplimiento de la regla, que no era más que un acto de sumisión al querer divino ; su constante empeño en liberarse de los bienes de la tierra, que impiden la ascensión del alma ; sus trabajos, sus sacrificios, sus perpetuas renunciaciones, dirigidas a apartar del camino a la creatura demasiado dominadora ; su humildad, que le conservaba en su lugar, sin usurpar ningún derecho divino sobre su vida ; todo esto — expresión de la fórmula salesiana trabajo-oración-templanza — , no era para Don Rua más que la fórmula para decir a Jesús y a María que les amaba.

Un amor tierno, celoso, inquieto, ardiente que se veía claro en su vida de oración y que se demostraba con su vida de trabajo.

Al llegar aquí se amontonan los hechos con tal abundancia que la pluma del escritor no sabe cuáles elegir.

* * *

Con las lágrimas en los ojos, le decía al enfermero que le vendaba las piernas durante su última enfermedad, con cariño más que filial:

— Te ruego hagas esto por amor de Dios, no por Don Rua.

Se enteró de que Crispi, el famoso hombre de Estado y antiguo amigo de Don Bosco, favorecedor de la revolución, se encontraba moribundo en Ñapóles. Escribió en seguida al P. Piccolo, Provincial salesiano, suplicándole hiciera los imposibles para llegar hasta aquella alma enferma, aunque tuviera que vestirse de paisano para lograrlo.

Le sugería el P. Francesia, en su lecho de muerte, ofreciera sus sufrimientos por el alma de uno que le había proporcionado muchos sinsabores, y le respondió: «Lo he hecho siempre. Y no sólo por este buen amigo, sino también por Fulano, Zutano y Mengano». Eran tres de sus antiguos subordinados que martirizaron cruelmente su corazón.

Su ardiente celo deseaba multiplicar de tal modo las Casas Salesianas, que un día, el que había de ser su sucesor, Don Pablo Albera, le dijo: «Yo creo que como el demonio no puede tentarlo por ninguna parte, llegará a lograr algo por ahí. Le empuja a demasiadas fundaciones, se va a debilitar la organización de la Sociedad».

Era un temor exagerado. Don Rua encendía los nuevos hogares salesianos solamente para acercar a ellos las almas y salvar la juventud en peligro.

Un día le hicieron saber que el alma de uno de sus antiguos alumnos llegado a Turín corría peligro de muerte.

El desgraciado había ido allí para cometer una falta irreparable. Don Rua le escribió inmediatamente una carta al hotel en donde se hospedaba. El hijo pródigo no respondió. Entonces, Don Rua salió en busca de la oveja perdida. Se presentó en el hotel, persuadido de que con sus palabras, sus súplicas y sus lágrimas ablandaría aquel corazón obstinado y le detendría al borde del abismo.

Hubiera logrado su objeto de haber podido atrapar durante diez minutos aquella pobre alma en la red de su ternura.

El desgraciado lo entendió así y mandó a decir que estaba ausente.

Don Rua volvió a instar.

Entonces el hijo pródigo le hizo saber que no quería recibirle.

Ante el redoblado esfuerzo del padre angustiado que temblaba por la salvación del hijo, el desgraciado huyó cobardemente por otra puerta.

Venator animarum: cazador de almas. También Don Rua

merecía este título, que se inventó para calificar el ardoroso celo de un gran santo.

Estaba al acecho de la menor ocasión para alcanzar las almas en peligro, las angustiadas, las tristes, las débiles sobre todo, y recogerlas, cargarlas sobre sus hombros y llevarlas en triunfo al redil de Jesucristo.

¡ Qué hermosa escena la que presenciaron los curiosos en la estación de Braga, en Portugal !

Acababa de bajar del tren Don Rua. Allí había acudido para esperarle lo mejor de la ciudad ; le presentaron sus homenajes y le ofrecieron sus coches. Toda una hilera de carruajes le aguardaba en la plaza de la estación. Don Rua no tenía más que elegir.

En aquel momento vio un grupo de muchachos mal vestidos y peor calzados, que contemplaban con curiosidad al anciano sacerdote rodeado de tan elegantes señores.

Don Rua se dirige hacia ellos. Les tiende los brazos y les llama. Acuden los chiquillos. Les habla, les interroga, les acaricia. Y rodeado de aquella selecta compañía, que no le quería dejar, emprende el camino del Colegio Salesiano.

¡ Extraño cortejo ! Un anciano sacerdote a la cabeza y una nube de muchachos colgados de su sotana. Siguiéndole la flor y nata de Braga, a pie. Y detrás, cerrando la comitiva, los coches vacíos, que marchaban lentamente a través de una de las arterias más importantes de la ciudad.

A ratos parecía estar en Turín en la época en que Don Bosco andaba por sus plazas cercado de muchachos o por una de las calles de la antigua Annecy, cuando parecía San Francisco de Sales y corrían todos los chicos hacia su sotana morada ; o más bien en los caminos de Galilea, cuando pasaba el Salvador del mundo y acudían a bandadas los chiquillos para recoger las inefables ternuras de su sagrado corazón.

CAPÍTULO XLI

TRES TESTIMONIOS DE PESO

Obras son amores y no buenas razones, dice el refrán. Y es verdad.

Nada mejor que los hechos para demostrar la heroicidad de las virtudes de un Siervo de Dios.

Pero una vez dados a conocer tales hechos, ¿resultará inútil dar a conocer el testimonio de los contemporáneos que vieron a esos hombres andar, y rezar, y obrar milagros? Creemos que no. Son muy dignas de nota las impresiones de esos testigos de excepción, sobre todo cuando son competentes en materia de santidad.

He aquí tres testimonios de gran peso sobre Don Rua, brotados de labios de otros tres hombres de Dios.

* * *

El primero es del Padre María-Antonio, apóstol de la región de Tolosa, cuya palabra arrastraba las multitudes del Sur de Francia, a fines del siglo XIX y principios del XX.

Conoció a Don Rua en Niza, en 1889. Le trató de cerca e hizo de Don Rua el siguiente juicio:

«He visto un milagro: he visto a Don Bosco resucitado. Don Rua no es solamente su sucesor, es otro Don Bosco. Tiene su dulzura, su humildad, su sencillez, su alma grande, su alegría comunicativa.

Todo es prodigioso en la vida de las obras de Don Bosco, pero el más grande prodigio me parece esta prolongación de Don Bosco en la

persona de Don Rua. ¿Qué hombre grande, que otro santo tuvo un sucesor semejante a él?

Al morir la madre de Don Bosco, Mamá Margarita, ocupó su lugar la madre de Don Rua y se convirtió también en la madre de los pobrecitos desgraciados. Muere Don Bosco y Don Rua ocupa su lugar entre sus hijos.

He oído predicar a Don Rua : predica con la misma sublime sencillez. Le he visto en reuniones privadas : habla con el mismo sugestionador encanto. Estuve a su lado durante una fiesta que le dieron en el Círculo Católico Obrero de Niza : me parecía ver y oír a Don Bosco. Don Bosco era una copia viviente de Jesucristo : cuando Don Rua hablaba o escuchaba me parecía tener ante mí otra nueva imagen del Salvador.»

Así decía el Padre Capuchino María-Antonio, cuya causa de Beatificación está introducida.

* * *

El Arzobispo de Turín que, durante diez años, mantuvo tratos y amistad con Don Rua, hizo de él el siguiente elogio después de su muerte :

¡Nada más fácil, y al mismo tiempo más difícil, que el elogio fúnebre de Don Rua!

Sus días fueron siempre iguales. De todos se puede decir lo mismo. Ahí está la dificultad. ¿Cómo hablar, cual convendría, de su profunda humildad y del ardoroso celo de este santo sacerdote? Gracias a ella descendía sobre él abundante lluvia de gracias divinas, y por su celo no se desperdiciaba el más pequeño favor del cielo.

No le gustaba predicar sermones de campanillas y muy pocas veces subió al pulpito de las grandes iglesias; pero ¡con qué gusto y con cuánto fruto lo hacía de continuo en las reuniones íntimas de sus hermanos y en las capillas privadas de sus múltiples casas! ¡Qué bien sabía, en el sacramento de la penitencia, en las confernecias particulares y en las entrevistas íntimas, poner el dedo en la llaga, con suavidad y energía a un mismo tiempo, dejando caer el oportuno remedio y empujando las almas hacia la curación!

Aunque fué un maestro incomparable de la palabra y de la pluma, enseñó más con los ejemplos de su santa vida. Fué una lección viviente v modelo admirable para todos, particularmente para los que le rodea-

ban con su tierna piedad, su minucioso cumplimiento de las Reglas, la continua vigilancia sobre sí mismo, el empleo escrupuloso de todos sus minutos y su empeño en avanzar constantemente por el camino de la perfección. Aunque sin proferir sus labios las palabras del apóstol. *Imitatores mei estote sicut et ego Christi*, las iba repitiendo sin cesar con su actitud.

¡Qué escuela de virtud la suya, cuando decía la santa misa, hacía meditación, lectura espiritual, la visita al Santísimo Sacramento; cuando hablaba, cuando acortaba sus noches y cuando abrazaba a sus hijos que partían para las misiones! Pues ¿y cuando corregía, con aquellos sus reproches llenos de dulzura? Se buscaban sus enseñanzas, se las tenía en mucho y se propagaban hasta lejanas tierras. ¿Por qué se habrá cerrado para siempre una escuela de tan alta santidad?

No se sabe qué más admirar en este elogio, si la fuerza de penetración o el emocionado acento de Su Eminencia el Cardenal Richelmy, uno de los Arzobispos más santos que han honrado la silla de San Máximo durante el pasado siglo.

* * *

Hasta Pío X hizo este soberbio, pero gran panegírico de la virtud de Don Rua.

Unos días antes de su muerte, que no creía tan próxima, el 20 de julio de 1914, una semana antes de la trágica declaración de la Gran Guerra, recibió en audiencia a Monseñor Salotti, defensor de varias causas de Beatificación, y le dijo:

— Tenga mucho cuidado con la calidad de los sujetos que elige.

— Santidad, sólo elijo a excelentes personajes. Su Santidad participa de mi opinión, pues veo sobre su mesa dos de ellos, Juana de Arco y el Cura de Ars.

— Ah, ¿defiende Su Eminencia a mi querida guerrera y a mi curita? Muy bien. Buena elección. Diga a sus amigos de Francia que deseo grandemente ceñir la aureola sobre la frente de ambos.

De los santos de Francia pasaron a hablar de los santos de Italia: de *Contardo Ferrini*, profesor de la Universidad de Pa-

se deshacía. Su sombrero llegó a ser célebre por su color verde. Ahora que, eso sí, ni una mancha ni un roto. Don Rua tenía la preocupación de la limpieza. También brillaba la pobreza en su despacho. Mientras fue vicario de Don Bosco, su mobiliario se componía, única y exclusivamente, de una mesita, tres sillas de madera y dos estampitas clavadas en la pared con un alfiler, una frente a la mesa y la otra encima de la misma.

Cuando sucedió a Don Bosco no quiso se cambiara nada de aquella estancia sagrada, que ocuparía veintidós años. Quería conservarla pobre y desnuda como la encontró. Cierta *ecónomo*, creyendo acertar, aprovechó la ausencia forzada de uno de sus viajes para cambiar el pavimento de ladrillo rojo por mosaico brillante, fácil de limpiar. Al volver Don Rua y no encontrar aquellos ladrillos desgastados, pisados por Don Bosco durante treinta y cinco años, experimentó una gran pena; se había destruido la historia y se había faltado al espíritu de pobreza.

Durante muchos años fué presidente de la *Compañía del mendrugo*. En los principios de la Obra, los alumnos de Don Bosco no fueron ciertamente los niños buenos de la edad de oro. Procedían de ambientes deficientes y daban muchos trabajos a su bienhechor. Tenían poca educación, escasa gratitud, un espíritu de desorden espantoso y una gran cantidad de defectos, cuando no vicios inimaginables.

A menudo, aquellos pobres desgraciados, antes mendigos, tiraban por los patios trozos de pan, del pan que tanto costaba al que se lo daba. Con tal motivo —fué idea del clérigo Rua— se formó esa célebre Compañía, cuya misión era la de recoger los mendrugos y guardarlos para la primera comida. Don Rua, aún siendo Superior General, cincuenta años más tarde, seguía practicando la costumbre .

Por amor a la economía recogía cuantos trocitos de papel blanco llegaban a sus manos. Todo le servía: sobres usados, papeles de propaganda, las páginas limpias de una carta, cubiertas de cuadernos..., todo. ¡Cuántas cartas para sus hijos, cuántas notas de sermones, qué de borradores de circulares, cuántos pro-

vía, émulo de Federico Ozanam por su caridad, de Don Cafasso, confesor de Don Bosco, y del mismo Don Bosco.

—Espero—dijo entonces Pío X—, que no echará en olvido a Don Rua. Yo veo en él ese conjunto de virtudes heroicas que constituyen el santo. ¿A qué aguardan los Salesianos para empezar su causa? ¡Oh, qué gran siervo de Dios! ¡La Iglesia se ocupará de él ciertamente!

Estas palabras eran como el eco de las que poco antes había dicho ante el Cardenal La Fontaine, prefecto de la **Congregación de Ritos**: «Si se introdujese la causa de Don Rua, su Beatificación podría adelantar a la de Don Bosco».

Así hablaba el Papa Pío X, el Papa de la Comunion frecuente, el Papa de la Comunion de los niños.

CAPÍTULO XLII

LOS ÚLTIMOS MESES

Desde el 31 de diciembre de 1908, en que comunicó en las *Buenas Noches* el inmenso desastre de Mesina, con la pérdida de cincuenta y dos vidas en el Colegio Salesiano de aquella ciudad, Don Rua no era ya ni la sombra de sí mismo. Resistía, pero su organismo se deshacía cada vez más aprisa.

Aquella misma noche, al verle tan delgado y descarnado, doblado bajo el peso de tantas pruebas y, sin embargo, tan resignado, pasó por la mente de todos el mismo pensamiento: «Job, otro Job».

Pese a tantos sufrimientos y enfermedades, pese a aquellas sus pobres piernas convertidas en una pura llaga, pareció rehacerse al empezar la primavera de 1909; pero él abrigaba pocas esperanzas.

Era costumbre de la Casa y de los amigos de la Obra honrar a Don Bosco en la persona de su sucesor el día 24 de junio, con ocasión de la fiesta de San Juan Bautista. Aprovecharon la ocasión para anunciarle que empezaba el año de sus bodas de oro sacerdotales. El 29 de julio se cumplían los cincuenta de su ordenación sacerdotal y sus hijos y amigos todos pretendían celebrarlo con toda solemnidad. Uno de sus grandes bienhechores, el Barón Manno, presidente de la Junta organizadora de festejos, le manifestó aquella tarde los deseos de todos, rogándole se cuidase para llegar hasta la fecha jubilar.

Don Rua agradeció a sus amigos la cariñosa iniciativa, prometiendo ayudarles en su piadoso proyecto; pero ni entonces ni nunca, creyó poder llegar a tal fecha.

Un mes más tarde, el día 29 de julio de 1909, se inauguró solemnemente el comienzo del año jubilar. La iglesia de María Auxiliadora se llenó de público hasta rebosar: alumnos, antiguos alumnos, bienhechores, amigos y feligreses asistieron a la misa celebrada por Don Rua. Esta solicitud de celebrar con él la fecha más querida, le emocionó; pero también aquel día manifestó bien claro que no acabaría su quincuagésimo año de sacerdocio.

Tampoco Don Bosco había llegado. Y también en esto tenía que imitarle.

Sospechando su antiguo amigo y confesor P. Francesia que, bajo su sonrisa de incredulidad escondiera alguna seguridad basada en profecías de Don Bosco, le preguntó a quemarropa:

—¿No sabes nada respecto a tu partida de este mundo?

—Absolutamente nada.

—¿No te dijo nada Don Bosco? ¿No se te ha aparecido nunca?

—Una vez, o al menos me lo pareció. Fue para indicarme la manera de salir de un apuro en el que me encontraba hacía tres años. «¿Cómo no se te ha ocurrido acudir al señor X?, me dijo. Ya sabes cómo aprecia nuestra **Obra**». Escribí en seguida a aquel señor y, tres días más tarde, el asunto estaba en vías de **solución**. Ya ves que Don Bosco no olvida nunca a sus hijos.

—¿Pero crees que te quiere pronto en el Paraíso?

—De esto no me ha dicho nada. Vayamos adelante con confianza.

Y siguió yendo y viniendo, entregado a sus obligaciones, aunque sentía que perdía sus fuerzas cada día.

* * *

Aún se atrevió a presidir los Ejercicios Espirituales de sus religiosos durante el verano.

Del 11 de junio al 20 de noviembre, fue treinta y dos veces al Tribunal eclesiástico de Turín en donde se instruía la Causa de Beatificación de Don Bosco.

El 21 de octubre fue con todo su Consejo a la casa de San Benigno, próxima a Turín, para estudiar las bases del Capítulo General de la Sociedad a celebrarse durante el año siguiente.

Precisamente allí sufrió la primera crisis que le obligó a descansar. El día 23 su voluntad se inclinó ante su débil cuerpo que se negaba a obedecer. Le transportaron a Turín, se metió en cama y continuó todavía al frente de todo.

Después de unas semanas de inquietud, se restableció un poco. Hasta bajó entre la Comunidad a primeros de enero. Pero el 13 de febrero se tuvo que dar por vencido y, siguiendo las órdenes del médico, volver a acostarse,

Le aconsejaron que no celebrase la misa. Sin embargo, se levantó el 14, porque quería a toda costa celebrar una vez más el Santo Sacrificio. Con mucho trabajo llegó hasta el fin.

El 15 por la mañana, después de la Santa Comunión, que recibió en cama, dio gracias y desayunó. Le llevaron el voluminoso correo del día, trató de revisarlo para repartirlo entre sus secretarios, pero después de dos o tres pruebas, tuvo que renunciar a ello. Se velaron sus ojos y no podía ni leer. Entonces, tomando el paquete lo entregó al enfermero y le dijo: «Toma todo esto y llévaselo a Don Rinaldi. Dile que responda él mismo. Yo no puedo más».

Con aquel gesto triste pero resignado, se cerraba su jornada de trabajo. El dolor y la oración se repartían el resto de sus días.

* * *

Apenas Don Felipe Rinaldi, Vicario de Don Rua, comprendió la gravedad de la enfermedad, hizo saber a todas las Casas de la Congregación la dolorosa nueva, suplicando oraciones para arrancar del cielo un milagro.

En cuanto se hizo pública la gravedad empezaron a presentarse en el Oratorio sus mejores amigos para demostrarle su afecto. Recibía a todos con su gracia y amabilidad habituales.

Por su habitación desfilaron los Arzobispos de Vercelli y Esmirna, los Obispos de Aosta y de Asti, ambos antiguos alumnos

suyos, y los de Mondoví, Casal, Ivrea, auxiliar de Turín, el Príncipe Gonzaga de Milán, el Marqués Crispolti y muchos otros personajes amigos de la Obra Salesiana. La Princesa Leticia Boñaparte, prima del rey, pedía cada día informes de su salud. Y tres Príncipes de la Iglesia tuvieron a mucho honor subir hasta su habitación.

El Cardenal Richelmy, Arzobispo de Turín, bienhechor insigne de la Obra, gran amigo y admirador de Don Bosco, fue a visitarle el 18 de febrero. Apenas le vio Don Rua traspasar el umbral de su modesta celda, se quitó el bonete y se deshizo en frases de agradecimiento. El Cardenal le manifestó su viva simpatía y deseos de curación con palabras que le salían del corazón, y luego le dio la bendición apostólica.

Diez días más tarde se la trajo de Roma el Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas. Este ilustre Príncipe de la Iglesia se detuvo en Turín el 27 de febrero para pedir a Don Rua, en nombre del Gobierno de Bélgica, que los Salesianos fueran al Congo.

Cuando entró en la habitación del enfermo empezó a darle la bendición especialísima que le había encargado Pío X al salir de Roma. Y en seguida, tomando las manos descarnadas del enfermo, se las besó varias veces con respeto y emoción. Aquella escena muda explicaba mejor que las palabras la veneración que el santo Arzobispo tenía por el humilde religioso.

El 1 / de marzo llegaba el Cardenal Maffi, Arzobispo de Pisa, uno de los mejores amigos de Don Rua. Levantó los ánimos del querido enfermo con las noticias que le dio sobre el Oratorio salesiano hacía poco fundado en Marina de Pisa, a dos pasos de su sede episcopal. Luego, accediendo a los deseos de Don Rua, le bendijo. Pero, a ejemplo del Cardenal Mercier, se arrodilló a los pies de la humilde cama para recibir la bendición del piadoso anciano.

* * *

También llegaron de Roma por aquellos días los más dulces consuelos.

Escribía el P. Munerati, Procurador General:

«He comunicado el estado de salud de Don **Rua** a Monseñor Bressan, secretario particular del Papa, y me dice que informaría inmediatamente a Su Santidad.

Nuestro protector el Cardenal Rampolla, a quien también se lo comuniqué en seguida, manifestó su gran pena.

La visita al Cardenal Vives y **Tutó**, defensor de la Causa de Don Bosco, ha sido muuy emocionante. Me llevó en seguida a su Oratorio y juntos hemos rezado a María Auxiliadora y a Don Bosco.

Acogida semejante me dieron el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Su Santidad, el Cardenal-Vicario, el Cardenal Genari. Todos manifiestan su dolor y hacen votos por el restablecimiento de nuestro querido enfermo.»

Detrás de esta carta, llegó el parte siguiente, expedido por el Secretario particular del Papa:

«Muy reverendo Don **Rinaldi**: Su Santidad acaba de saber con pena la noticia de la enfermedad del querido Don **Rua**, vuestro Superior General; hace votos por el restablecimiento de su preciosa salud y le envía, con todo el cariño de su corazón, la bendición apostólica. Con la esperanza de recibir dentro de poco mejores noticias del querido enfermo, me declaro respetuosamente s. s. en J. C. José Bressan.»

Por su parte, el Cardenal Rampolla, antiguo Secretario de Estado de León XIII, escribía a Don **Rua** de su puño y letra:

«Mi querido **Padre**: Con gran pena me entero de su enfermedad y ruego al Señor por su pronta curación. Ya he dicho al P. **Munerati** me tenga al corriente de su estado de salud, y experimento un verdadero placer al saber que hoy ha tenido una ligera mejoría. Ruego al Cielo le conceda pronto la salud para seguir guiando por la senda luminosa del bien a los hijos del Venerable Don Bosco.

Le suplico, Reverendo **Padre**, acepte los sentimientos de mi mejor **aprecio** y profunda adhesión, con lo que tengo el honor de profesarme suyo **affmo.** en J. C., **Mariano**, Cardenal Rampolla.»

* * *

La humilde celdita del Siervo de Dios fue testigo durante aquellos días de tres escenas **conmovedoras**.

El 25 de febrero era el aniversario de la muerte de su herma-

no Luis Rúa, que falleció el 1853. Don Rúa no había olvidado nunca a aquel hermano arrancado tan pronto a su afecto. Al anochecer dijo con plena melancolía al P. Francesia: «Creía que moriría hoy y que Luis vendría a buscarme».

¡ Le había querido mucho a su hermanito ! Habían pasado cincuenta y siete años desde su muerte y conservaba su recuerdo impreso en el corazón. ¡ Recuerdos de la juventud ; los más tiernos, los más frescos, los más queridos !

Aquel mismo día le visitó su muy querido Hermano Superior del Colegio de San José, acompañado de un representante de los Antiguos Alumnos. Esta visita le conmovió profundamente.

¡ Cuánto quería él a los Hermanos ! Ellos fueron quienes, después de su madre, le enseñaron a amar a Dios. No había olvidado nunca aquellos años de su infancia en que iba cada día a sus escuelas y se encontraba a menudo con Don Bosco cerca del mercado !

La víspera había ido a visitarle el Reverendo Rigoli, cura de Somma Lombardo, presidente de la Asociación de los Antiguos Alumnos de Lombardía, para presentarle los deseos de curación de todos los miembros de aquella Asociación.

Recibió con ello un gran consuelo, pues él había sido el creador y alentador de la pujante Asociación de Antiguos Alumnos Salesianos. De él salieron la idea y las altas directrices de esta vasta Asociación.

La semilla había sido buena, puesto que antes de morir, podía contemplar la cosecha con sus propios ojos.

— Ah — le dijo al **visitante** — , ¡ cuánto bien pueden hacer los Antiguos Alumnos agrupados, a sus almas, a sus familias y a su país ! Veo con **satisfacción** cómo crece la **Asociación**. Bendigo a todos de corazón.

* * *

La mejoría a que hacía alusión la carta del Cardenal Rampolla fue **verdad**, pero muy corta por desgracia. A mediados de

marzo se manifestó una mejoría sensible que, por lo menos, fue un alivio. Renació la esperanza en todos los corazones, tanto más cuanto que el enfermo mantenía la moral a un nivel muy elevado.

Al estacionarse este estado, y pareciendo alejada toda gravedad, Don Rua no se preocupaba más que de una cosa: de ocupar bien el tiempo. Llamó a su enfermero, el fiel Balastra, y le dijo:

—Toma una hoja de papel y haz el favor de escribir lo que te voy a dictar.

Y empezó:

«ENSAYO DE REGLAMENTO PARA CADA DIA:

A las 5: Despertarse.

» 5,20: Misa, **comunió**n, acción de gracias.

» 6,15: **Meditación**n.

» 6,45: Descanso.

De 8 a 9: Visita del médico, desayuno, audiencias de **salesianos**.

A las 9: Curas y **visitas**, con permiso de los médicos.

» 12: Comida y un poco de conversación.

» 2. **Descanso**.

» 3,30: Oración, lectura espiritual, un poco de recreo.

» 4: Curas.

» 6: Descanso y un poco de distracción moral.

» 8: Cena, oraciones y disposiciones para la noche.

N. B.—Se recomienda al fiel coadjutor Balestra velar por el cumplimiento de este Reglamento.»

Corno se ve, Don Rua fue, hasta el final, el hombre del orden y del cumplimiento de las Reglas.

La esperanza de que el enfermo se recuperase y pudiera llegar hasta las bodas de oro duró muy poco. A partir del 23 de marzo desapareció la mejoría y empezó a encontrarse tan débil o más que un mes antes. Al curso de la enfermedad se añadía la prostración de varias semanas de continuo sufrimiento.

Daba pena verle.

A mediados de febrero, su amigo el Marqués de Crispolti no le había encontrado cambiado. «Estaba apoyado sobre varias almohadas, escribía, porque no podía respirar si permanecía ten-

yectos se trazaron sobre aquellos trozos de papel, robados casi siempre a la papelería !

Tenía una gran alegría cuando se encontraba con una de sus casas sin reservas. En 1908, volviendo de su segundo viaje a Tierra Santa, pidió al administrador de la Casa Salesiana de Constantinopla un par de medias de lana para sustituir las suyas harto gastadas. Buscaron por toda la casa, pero no hubo manera de encontrar el par de medias tan necesario para dar calor a sus piernas enfermas. «¡Esta es verdadera pobreza salesiana!», dijo sonriendo al administrador, que excusaba su penuria. Y se puso sonriendo las únicas medias de algodón que se pudieron encontrar.

* * *

Ese espíritu de sacrificio, el mismo que guiaba su rigor en la observancia de la vida común y apartaba su corazón de los bienes del mundo, era el que le empujaba a negar a sus sentidos y a sus gustos los manjares más inocentes. Por principio, buscaba la forma de contrariarlos. De haber vivido en el rigor de un claustro, hubiera sido un modelo monástico por el fervor y abundancia de sus mortificaciones.

Se contuvo porque pertenecía a la escuela de San Francisco de Sales y de San Juan Bosco. Aún así, desde su ordenación sacerdotal hasta el fin de su vida, puso unas tablas en la cama para mortificar su sueño.

Siendo todavía prefecto del Oratorio, el año de 1876, le pidió un breviario cierto sacerdote joven.

—Enséñame el viejo—le dijo.

Se lo mostró y estaba todavía en bastante buen estado.

—¿Quieres que cambiemos?—le propuso Don Rua tendiéndole el suyo.

Hacía dieciséis años que lo tenía. Daba lástima verlo con el lomo roto, las hojas amarillentas, los cantos deslustrados, las tapas desteñidas por el uso... Ante aquel ofrecimiento, el peticionario se tuvo por feliz guardando el suyo.

En el ropero de Don Rua había dos sotas: una de lana para

dido. Me habían dicho que le encontraría deshecho, pero no tuve esa impresión. Estaba tan acostumbrado a ver su escuálido rostro que no encontré diferencia con su estado habitual. Solamente su mano, tan descarnada de ordinario, parecía hinchada.»

A fines de marzo, después de un mes de sufrimiento, no era lo mismo.

Primero, aún estando en cama, se ponía la sotana y se echaba encima una esclavina negra para recibir a sus visitantes. Ahora se conformaba con un sencillo pañolón para oír la misa y luego se hundía bajo las sábanas, permaneciendo inmóvil, acostado sobre el lado izquierdo. Empezaban a hinchársele la cara y las manos.

La enfermedad, miocarditis senil, según diagnosticaron los médicos, producía sus efectos ordinarios y se llenaban de agua las extremidades.

El último parte firmado por los doctores Battistini y Clérico era más alarmante. Decía así:

«Las condiciones del enfermo, ya muy serias por sí mismas, se han agravado durante estos días a causa de un agotamiento continuo. Dado su estado actual no se puede contar con una mejoría, ni siquiera relativa, y hay que esperar un desenlace fatal próximo. No hay peligro inminente, pero puede presentarse de improviso. Su mismo agotamiento orgánico puede provocar la muerte en un espacio de algunas semanas y aún menos.»

* * *

Secundando los deseos del enfermo, el 24 de marzo, Jueves Santo, aniversario de la institución de la Sagrada Eucaristía, le administraron el Viático, antes de los Oficios litúrgicos de la mañana.

A las seis y cuarto subió la estrecha escalera de la celda del enfermo el P. Rinaldi acompañado de todos los religiosos de la casa, con hachas encendidas.

La ceremonia no podía ser más solemne en su extrema sencillez. Apenas el celebrante, con el corazón desgarrado y las lá-

grimas en los ojos, hubo dicho el *Misereatur* y el *Indulgentiam*, Don Rua hizo señal de que quería hablar.

Le elevaron sobre las almohadas y, con voz extrañamente clara, dijo así:

«En ocasión tan solemne, me creo en el deber de deciros unas palabras.

Agradezco las oraciones que habéis hecho por mi salud. Que el Señor os lo recompense y os pague las que todavía haréis.

Añado todavía esto, porque no sé si tendré ocasión de volver a veros a todos reunidos. Tened la bondad de comunicar a los **ausentes** estos pobres pensamientos.

Rogaré al Señor todos los días por vosotros. Espero oiga el voto que hago en este momento por vuestras almas: ¡seamos y permanezcamos dignos hijos de Don **Bosco**! Esto es lo que más deseo.

Nuestro Padre nos dijo en su lecho de muerte: "Hasta volvernos a ver en el Paraíso". Os doy la misma despedida.

Para que así sea, os recomiendo tres cosas:

Gran amor a la Eucaristía.

Sentida devoción a María Santísima Auxiliadora.

Profundo respeto, humilde obediencia y sincero amor a los Pastores de la Iglesia y, de un modo particular, al Papa.

Si el Señor me recibe en el Paraíso, al lado de Don Bosco, tampoco allí dejaré de rezar por todos vosotros.»

A esta emotiva escena asistió, junto con la Comunidad, el profesor Rodolfo Betazzi, que lo había pedido como un gran favor. Al marchar, firmó en el libro de visitantes añadiendo estas palabritas: «Feliz por haber asistido al Viático de un **santo**».

* * *

La noche del Domingo de Pascua, Don Rua empeoró notablemente. Hacia las nueve y media se presentaron de forma inquietante todos los síntomas de la embolia. Fue perdiendo poco a poco la palabra y el conocimiento. Acudieron en derredor de su lecho todos los Superiores. Telefonaron al doctor Battistini, el cual se presentó en seguida. Cuando llegó había cedido el peligro.

Durante los últimos días de su vida no cesó de insistir en la necesidad de aumentar el número de los obreros de la viña, para cubrir las necesidades de las Obras Salesianas, para ayudar las misiones y extender el reino de Dios.

Y, casi a las puertas de la eternidad, volvió sobre este tema que tantas veces había recomendado:

«¡Vocaciones, vocaciones! Dios nos las da, pero hay que suscitarlas, hacerlas fructificar y, sobre todo, hay que conservarlas.»

Uno de sus compañeros, el P. Cerruti, con quien se expansionó sobre el particular, dio la idea de componer una plegaria al Sagrado Corazón de Jesús, para que los Salesianos la recitaran todos los días, suplicando al Dueño de la mies enviara obreros y les conservara.

Don Rua lo aprobó.

Y le leyeron la oración compuesta. *Cor Jesu Sacratissimum, ut multos operarios... y él corrigió: ut bonos et dignos operarios Piae Salesianorum Societati mittere et in ea conservare digneris, te rogamus audi nos*, es decir: «Sagrado Corazón de Jesús, os suplicamos oigas nuestra plegaria: dignaos enviar y conservar en la Pía Sociedad Salesiana buenos y dignos operarios».

Don Rua la aprobó y la fué repitiendo palabra por palabra, con profunda piedad. Pidió después que la pusieran sobre su almohada, probablemente para hacérsela leer frecuentemente al enfermero, aprenderla de memoria y murmurarla con los labios o con el corazón, durante su agonía, tantas veces como pudiese...

¡Vida noble la que se extingue con este grito de celo!

Don Bosco decía al morir: ¡adelante, adelante!

Don Rua suplicaba en su agonía: ¡Vocaciones, vocaciones!

Una misma llama de amor divino consumió el alma del Padre y la de su hijo mayor, en los últimos momentos.

CAPÍTULO XLIII

ÚLTIMOS DIAS

A primeros de abril nadie dudaba ya del fin que el parte médico pronosticaba. El día 4 daban los médicos un segundo parte para la Prensa, anunciando el fatal desenlace:

«Después de un período relativamente bueno, aunque sin esperanzas de mejoría duradera, la insuficiencia cardíaca y el estado general de debilidad han aumentado, dejando prever un desenlace fatal muy próximo.»

En realidad de verdad, el pobre Don Rua no podía más. La asfixia aumentaba poco a poco.

Los dolores debían ser horribles, porque, a pesar de su paciencia, se escapó de sus labios esta débil queja: ¿Hay que sufrir aún más para morir?, dijo dirigiéndose a Don Albera.

Su lucidez era completa.

Aquella misma noche los alumnos de la Casa, antes de comenzar las oraciones de la noche, precisamente en los pórticos bajo la ventana de su habitación, entonaron la **canción: *Presso l'augusto avello***, «Junto a la sagrada tumba». Es un canto piadoso que expresa la ternura de la familia salesiana a su Patriarca y que termina así:

Don *Bosco vengo a te.*

«Don Bosco, voy a **Ti.**»

El eco de las últimas notas llegó a oídos del enfermo. Abrió los ojos, sonrieron sus labios y con un entusiasmo **insospechado**, repitió también él: Sí, Don Bosco, también yo voy a **Ti**, voy a **Ti**.

hecho cuanto estaba a vuestro alcance para conservarme en el campo de la lucha?

* * *

Por la mañana del 5 de abril llega un telegrama del Vaticano. Pío X conoce y venera al querido moribundo y le envía, en la hora suprema, para ayudarle a franquear la eternidad, su bendición apostólica.

Apenas se la dan anuncian a Monseñor Morganti, Arzobispo de Rávena, que acaba de llegar. Don Rua le ve, saca los brazos de debajo la ropa y los tiende a su querido hijo: «¡ Oh, qué contento estoy! ¡ qué contento! », repite abrazando tiernamente a su antiguo alumno.

Monseñor Morganti le suplica le bendiga, y Don Rua lo hace en seguida. Apenas si se oye su voz, como sofocada por un sollozo.

— Ahora a mí — murmura Don Rua, después de haber recitado la fórmula. Y recibe humildemente la bendición de ese hijo predilecto, que tanto deseaba ver antes de dejar la tierra.

Después de mediodía se acentúa la postración.

Al caer de la noche empieza a nublársese la vista.

A las diez entra en agonía, muy tranquilo, recobrando el conocimiento por momentos.

* * *

Hace tres días rogaba que los que le asistiesen en sus últimos momentos le sugiriesen oraciones jaculatorias. « Aunque parezca sin conocimiento, decía, hacedlo y dadme a menudo la *absolución* ».

Su amigo de infancia y confesor P. Francesia, está a su cabecera y no deja de cumplir su voluntad.

Hacia la una y media de la madrugada, vuelve un poco en sí, y aprovecha el P. Francesia para decirle al oído:

—Todos estamos aquí pidiendo al Señor que te abra el Paraíso. No dejes de saludar a Don Bosco por nosotros.

Al nombre de Don Bosco se ilumina su rostro y sonrío dulcemente.

Unos instantes después Don Francesca murmura: *Domine ad adjuvandum me festina*, Señor, venid pronto en mi ayuda.

—Oh sí—replica Don Rua—, *festina, festina*, pronto, pronto...

Cada jaculatoria le saca de su sopor y la repite fervorosamente.

La última que repite es la que aprendió de Don Bosco durante su infancia:

«Madre querida Virgen María, haced que yo salve el alma mía.»

—Sí, salvar mi alma—exhala—, salvar mi alma, eso es todo, eso es todo.

Fueron sus últimas palabras.

Así se unían el fin de una vida y el principio de la otra.

* * *

A las ocho y cuarto, el último parte médico quitaba toda ilusión.

Entonces se desarrolló una escena conmovedora.

Los niños, que no habían podido acercarse a Don Rua durante su larga enfermedad, pudieron pasar a besar por última vez su mano. En una fila interminable, fueron desfilando uno tras otro, junto al lecho del moribundo, ya insensible. ¡ La pena del corazón de aquellos niños saltaba a sus ojos al ver al amigo que jugaba con ellos en el patio hacía seis meses !

Detrás de los Salesianos y sus alumnos pasaron las Hijas de María Auxiliadora y sus niñas, y después toda la multitud congregada en la iglesia para rezar y pedir al Señor disminuyera los padecimientos de la última hora de aquel gran obrero de su viña.

Más de una hora duró el desfile.

Casi apenas terminó, a las nueve y treinta y siete minutos, sin una queja, sin movimiento alguno, casi sin que se dieran cuenta,

el alma grande del sucesor de Don Bosco volaba al seno de Dios.

El doctor Battistini se inclinó para cerciorarse de que había fallecido. Luego se volvió hacia los Salesianos ansiosos que le interrogaban con su mirada...

Su gesto lo dijo todo...

Se oyeron unos **sollozos**... Una voz entonó *el De Profundis*, mientras el médico, inclinándose de nuevo sobre Don Rua, besaba en la frente los despojos de un santo.

CAPÍTULO XLIV

QUI SE HUMILIAT EXALTABITUR

Amortajaron piadosamente al querido difunto y pusieron entre sus manos el crucifijo, que tantas veces había besado durante su vida y el sencillo rosario tantas veces desgranado entre sus dedos bajo los pórticos, después de las oraciones de la noche.

Luego lo llevaron a la iglesita de San Francisco de Sales.

¡ Cuántos recuerdos se unían allí !

Sesenta años antes, también él había ayudado, como muchos otros de los primeros alumnos de Don Bosco, a su construcción, descargando ladrillos y subiendo tejas. Desde 1865 había sustituido a su maestro en aquel pulpito para las homilias del domingo. Y el 29 de julio de 1860, había celebrado allí su primera misa.

Quién le hubiera dicho que su vida sacerdotal, empezada bajo aquellas bóvedas, tendría que acabar en aquel modesto túmulo donde estaba ahora expuesto, pálido, sin que la muerte le hubiese desfigurado, como dormido, con un resto de sonrisa en los labios...

* * *

Esparcida la triste noticia por los periódicos, acudieron los fieles de todos los rincones de la ciudad para saludar, por última vez, al gran amigo de los pobres y de los desgraciados. Gentes de toda edad y condición ; grandes de la tierra, personajes célebres, autoridades religiosas, civiles y militares, nobles y estudio-

sos ; pero, sobre todo, gente del pueblo, las pobres madres camino del mercado, los obreros al salir del trabajo, los muchachos a la entrada o salida de la escuela, los desgraciados, los ancianos, los que sufren, los oprimidos por el mal y la miseria, pasaron a rendir su último homenaje al humilde religioso que tanto les había amado.

No se interrumpían los rezos ni la devoción de la gente que entregaba continuamente a unos religiosos, que velaban a su lado, objetos para pasarlos por las manos del Padre que parecía dormido. Anillos, rosarios, devocionarios, medallas, todos buscaban algo con qué tocarle para guardar un recuerdo.

Un viejecito se acercó tembloroso hasta el cadáver, sacó de su bolsillo un reloj de cobre bruñido y lo pasó al salesiano. Las madres levantaban las curiosas cabecitas de sus hijos por encima de la muchedumbre para que conservaran su recuerdo durante su vida, y aquel muerto tan dulce no les daba miedo.

En la cara de todo el mundo se advertía un aire de tristeza y muda contemplación ; se marchaban con pena.

El desfile duró tres días desde las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche.

En los pliegos de la puerta de la iglesia se confundieron las firmas de todas las clases sociales. Firmas de gente culta y firmas temblorosas y torcidas de gente del pueblo que quisieron manifestar, también de este modo, el agradecimiento de su corazón.

* * *

Por la tarde de aquel día, el Ayuntamiento de la ciudad de Turín rindió homenaje solemne a la memoria del hijo ilustre de la ciudad.

Acudieron setenta y un miembros. La representación de concejales católicos era muy pequeña, pero ante tan alta figura se calmaron las pasiones políticas y radicales y socialistas se inclinaron con respeto.

Al abrirse la sesión, antes de leer el orden del día, el Alcalde de la ciudad, Teófilo Rosso, concedió la palabra al señor Rinau-

do, profesor de Historia en la Escuela de Guerra y encargado de curso en la Universidad. Era antiguo alumno de la Casa Salesiana y debía muchos favores a Don Bosco y a Don Rua.

Con voz emocionada, el ilustre paisano y alumno del difunto, tejió un elogio de Don Rua, tan justo y completo, que la asamblea demostró varias veces con sus aplausos que vibraba al unísono del orador.

«Don Rua, afirmó él con toda fuerza, es el santo que la humanidad atormentada reclama. Su fe, transparente como el cristal y resistente como el diamante, no se perdió en contemplaciones místicas y apareció ante nuestros ojos emocionados como el santo todo actividad que busca las almas. Desde 1845, desde aquel día en que, a los ocho años, sintió sobre su frente la caricia de Don Bosco, hasta el momento en que su cuerpo agotado cayó sobre el lecho de muerte, no tomó ni un día de descanso. ¡Sesenta y cinco años de trabajo asiduo y fecundo! ¡Qué ejemplo de trabajo!

La misión de este hombre, continuador de la obra de Don Bosco, fué la de preparar para la vida nuevas generaciones a las que inspiró con su ejemplo el sentimiento del deber, la alegría del trabajo y la nobleza del sacrificio. ¿Quién, hasta entre los mismos que no participan de su fe, no se inclinará ante un alma tan grande y bendecirá las creencias que la engendraron?

El Marqués Corsi, en nombre de la minoría católica del Consejo municipal, quiso añadir unas palabras de admiración. A tan poca distancia de la muerte no se podía hablar mejor de él y de su obra.

«Don Rua, dijo, fué el compañero, el más fiel intérprete, el continuador más prudente de Don Bosco. A él se debe el trabajo sin descanso en el desarrollo de ese conjunto de instituciones esparcidas por el mundo, con mezzquinos medios, pero con intrépido coraje; esas inspiraciones y esos ejemplos de caridad cristiana que ennoblecen al hombre, acercan las clases sociales y trabajan por la paz entre los pueblos.

El pueblo de Turín admiraba, personificado en su persona, el milagro viviente de una institución que, salida de la nada, sin ayuda del gobierno, ayudada únicamente por la caridad de los católicos, se mantiene y difunde por el mundo civilizado, sosteniendo los principios de justicia y de amor que forman la esencia del Evangelio.

La admiración de sus conciudadanos por el sucesor de Don Bosco,

debe encontrar, en el Consejo Municipal, el primero y más cálido intérprete.»

En efecto, antes de levantar la sesión, el Alcalde pidió a su Consejo se encargara de interpretar ante los Superiores de la Congregación Salesiana los sentimientos de la ciudad por la dolorosa pérdida que acababan de sufrir.

* * *

Tres días más tarde se celebraron los funerales.

El desfile ante el cadáver no cesó hasta el último minuto. Fue preciso establecer un servicio que mantuviera el orden. Un periódico de la ciudad escribió: «Han desfilado ante los restos mortales de Don Rúa más de 100.000 personas, sin distinción de partidos, empezando por las autoridades».

Los trenes de la mañana del 9 de abril trajeron una enorme multitud de viajeros de todas partes. El revisor de uno de los trenes de Milán a Turín, viendo un departamento lleno de eclesiásticos dijo: «Ya sé a dónde van ustedes, Al entierro de Don Rúa. También los obreros de Turín pasaron ayer, antes o después del trabajo, a rezar junto al cadáver de *nuestro* Don Rúa».

Y el hombre estalló en sollozos. Era un antiguo alumno.

La misa, cantada por el Obispo salesiano Monseñor Marengo, se ejecutó en canto gregoriano. Don Rúa había luchado para hacerlo gustar y adoptar en todas las Casas de la Congregación; no se hubieran atrevido a arrullar las primeras horas de su sueño con un canto que no fuera el de la Iglesia.

Por la tarde se celebró el entierro. Aunque estaba anunciado para las cuatro, desde las tres no se cabía en la plaza de María Auxiliadora en donde se había agolpado la multitud. Acudieron de todos los barrios de la ciudad, de los suburbios y de los pueblos **vecinos**.

Para dar una idea, no de los que se agrupaban en apiñadas filas a lo largo del recorrido, sino de la cantidad de asociaciones, sociedades, grupos, instituciones que componían el duelo, baste

de la Escritura la alegría incomparable que se mezclaba con la común tristeza: «¡ Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor ! A los ojos de los locos parecen deshechos, pero gozan ya de la paz del Señor».

Al acabar el cántico, ocho salesianos alzaron sobre sus hombros el cadáver del Padre y le condujeron, acompañados de largo cortejo, mientras se entonaba el *Benedictus*, hasta la capilla para cantar el último responso.

Después, descendieron por la escalera principal y dejaron el ataúd ante la tumba de Don Bosco.

Debajo, a la derecha, estaba abierto un nicho para la inhumación.

Roció el sacerdote otra vez el ataúd con agua bendita y lo colocaron en la tumba.

Los albañiles se acercaron para tapar la pared.

Pero antes de que levantaran la piedra que ocultaría para siempre a sus miradas los restos del Padre tan amado, un salesiano, el P. Marchisio, Director de la Casa Madre de Turín, se adelantó y, con un gesto espontáneo del corazón, dijo estas palabras:

«En nombre de tus hijos repartidos por el mundo entero, dejo junto a tus restos el último adiós de nuestro tierno corazón. En **este** momento, delante de estos mármoles, prometemos solemnemente permanecer fieles a las enseñanzas que, junto con Don Bosco, nos **diste** y que **se resumen** en **estas dos palabras**: oración y trabajo. Este es el ramillete que depositamos sobre tu tumba.

decir que hacía más de una hora que habían empezado a caminar cuando el féretro apareció a la puerta del templo.

Cinco Obispos con mitra blanca precedían el coche fúnebre. Detrás del coche, el de los pobres y sin flores ni coronas, que llevaba el cadáver, iba el Capítulo Superior de la Congregación Salesiana, las representaciones de las autoridades civiles, religiosas y militares, una masa compacta de Salesianos e Hijas de María Auxiliadora, y detrás un gentío interminable...

Eran unas exequias humildes y pobres, pero al mismo tiempo grandiosas e imponentes, impregnadas de gravedad y recogimiento. Del pueblo eran los que estaban estacionados y del pueblo los que formaban en el duelo ; todos rezaban, todos estaban profundamente emocionados.

El cielo sereno y como de fiesta.

Los corazones, con la persuasión de que el alma que habitó en aquellos frágiles despojos se bañaba ya en la luz de Dios.

Un periódico de la noche escribía: «**Demostración** tan conmovedora como la que esta tarde ha ofrecido Turín, no se vio nunca en ninguna parte de Italia. Toda la ciudad acudió a dar el último adiós al ilustre paisano, amigo y apóstol de la **juventud**».

Después de este recorrido triunfal, al caer de la tarde, entró de nuevo en el templo de María Auxiliadora a la sombra de la Santísima Virgen que tanto había amado. El santuario estaba enlutado, las antorchas encendidas, el féretro descansaba sobre humilde catafalco y el Cardenal de Turín, su buen amigo, rezaba la **absolución**...

* * *

A la mañana siguiente le llevaron sus hijos a su última morada, en el colegio de Valsalice, donde ya reposaban los restos de Don Bosco.

Al entrar el coche en el amplio patio, un silencio emocionante se adueñó de la multitud de amigos, bienhechores, alumnos, antiguos alumnos, religiosos y religiosas que esperaban.

Estalló un coro de voces juveniles expresando con una frase

E P I L O G O

Codo a codo, el Padre y el hijo, anduvieron Don Bosco y Don Rua por la tierra durante cuarenta y dos años.

Codo a codo trabajaron y sufrieron en el mismo campo, con la misma clase social, la juventud pobre y abandonada.

Codo a codo lucharon y triunfaron de los rudos obstáculos que las fuerzas del mal multiplicaban sobre su camino de apostolado.

Codo a codo, desbordando de alegría, vieron estallar; crecer y elevarse las espigas de los granos que arrojaron al surco.

Codo a codo respiraron el perfume de las mieses maduras y codo a codo, durante más de treinta años, las recogieron.

Codo a codo durmieron durante veinte años el sueño de la muerte en Valsalice, velados por la ternura de sus más jóvenes hijos, visitados por sus favorecidos e invocados por los corazones tristes y los cuerpos doloridos.

Pero un día, el 9 de junio de 1929, el Padre se alzó sobre su tumba, en brazos de un pueblo delirante, y fue llevado en triunfo hasta la Basílica de María Auxiliadora. La Iglesia le había elevado al honor de los altares.

Se quedó el hijo solo, como lo había estado durante veintidós años, desde el 31 de enero de 1888 hasta el 6 de abril de 1910.

¡ Era la soledad de un tiempo!

También él dejó su tumba un día.

Y al igual que dividió durante cuarenta años los trabajos con

su Padre y durante veinte el silencio de la tumba, fué trasladado su cuerpo a la Basílica de María Auxiliadora, en cuya cripta espera participar como él de la gloria de los altares.

Aquel día se cumplirá plenamente la promesa que, una mañana de primavera del año 1847, le hizo en una plaza de Turín: Mi querido Miguel, nos lo partiremos todo por mitad, ya lo verás.

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE DON MIGUEL RUA

9 de junio 1837, nacimiento.

11 de junio 1837, bautismo.

Agosto 1845, primer encuentro con Don Bosco.

13 abril 1846, primera comunión.

24 septiembre 1853, entrada en el Oratorio.

3 octubre 1853, imposición de sotana.

25 marzo 1855, primeros votos.

17 diciembre 1859, subdiácono.

18 diciembre 1859, Director espiritual de la Congregación.

21 de marzo 1860, diaconado.

28 julio 1860, ordenación sacerdotal.

29 julio 1860, primera misa.

14 mayo 1862, primeros votos trienales.

15 noviembre 1865, profesión perpetua.

20 octubre 1863, Director de Borgo San **Martino**.

Octubre 1865, prefecto del Oratorio.

29 octubre 1865, prefecto de la Congregación Salesiana.

Septiembre 1869, maestro de **novicios**.

Otoño 1872, Director del Oratorio.

21 junio de 1876, muerte de su madre.

24 noviembre 1884, vicario general de la **Sociedad**.

11 febrero 1888, Superior **General**.

